¡TOUCHDOWN! ENCANTO.

MARÍA GARCES

¡Towchdown!
Encanto.

María Garcés

Copyright © 2023 María Garcés
Publicado por María Garcés. Diseño de portada, © María Garcés.
Imágenes de portada © Canvas
Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en el ordenamiento jurídico, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático.
La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la

propiedad intelectual.
Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos)

Los sucesos y personajes mencionados en esta obra, son completamente ficticios. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, o con hechos reales es pura coincidencia.

“Entre libros no solo tenemos una vida.
Tenemos tantas como deseemos descubrir”

Para todas esas mujeres fuertes
que ayudan a levantar a otras
en lugar de derribarlas.

CONTENIDO

SINOPSIS
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
EPÍLOGO
REFERENCIAS
REFERENCIAS MUSICALES
TRADUCCIÓN EUSKERA - ESPAÑOL
NOTA DEL AUTOR

SINOPSIS

Nahia, trabaja como ayudante para la directora de producción en una conocidísima revista de moda y belleza, pero también es una excelente jugadora de Rugby en su tiempo libre, algo que mantiene oculto a ojos de todos sus compañeros.

En Londres se realiza una convención a la que tiene que asistir junto a Rebeca, su jefa. Allí, tras la presentación, tendrán la oportunidad de conseguir firmar el contrato que lanzará la revista al mercado internacional.

En el hotel de la convención, conocerá a Yves, un supuesto turista estadounidense con el que tendrá algo más que palabras.

Una serie de acontecimientos, hará que su estancia en Londres no sea del todo como ella tenía planeado. Regresará a España sin saber que desde ese momento todo lo que la rodea va a convertirse en un verdadero caos que pondrá su vida boca abajo.

Capítulo 1

Son las cinco de la mañana. Estoy en la entrada del aeropuerto de Barajas esperando a mi querida jefa. Querida sobre todo por ser como es, fría, metódica, calculadora, y egocéntrica, vamos todo un amor de mujer. Esta vez me ha tocado a mí acompañarla a la convención de Londres, sobre moda y belleza. Trabajo para una revista de moda, empecé como becaria hace unos años en el departamento de producción. Mi trabajo entonces consistía en hacer de "*vespa*".

—Nahia, ves para aquí, ves para allí.

Repartía el correo, hacia fotocopias, y los cafés, «*¡Cómo no!*»

Lorena, la asistenta de Rebeca, mi actual jefa, cogió la baja por maternidad y poco antes de que le tocase regresar a su puesto de trabajo, mandó un burofax despidiéndose de la empresa, así que me ofrecieron su puesto como ayudante de la directora de producción. Mi trabajo consiste en la gestión de selección, preparar los contratos de las modelos, contactar con las agencias, los servicios de *catering*, las localizaciones y las reservas de los billetes para los viajes, estancias, etc. Vamos un no parar. A todo eso hay que sumarle que también realizo los informes, presentaciones, y preparación de documentación. Algo que no constaba en mi contrato, pero es un extra añadido.

Mi tiempo libre, si es que lo puedo llamar así, lo dedico al deporte. Juego en un equipo senior, femenino, de Rugby. Empecé poco antes de entrar en la universidad, y desde entonces lo considero mi segundo trabajo, aunque no sea remunerado, todo lo contrario, prácticamente nos lo tenemos que pagar todo nosotras, es un club pequeño.

En él puedo liberar todo el estrés y despejar mi mente. Cuando entro al campo dejo atrás cualquier preocupación y me centro en lo mío, en liderar y ganar. Todo hay que decir, que es un deporte en el que se libera mucho estrés. Imaginarte a esa persona que te agobia o, simplemente, no soportas, verla en la cara de la jugadora del equipo rival, te provoca un subidón de adrenalina que siempre suele ser beneficioso a la hora de hacer los placajes.

Llega un taxi a toda velocidad, realiza una frenada brusca parando justo delante de mí. Se abre una de las puertas, y de ella asoman unas largas y finas piernas con unos taconazos de aguja de escándalo. Es Rebeca. «*¿Cómo se las apañará esta mujer para estar siempre tan mona?*» Lástima que lo que tiene de guapa, lo tiene de desagradable.

—Vamos.

«*Ni buenos días ni nada, ¿para qué?*» Se atusa su larga melena castaña y cruza su bolso sobre un antebrazo, con la otra mano sujeta su *Samsonite* y entra con paso firme y decidido en la terminal. Intento poner la mejor cara que puedo.

—Buenos días, Rebeca. Nuestro vuelo sale aproximadamente en una hora desde la terminal T4.

—De acuerdo. —Sacude su mando como diciendo, sí, sí, lo que tú digas, y continúa caminando.

Llegamos a la sala de espera frente a la puerta de embarque. Rebeca recibe una llamada y se separa unos metros para hablar por teléfono. Yo aprovecho la espera y busco en "*San Google*", partidos de la liga inglesa de Rugby. Me encantaría poder ir a ver uno. Miro horarios y hago una captura de pantalla. Si puedo, y Rebeca me deja mi espacio, iré.

Sobre las diez de la mañana estamos frente a las oficinas de la revista *Vanity Looks*. Rebeca se ha cambiado de ropa en hotel, según ella, la imagen es lo primero. Lleva un traje de solapa ancha de *Versace*, y unos *Manolo's* negros. Su larga melena la lleva recogida en un apretado moño italiano. La verdad es que es una mujer que llama la atención allí por donde pasa. Yo, en cambio, llevo un traje chaqueta negro básico y una camisa azul celeste con minúsculas hojas grabadas. A su lado, es que ni se me ve. Entre los brazos llevo su maletín de piel, negro, y varias carpetas con documentos.

En recepción nos espera John Beckman, el director de la revista. Saluda educadamente a Rebeca, un rato después de haber estado adulándola, me mira a la espera de que nos presente. Rebeca quitándole importancia solo se digna a decir a la vez que me señala:

—Ella es mi ayudante.

El hombre me tiende su mano. Le doy la mía y la sujeta con fuerza mirándome a los ojos.

—Encantado, ¿señorita…?

—Nahia. Señorita Nahia Ochoa.

Después de las correspondientes presentaciones, subimos a las plantas superiores del edificio. Pasamos por cada departamento de la revista. Nada que ver con nuestras instalaciones, allí todo es un desmadre, todos los departamentos mezclados, la gente corriendo y chillando por los pasillos. Aquí, es todo lo contrario, el personal está atento a su trabajo, no se escucha ninguna voz por encima de otra, trabajan codo con codo, y al parecer en armonía.

Nos hace pasar a una gran sala de reuniones donde nos esperan los responsables de varias áreas de la revista. Tras varias horas de negociación, llegan a un acuerdo. Cooperarán en varios proyectos y habrá una sección nueva en la revista. Mañana, en la comida que habrá después de la convención, harán la presentación oficial de la propuesta.

Sobre las doce del mediodía, el señor John Beckman, junto al resto de directivos, nos invita a comer en un lujoso restaurante. Rebeca acepta gustosa, y girándose hacia mí musita:

—Señorita Ochoa, puede retirarse. Tiene el día libre hasta mañana. Procure tener toda la documentación preparada.

Me quedo parada con la boca abierta de par en par. Estoy muerta de hambre y muero por ir a ese restaurante, pero la muy egocéntrica, no quiere a nadie del sexo femenino a su alrededor. Asiento con un gesto de cabeza despidiéndome de las personas que la acompañan. Salgo rauda de las instalaciones.

Regreso al hotel para dejar la documentación y de paso cambiarme de ropa. Quiero ir cómoda. En el Hall del hotel, mientras espero el ascensor, me entretengo mirando a un hombre que hay en recepción. Es clavadito al actor Chris Pratt. «*Está tremendo*». Lleva la camisa remangada en varias vueltas por encima de los bíceps, haciendo que estos todavía queden más marcados. Unos tejanos desgastados que le hacen un culito respingo. «*¡Madre mía! Qué sofocón más tonto*».

Subo a mi habitación y me cambio de ropa. Me pongo unos tejanos, una camiseta fina, y salgo a conocer Londres. Paseo por varias de sus calles hasta que veo un restaurante de comida rápida. Adoro la comida basura, me encanta, aunque si es cierto que no debería comerla.

Mientras me como mi hamburguesa de dos plantas, voy ojeando en el móvil los partidos de hoy. A las tres de la tarde juegan los *Harlequins*, en el estadio *Twickenham stop*. Miro mi reloj, me da tiempo de sobras para llegar antes del inicio. Compro la entrada por internet, y me descargo el plano de la ciudad junto con las indicaciones del maps para llegar al estadio. He de coger el metro y después un tren. Visto en el mapa parece estar todo muy cerca, pero son ni más, ni menos, cuarenta y cinco minutos de viaje.

A las dos y media de la tarde, ya estoy en la puerta del estadio. Como loca comienzo a hacer fotografías a todo lo que me rodea y las mando al grupo de mis compañeras de equipo.

Nahia ¡wouh, wouh, wouh! Chicas. Mirar donde me encuentro.*

Marta Escribiendo…*

Suri Escribiendo…*

El grupo comienza a cobrar vida.

Marta ¡No me lo puedo creer! Fotos, fotos, manda fotos.*

Suri La envidia es muy mala y en estos momentos… te tengo y mucha.*

Lali Unas aquí entrenando y otras de farra. ¡Qué fuerte!*

Nahia Aunque parezca mentira, Rebeca me dio la tarde libre. Básicamente, pienso que lo hizo para camelarse a alguno de los directivos. Ya sabéis…, para firmar el contrato, aunque sea de rodillas.*

Suri Pues, a ver si es vedad que la pilla alguno y le baja esos humos poniéndola mirando para Cuenca.*

Marta Pero qué burra eres.*

Nahia Chicas os dejo que tengo que entrar. Hablamos en un rato.*

La gente se va agolpando en la entrada. Debe ser un partido importante, porque cada vez hay más hinchas de ambos equipos. Por una vez seré parte de la afición del equipo local. Los sigo por las gradas, y tomo asiento cerca de ellos. Que con lo cafre que soy, aún me meto en medio de los *Hooligans* del equipo contrario.

El partido ha comenzado, las gradas están todas a rebosar, no queda ni un asiento libre. La gente chilla, canta, estoy totalmente alucinada «*Ojalá ocurriera esto alguna vez con nosotras*». A mitad de la primera parte del partido, soy yo la que se levanta y grita como una posesa. Un jugador del equipo local corre con el balón en sus manos, ha esquivado dos

placajes, no, ya tres, continúa la carrera solo, se escapa de todos los rivales, lo va a conseguir…

—¡Touchdown! ¡Si señor! —Grito aplaudiendo de pie en medio de la grada.

Saco el móvil y comienzo a realizar fotografías de nuevo, incluso me hago varias con los hinchas que tengo a mi lado. Nos ponemos de pie, de espaldas al campo, para hacernos un *Selfies*, mi brazo, estirado, no da para mucho, solo se ven nuestras cabezas.

—Señorita, ¿Me permite?

Cuando levanto la vista alucino, es el segunda línea, Richard Grey, jugador de la selección escocesa de Rugby. —¡La madre que me parió! —Me sale desde el alma en español.

Sus ojos están fijos en mí, no ha entendido nada. Pero continúa con el brazo extendido. Le entrego el teléfono.

—Sí, por favor. Gracias.

Nos hace varias fotografías, y después accede a hacerse una con nosotros. «*Las chicas se van a morir*».

Comienza la segunda parte. De vez en cuando voy echando una ojeada hacia atrás. Lo que menos me esperaba era encontrarme a una estrella del futbol americano en las gradas. Una de las veces que me giro, me topo con la mirada de un chico dos asientos más atrás. Tiene la cabeza ladeada y me mira fijamente. Lleva una gorra del equipo local, unas gafas de sol colgando del cuello de la camisa y, las mangas remangadas en varios pliegues hacia arriba. Me acuerdo de él, es el chico que había en la recepción del hotel.

Continúo viendo el partido, pero ahora algo intranquila, siento unos ojos clavados en mi nuca.

Finaliza el partido con la victoria del equipo local, treinta y ocho puntos a veinticuatro. Todo el mundo sale del estadio cantando y vitoreando al equipo ganador. Nunca nos pasará eso a nosotras, poca gente viene a ver nuestros partidos. El rugby, de por sí, en España no es que tenga muchos admiradores y tratándose de un equipo femenino. Aún menos.

De vuelta al hotel, hablo de nuevo con mis locas compañeras y les envió la fotografía junto a Richard Grey.

Suri Madre mía como está el Richard. ¿Ya has quedado con él para tirártelo? Como juegue en la cama, como en el campo… ¡Buf! Muero de envidia por estar en tu pellejo.*

Nahia ¿En serio tienes que ser siempre tan directa?*

Marta Lo increíble es que se lo preguntes. En la cabeza de Suri solo hay una cosa, sexo, sexo, y más sexo.*

Nahia A ver, a nadie le amarga un dulce, y todo hay que decirlo, está tremendo. Pero no, no he quedado con nadie.*

Suri Pues chica, yo siendo tú, en un país que no voy a estar más de dos días y donde nadie me conoce…* —envía los emoticonos de un demonio y de llamas—. *Iba a temblar Londres.*

Nahia Bueno chicas, os dejo de nuevo, hasta otro ratito. Ya estoy llegando al hotel*.

Las últimas palabras de Suri rondan por mi cabeza. No tengo pareja, vivo la vida y disfruto del sexo siempre que puedo. Quizá salga esta noche a tomar unas copas y de paso me dé un gustazo.

Ya en la habitación, abro el portátil y repaso todos los informes. Redacto los nuevos acuerdos de hoy. Suena una notificación de la bandeja de entrada, es un correo de Rebeca.

Srta. Ochoa.

Incluya los documentos que le adjunto a la presentación para mañana. Son parte del nuevo acuerdo al que hemos llegado esta tarde. Cambia los billetes de avión, la vuelta será para el lunes a primera hora. Llame a la central y que todo el equipo de producción esté preparado para nuestra llegada. Envíamelo todo en cuanto lo tengas.

Rebeca Lozano Santamaría.

Directora de Producción Always Beautiful.

Al abrir el archivo con los documentos adjuntos, me quedo completamente perpleja. Quieren incluir una nueva sección en la revista dedicada a las mujeres y el deporte. Está prevista la contratación de todo un elenco de modelos profesionales. Vamos, que van a montar todo un circo. Nada de usar deportistas reales, siempre con los mismos estereotipos de mujer diez. Con cada documento que leo, de más mala leche me pongo.

Acabo de preparar la presentación y llamo a la agencia de viajes para cambiar los billetes. Eso de volver el lunes a primera hora, me parte por la mitad. Esperaba llegar el domingo para el partido. A ver cómo le explico al entrenador que no llego. Soy la capitana, y talonadora del equipo, y mi suplente está lesionada. Además, es uno de los partidos más

importantes de la liga, si ganamos vamos directas a la final.

Llamo a Toni, mi compañero de la revista, al móvil de guardia. Le explico lo ocurrido, los cambios que tiene previstos hacer Rebeca, así como el preparativo de todo el equipo para el lunes a las nueve de la mañana.

Por último, le mando un correo a Rebeca con toda la información, y la presentación modificada. «*Menos mal que me había dado el día libre*». No se molesta ni en contestar.

«*Ahora sí que necesito desfogarme*». Bajo a cenar al restaurante del hotel, lo hago rápido. Subo de nuevo a mi habitación y me cambio de ropa. Escojo un vestido mini y unas sandalias de tacón, me maquillo con sombras oscuras para intensificar el verde de mis ojos y para los labios, uso una barra rojo pasión. Ya estoy lista para quemar la noche.

Un taxi me recoge en la puerta del hotel y me lleva al Soho. Toda aquella zona está repleta de bares y discotecas. Con paso decidido entro en primer local musical que veo. Me integro bien con la gente y el ambiente. No necesito a nadie para pasármelo bien, además, sé a lo que he venido.

El local se llama *Guilty*. Es muy *chic* y con *glamur*. No veo por aquí a los típicos ingleses borrachos descamisados. Al menos no por ahora. «*Eso solo deben de hacerlo en España*». Estoy sentada en la barra descansando y tomándome la segunda copa. Unos brazos musculosos aparecen a ambos lados de mi cuerpo y se apoyan en la barra, quedando completamente rodeada por un extraño.

—¡Un Gin Tonic! Por favor.

Qué voz más sensual, que olor, qué brazos. Giro mi rostro con descaro para ver quién es el atrevido. «*¡Joder!, La madre que me … ¿Me lo voy a encontrar en todos los sitios?*»

Mirándome con una sonrisa socarrona, alza una mano, y llama de nuevo a la camarera.

—Sírvele a ella otro de lo mismo que esté tomando.

Levanto mi mano para frenarla. —No gracias, ya estoy servida.

Noto la calidez que desprende su aliento en la parte trasera de mi cuello, justo donde tengo tatuado un tercer ojo egipcio, mientras me susurra cerca del oído.

—Hoy te he visto en el estadio.

Le contesto sin moverme de mi posición. —Y yo a ti en el hotel.

Continúa sin apartarse —¡Vaya!, además del gusto por un deporte, compartimos el mismo hotel. ¿Quién sabe?, quizás compartamos algo más.

Me gusta, no se anda con rodeos, y yo tampoco los quiero. Giro mi cuerpo rotando lentamente sobre el taburete hasta quedar frente a él. Cuzo una de mis piernas lentamente una sobre la otra haciendo que mi corto vestido aún quede más recogido. «*Vamos a jugar*».

Paseo mi mirada descaradamente por cada centímetro de su cuerpo de arriba abajo. Su mirada se intensifica, y sus pupilas se dilatan por segundos. Con la voz algo ronca me musita nuevamente:

—¿Te gusta lo que ves? —Baja su mirada a mi escote y luego a mis piernas—. A mí me encanta lo que veo.

Con todo el descaro del mundo, paso la lengua humedeciendo mis labios y le lanzo una directa mientras repaso con la vista, nuevamente, su cuerpo.

—Demasiada ropa, sinceramente… no puedo opinar.

Seguimos tentándonos con la mirada. Es tremendamente atractivo, tiene un cuerpazo de escándalo y además ha entrado en el juego. «*Me gusta*».

Me levanto dejando resbalar mi cuerpo poco a poco del taburete sin apartar la mirada de la suya. Cojo mi bolso, paso por su lado rozándolo, le guiño un ojo y con un gesto de cabeza le indico que me siga.

Camina, decidido, varios pasos detrás de mí. Abro la puerta del aseo de mujeres. «*Bien, no hay nadie*». Lo agarro de la hebilla del cinturón y de un tirón lo atraigo hacia el interior. Da un tras pies asombrado, pero no se resiste. Lo empujó hacia la pared y me tiro a su boca. Lo beso, le rozo con mi lengua el labio superior y luego el inferior atrapándolo con los dientes, le doy un pequeño tirón. «*Aquí, como en el campo, soy yo quien dirige*».

Me levanta en volandas apretándome fuertemente por las nalgas. Dando traspiés llegamos hasta uno de los aseos, una vez dentro cierra la puerta tras de sí, con una patada. Nos pueden las ganas y el deseo. Vamos por faena, desabrocho su pantalón a la vez que él levanta mi vestido con manos ágiles. Las pasea por mi trasero masajeándolo. Poco a poco las va deslizando en busca de mi humedad. Me agarro de nuevo a su cuello y entrelazo las piernas a su cintura, todo ello sin dejar de devorarnos el uno al otro como si la vida nos fuera en ello.

Desvía una de sus manos al bolsillo de su pantalón, saca la cartera y rebusca en su

interior hasta que logra sacar un preservativo. Se lo coloca raudo y regresan sus manos a mi cuerpo. Aparta las finas tiras de mi tanga hacia un lado y musita a la misma vez que me penetra de un empujón.

— ¡Cuerdas fuera!, muñeca.

Escuchar de su boca esa expresión tan mía cuando estoy en el campo, hace que me ponga más frenética. Me muevo rápido en busca de mi propio placer. Retenemos nuestros gemidos mordiéndonos los labios el uno al otro. Su ritmo es constante, poco a poco lo disminuye, para nuevamente dar un fuerte empellón. Me hace temblar. Lo repite en varias ocasiones. Un fuego crece en mi estómago tirando de mi ombligo y provocando que se extienda por todo mi cuerpo, llegándome hasta la punta de los dedos de mis pies. Estallo en un potente orgasmo, mientras él embiste con más fuerza llegando también al suyo.

Sale de mi interior y me deposita con cuidado en el suelo. Mientras él se arregla, me limpio y coloco bien mi vestido. Salgo del aseo y desde la puerta del baño antes de marcharme le musito:

—¡Touchdown!, encanto. —Lo dejo allí plantando en medio del aseo de chicas con cara de asombro.

Salgo de la discoteca y paro el primer taxi que veo para que me lleve de vuelta al hotel. Una vez llego a mi habitación me desnudo para ir a la ducha, pero antes decido salir al balcón a fumarme un cigarro. Realmente no soy fumadora, pero de vez en cuando me apetece, y hoy es un día de esos.

Estoy apoyada en la barandilla contemplando las luces de la ciudad reflejadas en la espesa niebla, que se levanta a estas horas de la noche, cuando escucho un portazo y después una puerta corredera abrirse. Es curioso como en el silencio de la noche en los hoteles se escucha todo. Unos balcones más abajo se enciende una luz. Observo curiosa, será otro, u otra, que también llega de quemar la noche. Fijo la vista. Ese pelo rubio oscuro, esos anchos hombros. «*Es mi Chris Pratt particular*». Ni siquiera sé cuál es su nombre, no nos presentamos. Fuimos directos al grano, total, qué más da, no nos volveremos a ver.

Está mirando al horizonte. Se despereza estirando sus fuertes brazos hacia arriba y combando su torso hacia delante. Estira de la camiseta y se la saca por la cabeza. «*¡Madre mía!, qué cuerpo, es todo un espectáculo*».

Regreso al interior de mi habitación antes de que pueda verme. Sabe que compartimos hotel, pero no me apetece que sepa en qué habitación estoy. Me doy una ducha rápida y me meto en la cama.

En pocas horas tenemos la presentación y va a ser un día complicado. Esperaba viajar de vuelta mañana y llegar al partido, pero para variar, siempre se tuercen las cosas a último momento.

Capítulo 2

Son las siete menos cuarto de la mañana. En el móvil no han dejado de sonar notificaciones desde hace una media hora. Estiro el brazo y veo varios mensajes de mis compañeras y de Rebeca. Miro de nuevo el reloj. «*¡Ahí va, la hostia!, ¡Joder!*» Tengo menos de quince minutos para vestirme y bajar a recepción. Lo hago a toda velocidad. Me coloco mi traje de chaqueta azul oscuro con una camisa blanca, recojo mi pelo en un moño alto y, por último, los zapatos de medio tacón. Parezco una azafata, incluso podrían confundirme con el personal de recepción del hotel. Tengo que empezar a modernizar mi fondo de armario.

En recepción esta Rebeca esperando, y con muy mala cara. «*Mal asunto*».

—Esta mañana le envié un correo que la esperaba aquí a las siete. Hay cambio de planes. Después de la convención usted regresará a Madrid. Ya no hace falta que se quede. La presentación la realizaré yo misma, junto a John.

Ya lo está llamando por su nombre de pila, eso quiere decir que además de cenar se lo paso por la piedra. —Pero Rebeca, ya efectué el cambio de los vuelos y la estancia en del hotel, ayer, tal y como me lo solicitaste.

—Pues lo vuelves a cambiar, al fin y al cabo, es parte de tu trabajo. Por cierto, tengo un desayuno con John y el resto de directivos. Espérame a las once en la sala de convenciones.

—Rebeca, los documentos…

Se gira y me deja allí plantada con la palabra en la boca. «*¡Será estirada! Esta no conoce lo que es la empatía*».

Me dirijo al restaurante del hotel para desayunar. Busco una mesa apartada donde pueda sacar el portátil y trabajar desde allí. Vuelta a hacer cambios, a ver que explicación le doy a contabilidad cuando vea que el presupuesto inicial se ha ido de las manos.

Paso por el buffet, cojo un par de tostadas, mantequilla y mermelada. Estoy esperando junto a la máquina del café cuando veo entrar un grupo de hombres trajeados. Seguro que también vienen a la convención. Recojo mi café y me voy rauda a la mesa que había escogido antes de que la ocupen ellos. Estoy en una esquina cerca de una ventana que da al exterior. Desde allí tengo controlado todo el salón.

Abro el portátil y saco la agenda donde tengo todas las anotaciones. Lo primero es buscar un vuelo a Madrid al medio día. «*Con suerte podré jugar el partido, menos mal que no les dije nada a las chicas*». El único vuelo directo que encuentro, sale a las tres de la tarde. «*Perfecto*». Realizo el cambio de mi billete y hago el pago de la diferencia. Lógicamente, es más caro volver un domingo por la tarde que un lunes de madrugada. Llamo a recepción y notifico que al final dejo hoy mi habitación. Tengo hasta las doce para entregar la llave. Pero como disponen de habitación de cortesía para dejar las maletas. Subiré cuando acabe de desayunar y ya la dejaré en aquella sala.

Estoy echando una última ojeada a la presentación, cuando escucho varias risas cercanas. Levanto la vista de la pantalla y allí están los ejecutivos sentados en una mesa, justo por delante de la mía. Hablan y ríen entre ellos, hasta que una voz llama mi atención.

Hay tres de ellos que están sentados de espaldas a mí, no puedo verles el rostro. Uno de ellos, tiene el pelo rubio oscuro y lo lleva engominado, pero despeinado a su vez. Es más ancho de hombros y más alto que el resto. Tiene una risa bonita, y una voz atrayente.

«No fastidies que es él…» —Hablo conmigo misma intentando convencerme—. «*Tranquilízate y no veas fantasmas donde no los hay, es imposible*». Tenía pinta de todo menos de ejecutivo.

Recojo todas mis cosas y paso por su lado sin ni siquiera dirigir una mirada a la mesa. Cosa que ellos desde luego sí que hacen. Noto seis pares de ojos clavados en mi espalda. Uno de ellos musita entre risas:

—Bonitas mujeres tenéis aquí, aunque no tiene pinta de ser muy espabilada, más bien, parece de las que se abren de piernas y se hacen la muerta en la cama.

Me paro en seco. La sangre me hierve. Estoy a punto de girarme y soltarle una fresca. Bueno, conociéndome, varias. «*En primer lugar, yo no soy de aquí, soy española, y en segundo lugar… No me durarías ni un asalto, pero para ello, primero debería ir muy, pero, que muy borracha, y haber perdido del todo la cordura, porque la verdad sea dicha, no te tocaba ni con un palo*». Con mis pensamientos empujando para salir en forma de palabras, giro mi rostro y les

echo una rápida mirada que ni el peor de los asesinos psicópatas, sin ni siquiera fijarme en sus rostros. Consigo retener mi rabia, y dirijo la vista de nuevo al frente. Salgo de allí con paso firme y decidido.

Subo a la habitación y recojo mis pocas pertenencias. Lo bajo todo a recepción y, hago entrega de la llave de la habitación. «*Que ganas de regresar a mi casa. No lo sabe nadie*».

Son las once en punto de la mañana. Estoy en la entrada de la sala de convenciones esperando a que llegue Rebeca. Para mi desgracia ya me han confundido en un par de ocasiones con una de las azafatas. Anoto en mi agenda del móvil: "*Ir de compras, urgente*". La veo aparecer al fondo del pasillo, rodeada de varios hombres. «*Como se pavonea la colega, le encanta ser el centro de atención*». Cuando llega frente a mí, no es capaz ni de dar los buenos días.

—Señorita, Ochoa. —Alarga un brazo, en mi dirección, con la palma hacia arriba.

—Buenos días, Rebeca. —Le hago entrega de los documentos.

Colocándome a su lado, entramos en el salón. Hay muchísima gente y todos toman asiento en sus respectivos lugares. Nuestra mesa está colocada cerca del pequeño escenario improvisado. Sobre él, una gran pantalla en la que van pasando imágenes de las mejores portadas de las revistas de moda y belleza allí presentes. Como no podía ser de otra manera, en la nuestra es la portada en la que Rebeca poso para un número especial, "Ejecutivas Con Gusto". Sin poder evitarlo pongo los ojos en blanco. Todos la aplauden y la vitorean.

Durante el transcurso del evento, van pasando varios directivos de las revistas por el atril explicando los cambios que han ido realizando y hablando sobre las nuevas tendencias. Falta poco para nuestro turno. Rebeca está nerviosa, dirige su mirada continuamente a las mesas que nos rodean. Está buscando a alguien.

—Señor Beckman, ¿Está seguro que Yves Taylor y su equipo están aquí?

—En efecto, tranquila, querida, llegaron ayer al hotel, y confirmaron su asistencia.

Llega nuestro turno. Se recoloca su atuendo, pasa sus finas manos por su pelo para asegurarse que todo está en su lugar y, con una amplia y falsa sonrisa, se pone en pie dirección al escenario. Contonea las caderas de forma pausada y llamativa. Todo hay que decirlo, es una mujer con un porte magnífico, sabe sacarle el máximo partido a su cuerpo, combina la ropa de tal manera que hace que cualquier trapo le luzca como un Armani. Se coloca frente al atril, su mirada se desplaza por toda la sala a la vez que habla con seguridad y decisión, los tiene a todos embelesados, no se escucha ni un murmullo. Su discurso es breve pero conciso. Aprovecha ese tiempo para convencer a los presentes que al finalizar el evento no se marche sin antes ver la nueva propuesta de la revista y su presentación. Acto en el que yo, ya no estaré presente y con un poco de suerte iré en un avión camino de Madrid.

Está por finalizar el evento, estoy en uno de los laterales viendo el paripé que hacen las personas allí congregadas. «*Seguro que la mitad de ellos se odian, pero están haciendo un papel de la hostia*». Pasa un camarero cerca ofreciendo copas de coctel, alargo mi brazo hasta la bandeja y me hago con una de ellas. Rebeca se deshace de algunos plastas que tiene encima y se dirige en mi dirección.

—Señorita Ochoa, su trabajo ya finalizado. Puede marcharse y regresar a Madrid. Recuerde estar mañana a primera hora de la mañana en las instalaciones con el resto de sus compañeros a mi llegada.

Tal y como llega, me suelta la parrafada, se gira y se marcha. *«¡Santa paciencia!, ya podría ser un poco más agradable, al menos, con la gente que le hace todo el trabajo».*

Me dirijo a la puerta sorteando a los ejecutivos que van detrás de las bandejas de canapés y de bebidas. Al salir no lo dudo, me paro justo detrás de la puerta, deshago mi moño apretado y me suelto la melena, atusándola con las manos. Desabrocho los dos primeros botones de mi camisa y dejo que mi pecho pueda respirar sin que ningún botón salga disparado y le salte un ojo a alguien. Cuando alzo la cabeza, frente a mí se encuentra el grupo de ejecutivos que había esta mañana en el restaurante.

—Perdone, señorita, ¿Es aquí la sala de convenciones?

«A buenas horas llegan estos…» —Sí, es aquí, pero creo que ya ha finalizado el evento.

El mismo que ha preguntado se vuelve a dirigir a mí. Es el mismo que habló esta mañana. —¿Cuánto te pagan por ser azafata? —Pasea una mirada con lascivia sobre mí cuerpo mordiéndose el labio inferior—. Yo estaría dispuesto a pagarte el doble por un rato de tu compañía.

La ira se apodera de mí, no me lo pienso, no me puedo controlar. Le lanzo un rodillazo a la entrepierna y cuando está doblado por la mitad a mi altura. Acerco mi rostro al suyo

apretando los dientes para no volverle a dar otro golpe. Mi lado primitivo se hace más latente y le chillo en español.

—¡Tu madre sería una santa, pero tú, eres un hijo de puta! No soy azafata, ni mucho menos una fulana. Que te quede claro. ¡Escoria!

No aguanta más y cae de rodillas al suelo con las gotas de sudor resbalando por su frente. Me abro paso entre el resto que se han mantenido al margen, y cuando ya los he dejado atrás, escucho a mis espaldas.

—Buen placaje.

Sin girarme, contesto con chulería en español. —Los he hecho mejores.

Capítulo 3

No hace ni media hora desde que he llegado al aeropuerto de Barajas, llegamos con retraso. Deberíamos haber salido a las tres de la tarde, y el avión no ha despegado hasta las cuatro menos cuarto. No me va a dar tiempo de pasar por casa para cambiarme y dejar la maleta. Paro un taxi en la salida de la terminal y voy directa al campo. Aviso a las chicas.

Nahia ¡Guapis!, la cosa se ha complicado, llego justa.*

Suri ¿No jodas? Pero vienes, ¿no?*

Nahia Por supuesto que voy, ya estoy en un taxi de camino.*

Marta Avisaré a Stefan, por si llegas muy justa, o no llegas para el inicio del partido. Verás cómo se va a poner.*

Lali Como por tu culpa nos haga como la última vez, recorrer el campo media hora con el balón sobre la cabeza… Te cuelgo desde los palos.*

Nahia No fue para tanto, además, no fue solo culpa mía por llegar tarde. Vosotras os metisteis con él.*

Suri Pobre hombre, su primer día y lo puteasteis, ¿Qué queríais que hiciera? Es el entrenador, se tenía que hacer respetar.*

Lali Eres una pelota. Se nota que no fueron tus brazos los que luego acabaron dando bandazos, parecía que no formaban parte de mi cuerpo.*

Nahia Necesito que me hagáis un favor. Dejadme la equipación preparada en el banco.*

Marta Hecho. Te quedan menos de quince minutos para estar aquí. Nosotras ya entramos en vestuarios.*

Nahia Mil gracias chicas. Nos vemos en unos minutos.*

Diez minutos después, tras "*darle la vara*" al taxista y regalarle incluso unas entradas, consigo llegar al estadio. Entro corriendo, como alma que persigue el diablo, con la maleta a rastras. Las chicas ya están calentando en el campo. No me quiero imaginar la cara de Stefan en cuanto me vea.

Las chicas me lo han dejado todo preparado, me cambio rauda y meto a presión las cosas en la taquilla. En España no jugamos como en Estados Unidos, aquí la equipación es lo básico, camiseta, pantalón, medias y un protector bucal quien quiere llevarlo. Ni casco, ni hombreras, ni espinilleras. Recojo mi pelo en un moño alto y salgo corriendo al campo.

—¡Ochoa! Ya era hora. Hablaremos más tarde, tu y yo, cuando acabe el partido.

La voz de Stefan me hace dar un brinco. Me estaba esperando, y sé que luego me va a caer la de Dios. Corro junto al resto de mis compañeras preparadas para salir al campo. Las contrincantes ya están preparadas. Esta vez nos toca jugar contra un equipo bastante tosco, todas son enormes.

—¿Dónde están mis Espartanas? —Grito a pleno pulmón a la vez que adelanto al equipo para salir en primera posición. Todas responden al unísono con nuestro grito de guerra.

—¡JU JAAAA!, ¡JU JAAAA!, ¡JU JAAAA!

Saltamos al campo. Nos ponemos en el centro, alineadas frente al equipo contrario, esperando el aviso del árbitro. Observo las gradas, y nada tiene que ver con lo que vi en Londres. Aun así, ha venido gente a vernos y apoyarnos. El árbitro levanta el brazo y hace pitar el silbato. Comienza el partido.

Sacamos nosotras, me coloco en el centro del campo cojo el balón con ambas manos y lo boto un poco en el centro, manías que tengo. Me enderezo, lo elevo y chuto con todas mis fuerzas hacia el campo contrario. Mis compañeras ya corren en busca del balón. Los primeros diez minutos son intensos. El equipo contrario tiene un par de "*armarios*" para hacer los placajes y no nos da mucha ventaja, todo son pases seguidos de placajes. Suri consigue escapar y corre por el lateral con el balón bajo el brazo, esquiva varias jugadoras contrarias, pero cuando está a punto de llegar una de ellas provoca una falta, haciendo que el último pase de Suri sea hacia delante. La medio Melé se prepara. Corro a mi lugar junto a ellas, nos apilamos sujetándonos por los hombros. La medio melé inserta el balón por el lado y comienza la lucha, debemos hacernos con el balón. Los pies vuelan dentro del círculo, pero las contrarias consiguen hacerse con él y lo lanzan a toda velocidad pillando a sus propias compañeras desprevenidas. El chute no llega muy lejos y conseguimos hacernos de nuevo con el balón. Marta corre esquivando a varias contrarias, consigue adelantar a Lali. Le pasa el

balón y esta continúa corriendo sin ver la enorme mole que va directa hacia ella. Freno mi carrera hasta quedar a su altura. La van a placar. Efectivamente, se lanzan sobre su cintura haciendo que de varios traspiés y caiga al suelo. Alza la mirada y se encuentra con la mía. Lanza el balón con todas sus fuerzas desde el suelo, esquivo una contraria y lo intercepto. Voy directa, tengo que llegar a línea contraria. Corren a mis espaldas, algunas intentan placar, pero no llegan. Suri consigue posicionarse unos pasos por detrás, sé que ella lo logrará. Le paso el balón, realiza un último sprint y… *«¡Si señor! ¡Touchdown!».* Los primeros cinco puntos. Es mi turno de conseguir puntos extra. Suri me pasa el balón, ando hacia la zona de lanzamiento. Inspiro con fuerza y dejo salir todo el aire de golpe. Me preparo el balón, y grito a la misma vez que chuto con todas mis fuerzas:

—¡CUERDAS FUERA! —El balón pasa veloz por el centro de los palos. Dos puntos más.

Llegamos a la media parte con el marcador casi empatado. Stefan nos da órdenes, nos indica quienes son las jugadoras más peligrosas y las más rápidas. Debemos ganar este partido para llegar a la final. Las Espartanas llevamos años luchando para poder llegar a la cima y este año lo tenemos que conseguir. Este año tiene que ser nuestro.

Transcurridos los diez minutos de descanso regresamos al campo. Algunas doloridas y otras directamente han solicitado un cambio. Jugadora que topa contra las dos moles, jugadora que acaba o lesionada, o dolorida hasta las pestañas. Nos reagrupamos de nuevo, unimos nuestras manos y lanzo el grito de guerra, esta vez mucho más alto para que llegue a oídos del equipo contrario, por eso de atemorizar un poco.

—¡ESPARTANAS!

—¡JU JAAAA!, ¡JU JAAAA!, ¡JU JAAAA!

—¡Venga chicas, a repartir estopa!

Corremos cada una a nuestra posición. Esta vez sacan ellas. Empiezan de nuevo con mucha fuerza y logran macarnos tres veces seguidas. Pero algunas ya se están viniendo abajo, se las ve agotadas, por lo que los siguientes minutos van a ir a muerte a frenar. Están cometiendo fallos, llevan varios saques de balón fuera de campo, y eso nos da algo de ventaja. Hemos conseguido igualar el marcador. Estamos a falta de cinco minutos para el final del partido. Tenemos que ir a por todas.

En un descuido me hago con el balón, corro a toda velocidad. Por el rabillo del ojo veo que estoy respaldada por dos de mis compañeras, me fijo en la jugadora que se acerca por mi derecha. En un intento de escapar de ella, me alcanzan las dos chicas enormes por la izquierda, no tengo escapatoria, una se lanza sobre mi espalda y la otra a mis piernas haciendo que caiga de bruces y prácticamente me coma el césped. Estoy dolorida, pero sigo con el balón entre mis manos, no veo a nadie de mi equipo. Lo lanzo con la poca fuerza que me queda por un hueco que veo entre las piernas de la jugadora contraria. Dorita, un fichaje nuevo que hizo el equipo, pasa por mi lado como una bala con el balón bajo el brazo. Me levanto y corro tras ella, miro el marcador, y el reloj, quedan segundos para finalizar. A menos de veinte metros, la golpean y le cae el balón de las manos. Este, bota justo delante. Antes de que llegue a dar un segundo bote, pateo el balón y se eleva a toda velocidad directo a palos. Se me corta la respiración, no escucho nada a mi alrededor, mis ojos se mantienen fijos en su recorrido. Tres, dos … El balón entra por medio de los palos. Uno. —*¡SIIII!*

Todas las jugadoras, eufóricas, corren hacia mí, me lanzan al suelo y una tras otra se van tirando encima. Me aplastan. Pero me da igual, lo hemos conseguido. Escuchamos en las gradas nuestro grito. Tenemos pocos hinchas, pero son fieles en todos los partidos.

—¡JU JAAAA!, ¡JU JAAAA!, ¡JU JAAAA!

Nos levantamos, y nos dirigimos hacia ellos. Vamos todas cogidas de las manos y levantándolas hacia arriba, les contestamos de igual manera.

—¡JU JAAAA!, ¡JU JAAAA!, ¡JU JAAAA!

Lo hemos logrado. Nos hemos metido en la final. Stefan se acerca a nosotras y se une en el grito. Nos felicita a todas. Espero su bronca, pero no llega. Se le ha pasado, o… me lo ha perdonado por ahora. Cantando bajamos a vestuarios. Una vez allí, cuando nos dejamos caer en los bancos, paseo una mirada rápida por todas mis compañeras. La verdad, hoy no hay ni una que haya salido bien parada. Todas tenemos moratones y marcas, por no hablar de rodillas despellejadas.

—¿Sabes?, por un momento, pensé que te habían roto, que te habías lesionado.

Me giro para mirar a Suri. Está detrás de mí de pie quitándose la ropa para ir a la ducha. —¿A mí?, ¿Cuándo? Me he llevado tantos golpes hoy, que no sé cuál ha sido peor.

—Cuando te cayeron las dos bestias encima, una por la espalda y la otra por el costado.

Te comiste el suelo, literal, me pareció verte hebras verdes entre los dientes. —Pasa un dedo por mi frente bajándolo con cuidado por el pómulo. Hago un guiño sintiendo algo parecido a pinchazos y escozor. —Se nota que todavía estas con la adrenalina a tope, espera a ducharte y que te dé el bajón. Mañana vas a estar preciosa. Tu jefa te propondrá ser portada de revista este mes. —Comienza a reír de su propia ironía.

—Eres un poquito cabrona, ¿Lo sabías?

—*Ná*, solo un poquito. —Se ata la toalla alrededor de su cuerpo y se dirige a las duchas.

No echo cuentas a su comentario, acabo de desvestirme y voy a la ducha también. El agua caliente cae sobre mi cuerpo por la espalda, lo va destensando, me relajo poco a poco. Giro mi cuerpo para mojarme por completo. En el momento que dejo caer el agua por mi rostro, lanzo una sarta de improperios y comienzo a saltar, llevándome las manos a la cara.

—¡Ahí va la hostia!, ¡joder!, ¡Su puta madre! Como escuece.

—Como se nota que Bilbao corre por tus venas. Vas a asustar a la pobre Dorita, te está mirando con los ojos como platos.

—Marta, no empieces, joder, esto duele.

—Y yo que pensaba que los bilbaínos no sentíais dolor, pues vaya chasco, solo se trata de un mito.

Continuo con las manos en la cara. Retiro los dedos para poder ver entre ellos, y efectivamente, Dorita está frente a nosotras con los ojos fuera de las órbitas. Se sujeta la toalla, fuertemente, con ambas manos.

Le doy un ligero codazo a Marta para llamar de nuevo su atención. —Creo que está más asustada por vernos a todas en bolas, que por mis gritos.

—Dorita, duchate o te quedarás la última para cerrar el vestuario, y no te lo aconsejo. —Le guiño un ojo a Marta, y esta me sigue la corriente.

—Tranquila que aquí todas tenemos lo mismo. Y la que tiene vergüenza la enviamos al vestuario del entrenador.

La pobre muchacha todavía se pone más nerviosa. Con manos temblorosas se va destapando despacio. Marta, que ya ha acabado, pasa por su lado y haciendo un rulo con la toalla, la lanza y le da en un cachete del culo.

—Anda, no tengas vergüenza. Somos tus compañeras y te vas a hartar de vernos. No sé si en tu país esto es algo común, pero ya te digo yo, que, en España, lo es. Por cierto, lo de mandarte con el entrenador era broma. No me lo tengas en cuenta.

Cierro el grifo y comienzo a secarme cuando por fin la muchacha se acerca.

—Dorita, no se lo tengas en cuenta. Ella es así. Bueno, para que engañarte… todas somos así. Con el tiempo nos conocerás y sabrás cuándo las cosas van en serio, y cuando no. No te tiene que incomodar ver a mujeres desnudas ni te tienes que avergonzar porque te vean. Es algo natural, todas tenemos lo mismo, más grande o más pequeño, pero lo mismo. —Le guiño un ojo y regreso a mi taquilla para vestirme.

—Chicas, ¿Quién se apunta a tomar unas cervezas?

Como siempre, Suri, tras cada partido, ganemos o perdamos, como después de los entrenamientos, va a al bar de don Julio, un amigo de sus abuelos del pueblo, a tomarse una copa. Esta vez yo no puedo ir con ellas. Estoy realmente cansada.

—Me vais a perdonar, y sé que hoy es un día especial, pero estoy destrozada, ha sido un fin de semana muy movido y apenas he descansado. Prometo apuntarme a la próxima y celebrarlo a lo grande.

—¡Eres una aguafiestas! Tomamos nota de ello, a la próxima no te libras ni, aunque se caiga la luna. Tú por delante de nosotras, la primera. Sabes que, si te niegas, te llevaremos arrastras si es necesario.

—Trato hecho, chicas, nos vemos mañana en el entreno.

Regreso a casa con los pies a rastras, no puedo con mi alma. Ceno un poco de caldo, que tenía congelado, y un bistec a la plancha. Durante media hora zapeo un poco en la televisión, busco el canal de deportes para ver los resultados de la liga, y ahí estamos en segunda posición, a dos puntos por detrás de las Bereberes, las actuales campeonas, contra las que nos tendremos que enfrentar el próximo fin de semana en su campo. Es hora de dormir, apago el televisor y me dejo caer en la cama como si me hubieran lanzado desde arriba, así me quedo, despatarrada y con los brazos en cruz.

Capítulo 4

Suena el despertador, apenas puedo abrir los ojos. Bueno, un ojo, mejor dicho, el otro parece haber ignorado la orden del cerebro. Tengo el lateral de cara mojado. «*Joder se me ha caído hasta la baba».* Pesarosa me levanto y me dirijo al baño a lavarme la cara.

«¡La hostia puta!». Observo mi reflejo en el espejo, no puede ser verdad, tengo un ojo prácticamente cerrado, entre la inflamación de la ceja, y la inflamación del pómulo, lo hacen parecer un corte en un tomate. La barbilla ha comenzado a coger ese color violáceo que te dice, "*nena en nada paso al negro*". Y mis labios, ¡Dios mío, mis labios! Han aumentado su tamaño el doble. Quería ponerme algo de relleno con ácido hialurónico, ahora que me veo, va a ser que no. No me gusta el resultado.

A ver como arreglo yo esto, antes de irme a trabajar. No puedo aparecer por la oficina con este aspecto. Qué ironía trabajar para una revista de moda y belleza, y yo aparecer con la cara como un mapa. Ahora entiendo lo que me decía Suri, desde mi lado todo se veía diferente. Ella vio cómo las dos bestias cayeron sobre mí, y como golpeé el suelo con la cara, no es que yo me levantara rápido, es que reboté.

Rebusco entre la cantidad de potingues que tengo. La mayoría provienen de empresas de cosméticos, que nos envían packs de muestras, para que luego demos buenas opiniones sobre los productos, en la revista.

Necesito algo que cubra bien. Primero me pongo un poco de hielo para que baje la inflamación. «*Como duele*». Encuentro un par de correctores de ojeras, parece que funcionan bastante bien, también hay maquillaje de *contouring*, me doy varias veces hasta lograr difuminar el moretón, al menos ha quedado bastante disimulado. La hinchazón es otra historia, el hielo ha hecho algo, pero no mucho.

Me visto rauda con otro de mis anticuados trajes y resignada, me coloco mis gafas de sol. Salgo de casa en dirección a la parada de metro, son solo cinco paradas, hasta llegar a la revista. Tomo asiento al entrar en el metro justo al lado de una mujer, que perfectamente podría ser mi madre. Está leyendo un libro de vete a saber qué. Qué manía tienen algunos en ocultar las portadas forrándolos con papel. Les da vergüenza mostrar lo que leen, y no se dan cuenta de que haciendo eso es peor, piensas mal fijo.

Empiezan a sonar mensajes en mi teléfono móvil. El sonido me distrae del intento de averiguar qué libro es el que esconde. Lo saco del bolso y comienzo a leer.

Suri ¿Cómo estás?, ¿Qué tal ha amanecido esa carita mona?, ¿Has visto las noticias?*

Marta ¡Hey! Somos las mejores, aparecemos en la sección de deportes de varios periódicos.*

Suri Esta vez, con fotografías incluidas.*

Nahia ¡No jodas!, ¿En serio? En cuanto llegue me pongo a buscarlo en el diario. Por cierto, esta mañana casi me da un parraque cuando me vi ante el espejo. ¡Tías, que no podía abrir un ojo!*

Suri ¡Hahaha! Deberías haberte puesto algo frío cuando llegaste a casa.*

Nahia Pues bonita, lo podías haber dicho antes. Ahora mismo, si me voy a Notre Dame y me cuelgo de alguna gárgola, doy el pego. Soy Cuasimodo en versión mujer.*

Marta Pues suerte hoy con la Cruela, la vas a necesitar.*

Nahia No hay nada como tener amigas como vosotras, de esas que te animan y les quitan importancia a las cosas malas buscando la positividad.*

Suri Yo también te quiero. Que te sea leve. Ya nos contarás hoy en entreno. Nos vemos luego chicas. Ciao.*

Nahia Bueno, ¡hasta luego pues!, que entro en Mordor.*

Marta ¡Cuidado no te confundan con un orco!, ¡Hahaha!*

Nahia Graciosas. ¡Que os den por donde amargan los pepinos!*

Salgo de la estación y veo un repartidor del diario gratuito de la zona, cojo uno y entro en las oficinas. Mientras espero el ascensor, rápidamente busco la sección de deportes, a ver si en este aparece algo.

Entro automáticamente como cada día, pico mi planta y me coloco al fondo, todo ello sin levantar la vista del diario. Poco a poco las hojas del diario cada vez están más cerca de mi cara. Demasiada gente dentro. Miro por encima y efectivamente, ha entrado un grupo de ejecutivos poco antes de cerrar las puertas haciendo que todos nos apretemos en la parte trasera. «*A ver cómo salgo de aquí ahora. Espero que se bajen antes, o me tocará pasear en*

ascensor». Pasamos tres plantas y nada, me empiezo a agobiar. Sé que no llego tarde. Me gusta llegar un poco antes de empezar la jornada y poder tomarme un café y charlas con mis compañeros, tranquilamente, antes de que aparezca Rebeca. Llegamos a la séptima planta del edificio, aquí es donde se encuentra una parte de la producción de la revista, los despachos principales. Todos salen en tropel. *«¿Quiénes son estos y que hacen aquí?»*

Van directos a la sala de reuniones. Alguien los debe de estar esperando. Saludo a varios compañeros de otras secciones y voy directa a mi mesa, dejo mis cosas en los cajones, me pongo las gafas, y me dirijo a nuestra pequeña sala de descanso, barra, cafetería, barra, comedor. Es una sala multiusos, de no más de veinte metros cuadrados, para más de cien trabajadores. Menos mal, que en la parte alta del edificio hicieron una cafetería en condiciones y la mayoría prefiere ir allí. Me preparo mi café y tomo asiento en una de las mesas. Ahora si puedo leerlo tranquilamente, abro el diario y me voy a las últimas páginas sección de deportes. Como es normal siempre el futbol primero, seguido del baloncesto y… *«¡La hostia!»* Una columna entera para nosotras, y en el titular. "Espartanas se mete en la final". Saco el móvil para hacerle una fotografía. «*Sí, soy algo cateta, lo sé*». Sé que si entro en el diario digital aparecerá, pero me gusta hacer estas cosas.

En ese mismo instante, cuando voy a darle al botón, cae encima otro diario, uno de los más importantes, toda una página entera para nosotras. En el centro una serie de fotografías secuenciadas del placaje de las dos enormes defensas y la última, de un tamaño más grande, yo, comiéndome el césped, literal. El titular y otra fotografía chutando el balón que nos dio la victoria.

—¡Sois la repera! Lo habéis conseguido. Además, sales como líder del partido. Verás el día que se entere "Cruela". Cuando suceda, no quiero estar presente —Levanto mi rostro para mirar a Toni—. ¡Joder!, ¿qué te ha pasado en la cara?, parece que te hayan picado un enjambre de abejas.

Alzo un dedo hacia mis labios indicándole silencio y miro a mi alrededor, espero que no nos haya escuchado nadie. Nadie en la oficina sabe que juego a Rugby, excepto Toni. Señalo las imágenes con el dedo. —¿Aún me preguntas que me ha pasado? Míralo con tus propios ojos.

—Así que ayer te dieron caña, ¡he! Anda, lee lo que pone.

Cojo el diario y comienzo a leer. El titular ya tiene guasa de por sí. Mira que son retorcidos algunos comentaristas.

"Espartanas, nunca mejor dicho, se meten de cabeza en la final". Un equipo que lleva tan solo dos años jugando en la división de honor, y que no mostraba tener aspiraciones al título, ha dado una lección magistral al mundo del rugby y al juego en equipo este fin de semana. Con Nahia Ochoa, la capitana y talonadora del equipo, como la estrella del partido. En los últimos segundos, tras ser placada por dos rivales de gran envergadura y potencia, realizó un pase jugándoselo todo. A falta de tres segundo, chuto un rebote y consiguió colocar un Drop espectacular entre palos, dándole los tres puntos necesarios para la victoria.

La semana que viene jugaran la final contra las ganadoras por segundo año consecutivo, Las Bereberes, que se mantienen en lo alto de la tabla con una diferencia de diez puntos. Ambos equipos deberán luchar por el título. Aunque ya sabemos que, con las defensas de las Bereberes, lo van a tener muy difícil, saldrán a defender su título, con uñas y dientes, un año más.

—La verdad, no me esperaba, ni siquiera, salir en la página de deportes en una mini columna. El rugby, en general, en España no mueve lo que otros muchos deportes. Imagínate encima el femenino.

—Por cierto, ¿Quiénes son ese grupo de trajeados que han entrado delante de ti?

—No tengo ni idea. Recuerda que yo he estado fuera.

—Por eso mismo te pregunto. Son ingleses, o americanos.

—¡No jodas! Rebeca me mando regresar antes, ella se quedó a hacer la nueva presentación del acuerdo con la revista londinense, y alguien más que no llegue a conocer.

Toni alza una ceja y me mira con sonrisa picarona. —Se quedó sola, eso quiere decir que con suerte alguien la puso fina y vendrá algo más relajada. Porque chica que falta le hacía que alguien le diera un buen revolcón para quitarle las tonterías.

—Toni, baja el volumen que nos van a escuchar. Es solo una suposición.

—Bueno, ya lo veremos cuando llegue. Me apuesto el desayuno que hoy entra con una sonrisa por la puerta, y eso querrá decir que ha mojado, pero bien.

—Hecho. Esta mujer no se ríe, ni, aunque lleve un satisfayer las veinticuatro horas del día enchufado. Por cierto, espero que todo lo que te pedí, este preparado.

Se abre la puerta de la sala y aparece uno de los ejecutivos mirando todo a su alrededor, cuando su vista llega a nosotros, se acerca unos pasos y nos pregunta:

—¿Café?

—Todo tuyo Toni, yo he tenido suficiente este fin de semana con esta gente.

Toni se levanta de la silla y le dice en un inglés perfecto:

—Sí, por supuesto, aquí tiene la cafetera. —Le indica con la mano donde está, y le enseña el resto de las cosas en los armarios.

El señor niega con la cabeza y le musita de nuevo con los ojos como platos.

—¿Yo? ¡No, no, tú!

«¡Tendrá morro!, pues no le está pidiendo que le haga el café». Me levanto de la silla y me dirijo hacia ellos. Cuando llego a su altura, me mira sorprendido y da un paso hacia atrás.

—¡Oh! Es usted.

Una de mis cejas se alza en reacción a su respuesta. No le hago mucho caso, «*Me abra confundido, a este hombre no lo conozco*». Le explico que la sala donde estamos, es para los trabajadores y cada uno se sirve lo que quiere. En la décima planta puede encontrar una cafetería y allí le harán lo que él quiera. Me mira de una forma extraña. Afirma con la cabeza y se marcha de nuevo.

—En serio que no puedo con la superioridad que se gastan algunos. Se piensan que pueden ir mandando a todo el mundo. Pues me parece que aquí lo llevan un poco mal.

—Nahia, ese tío te ha mirado como si te conociese. Además, dio un paso hacia atrás como sorprendido. ¿Qué ha pasado en Londres que no me has contado?

—Nada fuera de lo normal. Lo único que ocurrió el último día, a la salida de la convención, fue que uno de estos me confundió con una fulana, y bueno… Lo dejé fuera de juego. —A la misma vez que se lo digo, me viene un flash a la mente, me quedo paralizada y noto como el color va desapareciendo de mi rostro. —¡Joder! Toni, que la he liado. Este tío iba con "el neandertal", y si están aquí quiere decir que son de la revista con la que ha firmado Rebeca. ¡Hay madre! Verás cuando me vea el tipo, o esté le diga que me ha visto. Capaz de salir por patas, o lo que es peor, pedir mi cabeza. Creo que tengo las horas contadas en este edificio.

Toni coge mi brazo, lo apoya sobre el suyo y palmeando suavemente con la mano sobre él, iniciamos el paso.

—Bueno reina, es hora de comprobarlo. Pero puedes estar tranquila, él no puede pedir tu cabeza, no es nadie.

Lo miro de reojo alzando una ceja. —¿Qué no? Con Rebeca a su lado, nada es imposible. Por conseguir un contrato vende su alma al diablo.

—Bueno, vale, acepto pulpo. Pero no te preocupes, no te va a faltar el trabajo. Si se diera el caso, tengo buenos contactos y siempre se puede tirar de agenda.

—Gracias, Toni, eres un encanto. Ahora vayamos a formar, que "la teniente O'Neil" está por llegar.

—¿Tú te has dado cuenta la cantidad de motes que tiene esta mujer?

Prorrumpimos en carcajadas a la vez que entramos en la sala principal. Ya están el resto de compañeros esperando de pie junto a la puerta de la sala de reuniones. Todos me miran con cara de "*¡Oh dios mío! ¿Qué te ha pasado en la cara?",* pero ninguno pregunta. Los saludo con cortesía y me pongo a un lado junto a Toni.

Desde el primer día que pise estas oficinas, Toni, es la única persona que siempre ha estado ahí para ayudarme en lo que me hiciera falta. Es una persona servicial, agradable y un amigo incondicional. Él sabe mis secretos y yo sé los suyos. Tiene treinta años, es un chico bastante atractivo y se cuida mucho, moreno de piel, pelo castaño oscuro, unos ojos grises muy llamativos y … Un novio alemán. Lo descubrí una noche que salimos de fiesta, cogimos una gran borrachera de esas que te sinceras hasta con el primero extraño que pasa por tu lado. Me pidió que le dejara probar una cosa, se lanzó a mi boca y me beso, se separó mirándome a los ojos y con una media sonrisa musito:

—Definitivamente no, no me van las mujeres.

Recuerdo estallar los dos a carcajadas, esa noche casi nos echan del local. Desde entonces comenzamos a quedar a diario, si no era para desayunar, lo hacíamos para comer. Él me contaba sus penas y yo le contaba las mías. Y aquí estamos los dos, siempre seremos la muleta el uno del otro, a quien cojee, el otro le ayudará.

Me aprieta del brazo y me susurra:

—Que viene, suéltate unos mechones de pelo en ese lado de la cara. A ver si pasa

desapercibido. ¿Sabes lo que estoy pensando? Que si el inglés ese, estaba cuando le hiciste el placaje al compañero y hoy te ha visto con esa cara, va a creer que eres una camorrista, de mecha corta, y te lías a palos, rápido. Yo creo que no dirán nada, te tienen que haber cogido pánico. —Intenta contener una sonrisa.

—¿Te he dicho alguna vez lo gracioso que eres, cuando quieres?

Rebeca viene directa hacia nosotros, su porte es, como siempre, impecable. Cuando llega a nuestra altura nos saluda a todos con un escueto buenos días, intentando simular una leve sonrisa. Los Bótox y los estiramientos no la dejan más que mostrar esa mueca extraña en un intento de sonrisa.

—Me debes el desayuno. —Susurra Toni entre dientes.

—Pedí que os reunierais todos aquí para haceros la presentación oficial del nuevo proyecto en el cual comenzaremos a trabajar desde hoy junto con la revista Vanity Looks de Londres. Juntas formaremos parte del proyecto Lady Sport. Una revista de gran tirada en Estado Unidos, que ha decidido ampliar el territorio de edición y publicación. El director y fundador de Lady Sport, el señor Yves Taylor, junto con su equipo de directivos, pasarán varias semanas en España para hacer un seguimiento del trabajo. Espero que todos estéis preparados para darlo todo y no decepcionarme. El más mínimo fallo puede provocar la ruptura del contrato, así que quien no esté dispuesto a trabajar al doscientos por cien, que recoja sus cosas y se marche de las instalaciones.

La estoy escuchando y me están entrando los sudores de la muerte. Me tiemblan hasta las piernas. Susurro entre dientes para que no me escuche le resto:

—Toni por favor no me sueltes. De aquí a la cola del paro, ya verás.

Aprieta mi brazo, y lo palmea para darme tranquilidad. Pero no lo consigue.

—Ahora pasaremos a sala de reuniones donde expondremos el nuevo trabajo a realizar. Repartiremos las tareas de cada uno. En cuanto la tengan asignada podrán abandonar la reunión y ponerse a trabajar. Esta tarde quiero ver las primeras muestras de lo que se podría hacer.

Abre las puertas de doble hoja y entramos como si fuéramos en procesión tras ella. En la gran sala de reuniones, hay una mesa rectangular para treinta personas preparada con libretas, bolígrafos, y agua, en cada lugar. Al fondo, en un lateral, hay cinco hombres cuyos rostros están girados hacia nosotros viendo entrar a toda la comitiva. Rebeca llega frente a ellos, que al verla se ponen en pie y le estrechan la mano. Acto seguido me mira a mí para que vaya a ocupar mi sitio a su lado. Voy con la mirada agachada hacia mi portátil y rezando para que no me reconozcan. Cuando llego a su lado Rebeca sin dirigirme la mirada me musita por lo bajo y en español para que no se enteren:

—Señorita Ochoa. Debería recogerse el pelo en condiciones. No da buena imagen.

Cuando alzo el rostro para contestarle sus ojos se abren como platos, los agujeros de su nariz se expanden y se redondean.

—¿Se puede saber qué le ha pasado en la cara? Como viene con esas pintas a una reunión tan importante donde hay que dar una imagen perfecta.

Me invento una excusa rápida. —Fue un accidente. Anoche resbalé en la ducha y caí de bocas contra el suelo. Pensé que con el maquillaje no se notaría tanto.

Me vuelve a mirar de reojo. —Aunque la mona se vista de seda…

«Será descarada y repelente. ¿Me está llamando fea en mi propia cara?» Resoplo y continuo con mi trabajo. Sin dirigir la mirada al frente, abro el portátil frente a mí y bajo la palanca de la silla disimuladamente. «*Así al menos quedaré escondida detrás de la pantalla*». Rebeca comienza haciendo las presentaciones. Voy transcribiendo todo lo que va diciendo. Ahora es el turno del señor Yves Taylor. Cuando comienza a hablar se me eriza la piel de todo el cuerpo y me paralizo, mis dedos no dan pie con bola. Esa voz, *«¡No!, no puede ser, esto no me puede estar pasando a mí»*. Alzo la vista de la pantalla y solo veo un cuerpo, se había puesto en pie para que todo el mundo lo viera, sigo con la mirada en busca del rostro del que proviene esa voz. Cuando me topo con su cara me quiero morir. Por un momento su mirada se dirige hacia mí. Desvió la mía de nuevo a la pantalla del ordenador. Ya no sé ni lo que estoy escribiendo. «¡*La madre que me parió!*», es el chico del hotel, bueno mejor dicho el tío que me tire en los baños de la discoteca. «*Ni al desayuno llego*». Me tiembla hasta el alma.

Comienza explicando en qué consiste Lady Sport. Me gusta el enfoque que le da, pero lo que no sabe, es que Rebeca no tiene planeado seguir esos pasos, quiere convertirlo en un circo de belleza. Finaliza y da paso a su compañero para explicarnos la forma que tienen de trabajar en Estados Unidos. Yves, vuelve a tomar asiento quedando de nuevo frente mí.

En una de las explicaciones, Rebeca no duda en cortar al hombre que está hablando en esos momentos, para dirigirse al director. «*Joder, joder… que es el director*».

—Señor Taylor, el enfoque de esta revista está dedicado a belleza de la mujer y al deporte. No es algo que se pueda hacer con deportistas reales. Muchas no entran dentro del estereotipo de la moda, además algunas tienen firmas de publicidad con empresas de ropas deportivas mediocres. Nosotros estamos acostumbrados a trabajar con grandes firmas y con modelos profesionales. Tenemos estudios especializados con decorados donde se pueden realizar las sesiones fotográficas y con el croma insertarlos en cualquier imagen de algún evento deportivo.

Cruza sus manos sobre la mesa, la observa y ladea la cabeza. No duda en demostrar su posición. —Señorita Rebeca, el formato de la revista, según nuestro acuerdo, debe de ser el mismo que aplicamos en Estados Unidos. Si no está dispuesta a respetarlo, háganoslo saber ahora mismo y no perdemos más el tiempo. «*¡Zasca! En toda la cara*».

Rebeca se ruboriza, con lo altiva que es ella, no esperaba ese corte y menos delante de todo su personal. Para intentar salir de atolladero que se ha metido, muestra una sonrisa y se dirige de nuevo hacia él.

—Señor Taylor, disculpe, quizá me ha malinterpretado. —Le hace ojitos—. No es que no quiera seguir los estándares de la revista, el problema está, en que usted debe de entender que el deporte femenino en España, no es como en Estados Unidos. Además, es una opción a tener en cuenta. Habrá deportistas que no quieran posar y si tenemos que cubrir todos los campos del deporte… Se podría dejar como un comodín.

La observa, pero no dice nada más, su mandíbula marcada indica que no le está gustando la encerrona de Rebeca. Firmaron unas condiciones que ahora ella intenta cambiar y llevar a su terreno.

Levanto la vista lenta, y disimuladamente. Lo encuentro con esos ojos verdes rasgados observándome sin disimulo. «*¡Dios mío! Que acabe ya la reunión y pueda salir de aquí. Al menos que me dé tiempo a recoger mis cuatro cosas personales que tengo en uno de los cajones*».

La reunión se da por finalizada tras quedar todo aclarado. Rebeca comienza a repartir las tareas al departamento de producción, y moviliza a todo el mundo a las tres de la tarde en el estudio principal. Está situado en la última planta del edificio, junto a la cafetería. Hay que recoger todo el material necesario y hacer inventario de lo que se puede necesitar. Por otro lado, da la orden de empezar a buscar a mujeres deportistas, dentro de unos parámetros, para posar en la primera edición de la revista. Conociéndola se volcará en deportes como la natación, la hípica, el tenis, o el pádel. Buscará todo aquel deporte donde se pueda lucir la feminidad. Nada de deportes donde la mujer vaya vestida al igual que un hombre, o ella considere un deporte poco glamuroso. Es lo único bueno que juega a mi favor. Nunca se presentaría ante un equipo de Rugby femenino. Recojo a toda velocidad dispuesta a salir a desayunar.

—Señorita Ochoa. Cuando regrese de su desayuno pase por mi despacho. Ahora puede retirarse, yo me quedaré con el señor Taylor, todavía tenemos cosas que concretar. —Alza una de sus cejas y lo repasa de arriba abajo.

Mis pensamientos no se equivocan y mi lado perverso está diciendo: «*Si reina, tú míralo, que lo que tú quieres yo ya me lo he comido*». Cierro el portátil y salgo de allí en plan, “piernas para qué os quiero”.

Toni me observa desde su mesa. Su cara es una muestra entre preocupación y miedo. Le hago una señal con la cabeza para que me espere junto a los ascensores y salir a desayunar juntos, como cada día. Dejo el portátil sobre mi mesa, abro uno de los cajones y meto mis pertenencias en el bolso mirando a ambos lados controlando que nadie me vea. «*Creo que no me quedan ni horas en esta oficina*».

—Reina, ¿Se puede saber qué demonios estás haciendo?, ¿Te ha dicho algo la “Cruela”?

Doy un respingo y me llevo la mano al pecho, Toni tiene el don del silencio, es ocasiones es como un fantasma, se mueve rápido y sigiloso.

—No, Toni, pero cuando te cuente ahora después, me entenderás. Vámonos de aquí ya. Por favor.

Salimos a toda prisa de las oficinas. Hoy prefiero desayunar fuera, no quiero que nadie escuche lo que le tengo que explicar. Aunque, si doña “Cruela” se ha enterado, a estas alturas, cuando regrese lo sabe el edificio entero.

Llegamos a un bar de esos “cutrillos” de barrio, donde van a desayunar los obreros con sus bocatas envueltos en papel de aluminio. Es el lugar más seguro, con lo finos que son todos

en la revista, no aparecerían nunca por aquí.

Nos sentamos en una de las mesas más apartadas de la vista al ventanal que da a la calle. Estoy en un estado de alerta y estrés máximo. Inspiro con fuerza, y expiro lentamente mirado a Toni a los ojos.

—Vamos por partes, ni se te ocurra reírte, ni interrumpirme. Cuando termine podrás decir y hacer lo que te dé la gana. Es muy fuerte. Lo que me pasa a mí, no le pasa a nadie.

Toni, levanta su mano y se la pasa por la boca haciendo el gesto como si cerrase una cremallera.

—Bien, no sé ni por dónde empezar. —Me tapo la cara con ambas manos, dando un respingo al sentir el dolor del roce en la hinchazón—. La he cagado y mucho. ¿Te acuerdas de que te explique esta mañana lo de los ingleses? Pues sí, son ellos. Pero el problema más gordo viene ahora. —Lo miro y tras hacer una pausa para volver a tomar aire le suelto a bocajarro: —Me he tirado al jefe. Sí, puedes parpadear y dejar de mirarme así. Me lo tiré, literal, en el baño de un local, y luego lo dejé colgado en el aseo de mujeres. Ni siquiera sabía quién era él. Me había encontrado con él en tres ocasiones. La primera fue a la llegada al hotel. Él estaba haciendo el cheking de entrada cuando yo salía. La segunda fue en el partido, allí estaba como un espectador más, y la tercera ya te la puedes imaginar, en el local donde fui a tomar unas copas. Ya sabes Chris Pratt, es mi debilidad y con unas copas encima, pues lo vi igualito, igualito. ¿No me puedes negar que se parece? A lo que iba que me disperso. El hecho está en que no sabía que era un participante del evento y mucho menos que fuera la persona con la que Rebeca tenía que cerrar el contrato. —Dejo escapar el aire con fuerza—. Me ha reconocido, de eso no cabe duda. Lo encontré un par de veces observándome por encima de la pantalla. —Alargo la mano y me quito un mechón de pelo que me cae sobre los ojos para mirar a Toni—. Antes de salir, Rebeca, con cara de pocos amigos, me ha pedido que me presente en su despacho cuando regresemos. Toni, estoy en la puta calle, ya verás. Ahora ya puedes disparar, que lo estás deseando.

Me mira unos instantes con el semblante serio, su cara empieza a hacer guiños y a transformarse en algo así como un gesto sorpresa. Su boca forma una enorme O, a la vez que se posa las manos en las mejillas. Parece un guiño al cuadro de Munch, pero este no refleja ansiedad ni angustia, todo lo contrario. Mantiene el silencio unos segundos más, hasta que al final dispara.

—¿Te has tirado a ese pedazo de tío? Madre mía, solo le faltan los dinosaurios alrededor, bueno… —alza una ceja y muestras su perfecta y blanca sonrisa—. Depende como se mire, también los lleva. ¡Eres la puta ama! Desde este momento soy tu fan número o uno, te voy a idolatrar y venerar, eres mi diosa. —Empieza a reír con sonoras carcajadas que hace que varios de los allí presentes se giren para mirarnos.

—Déjate de gilipolleces Toni. Esto es serio, que me veo en la calle y tengo un piso que pagar. Me he acostumbrado a vivir aquí, y no quiero tener que regresar a Bilbao, a casa de mis padres, como se suele decir, “con el rabo entre las piernas”.

—Tesoro, eso no lo tendrás que hacer. Sabes que tienes muchas puertas abiertas, además está tu equipo, ¿Pretendes dejarlas ahora? Mira, cuando tú coincidiste con el señor Taylor, no lo conocías, no sabías quién era, simplemente se trataba de una persona más, que al igual que tú, salió a disfrutar la noche y de paso llevarse un revolcón. ¿Él sabe lo de tu encontronazo con uno de sus directivos?

Estoy buscando la fotografía de día del partido en el estadio, cuando empiezo a pensar lo que me ha preguntado Toni. Ahora que lo dice, después del encontronazo me marche de allí con la cabeza bien alta y sin mirar atrás, ni siquiera preste atención a sus acompañantes. Uno de ellos recuerdo que sí dijo ¡Buen placaje!, pero no me giré a mirarlo. Ahora estoy segura de que fue él, ya lo había escuchado, antes, en otra situación, utilizar términos deportivos. Me ruborizo al recordarlo. Le muestro las imágenes en las que salimos varios hinchas junto al famoso jugador Richard Grey de la selección escocesa, en el estadio, Justo detrás, aparece él con la gorra puesta y las gafas de sol colgando del cuello de la camiseta, sonríe mientras nos observa.

—¡Joder! Nena, normal que atacaras, ¿tú has visto cómo está este hombre? —Observa la fotografía haciendo Zoom en la imagen.

Estiro el brazo y le quito el móvil de las manos. —El hecho está en que el susodicho no ha venido con ellos, y si se lo ha comentado a Rebeca, después de haberme visto la cara, ella sacará sus conclusiones y me dará la patada en el culo. Lo estoy viendo venir. —Me tapo el rostro con ambas manos.

—Tranquilízate, eso no sucederá. —Hace una mueca involuntaria con la boca—. Y de ser así, no te preocupes, hablaré con Tomás, ya sabes que trabaja para una editorial, y seguro que algún puesto te encuentra. Por otro lado, no hace falta que te diga que no tendrías que volver a Bilbao, en nuestra casa te puedes quedar todo el tiempo que necesites.

—Gracias, Toni. —Suspiro con desánimo—. Y lo peor está por llegar. La sola idea de que se enteren…, si no lo han hecho ya, sobre mi afición y del partido del sábado, me desespera. No los quiero ver allí haciendo fotografías como si formásemos parte de un circo, para la puñetera revista, sin tener en cuenta nuestro talento. —Me vuelvo a pasar las manos por la cara—. Que sea lo que dios quiera.

Toni coge mis manos entre las suyas y las aprieta con ternura.

—Vamos, intenta animarte. Regresemos ya, no le demos más motivos a "Cruela" para que nos ponga en su lista negra. Y te aseguro yo, que por llegar tarde y hacerla esperar, si es capaz de darnos una patada en el culo, a ambos.

Entramos como siempre, cogidos por el brazo entre risas y chismorreos. El leve trayecto en ascensor da para escuchar muchas burradas. Cuando se abren las puertas del ascensor y vamos a salir, nos topamos de morros con un diario abierto completamente por la mitad. El portador lo baja lentamente hasta que asoma su mirada, justo por encima, y nos escanea a ambos. Pasea su mirada de Toni hacia mí, y viceversa, después la desvía a nuestros brazos enlazados. Toni se apresura a soltarse y se despide desapareciendo tras un grupo que regresa de desayunar en el pequeño comedor. «*¡la madre que lo parió! Me ha dejado tirada*».

Yves Taylor, regresa su mirada al diario y de nuevo la alza para dirigirla a mi rostro. Intento hacerme paso por un lateral sin ni siquiera levantar la vista. Su voz suena autoritaria pero suave.

—Señorita… ¿Ochoa? —Alza una ceja a la espera de respuesta.

Se me eriza toda la piel del cuerpo al escuchar su voz pronunciando mi nombre. «*Pues no, no he conseguido pasar desapercibida*». Resoplo volviendo mis ojos hacia arriba. «*Ya la hemos liado*».

—¿Sí, señor Taylor?

—¿Me puede ayudar a localizar a este equipo? —Señala las páginas centrales del diario que mantiene entre sus manos.

Achico la vista hacia el diario y luego hacia él, las imágenes que aparecen son realmente pequeñas, pero se distinguen claramente. Tengo la sensación de qué o se está riendo de mí, o que se está haciendo el tonto, y me está poniendo a prueba. Así que vamos a averiguarlo, total, como se suele decir… "De perdidos al río".

—Yo no llevo los trámites de localización y contacto, solo soy la asistenta personal de la señorita Rebeca, que por cierto me está esperando en su despacho con urgencia. Lamento no poder ser de ayuda. «*Venga, reacciona, señálame y di que soy yo*».

Esos pequeños ojos verdes rasgados continúan fijos, escudriñándome, ladea la cabeza, a la espera de algo más. Me están empezando a temblar hasta los dedos de los pies. «*Va a ser, que si me ha reconocido*». Mantiene el silencio hasta que, con un movimiento afirmativo de cabeza y un gesto con la mano, me anima para que continúe mi camino. Doy el primer paso, y tal y como paso junto a su hombro, escucho un susurro en un tono lo suficientemente bajo para que nadie más lo escuche.

—El hielo a tiempo, baja bastante la inflación y evita otras consecuencias, aunque… también existen los cascos protectores.

«¡Buah!, qué bochorno». Lo sabe, vaya si lo sabe, por consiguiente, Rebeca también debe de saberlo. Agacho la cabeza y acelero el paso hacia su despacho. Cuanto antes termine todo esto, mejor. Me planto frente a la puerta y la golpeo con los nudillos. No he controlado los nervios y la he golpeado más fuerte de lo que pretendía. Varias miradas se posan en mí.

—Pasa, adelante. —Su voz es firme y suena a ofendida.

Abro la puerta y entro con paso decidido. Allí está, sentada en su amplio escritorio, con ambos brazos apoyados por los codos y sus manos extendidas con los dedos entrelazados frete a su rostro. Me observa detenidamente hasta que por fin se digna a dirigirse a mí. «*Odio esos silencios largos, me provocan incertidumbre*».

—Tome asiento señorita Ochoa.

Sigue sin apartar la mirada, está analizando mis movimientos. Alarga una de sus finas manos hacia uno de los cajones de su escritorio y saca un diario, el mismo que tenía Toni, lo planta delante de mí con un sonoro golpe sobre la mesa.

—¿Pensabas que no me iba a enterar? El golpe de tu cara, ese que decías que ha sido en

la ducha esta mañana, —Abre el diario de par en par y ahí estoy en las páginas centrales de deportes, las imágenes del placaje y yo comiéndome el césped, literal—. Creo que has arriesgado demasiado por nada. Tenemos una imagen que mantener, no quiero a mi lado una persona que venga cada dos por tres magullada, o simplemente que no venga por estar con una pierna o un brazo roto. No puedo despedirte… por ahora. Así que te he reubicado en otro departamento. Recoge tus cosas y sube al estudio. Abel te está esperando.

Mantengo el silencio. No me lo puedo creer, para ella solo cuenta la imagen, ni mi trabajo, ni mi sacrificio, con esta mierda de revista. ¿En serio ha intentado despedirme por practicar un deporte en mi tiempo libre?

—Otra cosa más señorita Ochoa. Espero que sea discreta, y esto no traiga problemas con el nuevo proyecto. Al más mínimo error, está despedida.

Mi mente va a mil por hora. «*Me parece que ya vas tarde*». Voy a recoger, pero en vez de subir al estudio, creo que voy a bajar directamente a la salida. Los americanos ya lo saben y encima se han interesado.

Salgo del despacho con la cabeza bien alta, no he hecho nada malo, excepto tener una jefa narcisista, a la que le puede su ego. Ya había recogido mis pocas pertenencias antes, así que me dirijo directamente a los ascensores. Toni me observa con la boca abierta de par en par, hace el intento de levantarse de su sitio, pero niego con la cabeza, no quiero que tome represalias con él. Le guiño un ojo, y alzo el dedo pulgar, indicándole que todo está bien, aunque no sea cierto. Después le señalo el móvil que mantengo en la otra mano, él ya sabe a qué me refiero con ese gesto. Soy consciente de cómo nos miran y no quiero más mal interpretaciones. Entro en el ascensor y subo a la última planta donde está situado el estudio de fotografía. Justo frente al restaurante de las oficinas. Desde el ascensor le envió un mensaje a Toni, para su tranquilidad.

Nahia Toni, efectivamente esta mujer es lo peor.*

Toni ¡Dime que no te ha despedido!*

Nahia Por ahora solo me ha degradado. Ahora formo parte del equipo de fotografías, voy camino del estudio. Además, sus palabras han sido claras, a la próxima, me pone de patitas en la calle* —Hago una mueca de desagrado, que observo en el reflejo de la pantalla.

Toni ¿En serio?, y ¿cuál ha sido el detonante?, ¿Lo del equipo o lo que sucedió en Inglaterra?*

Nahia Tan en serio, es más, no se ha cortado un pelo en decirme que ya había intentado despedirme, pero que ahora con el nuevo proyecto iniciado no la han dejado. El detonante ha sido ¡mi cara! En fin… en la comida te acabo de explicar. Nos vemos en un rato.*

Toni Suerte con Abel.*

Llego a la planta número diez, donde están situados los estudios de producción, pero para llegar hasta ellos he de atravesar por delante del restaurante. Camino sumida en mis pensamientos por el largo pasillo. Hecho un vistazo al restaurante y maldigo para mis adentros. «*¡La madre que me parió!*» Sentados en una de las mesas más próximas a la cristalera, se encuentra Taylor con todo su séquito de corbatines. Mantienen una conversación, al parecer bastante amigable. Alza la vista y me ve observándolos, su silencio y la desviación de su mirada, provoca que el resto gire su rostro, siguiéndolo, para ver que ha sido lo que lo ha interrumpido. Y allí estoy yo, dando los últimos pasos para acabar el recorrido de aquella pared de cristales y desaparecer de sus vistas. «*Está claro que hoy no es mi día*».

Llego frente a la puerta de producción, expiro con fuerza y toco con los nudillos en la puerta. Espero y espero, pero parece no haber nadie. Insisto esta vez con más ímpetu. Al poco se abre la puerta y asoma una chica rubia dejando la puerta entornada, por lo que no puedo ver parte del interior.

—En estos momentos, Abel está acabando un reportaje, no se le puede molestar.

Intenta cerrar de nuevo la puerta, pero soy más rápida y apretó una de mis manos contra el marco de la puerta, evitando que la cierre. Me mira con desconfianza y superioridad. Empujo la puerta y doy el primer paso hacia el interior. La chica cierra la puerta a mis espaldas y me adelanta con prisas, a la vez que va llamando a Abel. Me fijo en ella, tiene unas piernas larguísimas, su larga melena se contonea al ritmo de su cadera con cada paso. Tiene que ser una de las modelos de la agencia.

El estudio está iluminado con una luz tenue y no se ve movimiento de ningún tipo. Mientras espero que Abel haga acto de presencia voy observando todo lo que hay a mi alrededor, «*Nunca había estado aquí antes*». Grandes focos cuelgan del techo, otros están sujetos en caballetes. Hay varios reflectores y varias cajas de luz. En uno de los laterales hay montado un gran croma verde, y a su derecha hay un pequeño pasillo que da a varias salas.

Continuo con mi *tour*, al fin y al cabo, ahora es donde voy a trabajar. La primera sala que encuentro es de maquillaje. Hay varias butacas frente a un tocador que va de lado a lado de la pared. Dos pequeños armarios situados en la parte trasera y dos carros repletos de brochas, esponjas, y un sinfín de cosas que yo no sabría qué hacer con ellas. Voy hacia la siguiente puerta, esta vez hay dos juntas, según los carteles, vestuario y almacén. Asomo la cabeza en vestuario y me aseguro de que no hay nadie dentro. Es una habitación simple, dos bancos alargados y percheros por todas partes. En el almacén hago lo mismo, pero esta vez sí que me sorprendo. Hay una gran cantidad de percheros desde el techo al suelo, repletos de prendas de todos los tipos y colores, parecen estar ordenados por color y tipo de prenda, al fondo, en un lateral, varias cajas precintas.

Al final del pasillo ya solo queda una puerta, la zona de revelado. Abel debe de estar dentro. Miro hacia el piloto de aviso sobre la puerta y está en rojo, lo que quiere decir que no se debe abrir la puerta. Dudo si picar o no. Alzo la mano para llamar y antes de tocar la puerta, esta se abre. Abel da un paso hacia atrás, su cara está entre susto y sorpresa, no sabría definirla.

—Hola, ¿Abel? Soy Nahia, me envía Rebeca, la directora de producción.

Afirma con la cabeza sin dejar de mirarme. Sale de la habitación cerrando la puerta a sus espaldas y con una mano me indica que regresemos hasta el centro del estudio. Voy delante con paso decidido. Abel no hace por ponerse a mi altura, se queda en la retaguardia. «*Estará pasando revista a lo que le ha enviado Rebeca, ósea, a mí*».

Me paro justo en el centro y él comienza a rodearme con pasos lentos y una mano apoyada en su barbilla. Me observa sin perder detalle. «*Mal vamos, este hombre ya me está poniendo nerviosa*».

—Bien, Nahia. Así que te envía Rebeca. —Hace una mueca alzando una de sus cejas—. ¿Te ha dicho cuál será tu función aquí? Como verás, —Gira su cuerpo con un brazo extendido señalando todo el lugar—. Aquí solo estoy yo y las modelos. El personal de maquillaje, peluquería y atrezo suele venir sobre las tres de la tarde. No me gusta que se me moleste cuando estoy creando, y menos cuando estoy en la zona de revelado.

Se aproxima aún más a mí. Sus ojos me miran casi sin pestañear. Es un hombre atractivo, seguro de sí mismo, sabe el poder de atracción que tiene sobre las mujeres. Alto, pelo castaño rapado casi al uno. Unos ojos negros brillantes, en los que se pueden llegar a ver el reflejo de la luz, con unos aros de un tono grisáceo. Con aquella iluminación incluso me arriesgaría a decir que parecen plateados. En cambio, el contraste llega en su vello facial, la barba de tres días, es cobriza. Hace que sus gruesos labios resalten aún más. Ladea su cabeza y pasa la punta de su lengua sobre su labio superior. Continúa mirando esperando una reacción por mi parte, pero hoy no tengo yo ánimos para historias. Pongo los brazos en jarra y dejo el peso de mi cuerpo apoyado en una sola pierna.

—Bueno, entonces ¿qué puesto voy a ocupar yo aquí?

Con una sonrisa de las de "*te vas a cagar*" me señala el pasillo.

—Pues, de entrada, te encargaras de atender a todos los que lleguen y ayudarlos en lo que sea necesario. Cuando no esté el personal, como es el caso, te quedarás en el almacén. Seguro que ya has visto que hay unas cuantas cajas al fondo. Es el nuevo material, tendrás que colocarlo en las perchas, para que cuando lleguen los de atrezo los adecuen como es necesario.

Se gira para marcharse de nuevo a la sala de revelado, pero antes de dar el primer paso gira su rostro para mirarme de nuevo.

—Por cierto, cuando llegue maquillaje, si quieres, les puedes pedir que te ayuden con ese desastre.

Me quedo con la boca abierta como una idiota, observado cómo se va por el pasillo con las manos en los bolsillos y silbando una melodía que no reconozco.

Me dirijo hacia el almacén, «*menuda jugarreta la de Rebeca*». He pasado de ser ayudante de dirección a… ¿A qué?, ¿Mozo de almacén? No sé ni donde catalogar este puesto de trabajo. Estudios de edición y una carrera de administración para acabar en un almacén colocando ropa.

Abro la primera caja y no sé por qué no me sorprende ver que son equipaciones. Miro los remitentes y como no, grandes marcas de deportes femeninos, incluso equipaciones que todavía no han salido a la venta. «*Publicidad a coste mínimo*».

Las primeras son todas de deportes de "Raqueta" por así decirlo. Faldas ridículas de dos palmos llenas de tablillas, y camisetas ajustadas tipo polos sin mangas, incluso hay un par de

vestidos elásticos. «*¿En serio van cómodas?*». Esto refuerza los mandatos patriarcales para sexualizar el cuerpo femenino. Menos mal que las normas van cambiando, y paso a paso se están consiguiendo logros, pero la hipersexualización de las equipaciones para las tenistas y otras deportistas, seguirá produciendo controversia dentro y fuera del mundo del deporte, y no es de extrañar.

Siguiente lote, «*a ver que me encuentro*». Estiro de los precintos, levanto las solapas de la caja y sorpresa, no podían faltar los trajes de gimnasia rítmica con su "brilli brilli", cargados de pedrería y lentejuelas. «*Con mi cuerpo serrano, estaría monísima con uno de estos. Sería lo más parecido a una lechuga atada*». Me entra la risa tonta nada más de pensarlo. Todo el equipo, vestidas así, seriamos un verdadero espectáculo de circo. No sé si estos son modelos que todavía no han salido a la venta, y no se pueden filtrar por ahora, pero es que no puedo parar de mirarlos. Saco el móvil y les hago una fotografía rápida. Luego se las mandaré al grupo, les diré que es la nueva equipación. Las risas están aseguradas.

Ya es casi la hora de ir a comer, ahora tan solo tengo una hora, antes, con el horario de Rebeca tenía hora y media, y esa media hora se nota. Ahora toca correr, por lo que no me puedo ir muy lejos, mando un mensaje a Toni que nos vemos en la cafetería. Cojo el bolso y salgo por el pasillo, solo se escucha una risa tontorrona que proviene de la sala de revelado. «*Me parece a mí que ese es el cuarto oscuro, en más de un sentido*».

Apenas hay gente, busco una mesa para dos lo más alejada posible de las zonas de paso de la gente y de las cristaleras, y a poder ser pegada a una pared. Rápidamente, veo una libre a un lateral de la barra cerca de la puerta de las cocinas. Esa es perfecta, nadie quiere sentarse en un lugar donde hay camareros entrando y saliendo, y con el olor constante a comida. Dejo el bolso en el respaldo y tomo asiento de espaldas al resto de las mesas. Mientras llega Toni, les mando un mensaje a las chicas.

Nahia Jovenzuelas, os enseño la nueva equipación para el año que viene. Todavía no se ha dicho oficialmente, así que máxima discreción.*

Añado un emoticono de un demonio y acto seguido adjunto la fotografía. No pasan ni dos segundos desde que he dejado el móvil sobre la mesa, que empiezan a bombardear los mensajes en el grupo.

Suri ¡La madre que té parió! Íbamos a estar divinas de la muerte con nuestros cuerpos macizorros.*

Lali Perdona bonita, pero yo siempre estoy divina. Es más, me parece un traje precioso. Si algunas deportistas lo llevan, ¿por qué nosotras no?*

Suri En serio Lali, estás fatal, háztelo mirar.*

Marta Pues chicas, yo no me pongo eso ni, aunque me paguen. Me parece bastante vergonzoso que en otros deportes las mujeres deban de lucir tipito, en vez de ser más valoradas por su esfuerzo.*

Nahia Chicas, ¿os imagináis haciendo una melé vestidas así?, todas con el culo en pompa. ¡He! Seguro que llenaríamos el estadio.*

Suri Si claro y luego comeríamos plátanos y cacahuetes durante una semana, por todos los que nos lanzarían.*

Empiezo a reír a carcajadas, se me saltan hasta las lágrimas. Estos momentos de desconexión. por leves que sean, siempre vienen bien. Cuando me logro controlar escucho una voz a mi lado.

—Reina tú liándola como siempre. —Toni alarga la mano y me aprieta el hombro antes de dirigirse a su asiento.

Nahia Chicas os dejo que voy a comer. Nos vemos en el entreno.*

Dejo el móvil a un lado sobre la mesa y me centro en Toni. Resoplo y le muestro una sonrisa.

—Como la he liado, "pollito".

—"Ná", no te creo. —Hace una serie de aspavientos con la mano en alto—. Tan solo se ha enterado todo el departamento entero, incluso hasta la señora de la limpieza. Ahora… lo mismo te piden autógrafos y todo —Fuerza una sonrisa enseñando sus blancos y alineados dientes.

—Pues lo siento por ellos, ahora trabajo en las mazmorras del castillo, será un trabajo arduo el poder llegar hasta mí.

—Fuera de coña. —Su rostro se entristece—. ¿Ahora qué piensas hacer? Sabes que va a ser cuestión de horas que las voces corran por todo el edificio.

—Toni, eso es lo que menos me preocupa. Mirándolo por el lado bueno, ya no me tengo que esconder de nada. Lo que si me preocupa es la reacción de Rebeca cuando se entere de

que Taylor se ha interesado por mi equipo. Eso no entra en sus planes de los reportajes. Ella tiene planeado una serie de acciones que a los americanos no les va a gustar nada, pero después de hecho y editado, no podrán dar marcha atrás. Si la propuesta del señor Taylor llega a sus oídos, entonces, sí que estoy en la calle. Ahora me vigila con lupa esperando que cometa el mínimo fallo.

Toni está perplejo mirándome y escuchado lo que le digo.

—A ver, espera, qué me he perdido. Entonces… ¿Me estás diciendo que él lo sabe?, ¿sabe que eres tú?

Afirmo con la cabeza a la vez que aprieto los labios. —Ocurrió justo cuando me dejaste tirada en la salida de los ascensores, ¿Recuerdas?

—No te deje tirada. ¿Tú viste como nos miraba ese hombre? Allí sobraba alguien, y no eras tú precisamente.

Pedimos el menú del día, y entre plato y plato le explico un poco cómo es el estudio.

—Y con Abel, ¿qué tal? Tengo entendido que es un picaflor de narices, que prueba casi toda la mercancía que llega al estudio, así que vete con ojo.

—No cal que lo jures, tiene toda la pinta. Además, sinceramente, no me extraña, le tienen que caer todas en bandeja. Es el típico guaperas de un polvo de una noche y si te he visto no me acuerdo.

—Ósea como tú, pero versión masculina. —Me guiña un ojo, mostrando una sonrisa.

—¡Ten amigos para esto! Perdona, pero yo no soy así, simplemente busco un príncipe rojo, no azul, y por ahora los que me encuentro son descoloridos. Es la única manera de dar con él, probando.

—Tendrás morro… Igualdad es en todos los sentidos, así que, si él es picaflor, tú también.

—Vale, “Pá ti la perra gorda”. Como decía mi abuela.

—Que tiene que ver una perra en todo esto, ¿qué tenía tu abuela en contra de los pobres animales obesos?

Pongo los ojos en blanco— Una perra era como llamaban a las monedas en su época. Como el duro, las cinco pesetas.

—Ya estamos, no me líes, que ya estás jugando al despiste.

Toni se está comiendo un flan de postre, y de golpe se queda con la cuchara a mitad de camino de la boca, y está abierta de par en par.

—No te gires, pero tenemos al señor Taylor justo dos mesas más atrás. Está sentado mirando en nuestra dirección y no quita ojo.

Me atraganto al escucharlo, el último bocado de fruta se me va por mal sitio, y Toni tiene que levantarse a golpearme la espalda. «*¡Que pase ya este maldito día!*»

—Anda toma. —Alarga el brazo y me ofrece un vaso de agua que acepto con gusto—. Si lo llego a saber no te digo nada. Mira, lo mejor será hacerte a la idea de que ahora es uno más de la revista. Durante estas semanas lo vas a estar viendo si, o sí. No te queda otra que habituarte, o cualquier día morirás ahogada en tu propia saliva. —Aguanta una carcajada.

—No creo que llegue a hacerme la idea nunca. Tú no sabes lo que me provoca cada vez que lo veo. —Toni, ladea su cabeza arrugando el entrecejo.

—No, no lo sé, pero cuéntamelo. ¿Qué es lo que te provoca?, y dime algo que yo no sepa, porque no es por nada, pero entre Taylor y tú parece fluir una corriente invisible al resto.

Me ruborizo ante su comentario. ¿Tan predecible soy para él?

—Toni, es una mezcla de sensaciones, atracción, deseo, necesidad, placer, vergüenza, inseguridad, y un largo etcétera. Por un lado, no dejo de acordarme del día que lo conocí, te aseguro que si tú lo hubieras visto como yo… opinarías de la misma manera, es atractivo, tiene un cuerpazo y ya ni te cuento el resto, es de aquellos hombres que solo te encuentras una vez en la vida. «*Y eso que solo fue un polvo rápido*». Por otro lado, me avergüenzo, es el propietario de la revista con la que se ha firmado el nuevo proyecto y, por si fuera poco, a eso le sumamos el altercado en Londres con uno de sus directivos. Al final voy a tener que agradecer que Rebeca me haya degradado y enviado a otro departamento. Cada vez que me cruzo con él, sus ojos están fijos en mí, es que ni siquiera parpadea. En tan solo cinco horas ha puesto mi mundo patas arriba.

—Pues tienes dos opciones. La primera, pasa de él, dedícate a hacer tu trabajo, he ignóralo y no te compliques, fue un “polvazo” de una noche y se acabó. O la otra opción que sería todo lo contrario, jugártelo todo a una carta y esperar a ver qué pasa.

Me pongo ambas manos ante la cara, bajo la mirada hacia el reloj, hora de regresar. Retiro la silla despacio y cojo aire, toca volver a cruzar la mirada con él. Nos levantamos y

como cada día vamos a pagar, espero que Toni me ofrezca su brazo, pero esta vez no lo hace, ese gesto me pone en alerta. Yves Taylor, observa cada uno de nuestros movimientos. Cuando me despido de Toni en la salida del restaurante, miro de reojo y continúa mirándome. Frunce su ceño levemente, como si algo de lo que ha visto no le cuadrará. «*Claro que no le va a cuadrar, como que ya no trabajo en los despachos, me han degradado por mi cara bonita*». Acelero el paso y regreso a la mazmorra.

Todavía no ha llegado nadie, ni siquiera está Abel. Me meto en el almacén y continúo colocando ropa en las perchas. Pasada una media hora empieza a llegar todo el personal. Las chicas de maquillaje son las primeras en hacer acto de presencia. Se presentan y van directas a su sala a preparar el material que necesitan para hoy. Los de atrezo son los siguientes, un grupo de dos chicos, dos chicas y una mujer de la edad, quizás de mi madre, eso me llama la atención, creo que es la primera persona que veo que supera los sesenta. La señora se acerca y se presenta muy educadamente.

—Hola, bonita, soy Montserrat, la encargada de que todos estos trapos estén limpios y planchados. —Alarga su mano para estrecharla con la mía—. Supongo que te ha tocado a ti sacar toda esa cantidad de ropa que han mandado, a este paso no sé dónde la vamos a meter, tengo entendido que mañana llegarán otro montón de cajas.

El resto del equipo de atrezo ni siquiera reparan en mí, entran directos a seleccionar ropa y a colocarlas en varias perchas móviles. Montserrat se acerca de nuevo a mi lado.

—A estos, ni caso, ya verás, es como si no estuvieran. Los pobres, cuando llegan las modelos no tienen tiempo ni de respirar. En cambio, a esas… sí que es mejor que ni te acerques, hay cada una, ya lo verás por ti misma. Bienvenida al equipo.

—Gracias, Montserrat. Intentaré ayudar en lo que pueda. Nunca he hecho esto antes, así que voy bastante perdida. No sé cuál es mi lugar aquí.

—Se lista, y que tu lugar solo sea el almacén, créeme. —Me guiña un ojo y sale con varias perchas en los brazos hacia otro cuarto que se me había pasado por alto esta mañana. Supongo que será algo así como la lavandería. Es curioso como la pequeña puerta queda camuflada con las paredes del pasillo. Como sí, aquella habitación no tuviera que existir a la vista del resto.

Pasan las horas rápidamente. No sabe nadie las ganas que tengo de salir de aquí. Esta última hora ha sido una auténtica locura. La gente corriendo de un lado a otro, un flash dando fogonazos a diestro y siento por todos los sitios. Abel chillando cada dos por tres con los cambios de atuendos, por los maquillajes, y por los peinados. Alguna que otra modelo con la típica rabieta de niña caprichosa por no poder lucir el modelo que lleva otra de sus compañeras, vamos un caos.

Recojo mi bolso y me despido hasta el día siguiente, nadie se digna a contestar por lo que cierro la puerta a mis espaldas y corro por el pasillo hasta llegar a los ascensores. No me apetece encontrarme con nadie más por hoy. Necesito salir de este edificio lo antes posible. Voy bajando en el ascensor rezando para que no se pare en ninguna planta, al menos no en la de mi antiguo puesto de trabajo. Pasada esa planta dejo escapar el aire que al parecer retenía, sin ser consciente de ello, en los pulmones. Al salir a la calle inspiro con fuerza. «*Menos mal, aire*». Me pongo los auriculares y camino dirección al metro. Paso por delante de una parada de taxis, y no podría ser de otra manera, el grupo de corbatines al completo. Bajo la mirada, ignoro lo que acabo de ver y continúo caminando esta vez a paso más rápido. «*Lo siento guapo, pero ya he tenido suficiente por hoy de ti*».

Capítulo 5

Por fin estoy en casa. Me quito los puñeteros tacones, que, aunque sean bajos, después de unas cuantas horas de pie, fastidian igual. Me cambio de ropa por algo más cómoda y me estiro en el sofá. Alargo el brazo hacia el teléfono para ver si hay alguna llamada en el contestador. «*Nada, cero, ni una triste llamada, no me llaman ni los pesados de la fibra*». Tengo casi una hora para poder relajarme antes de ir a entrenar. Me acurruco de lado y pongo la alarma del móvil en media horita, por si me quedo dormida.

Suena la alarma. Estiro la mano y la apago. Me levanto y voy directa al baño, una ducha rápida para despejarme y quitarme los kilos de maquillaje que tuve que ponerme esta mañana. Me coloco mi chándal y mis deportivas. Miro que no me deje nada de la mochila y salgo de nuevo camino del campo de entrenamiento.

Al llegar al estadio freno en seco mi paso, y miro hacia las gradas. Ha venido gente a vernos entrenar, esto no había pasado nunca, se me hace extrañísimo. Entro rauda en los vestuarios, no sé por qué, no me sorprendo al ver las taquillas forradas con los recortes de los titulares y las imágenes de los diarios. En la mía, como no podía ser de otra manera, han colocado las imágenes que tantos dolores de cabeza me están provocando, además, literalmente. Me giro con mi mochila al hombro, achicando la mirada, estiro el brazo y las señalo a todas.

—Sois un poquito cabronas, pero nada, solo un poquito.

Suri intenta retener una carcajada, pero de su garganta emerge un sonido extraño que le escapa por la nariz. Es el detonante perfecto para que todas comiencen a reír a boca abierta. Al final me acabo uniendo a ellas.

Marta se pone a mi lado y observa las imágenes.

—Nahia, no lo puedes negar, las imágenes son espectaculares. —Se gira de nuevo hacia su taquilla.

—Ya, —La miro entornando los ojos—. Y el resultado de mi cara, también.

—Por cierto, —Lali deja su bolsa a un lado para sentarse en el banco—. ¿Habéis visto que hay gente en las gradas?

Suri levántala vista hacia ella. —Sí, lo máximo que había llegado a ver allí arriba sentadas, eran amigas nuestras o familiares. Parece ser que el diario ha sido un reclamo para los curiosos. Creo que no es el momento de dejar entrar a nadie en los entrenamientos estando a cinco días de la final. Llámame mal pensada, pero podrían ser ojeadores del equipo contrario.

—Ya estamos… Suri, el equipo contrario deben de estar hartos de vernos, ¡joder! No nos quites la ilusión, han venido a vernos por nosotras, por nuestros logros.

Suri levanta las manos y se gira dando la espalda a Marta. —Solo digo que, para mí, ahora no es el momento.

Suenan unos golpes en la puerta.

—¿Chicas estáis visibles?

—¡Sí! — Gritamos todas al unísono como si contestásemos a la profesora de la escuela en primaria. Stefan, el pobre hombre siempre tan correcto y comedido.

Abre la puerta, entra, y pasea su mirada por el vestuario.

—Vaya, no habéis perdido el tiempo. Quiero felicitaros de nuevo por el gran logro que habéis conseguido. Pero no por ello quiero que os relajéis. El fin de semana jugamos la final contra un equipo que lleva dos años consecutivos siendo las ganadoras de la liga y con mucha ventaja de puntos respecto al resto de equipos. —Señala la fotografía de mi taquilla y mi cara —. Esto que le paso a Nahia, no es nada con lo que os va a ocurrir a todas, este sábado. Es un equipo con una defensa dura, y de gran corpulencia, son unas perfectas estrategas en el campo. Por ello, hoy no vais a entrenar solas.

Nos pilla a todas por sorpresa y nuestros rostros nos delatan. Antes de que podamos replicar, levanta un dedo para que mantengamos el silencio.

—Una parte del equipo masculino, de los Black Blossom, de Estados Unidos, están de vista en Madrid. Se han interesado por vosotras gracias al diario, y se han ofrecido voluntarios para ayudar a entrenaros y enseñaros otras técnicas. Recordar que el Rugby en Estados Unidos, futbol americano como ellos lo llaman, se juega de diferente forma, es más agresivo.

Os enseñarán y practicaréis con ellos, serán como vuestros *Sparrings*. Aprovechar el tiempo que tenéis al máximo. Esta situación pocas veces se repite en la vida. Ahora, si ya estáis todas preparadas y no tenéis ninguna pregunta, venga a calentar, quince vueltas al campo.

Dorita que se ha mantenido callada desde la llegada, levanta una mano temblorosa.

—Señor Stefan, entrenador. Disculpe, pero somos un equipo de mujeres, como nos vamos a enfrentar a un equipo de hombres. Ellos son fuertes y corpulentos, además en este deporte, con tanto contacto, no sería moral. —Se ruboriza.

Stefan, resopla y se lleva una mano a la frente rascándose, para tapar su gesto disimuladamente. Suri se le adelanta, no le deja tiempo a contestar.

—Dorita, guapa. A ver cómo te lo explico. El rugby es un deporte de contacto, vale hasta ahí estamos de acuerdo. Antiguamente, la mujer no podía formar parte de según qué deportes. Con los años se ha ido evolucionando y hemos ido ganando terreno y derechos que nos eran negados solo por ser mujer. Ahora por fin lo hemos conseguido y podemos demostrar nuestra valía al igual que ellos. Y que mejor manera que haciendo las cosas en común. Aprendiendo juntos los unos de los otros. Vale que sus cuerpos son enormes y nos duplican en fuerza, pero nosotras tenemos otras armas. —Levanta una ceja— ¿Hace falta que te lo explique también? Nena, deja el hábito colgado en la taquilla y espabila. El mundo está lleno de tiburones, y si no lo haces, al final te acabarán comiendo.

Le doy un codazo en el costado y le susurro—¡Qué bruta eres! Con lo bien que has empezado y al final le has lanzado la bomba.

—¿Qué te juegas, que esta, al primer contacto, se nos desmaya?

—Acepto tu apuesta. Las cervezas de después. —Le guiño un ojo y nos preparamos para salir.

Dorita se ha quedado la última, creo que está dudando incluso en salir, le tiemblan las piernas.

—Dori, —Nada más nombrar ese diminutivo me viene a la cabeza, eso de *"sigue nadando, sigue nadando"*. Tapó mi boca con la mano, intentando aguantar la carcajada, hasta qué logro serenarme—. Tranquila, Suri es muy bruta a la hora de decir las cosas, pero es cierto. No sé qué costumbres tenéis en vuestro pueblo. Pero si quieres sobrevivir aquí, debes dejar atrás muchos prejuicios. Estamos a una semana de la final, esos chicos nos van a enseñar a ser más duras y a soportar golpes como estos —Me señalo la cara—Míralos como al entrenador, como si fueran profesores, o simplemente como si fuera el equipo contrario y hoy fuera esa final. Podemos intentar ganar, perderemos si así está decidido, pero nunca abandonaremos. Recuerda, la fortaleza no llega de la capacidad física, llega de una voluntad indomable.

Me retiro de su lado y paso a primera posición para saltar al campo junto a Suri.

—Me ha encantado esa última frase.

La miro de soslayo mientras doy el primer paso hacia el césped.

—A mí también me gusto cuando la leí. Mahatma Gandhi. —Le guiño un ojo y comienzo a calentar.

Llevamos dadas diez vueltas al campo, y ya estoy sudando como un pollo. La temperatura ya empieza a ser bastante alta, a estas horas, en esta época del año. Algunos pelos se han escapado de la coleta y los tengo danzando, con el trote, delante de los ojos. Suri hace un Sprint hasta colocarse a mi lado.

—Ya vienen.

Giro mi rostro hacia el túnel de vestuarios y de la impresión freno en seco provocando que el resto que viene detrás, unas choquen contra mí y otras apenas logren esquivarme.

—¡Ahí va, la hostia!

Saltan al campo ocho jugadores vestidos con sus equipaciones, no les falta detalle, hombreras, espinilleras, y los cascos bajo el brazo.

—Pero… ¿Dónde van esos bestias, que aquí no usamos eso? —Suri se agarra de mi brazo con ambas manos.

—Estos de un porrazo nos mandan a las gradas. ¿Tú has visto qué tíos?

Vuelvo a coger el ritmo y continuamos corriendo. Giro la cabeza hacia atrás para ver el rostro de mis compañeras. Están alucinando. Dori que está al final del todo, en la fila, corre y se santigua a la misma vez. —Niego con la cabeza—, *«Pobre muchacha»*. Como capitana, tengo que intentar animarlas. Aminoro la velocidad, giro mi cuerpo de espaldas y continúo corriendo de ese modo, para quedar de cara a ellas, y repito chillando para que todas me escuchen.

—La fortaleza no llega de la capacidad física, —los señalo con una mano—. Llega de una

voluntad indomable. —Giro mi cuerpo de nuevo y marco un Sprint al que todas me siguen. «*Al final, voy a hacer mía la frasecita de Gandhi*».

En la última vuelta, bajamos el ritmo, y vamos haciendo estiramientos, hasta llegar frente a Stefan, que se encuentra en el centro con los Black Blossom. Tienen los cascos colocados y llevan pintadas dos rayas negras bajo los párpados. «*Americano total*».

—Espartanas, os presento a una parte de los Black Blossom. Juegan en la liga americana, ahora mismo su equipo está en cuarta posición en la tabla de clasificación. —Hacen un gesto de saludo inclinando la cabeza, al que nosotras correspondemos de igual manera—. Jason entiende y habla español. Él actuará de traductor para ambos lados. Aunque algunas de vosotras también habláis inglés por lo que podréis echarle una mano. —Me indica con la mano que me acerque a él—. Ella es Nahia, capitana de las espartanas y talonadora del equipo. —Los saludo alzando la mano, dos de ellos saludan, pero no levantan la cabeza—. Bueno, chicos… todas vuestras. —Suelta una carcajada—. No me las rompáis.

El grupo se dispersa y Jason se dirige a mí para hacer grupos con las chicas. Me explica que puesto ocupa cada uno y me pregunta por nosotras. Conseguimos colocarlos a todos, aunque iremos rotando los puestos. Cuando ya estamos listas, uno de ellos, un tal Morrison, al menos es lo que pone en su camiseta, pregunta con curiosidad.

—¿Dónde están vuestros cascos, y protecciones?

Me paso una mano por la frente para retirarme unos mechones de pelo que me caen sobre los ojos y de paso mostrar el moretón.

—Aquí no jugamos como en Estados Unidos. No usamos cascos, ni hombreras, solo un protector bucal y en algunas ocasiones, sobre todo quien ha tenido una lesión, unos cascos de cintas acolchados.

Alza una ceja a la vez que se une a su equipo, y musita —Pues deberíais utilizarlo. Sería una lástima ver esa bonita boca sin dientes. —A modo instintivo me llevo la mano a la boca. «*Será pedante el tío*».

La siguiente media hora la dedicamos a aprender de ellos. El tal Morrison es una persona altiva, con una seguridad arrolladora. Dirige y corrige cualquier situación en el campo. Parece que tenga cuatro ojos.

A la hora de practicar la melé, es lo más complicado con ellos. La diferencia de altura y envergadura, hace que sea casi inviable. Al final optamos por cuatro de nosotras contra dos de ellos. Es como tratar de mover un muro de hormigón de un metro de ancho, y con las hombreras, que ocupan el mismo espacio que dos cabezas, aún más difícil. De ahí vamos al lanzamiento de balón, tanto con la mano, con patada. Nos enseñan la técnica de pase de balón que ellos más utilizan. Consiste en sostenerlo a la altura de la oreja, estabilizándolo con la otra mano y a la hora de lanzar hacerlo con un movimiento circular.

—Con rapidez, mover el brazo con el que haréis el lanzamiento hacia delante formando un arco circular. Soltar el balón a la mitad del círculo. Vuestra mano vacía deberá dirigirse hacia vuestra cadera no dominante y mantener la palma, lejos del cuerpo. Practicar este movimiento unas cuantas veces antes de soltar el balón.

Entrenamos varias veces el lanzamiento hasta que conseguimos que sea perfecto. Ahora toca el turno del chute del balón a palos. Esta vez me adelanto a ellos. Sujeto el balón con firmeza entre mis manos, calculo mentalmente el recorrido y el ángulo. Desconecto de todo lo que hay a mi alrededor, me alejo del ruido, de la gente. Me aseguro que las cuerdas del balón estén mirando hacia fuera, lo dejo caer de mis manos y golpeo con todas mis fuerzas. Sale lanzado a gran velocidad y pasa entré los palos perdiéndose a la vista. Mi equipo comienza a chillar y dar saltos de alegría. «*Chicos ¿Cómo se os ha quedado el cuerpo?*» Uno de ellos da una sonora palmada en el aire, he irrumpe en carcajadas. Otro golpea el hombro del tal Morrison y le musita señalando hacia mí:

—¡Esta chica es muy buena! Ahora no nos hagas quedar mal.

Todos me felicitan cuando llego junto al grupo. Ahora es el turno de Morrison. Pasa por mi lado hacia Stefan que le entrega un nuevo balón. Lo sujeta con ambas manos y rápidamente lo deja caer gritando a la misma vez.

—¡Cuerdas fuera!

Se me eriza el vello de todo el cuerpo. Esas palabras, ese tono. «*¡No puede ser*! *Estoy alucinando, esto no puede ser cierto*». Inspiro y respiro con fuerza cerrando los ojos. Intento deshacerme de esa idea absurda de mi cabeza. Creo que ya estoy viendo fantasmas donde no los hay. Al pasar de nuevo por mi lado, hace un gesto afirmativo con la cabeza y alza su dedo pulgar. Levanto el mío y repito su gesto, intentando evitar mostrar la rigidez que tengo en

todas mis articulaciones, en estos momentos. Estoy en un estado de alerta fuera de lo normal.

Stefan nos llama de nuevo para reunirnos en el centro del campo.

— Hoy nos hemos alargado más de la cuenta. Falta media hora hasta que se apaguen las luces del campo. ¿Qué os parece un partido? Tenéis la oportunidad de poner en práctica todo lo que habéis aprendido hoy y de paso, enseñarles cómo se las gastan las españolas. —Alza la comisura de sus labios— Es lo que más me enamoro cuando llegue a este país. La fuerza y el coraje de estas mujeres, es inigualable. Bueno… y la cabezonería y el carácter fuerte, también.

Uno de ellos, tras escuchar las palabras de Stefan, nos observa y entre risas da unos pasos hacia atrás alzando las manos en son de paz. Es inevitable que, tras ese gesto, todos comencemos a reír.

Las chicas nos colocamos en nuestro del campo. Nos agrupamos como hacemos siempre antes de cualquier partido, unimos nuestras manos al centro y grito con fuerza:

—¡ESPARTANAS! —La respuesta es inmediata.

—¡JU JAAAA!, ¡JU JAAAA!, ¡JU JAAAA!

Corremos al centro del campo y vamos ocupando posiciones. Llega el turno de los chicos. Se posicionan en una formación triangular. Se empiezan a golpear con las palmas de las manos en el pecho y en los antebrazos con un ritmo acompasado. Morrison lanza un grito parecido al alarido de un animal herido. Desabrochan sus cascos y los lanzan fuera del campo.

No les vemos los rostros con claridad, pero parecen ser todos más o menos de la misma edad. Quizá, el más mayor, este cercano a los cuarenta. Van colocándose en formación ocupando sus posiciones estratégicamente.

Stefan ya se encuentra en el centro con un silbato entre los labios. Lo hace sonar a la vez que nos entrega el balón. Comienza el partido.

El balón es nuestro. Suri corre por el centro, es mucho más ágil y rápida que muchas de nosotras, pero no logra escapar de un jugador que se lanza sobre ella. Antes de tocar el suelo consigue pasar el balón a Marta que está a poca distancia detrás de ella. Corre con el balón entre sus manos, apenas quedan un par de líneas para llegar, hace un pase hacia Dorita que corre a su espalda. Esta, al ver que dos de los jugadores contrarios se abalanzan sobre ella, ni siquiera mira quien tiene cerca, frena en seco y deja escapar el balón. Uno de ellos lo pilla al rebote y lo chuta con fuerza hacia la otra banda del campo donde ya están esperando varios jugadores, uno de ellos salta en el aire y consigue coger el balón. Corren y hacen pases largos y rápidos entre ellos, es casi imposible alcanzarlos. Varios intentos de placajes son fallidos, se escapan y acaban anotando el primer touchdown. El partido continúa siendo más de lo mismo. Tan solo son ocho jugadores, pero nos están vapuleando como si fueran quince. Hemos conseguido puntuar algunos tantos, pero no los suficientes. «*Al menos no nos iremos con el contador a cero*».

Estamos en la última jugada, la posesión del balón es nuestra. Lali se ha hecho un hueco por la banda y corre como si la persiguiera el mismísimo diablo. Morrison está casi a su altura, de golpe se lanza para hacerle un placaje. Lali lo ve, y salta, consigue esquivarlo, pero no ve el otro jugador que le entra por la derecha. Corro con todas mis fuerzas para colocarme cerca de ella y le hago una señal para que cambie el juego. Espera al último momento, antes de ser embestida, y me pasa el balón. Salto por encima de las piernas del jugador, que todavía continúa en el suelo, y sigo corriendo sin mirar atrás. No hay tiempo que perder, es casi el final del partido. Varias compañeras se posicionan detrás tapando huecos. Suri se posiciona cerca y me indica con una señal que tengo un jugador contrario cerca. Miro de reojo sin dejar de correr con el balón bajo el brazo. El jugador viene hacia mí a gran velocidad, parece un tren de mercancías. «*Si logra alcanzarme me va a hacer salir por los aires*». Hago un último esfuerzo y acelero el ritmo con un último sprint. Estoy a tan solo unos pocos metros de la línea de fondo, cuando unos enormes brazos me rodean por la cintura haciendo que pierda el equilibrio. Antes de que caiga al suelo, su cuerpo bascula y lo gira para que caiga sobre él. Suelto el balón y coloco mis manos justo delante de la cara para evitar hacerme más daño al entrar en contacto contra su duro y musculoso torso.

Apoyo las manos en su cuerpo para poder alzar la cabeza, noto el calor que desprende, y su respiración agitada. La levanto poco a poco, pero cuando veo su rostro la vuelvo a dejar caer. «*¡Joder! Creo que tengo un serio problema, necesito un psiquiatra, porque ya, lo veo por todas partes*». Inhalo fuertemente antes de volver a levantar la cabeza, su olor corporal, que a pesar de estar sudoroso no es desagradable, inundan mis fosas nasales. Alzo de nuevo la vista con desconfianza, parece que ya no distingo de lo que es real a lo que no, y ahí están esos ojos verdes rasgados observándome con una sonrisa en sus labios. Salto como un gato a cuatro

patas hacia atrás, me levanto todo lo rápido que puedo y me separo rápidamente de él. Stefan pita el final del partido, no me despido de nadie, huyo como una cobarde hacia los vestuarios, muerta de la vergüenza.

Antes de que comiencen a entrar las chicas, corro hacia las duchas como si el agua fuese a limpiar y eliminar todo lo que está pasando por mi cabeza. Apoyo las manos y la frente contra los azulejos mientras dejo que el agua caliente corra por mi cuerpo cansado y dolorido. «*¡Joder! Esto empieza a ser una puñetera pesadilla. Maldito el día que tuve que acompañar a Rebeca a Inglaterra. Esto tiene que ser el Karma, fijo. Me está devolviendo en días, lo que he hecho en años*».

—¡Madre mía! ¿Te has fijado? No hay ningún coco entre ellos. Necesito una ducha, pero… de agua fría. —Suri se quita la toalla y ocupa la ducha contigua a la mía—. ¿Qué te ha pasado con ese tipo? Con T. Morrison.

—¿T. Morrison?, ¿En serio pone eso en su camiseta? —Resoplo manteniendo los ojos cerrados y la cabeza bajo el agua—. Nada Suri, no ha pasado nada, solo que hoy estoy agotada.

—Pues saca fuerzas de donde puedas porque me debes una cerveza, y hoy no la perdono, que el otro día ya nos dejaste plantadas.

Cierro el grifo y giro mi rostro hacia ella apoyándome en la pared. —No me hagas esto, dejémosla para mañana. En serio entre los cambios en el trabajo y el entrenamiento de hoy, esto agotada.

Alza una ceja, me mira ladeando la cabeza y me suelta:

—Reina, con Suri no se juega. El otro día prometiste que a la siguiente vendrías, y la siguiente es hoy. Además, perdiste la apuesta que hicimos de Dorita, no se ha desmayado, pero poco le ha faltado. Creo que no se ha puesto a llorar por vergüenza. Venga, solo una. No vamos a tardar nada.

Resoplo con pesar, cojo mi toalla, me la envuelvo en el cuerpo y me dirijo a las taquillas. —Vale, pero solo una rápida.

Me acabo de secar el cuerpo y me visto rápida, me voy hacia los secadores mientras voy desenredándome el pelo por el camino. Suri ya ha salido de las duchas también. Le hago una señal con la mano para indicarle que las espero fuera. Necesito salir de allí.

Las luces del estadio ya están apagadas. Hoy a luna llena, por lo que se puede ver gran parte de él sin la necesidad de los focos. Me siento en las gradas a esperar que salgan las chicas. No dejo de dar vueltas a la situación. «*T. Morrison, Taylor Morrison. Eso es*». ¿Qué es lo que está pasando? Se me descuadra todo a cada minuto que pasa. Me reclino en la vieja y desgastada butaca. Miro hacia el cielo de Madrid, ni una miserable estrella, solo humo y contaminación. Busco con la mirada un punto de luz entre tanta oscuridad, tiene que haberlo, estoy segura. Al igual que tiene que haber una explicación a todo lo que me está ocurriendo. Un silbido me devuelve a la realidad. Suri y las chicas ya están esperando para salir.

A dos calles del campo está el bar que solemos frecuentar después de los entrenos y algunos partidos. Es un local tranquilo, sin apenas personas que lo frecuenten, siempre están los mismos clientes asiduos, los cuatro abuelitos con sus copas de vino interminables, y sus partidas al Dominó. Los pobres ya ni se inmutan cuando entramos. Al principio no llevaban bien que nosotras irrumpiéramos allí, somos mujeres y eso estaba muy mal visto, además, estábamos invadiendo su templo sagrado. Muchas veces nos decían que en su época eso solo lo hacían las mujerzuelas del mal vivir. Poco a poco nos los hemos ido ganando, y ahora incluso nos preguntan cómo nos ha ido. Alguna que otra vez, los domingos por la tarde, se dejan ver por el campo.

—Don Julio, pónganos lo de siempre.

El hombre suelta el paño que tiene entre las manos y abre las neveras para sacar varias cervezas bien frescas —Mozas, hoy habéis terminado más tarde, ¿no? Mira que estaba a punto de cerrar, que la Lola se me enfada si llego tarde por mantener el bar abierto solo para estos trúhanes.

José, uno de los abuelos, se gira al escucharlo. —Julio, parece ser que, en la casa de usted, su Lola es quien lleva los pantalones.

—Si no fuere necesario para comer, cerraba hoy mismo y me iba al campo a criar gorrinos.

Los casi octogenarios prorrumpieron en sonoras carcajadas.

—No les haga caso don Julio, usted ya sabe cómo son. ¿Dónde irían si usted cierra el bar?

Nos sentamos en la barra con nuestras cervezas en la mano y comienza el debate que

todas estaban esperando iniciar sobre los jugadores americanos. Las escucho a todas y cada una de ellas, «*¡Están desatadas!, ¡Cuánto exceso de feromonas sueltas!*» a ver quién la dice más gorda.

—¡Lali no me fastidies!, ese tipo te coge, te hace un ocho y tú te haces caquita. No me seas fanfarrona, que nos conocemos.

Le lanza una mirada altiva —Ya claro, Suri, ¿no será que aquí la que mucho habla siempre, precisamente es la más cagueta y mojigata? Que tu mucho hablar, pero todavía no te hemos visto con ningún maromo.

Marta da un trago a su cerveza mirando hacia delante, y me musita mientras bebo:

—Vaya dos patas para un banco. Luego se quejan de los hombres, y míralas, parecen dos neandertales en celo.

Me da un ataque de risa con la boca llena, empiezo a echar cerveza por la nariz y la boca, como si fuera un aspersor, y a eso le sigue una tos perruna.

—Nahia, como siempre, ya la estás liando. — Suena la voz de Stefan mis espaldas.

Sin girarme le contesto entre risas mientras me limpio la boca con una mano—¿Por qué siempre me las tengo que cargar yo? No es justo, esta vez la culpa es tuya.

—¿Mía? —Alza una ceja con desconcierto.

—Por tu culpa y tu idea, hoy en vez de un equipo femenino, tienes un equipo de mandriles desesperadas. ¿No las ves? Y eso que no las has estado escuchando. Te aseguro que ese lado de las españolas no lo has conocido. —Comienzo a reír de mi propia parrafada.

Marta me da una colleja, y musita entre dientes:

—Cállate que estás metiendo la pata hasta el fondo.

Hago girar el taburete poco a poco para quedar frente a él. La sonrisa se borra de mi rostro de un plumazo, me entran los sudores de la muerte acompañados de un bochorno monumental. Frente a mí esta Stefan con los brazos en jarra, rojo como un tomate y el quipo de los Black Blossom al completo. *«Con todas las que llevo hoy, voy directa para bingo».* Todos nos miran con una sonrisa, excepto dos, que están rojos como tomates y tapando sus bocas disimuladamente con la mano, para contener la carcajada. «*Estos se han enterado de todo ¡Mierda!»*

Don Julio, rompe el silencio y viene a mi rescate.

—Tanto gusto de volver a verle entrenador. ¿Qué le sirvo?, ¿Una pinta bien fresquita como aquí a las mozas? —No les quita ojo de encima a los jugadores, no se fía de ellos— ¿Y estos que le acompañan quiénes son? —Los señala con el paño en la mano— No me diga que ha cambiado de bando y ya no entrena a las mozicas.

José, que siempre está pendiente, a ver cuándo puede saltar y entrometerse en alguna conversación, no duda también en preguntarle desde la mesa, con su palillo en la boca y la mano apoyada en su garrote.

—Oiga, que no me entero yo que deja aquí a las “Patanas” sin entrenador para la final. —lo amenaza con el garrote en alto. —Que las mozicas valen mucho, aunque anden algo descarriadas.

Suri, se levanta y se acerca a la mesa donde se encuentra José con sus amigos.

—Señor José, no se ofusque usted. Stefan sigue siendo nuestro entrenador. Esos chicos son jugadores de un equipo americano que han venido hoy a entrenar con nosotras. Por cierto, —Le guiña un ojo—. Se dice ES-PAR-TA-NAS.

—Hay que pilluela más maja, Quien tuviera unos añicos menos.

Don Julio, les sirve las cervezas en un lateral de la barra, dejándonos nuestro espacio. Uno de ellos, uno chico moreno de ojos negros, con la piel clara y unas graciosas pecas, se acerca hasta donde estamos sentadas nosotras.

—Hola, soy Dylan — Alarga una de sus fuertes manos para estrecharla con las nuestras, mientras muestra una agradable sonrisa.

Tiendo mi mano y la estrecho con la suya. —Nahia, encantada. —Señalo a mi compañera con el pulgar— Ella es Marta.

Tiende su mano hacia ella, sin apartar la mirada de sus ojos.

—Un placer, Marta. —Hace un gesto con la cabeza en dirección a un viejo y destartalado futbolín, que hay en una de las esquinas del local. —¿Os apetece una partida?

Niego con la cabeza, no me apetece moverme de la barra. Lo que haré en breve es marcharme a casa cuando me termine la cerveza. Marta se levanta de un salto del taburete y se coloca a su lado.

—Yo si voy. «*Anda que no, la que parecía tonta»*

Se marcha junto a Dylan. A ellos se les une Lali y Jason. Regreso la vista hacia la barra, en un lateral esta Stefan junto a Morrison, Yves, o señor Taylor. «*Ya no sé ni cómo llamarlo».* Parecen mantener una conversación entretenida entre ambos. Bajo la vista a mi mochila y busco el móvil en su interior. Cuando le cuente lo sucedido a Toni, va a alucinar. Abro la mensajería y busco su contacto. Una fotografía aparece ocupando un tercio de la pantalla, en ella aparecemos abrazados, con las gorras de los Dragons, nos la hicimos en una escapada a Barcelona. Comienzo a teclear las primeras letras cuando una voz a mis espaldas me sobresalta:

—¿Es tu novio?

«¿Y a ti qué te importa? No se anda con tonterías, ahí directo». Estoy por decirle que sí, pero me lo pienso mejor antes de contestarle, sería poner en un compromiso a Toni en la revista. La voz sale de mi garganta, lo más parecida un gallo afónico.

—No, es un gran amigo y compañero. —Carraspeo un poco para aclararla—. Aunque tú ya lo conoces. Oh disculpe, ¿debería de llamarlo de usted? —Puede notar la ironía en mis palabras.

Toma asiento junto a mí, en la banqueta que ha dejado vacía Marta. Alza una mano para llamar la atención de Julio, cuando la consigue, le señala dos cervezas más.

—No, simplemente llámame Yves. Ese es mi nombre. —Su mirada está fija en mis ojos, apenas parpadea—. Es curioso volver a coincidir en otro país con la misma persona, que me embauco, me utilizo y luego me dejo tirado. —Mueve la comisura de su boca dejando entre ver una sonrisa pícara— y, por si fuera poco, al día siguiente se encaró con uno de mis socios, dejándolo prácticamente fuera de juego, que por cierto también es compañero de equipo.

Al escuchar aquellas palabras me giro rápidamente buscándolo entre el personal allí presente. Escucho una risa a mis espaldas. Giro mi cuerpo de nuevo hacia él. Aproximo mi rostro al suyo, tanto que puedo notar su aliento chocando contra mi piel. Ahora soy yo la que le clava la mirada. «*Te vas a reír de quien yo te diga».*

—¿Qué yo te embauque, que te use? Creo que los dos somos suficientes mayorcitos para distinguir las cosas. Te recuerdo que fuiste tú quien se acercó a mí, y precisamente pienso que buscabas lo mismo yo. La diferencia es que yo fui más directa. Un polvo rápido y sin compromiso. «*Toma, sin anestesia, ¿Qué tal te has quedado?»* Y ahora, apareces aquí, resultando ser el dueño de la revista con la que ha firmado la empresa para la que trabajo, provocando una serie de acontecimientos en los que me he visto afectada, y como si no fuera suficiente, ahora también irrumpes en lo más sagrado para mí. Mi mundo, mi equipo. En la única cosa que, si te doy la razón, y tampoco del todo, es en lo de que te deje tirado. Yo no tengo la culpa de que seas lento para vestirte. Respecto a tu socio, quizás debería controlar ese impulso de neandertal que tiene hacia las mujeres. Se lo mereció, eso y más.

Está perplejo ante mis palabras. Sus ojos están abiertos, de par en par, observándome con curiosidad y con sorpresa. Recojo mi mochila, la cuelgo a mi espalda y me levanto para marcharme. Creo que ya ha sido suficiente por hoy. Antes de marcharme me vuelvo a girar hacia él.

—Por cierto, si estoy despedida, házmelo saber ahora, me ahorraré tener que madrugar mañana.

Antes de que pueda separarme de él, me sujeta por el brazo haciendo que frene y me gire de nuevo. Se aproxima a mi oído, erizándome la piel con el contacto de su cálido aliento en mi cuello.

—Como bien has dicho, somos mayorcitos. Hay que saber separar las cosas, y tu trabajo no tiene nada que ver con todo esto. Lo que sucedió fue espontáneo, no nos conocíamos, y lo que hicimos fue porque ambos lo deseábamos, es más… ahora mismo lo volvería a hacer. —Siento sus palabras como un latigazo en las costillas, mi cuerpo reacciona en contra de mi voluntad, el deseo crece sin freno en mi interior—. Además, me debes la revancha. Jugamos un partido en tu campo, ahora toca la vuelta, en el mío.

Suelta mi brazo arrastrando su mano con delicadeza y quedando en una caricia, mientras lo miro atónita. Me separo lentamente de él como si algo me retuviese a su lado. No soy capaz de volver a alzar la mirada. Intento recomponerme del estado en el que me ha dejado, me dirijo hacia la salida boqueando como un pez, y con sus palabras retumbando en mi cabeza.

Camino por las oscuras y solitarias calles, en dirección a mi casa, ahora mismo necesito caminar, pensar y aclarar toda esta locura, que es un sinsentido. Mi cuerpo latente y palpitante, me pide lo contrario, que regrese y acabe lo que él ha empezado, que le dé su revancha, pero no, consigo refrenar ese instinto y continúo caminando, aunque la idea no deja

de rondar una y mil veces por mi mente.

Esto me va a traer problemas, lo tengo cada vez más claro. A ver cómo me presento yo mañana en la revista a sabiendas de que él y todos sus compañeros estarán allí. Mi trabajo ahora depende de un hilo, y por mucho que Yves, me diga que hay que separar las cosas, soy consciente que en cuanto su socio se entere de que trabajo allí, pedirá mi cabeza. Rebeca, que lo está deseando, se la pondrá en bandeja.

Tengo que hablar con Toni y que le pase mi contacto a Tomás en la editorial. Quizás, un cambio de aires y olvidarme de este trabajo, sería lo más sensato por mi parte.

Al llegar a casa me lanzo sobre el sofá resoplando. Hundo mi rostro entre los cojines y grito de frustración. «¡*Yo, que creía que me comía el mundo, y ahora resulta que, en un día, el mundo me ha comido a mí*!»

Saco el móvil de la mochila y lo dejo sobre la mesilla del centro frente al sofá. Lo miro mientras voy debatiendo el que hacer. Alargo el brazo para cogerlo y busco entre los contactos a Toni.

Nahia "Cucú" ¿Estás despierto?*

Toni Hola, flor. Por poco tiempo más. ¿Cómo ha ido el entreno?*

Nahia Ha sido… muy intenso. Ya te contaré mañana.*

Toni Eso suena a problemas. ¿Me equivoco?*

Nahia Sí y no. Necesito que le pases mi contacto a Tomás.*

Toni ¿Estás segura?, venga cuenta ¿Qué ha pasado?*

Nahia Si, tú hazlo. Mañana hablamos.*

Toni Vale, veo que no te voy a sacar prenda. Ahora se lo paso. Nos vemos mañana.*

Toni Descansa florecilla.*

Nahia Gracias, Toni. Que descanses tú también. Hasta mañana.*

Dejo el móvil sobre la mesa de nuevo y me voy a la cama, tengo que descansar, mi cuerpo y mi mente lo necesitan, sobre todo esta última.

Capítulo 6

Suena la alarma del despertador, meto la cabeza bajo la almohada estirando el brazo para pulsar el botón y que se posponga diez minutos más. «*No, no quiero levantarme*». Me recreo dando vueltas por la cama hasta que vuelve a sonar una segunda vez. Ahora ya sí que toca ponerse en pie. A rastras me dirijo al baño con los ojos todavía casi cerrados. «*Qué mala noche por dios*». Miro mi rostro ante el espejo, la hinchazón ha bajado notablemente, pero todavía tengo parte del moretón, que ha cambiado de tono, ha pasado del violáceo a uno entre verdoso y amarillento. Lo maquillo lo justo para que pase desapercibido y no me pongo nada más, hoy iré con la cara limpia de potingues. Para trabajar encerrada en un almacén supongo que ya no hará falta ir maquillada y con el puñetero traje y los tacones. Ahora ya no tengo que dar imagen de nada. Recojo mi pelo en una coleta alta bien apretada. Me pongo unos pantalones negros rectos, y una camiseta ajustada sin magas color azul cielo, «*Qué obsesión tengo con este color*» me encanta esta camiseta, y como me queda. Busco unos zapatos cómodos, casi todos tienen tacón, y después del día de ayer, me niego, opto por unas manoletinas negras. Busco mi pequeño bolso negro, de piel, con forma de mochila. Ahora apenas tengo que llevar cosas, así que cuanto más pequeño y fácil de llevar, mejor. Abro la aplicación de música del móvil, busco en mis carpetas favoritas y conecto los *Airpods*. Ya estoy lista para otro día en "*Mordor*".

Con la música de The Weeknd sonando en mis oídos, cruzo las puertas de entrada a las oficinas. Toni me estará esperando en la cafetería como siempre. Veo uno de los ascensores en la planta baja, y corro hacia ellos antes de que se cierren las puertas, empujando al personal.

—Disculpen. —Ni siquiera me giro al decirlo.

Vamos pasando planta por planta. La gente se agolpa en la puerta para salir, a la vez que empujan a los que quieren entrar. Cada vez que sale alguien voy haciendo hueco con el culo hacia atrás, me dirijo a la última planta del edificio, así que mejor quedarme detrás del todo. Voy sumida en la música ignorando a todo lo que hay a mi alrededor, los cuchicheos, los gestos y las malas caras. Cuando por fin llego a la décima planta salgo con paso decidido y voy directa al restaurante. Guardo uno de los auriculares, pero el otro me lo dejo puesto hasta que llegue Toni. Busco nuestra mesa con la vista. «*Perfecto no hay nadie*». Pido mi café y me dirijo a sentarme. Cuando me lo sirven vierto el azúcar y empiezo a remover al ritmo de la música, mientras observo el líquido oscuro haciendo un pequeño remolino en el centro de la taza. «*Así está mi mundo ahora, inmerso en un remolino en la oscuridad y la incertidumbre, mezclando sentimientos y emociones*».

Veo por el rabillo del ojo como una mano retira la silla que hay frente a mí. No alzo la mirada esperando que Toni tome asiento. Me sorprendo al ver de refilón, frente a mí, un traje color gris oscuro, y una mano recolocando la corbata sobre su pecho.

—Buenos días, Nahia. ¿O aquí debería llamarla señorita Ochoa?

«*¡Joder!, ¡La madre que me parió!*» No alzo la vista, no puedo, y tampoco contesto.

—Si continúas moviendo café de esa manera, lo acabarás derramando.

Alzo la vista poco a poco del café para dirigirla hacia él. Lo veo como levanta una de sus cejas, y se le eleva la comisura de la boca del mismo lado. Esa expresión hace que me tiemblen hasta las pestañas.

—Buenos días, Yves —me corrijo— Señor Taylor.

—Veo que el golpe tiene mejor aspecto. —pasea su mirada por mi rostro y se detiene en mis labios.

—Sí, supongo que será cuestión de días lo que tarde en desaparecer.

—Ayer no me diste la oportunidad de felicitarte. Me pareció una jugada fantástica, lo diste todo en el campo y conseguiste meter a tu equipo en la final.

—Gracias, pero no fue solo trabajo mío. Somos un equipo y todas contamos, todas lo conseguimos.

—Tienes razón, sois un buen equipo. —Apoya los antebrazos sobre la mesa, enlaza sus manos, he inclina su cuerpo hacia delante, para quedar más próximo a mí. Su mirada se torna más oscura, sus pupilas se dilatan.

— Me sorprendiste por primera vez, el día que te vi en el estadio, una española sola, rodeada de seguidores de un equipo al que ni conocía. Lo poco que tardaste en entablar

amistad con ellos, además, desde el respeto. La segunda vez en el Soho, volvías a estar sola, pero segura de ti misma, directa, sin rodeos. A la mañana siguiente, durante el desayuno, tu actitud ante las palabras obscenas de Richard, sé que lo escuchaste y lo entendiste a la perfección. En la salida de la convención, verte cómo te acomodabas, te soltabas el pelo y te desabrochabas los primeros botones de la camisa, —desvía la mirada unos instantes hacia mi pecho, y luego la retorna a mis ojos. Veo cómo su nuez se mueve exageradamente al tragar saliva— La seguridad con la que te defendiste si miedo alguno, Richard se lo merecía, y la franqueza y tranquilidad con la que me contestaste. Pero ayer, —Se acerca aún más a mí, noto su aliento acariciando mi piel—. Ayer verte salir al campo, con esa energía, con ese ánimo y esa pasión, sin perder ningún detalle, sin amedrentarte ante nosotros, mostrándote tal y como eres … Me desarmaste por completo. —Se me corta la respiración, soy incapaz de pronunciar palabra—. Quiero conocerte mejor. Dame esa oportunidad.

«Ahora ya sí que creo que me va a dar una apoplejía o algo parecido». Mi corazón late disparado y descompasado, la cabeza me da vueltas, mi cuerpo pasa de estremecerse con escalofríos a tener un calor abrasador, todo a la misma vez, en un vaivén de sensaciones «*¡¿Qué locura es está? por favor!*»

Se retira hacia atrás, empuja la silla y se levanta mirando su reloj.

—No quiero ocupar más tu tiempo, además tienes a Toni desde hace un rato esperando en la barra. —Lo señala con un gesto de cabeza— Algunos tenemos que trabajar. —Me guiña uno de sus preciosos ojos—. Nos vemos.

Pasan unos segundos desde que desaparece de mi vista, hasta que escucho unos pasos correr en mi dirección.

—Nahia ya me estás contando que es lo que está pasando aquí. ¿Te has vuelto completamente loca?

Por fin vuelvo a la realidad y consigo que salga la voz de mi garganta.

—Toni, no saque tus conclusiones. Y no, no me he vuelto loca, fue el quién decidió asaltarme y ocupar tu lugar en esta mesa. —Miro mi taza de café que se mantiene intacta sobre la mesa, está helado—Necesito otro café urgente, o no sé, si mejor una tila. —Hecho un vistazo rápido al reloj—. Tan solo tenemos cinco minutos, así que seré breve.

Le cuento lo sucedido ayer en el entrenamiento y después, obviando algunas partes, mis intenciones de marcharme de la empresa, por eso la insistencia en que me pusiera en contacto con Tomás. Lo ocurrido hace unos momentos me lo guardo para mí. Todavía tengo que digerirlo. Miro de nuevo el reloj.

—Ahora sí que debemos marcharnos, o tú, que tienes que bajar a las oficinas, llegaras tarde.

—¡Quien te entienda que te compre!, sé que no me cuentas todo lo que te ocurre y no tienes por qué hacerlo, pero te conozco, y sé que esa cabecita loca está trabajando haciendo horas extra. No te das cuenta de que negar cosas que el destino ha puesto en tu camino no te va a servir de nada. Intenta sacar algo positivo de todo esto, si está sucediendo, por algo será. —Se dirige hacia el ascensor—. Nos vemos luego, y… no te martirices más.

Voy hacia el estudio, me sorprendo al ver que Abel, ya está por allí colocando fondos de distintos tipos.

—Hola, buenos días. —Saludo al pasar por su lado en dirección al almacén.

—Buenos días, Nahia. Mira, me vas perfecta. Ven y ayúdame un momento a colocar estos fondos en aquel lateral. —Mantiene entre sus manos varios royos y dos caballetes con pinzas — Sujétalos con cuidado, son de cartón fino y la más mínima se pueden romper. No sé quién habrá realizado los últimos pedidos de material, pero se ha lucido con la calidad. Como sigan recortando presupuesto tendrán un desastre de reportaje. Los ingleses y los americanos van a salir despavoridos. «*Cuando vean lo que estáis tramando, seguramente también*».

Miro con curiosidad la cantidad de cajas que han dejado allí. —¿Y todo esto para qué es?

—Tenemos que montar en el estudio varios tipos de escenarios. Este, por ejemplo, —Me enseña un fondo de un estadio olímpico y un trozo suelo de césped artificial— servirá para simular varios deportes.

—Pero el objetivo principal del contrato con ellos, era hacer los reportajes en situaciones reales, y con deportistas de verdad.

—Las órdenes de Rebeca son claras. Ella es la que manda. Parece mentira que después de estar tanto tiempo a su lado, no hayas aprendido nada. No me sorprende que te enviase aquí, y ahora que te veo sin arreglar y maquillar, aun con más motivo. —Coloca la última pinza y mirándome por encima del hombro y me pide que me marche—. Ya puedes regresar al

almacén, han llegado varias cajas para ti, si te falta espacio y lo ves necesario, puedes guardar algunos modelos de los vestidos de la temporada pasada.

Este trabajo ya se está volviendo denigrante y bochornoso. Otro que me llama fea y que en pocas palabras me dice que escondida es donde mejor puedo estar. «*¡Me cago en toda su puñetera estampa!*». Indignada, comienzo a reorganizar toda la ropa que han traído. Más modelitos, esta vez de marcas de la alta costura, no sabía yo que también se dedicasen a diseñar ropa deportiva.

Han pasado dos horas y estoy tremendamente agobiada, no se me pasa el cabreo. Busco en mi bolso el teléfono móvil, y activo la *playlist*. «*Al menos, a ver si la música me distrae*». Suena *Blinding Lights* de *The Weeknd*. Estoy sola, no molesto a nadie, subo el volumen y continuo con mi trabajo. Voy contoneando las caderas al ritmo de la música a la vez que canto el estribillo, cada vez me desinhibo más y bailo con ganas. «*Ya, qué más da, "para lo que me queda en el convento …"*».

Salto, brinco, y muevo mi cuerpo, deshaciéndome de toda la tensión vivida. Al final de la canción me subo sobre una de las cajas y salto con todas mis fuerzas, miro hacia la puerta, está abierta, Yves se encuentra apoyado en el marco. *«¡La hostia, Joder!»* Pierdo el equilibrio y voy directa de bocas contra la pared. Coloca rápidamente su cuerpo delante para frenar el impacto, me sujeta con fuerza. Con una mano alza mi barbilla para que lo mire, mientras con el otro brazo me sujeta, poco a poco lo desliza por mi espalda hasta llegar a la cintura y me atrae con fuerza hacia él. Sus ojos vuelven a estar oscurecidos, sus grandes pupilas, solo dejan ver un fino aro verde en su contorno. Nunca había sentido una mirada tan intensa y penetrante. Desvía su mirada hacia mis labios, se lanza sin permiso invadiendo mi boca con su lengua, arroyando cada milímetro de ella. Me empuja acompañándome con su cuerpo hasta tocar con la espalda en la pared. De fondo suena *Earned it*. «*Qué oportuna, como no hay suficiente fuego aquí, para avivar aún más la llama*» Mis pulsaciones van a mil por hora. Pasea una de sus manos en forma de caricia por mi rostro sin separar sus labios de los míos. Su cuerpo me aprisiona con más fuerza, hasta el punto que puedo notar su creciente deseo cerca de mi estómago. Con gran esfuerzo, logro separarme unos centímetros para volver a coger aire. Él se inclina y continúa besándome por el cuello. La sensación de su lengua rozando mi piel activa todas mis terminaciones nerviosas provocando chispazos allí por donde me toca. Sus caricias me inundan por dentro. Entre abro los labios he inspiro profundamente.

A nuestra espalda, se escucha una puerta cerrarse. Nos separamos con el aliento entre cortado. «*¡Dios mío!, ¿que estamos haciendo?»* Se recoloca la corbata, y retoma la compostura con naturalidad, como si allí no hubiese sucedido nada. Yo, en cambio, estoy de los nervios, cojo el móvil y apago la música antes de que llegue Abel, aparecerá de un momento a otro. Miro por el rabillo del ojo a Yves y trago saliva al comprobar que continúa observándome con una expresión en su rostro que no había visto antes, deseo, ansía, hambre. No me atrevo a moverme, ni siquiera a cambiar de posición.

—Hola. ¿Señor Taylor? —Abel se extraña de verlo allí, por su cara de estupefacción, nadie lo ha avisado de su vista.

—Hola. Sí, supongo que usted es Abel, el fotógrafo de la revista. —Alarga su mano y la estrecha con firmeza y presión—. Quería conocer al profesional que se va a encargar de ejecutar la parte más importante del proyecto.

Yves, lo mira fijamente, escrutando cada gesto, cada movimiento, lo está analizando. Creo que Abel no está muy seguro de hasta qué punto saben los americanos del procedimiento que se va a llevar a cabo. A ver cómo se las apaña ahora para explicarle para qué es todo el tinglado que hay montado en la entrada del estudio simulando estadios de futbol, etc. Por no hablar de la cantidad de equipaciones que tiene ahora mismo delante.

—Señor Taylor, si es tan amable de acompañarme. —Abre paso con el brazo invitándolo a salir del almacén. Cuando Taylor atraviesa el arco de la puerta, me lanza una mirada acusatoria y cierra la puerta a sus espaldas. *«¡Ya estamos!, ahórrate esas miraditas, ya sé que me las voy a cargar yo»*.

Mi curiosidad me puede. Salgo a hurtadillas del almacén sin hacer el mínimo ruido. Me quedo agazapada en el límite del pasillo. Desde allí puedo verlos y escucharlos. Están frente a los fondos que había ayudado a montar antes a Abel.

—Estos escenarios, por así decirlo, los hemos preparado para las tomas más difíciles. A veces, las imágenes en el exterior pueden ser un problema, la falta de luz, el viento, y una serie de acontecimientos que aquí sería imposible que se dieran. Además, con la ventaja de que la deportista tendrá todo a mano. Un vestuario para cambiarse las veces que sean

necesarias, maquillaje y peluquería, todo dentro de las mismas instalaciones.

—La propuesta es de imágenes reales, en situaciones reales, nada de estudios. Esto no estaba previsto. —Su rostro está ensombrecido, sus últimas palabras y el tono, deja muy claro que no ha sido de su agrado y van a haber consecuencias.

Yves, sale a grandes zancas del estudio mientras teclea en su teléfono. «*Me parece a mí, que a una que yo me sé, la van a poner recta hoy*». Abel, saca el teléfono y se lo lleva al oído con velocidad. Está nervioso, da vueltas sin parar mientras se mordisquea las uñas, y repite una y otra vez:

—"Cógelo ya, maldita seas", "cógelo ya"

Está muy ansioso. Intento agudizar más el odio.

—Vete del despacho ahora, ¡ya!

—¿Qué, que ha pasado? Me he encontrado en el estudio al señor Taylor, estaba en el almacén con tu antigua ayudante.

—Está muy cabreado, Rebeca.

—Sí, juntos. Lo habrá hecho porque la degradaste, ¿Por qué, si no?

—Vale, ahora se lo digo. Es algo que tenías que haber hecho desde el primer momento cuando regresaste de Londres.

Está claro que el interlocutor es Rebeca. Y por las frases de Abel, me culpa a mí de todo. Yo era conocedora de todo el proyecto, es más, yo lo redacté, y sé cuáles son las intenciones de Rebeca desde el primer momento. Creen que se lo he contado por despecho por haberme degradado, pero no tiene nada que ver con la realidad. Simplemente, ha sido estar en el lugar equivocado, en el momento equivocado. Corro de nuevo hacia el almacén y disimulo cogiendo una percha entre mis manos colocando bien una camiseta. Escucho sus pasos, Abel viene a por mí.

Abre la puerta de golpe dando un portazo, hace que tiemblen las paredes de *pladur*. Me sobresalto por su actitud y me mantengo en alerta. «*¡Maloooo! Viene muy, pero que, muy, cabreado, y en plan agresivo*».

—¡Recoge tus cosas, ya te puedes marchar a comer!

Puedo verles los agujeros de la nariz ensanchados, redondeados, perfectos. Su frente sudorosa con varias venas marcadas, y su rostro rojo como un tomate maduro. «*Pues sí que esta chunga la cosa, sí*». Miro mi reloj.

—Abel, todavía falta media hora.

—¡He dicho que te marches! —Grita fuera de sí—. Cuando regreses de comer, pasa directamente por el despacho de Rebeca. —Se gira dispuesto a salir, pero antes de hacerlo me mira con ira y apretando los dientes—. Ni te imaginas la que has liado, desagradecida.

No puedo con esa actitud, no me da miedo, y sé lo que va a pasar cuando vaya al despacho de Rebeca, ya me da igual. Saco pecho, separo un poco las piernas, pongo las manos en jarras, y alzando mi rostro hacia el suyo, le lanzo mi peor mirada.

—¡Respeto y educación! A mí, me hablas y me tratas con respeto, soy una persona, no una de tus perchas. Estoy muy tranquila porque yo no he liado nada, simplemente estaba aquí colocando ropa, que en eso consiste ahora mi trabajo. La habéis liado vosotros solitos por intentar hacer algo que no era lo pactado y encima con la estupidez de hacerlo mientras ellos están aquí. El señor Taylor, ha irrumpido por sorpresa y os ha cazado. ¡No me echéis la culpa de vuestra ineptitud! —Cojo mi bolso y con la cabeza bien alta salgo por la puerta de producción. «*Agur*, *¡Artaburu!*»

Estoy en el ascensor y mi cabeza va a mil por hora. Ahora mismo les diría todas las burradas habidas y por haber, pero he de ser responsable y no perder los nervios. Inspiro fuertemente y exhalo todo el aire, ya he llegado a las oficinas. Voy con paso decidido, no me paro a mirar quien está pendiente de mí y quien no, solo tengo un objetivo y voy directa hacia la puerta donde se encuentra el infierno, y lucifer al otro lado, esperándome. Ni siquiera llamo con los nudillos, estiro del pomo directamente.

Allí está, sentada al otro lado del escritorio, roja de la ira. A su alrededor no hay ningún aura, solo llamas y oscuridad. Da un respingo al escuchar la puerta, se levanta acelerada quedándose a escasos centímetros de mí. No me da tiempo ni a decir buenos días, por educación.

—No esperaba menos de ti, una "empleaducha" por así decirlo, del tres al cuarto, que te iniciaste como becaria y al poco tiempo te ascendieron, —Alza una de sus finas y perfectas cejas— a saber, qué hiciste para conseguirlo. Estaba claro que buscabas tu momento de gloria, esperabas marcarte un punto y dar el salto definitivo a ocupar tu propio despacho, tu propia

sección, pero todo te ha salido mal. No eres más que una vulgar secretaria, ¡hay no, perdona!, ahora ayudante de almacén, que ha querido trepar por una enredadera de espinas. Nunca llegarás a ser como yo. *«¡Dios me libre! Sería lo último que quisiera»*. Este no es un mundo para las personas poco agraciadas como tú. Esta vez la jugada te ha salido mal, —Gira el torso hacia su mesa y recoge un dosier de papeles— espero que en el deporte no seas igual. Sabías perfectamente en qué consistía la propuesta, tu misma la redactaste. He conseguido asociarnos a los ingleses y cerrar un contrato millonario para la revista con los americanos, y por una rabieta de despecho has intentado tirarlo todo por la borda. Te avisé la última vez que hablamos y la verdad que me lo has puesto muy fácil. Según estos documentos lo que has hecho se llama competencia desleal, firmaste en tu contrato que consta de manera expresa un pacto de no competencia, al cual aclara que no puedes concurrir hasta la finalización del contrato. Lo que has hecho se puede considerar como un incumplimiento grave del trabajador y ser sancionado con despido disciplinario en virtud del artículo 54 2. d): La transgresión de la buena fe contractual, así como el abuso de confianza en el desempeño del trabajo. Además de una solicitud de daños y perjuicios, por las pérdidas que se hayan podido ocasionar. —Me entrega el dosier—. Tu despido y la sanción. —Da unos pasos hacia la puerta con intención de abrirla para que me marche, sin opción a réplica—. Prepárate, te has buscado tu propio fin, y tu ruina.

—Creo que lo mismo que yo he escuchado todo lo que tenías que decir, ahora toca mi turno.

—No quiero escucharte, es más, no quiero ni verte. Te puedes marchar. Dos personas de seguridad te acompañarán a la salida.

—¡No! —Doy un golpe con el dosier en la mesa—. ¡Ahora me vas a escuchar!, ¿Qué pruebas tienes contra mí?, ya te respondo yo, ¡Ninguna!, porque yo no he hecho nada, y eso lo vas a tener que demostrar ante un juez. Tendrás que acreditar las pruebas que existe una competencia desleal por mi parte. Es más, presenta los informes que yo misma realice, el proyecto completo, adelante, fueron realizados por orden tuya, incluso los puedes modificar si quieres, pero se te pasa por alto una cosa, ya que el contrato que firmaste con los americanos no lo puedes modificar. Demuestra ante un juez que no los has intentado engañar y usarlos en tu único beneficio. Me estás echando las culpas de algo que solamente tú, la tienes. ¿Qué pretendías?, ¿tener aquí unas semanas a los americanos y hacer el trabajo delante de sus morros y que no se dieran cuenta? En serio ¿Tan superior te crees, para pensar que el resto son estúpidos, y que nadie se enteraría de nada? ¡Por dios! Si habéis montado un circo en producción. Era de esperar que una empresa que ha invertido millones en un proyecto quiera conocer al personal que se va a encargar de ello. Es de sentido común. Algo que, por lo visto, a ti te falta mucho. Tu egocentrismo y tu narcisismo serán los que acaben contigo. —Lanzo con fuerza la carpeta sobre la mesa— Me voy a comer. Tienes una hora para reflexionarlo, modificar mi despido y prepara mi finiquito. Tiempo más que suficiente para una persona excepcional como tú. —No he podido evitar la ironía— Por cierto, avisa a los de seguridad, no necesitó compañía, sé dónde se encuentra la puerta.

Salgo del despacho sin darle opción a replicar. Su rostro por sorprendente que parezca muestra duda, he inseguridad. Supongo que la palabra juez le ha aclarado un poco esa mente retorcida y perversa que tiene. Toni está con la cabeza agachada sobre unos documentos, pero su vista está fija en mí. Doy unos toques al móvil con un dedo, él entiende ese gesto perfectamente, afirma levemente con la cabeza y mira el reloj de pared. Paso junto a las mesas de todos los compañeros, ninguno es capaz de levantar la vista hacia mí. *«¿Por qué, será?, que tengo la sensación que aquí se ha tenido que liar muy gorda, y yo me lo he perdido»*.

Entro en el ascensor sin apenas fijarme quienes hay en su interior. Pulso a la planta baja del edificio. Hoy como fuera. «*Hoy y el resto de mis días, estoy despedida*». El ascensor va parando en cada planta, desde la séptima hasta la cero. Cuando llegamos a la planta baja estoy saliendo por un lateral cuando un hombro me da tal golpe que retrocedo dos pasos para sujetarme en la pared. El hombre rápidamente se gira.

—Disculpe, señorita, perdón, perdón, iba despistado. —Me sujeta con cuidado del brazo — ¿Está bien?, ¿le he hecho daño? Cuanto lo siento, de verdad. —Alzo el rostro, ya ni me sorprendo cuando veo que se trata de uno de ellos— ¿Nahia?, ¿Eres tú?

—Sí, Jason, tranquilo, no pasa nada. Estoy bien.

—Me alegra volver a verte. Lamento no poder charlar contigo, tengo prisa, llego tarde a una reunión, pero nos vemos hoy en el entrenamiento. —Me alza el pulgar a la vez que se cierran las puertas del ascensor.

«¡Yuhuu! Que bien, hoy de nuevo party con los chicos, qué ilusión». Me siento la reina de la ironía últimamente. Lo que me faltaba para completar el día. Saco el móvil y le escribo a Toni.

Nahia Hoy comemos fuera. Te espero en el bar de siempre.*

Toni ¿Por qué será, que me lo olía? Nos vemos en cinco minutos, yo salgo también ya.*

Nahia Ok. Perfecto, hasta ahora.*

Entro en el bar y me dirijo a la mesa donde solemos sentarnos cuando venimos a comer aquí. El olor a fritanga que hay aquí dentro, hoy, me está levantando el estómago. El cúmulo de nervios me está pasando factura ahora. No he llegado a sentarme que tengo que salir corriendo hacia el baño con las primeras arcadas brotando por mi garganta. Apoyada con la frente en los viejos y oscurecidos azulejos, intento frenar esas arcadas que me están destrozando el estómago. Pero es mirar hacia abajo al retrete y las náuseas regresas, sin dejar de salivar en exceso. *«¡Joder! No sé qué es peor, el olor o este aseo».* Me lavo las manos en la pica y me enjuago un poco la boca. Cuando salgo, Toni ya está sentado en la mesa esperándome.

—¿Cómo te encuentras?, tienes muy mala cara. —Sujeta una de mis manos entre las suyas—. ¿Qué ha sucedido Nahia?

—Ha sucedido lo que estaba claro que tenía que pasar. Era "una muerte anunciada". Rebeca fue a por mí desde el primer momento, le sobraba en este proyecto, yo era la única que sabía la verdad de sus intenciones, me tenía que quitar del medio, y casualmente de una forma no premeditada, el señor Taylor ha encendido la mecha.

—Después de todo, se ha ido de la lengua. —Le puedo ver el pesar reflejado en su rostro. Suspira y mete la mano en el bolsillo de su chaqueta, saca un papel doblado y lo deja sobre la mesa cubriéndolo con su fina y cuidada mano—. Hable con Tomás nada más verte entrar en el despacho de Rebeca. Aquí tienes la dirección de la editorial, tienes una entrevista el jueves a media mañana.

—Te lo agradezco Toni, y dale las gracias también a Tomás. —Cojo el papel y me lo guardo en el bolso con sumo cuidado, ahora es como si se tratase de mi tesoro más preciado —. Toni, la verdad es que Taylor no se fue de la lengua. «*Bueno… esa se le fue, pero de otra manera»*. El hecho está en que apareció por el estudio sin avisar. No había nadie, solo me encontraba yo en el almacén. «*Haciendo la gilipollas, para variar*». Apareció ante mí por sorpresa, cuando llego Abel se lo encontró allí plantado observando todo y le pidió que le mostrase las instalaciones. Cuando vio el percal que tenían allí arriba montado se puso hecho una fiera. Pude verlo y escuchar su conversación a hurtadillas. Cuando se marchó, Abel llamo a Rebeca pidiéndole que desapareciera del despacho. Supongo que intuía que nada bueno iba a pasar y que el señor Taylor se dirigía hacia allí. Pero además de eso, insinuó, bueno no, me acuso directamente, de que fui yo quien le dijo que subiera y le explico lo que allí estaba pasando. Cuando realmente yo ni siquiera sé cuáles son las condiciones del contrato que han firmado. Rebeca hizo que me marchase antes de que ellos llegasen en la presentación de Londres. —Doy un largo trago a mi vaso de refresco y me quedo con la mirada velada fija en una de las lámparas colgantes del techo—. La muy desgraciada me tenía los papeles del despido preparado. Resulta que me despiden por competencia desleal, además con una sanción económica muy elevada.

—Para, para, ¡Stop!, a ver… ¿Cómo qué competencia desleal?, tú no has hecho nada, en todo caso ella es la que lo ha hecho mal, bueno, y todo el que la haya encubierto y apoyado. Ella es la que está faltando a su palabra y a unas condiciones pactadas en un contrato poniendo a la revista en una tesitura que pueden acarrear consecuencias nefastas para la misma.

—Efectivamente, Toni. Eso mismo le dije, pero no con esas palabras. —Alza una ceja, he inclina su mirada—. No me mires así, no perdí los nervios… del todo. Solo le lancé los documentos sin firmar, y bueno, simplemente, le dije que demostrase su acusación frente a un juez. Le he dado una hora para que se lo piense y redactar un nuevo despido.

—¡No me lo puedo creer! ¿En serio le has dado la vuelta a situación, y te quedas tan tranquila sabiendo de lo que es capaz de hacer esa mujer?

—No le he dado la vuelta, solo he sido lo suficientemente clara de cómo están las cosas. A ver, no me fastidies, no ha demostrado ser muy hábil, ni sagaz. Lo mires, por donde lo mires, no hay por dónde cogerlo.

—No sé por qué me da, que hoy salimos en los diarios en el apartado de sucesos. —Suspira moviendo la cabeza para ambos lados—. Acabemos de comer y volvamos a "*Mordor*".

Por cierto, hay un lapso de tiempo que no me has contado lo que sucedió, —Remueve su ensalada con el tenedor observando mi reacción—. «*No se le escapa una "al jodio"*» Sabes que me encanta el salseo.

—Y tú sabes que aquí y ahora no te voy a contar nada, porque no sucedió nada.

—Si tú lo dices…

Acabamos de comer y regresamos de vuelta a las oficinas. Toni a su puesto de trabajo, yo a firmar mi despido. Estamos cruzando la carretera cuando vemos un taxi pararse justo en la puerta. De él se bajan cuatro hombres trajeados con grandes maletines de piel. Pasamos junto a ellos y entramos a gran velocidad en el edificio dirección a los ascensores, «*hay uno en planta, con suerte lo pillamos antes de que se cierren las puertas*». Entramos y nos vamos a la parte trasera. Justo cuando empiezan a cerrarse las puertas, una enorme mano aguanta una de ellas haciendo que el sistema de los sensores de seguridad lo detecte y las puertas retrocedan. Son los cuatro hombres que hemos visto llegar en el taxi. Ahora que los tengo de frente les puedo ver los rostros. Tiro de la manga del traje de Toni, y susurro entre dientes.

—Estos también son americanos, son los otros que faltaban por llegar. —Señalo a uno de ellos en concreto—. A ese fue al que deje doblado por la mitad. Toni, ¡Dios!, necesito salir antes que ellos del ascensor, o al menos evitar que me vea y me reconozca. He de firmar los papeles antes de que lleguen a su despacho, si no, sí que estoy perdida, si habla de lo sucedido, si sería un despido procedente.

—Reina, solo se me ocurre una cosa, ahora cuando se abran las puertas … Corre hacia las escaleras, y no dejes de correr. ¡*Corre Forrest, corre!* —Me guiña un ojo mientras sonríe de su propio chascarrillo.

—¡La madre que te parió!

Me hago hueco entre las personas hasta quedar escondida detrás de ellos en un lateral, preparada para correr tal y como me ha dicho Toni. «*Ya tiene chiste para un mes, con esto*». Para el ascensor en la sexta planta, tal y como se abren las puertas, empujo hacia un lado a los que tengo delante y corro. Lo hago con todas mis fuerzas como si estuviera en el campo. Corro y no miro hacia atrás, subo los escalones de dos en dos. Paso por delante del ascensor, todavía no ha parado, llego frente a la puerta de Rebeca, cuando escucho a mi espalda la campana del ascensor en planta. «*¡Sí, toma ya, touchdown!*». Entro en el despacho con el aliento entrecortado por el esfuerzo. Rebeca está sentada, detrás de su mesa, observándome con ojos felinos. Frete a ella, ocupando otra silla, se encuentra Ernesto, el responsable de recursos humanos. Me enderezo al verlo, no esperaba encontrármelo aquí.

—Buenas tardes, Nahia. —Me tiende la mano—. Rebeca ya me ha puesto al tanto de todo, y de su cese en la empresa. —Le lanzo una mirada amenazante por el rabillo del ojo. «*¿Qué narices le ha contado?*». Es una lástima tener que prescindir de sus servicios, me consta que es una buena trabajadora, pero en estos momentos, hay exceso de personal, y todos los puestos están ocupados, no la podemos reubicar en otro sitio. Tendremos en cuenta su trabajo y en cuanto quede una plaza disponible nos pondremos en contacto con usted. *«¡Toma yaaa! ¿Qué ha pasado aquí?, ¿qué me he perdido?»*. Aquí tiene los documentos a firmar, el cese, la nómina del mes al corriente, la parte proporcional de las pagas, el finiquito y por último la indemnización que le pertenece por despido improcedente.

Tomo asiento frente a Rebeca dispuesta a leerme todos los documentos. No me quita ojo de encima. Se mantiene cayada, pero sé que por dentro menos bonita me debe de estar diciendo de todo. Todos los documentos parecen correctos, llego al último de ellos, la indemnización. Cuando veo la cifra me quedo helada. No esperaba esa cantidad de dinero, tampoco llevo tanto tiempo en la empresa. Leo al detalle el concepto. Además de lo que me toca por ley, han añadido una bonificación extraordinaria con el concepto por estudios realizados solicitados por la empresa. «*¿Cuándo he hecho yo eso?*» Los únicos estudios que tengo son los que realice antes de entrar a trabajar y me costaron sudor y lágrimas, «*de estas últimas… lo que más*».

Ernesto ve mi desconcierto y me lo aclara rápidamente:

—Esta parte, tómatelo como un regalo de la empresa por los servicios prestados. Lo que pone es mera burocracia para justificarlo. *«¿Por los servicios prestados, o por tener la boca cerrada?»*

—No quiero nada que no sea lo que legalmente me pertenezca. No quiero tener problemas.

—Puedes estar tranquila, ese trámite se realiza con todo trabajador que tiene que ser despedido de modo improcedente. Sabemos lo difícil que es encontrar trabajo hoy en día, no

se logra de un día para otro, y la gente tiene que pagar hipotecas y comer. —Hace un movimiento elevando los hombros y dejándolos caer—. Ojalá lo hicieran otras empresas.

Afirmo con la cabeza, y firmo todos los documentos. Es hora de abandonar las instalaciones. Me despido de Ernesto estrechándole la mano, ahora toca hacer lo mismo con Rebeca. Delante de él ambas debemos mostrar profesionalidad.

Rebeca se levanta de su silla y se dirige hacia mí. Se mantiene a una distancia prudente, la justa para estirar su brazo y poder darme la mano. Solo sale una leve palabra de su boca.

—Suerte.

—Gracias.

Giro sobre mis talones y salgo de despacho soltando el aire que había estado reteniendo. Ernesto, muy educadamente, me acompaña a los ascensores.

—Que tenga mucha suerte. No saben lo que pierden con usted. ¡Ha!, y suerte en la final, luchar por el título. —Me guiña un ojo y desaparece por las escaleras.

Tal y como se cierran las puertas del ascensor, suena un mensaje en mi teléfono móvil:

Toni ¿Cómo ha ido?*

Nahia La verdad… mejor de lo que esperaba.*

Toni ¿Ahora qué piensas hacer? Sabes que puedes contar con Tomás y conmigo para lo que necesites.*

Nahia Gracias, Toni.*

Nahia Tenía pensado, cuando terminase el torneo, ir un fin de semana a visitar a la familia. Pero tal y como están las cosas, creo que lo voy a adelantar, necesito despejarme y reflexionar el que hacer ahora. Es más, he pensado en marcharme hoy mismo hasta el jueves por la mañana. No pienses que se me ha olvidado la entrevista.*

Toni ¿Cómo que te vas hoy?, ¿y los entrenamientos? El sábado es la final, y dudo que Stefan este de acuerdo.*

Nahia A Stefan, déjamelo a mí. Solo tiene dos opciones, dejarme ir para que me despeje y me centre, o, tener una jugadora más en el campo, que no va a hacer otra cosa que estorbar, con la cabeza, en Júpiter.*

Toni De acuerdo, es tu decisión. Hagas lo que hagas, estará bien hecho si todo es por recuperarte a ti misma. Cuídate y avísame cuando llegues. Hazme saber que todo está bien.*

Nahia ok. Así lo haré. Además, ¿Qué son dos días en familia? Nada malo puede pasar.*

Toni Te recuerdo que la última vez tú regresaste con una brecha, de ocho puntos de sutura, en una pierna y todo el cuerpo magullado. Por no hablar de tu hermana que acabo con un brazo roto, media cara amoratada y dos esguinces, uno en cada tobillo.*

Nahia ¡No sabíamos que un tractor podía volcar tan fácilmente!, vale, prometo no volver a acercarme al tractor de Josu, ni a hacer apuestas estúpidas con mi hermana.*

Toni No prometas algo que no puedas cumplir.*

Nahia Bueno, vale, de acuerdo, intentaré ser buena.*

Toni Cuidate flor, nos vemos a la vuelta.*

Llego a casa y me dejo caer en el sofá. *«¡Joder!»* En apenas cinco días la he liado, pero bien. Bueno, ¡qué narices!, yo no la he liado, ha sido una serie acontecimientos o, mejor dicho, de infortunios que han enlazado unos con otros, provocando un caos en vida.

De un salto, me activo y comienzo a preparar mi pequeña maleta de mano. Tan solo meto dos mudas de ropa, el neceser y cuatro cosas que pueda necesitar. Mi familia no me espera, va a ser una sorpresa, pero necesito que alguien me venga a recoger al aeropuerto de Bilbao. Descuelgo el teléfono y marco los dígitos de memoria. Al tercer tono escucho esa voz que tanto echaba de menos.

—¡*Aupa*!

—¡*Aupa! Arreba*.

—¡Anda Joder!, si es la madrileña.

—Yo también me alegro de oírte hermanita. ¿Qué tal por vasconia?

—De la hostia, como siempre. ¿Y con los españoles?

—Ya estamos… Aquí todo bien. ¿Qué haces esta tarde?

—En *etxea*, he quedado a las nueve en la taberna con unos amigos. *Zeren?*

—Porque necesito que vengas a recogerme al aeropuerto. No les digas nada a *gurasoak*, quiero darles una sorpresa.

—*Ondo,* pues. ¿A qué hora llegas?

—Si todo va bien, sobre las siete estaré allí. Te espero fuera de la terminal, así no tendrás que buscar aparcamiento.

—Nos vemos entonces, pues. *Agur*.

Capítulo 7

Estoy en barajas haciendo tiempo hasta la hora del embarque, paseo por la terminal mirando todo a mi alrededor. Veo un panel de anuncios, en él están emitiendo un video de un evento deportivo. Paro en seco en medio del largo pasillo. *«¡La hostia!, no he avisado a Stefan».*

Lo llamo varias veces, su teléfono da señal, pero no descuelga, siempre acaba saltando el contestador. Al tercer intento desisto y le dejo un mensaje:

Stefan, soy Nahia. En estos momentos estoy en el aeropuerto esperando mi vuelo hacia Bilbao. Regresaré el jueves a primera hora. Por circunstancias personales y algunos problemas he tenido que abandonar Madrid. Bueno… dicho de esa manera, parece que huya porque me persiga una mafia. Olvida esto último que te he dicho. He tenido serios problemas laborales, y alguno que otro personal. Necesito despejarme las ideas. En estos momentos no sería una buena capitana, ni compañera. Sé que en el campo debemos dejar lo personal a un lado, pero me está siendo imposible, pues no sé cómo manejar esta situación. Han sido varios días de mucho estrés en situaciones difíciles, he incómodas. Si por ello consideras que el sábado debo de estar como reserva, lo entenderé. Nos vemos el jueves a la vuelta. Agur.

Está claro que lo mío no es hablar por teléfono, y menos con una máquina. Me siento ridícula, ni siquiera sé expresarme, pierdo hasta la dicción, y ya ni te cuento cuando escucho mi voz, me horroriza, es que ni me reconozco. Guardo el teléfono de nuevo en el bolso cuando se escucha por los altavoces el aviso de llamada para la puerta de embarque. *«¡Bien! Saldremos puntuales».*

Me acomodo en la butaca, me coloco mis auriculares y activo mi *playlist*. Con la música en mi cabeza, observo por la ventanilla como nos elevamos. Hago un repaso mental de lo ocurrido durante el día de hoy, pero mi mente se queda en pausa en un instante concreto, re memorizo a cámara lenta, cada roce, cada caricia, todas las sensaciones que por un momento me han nublado el sentido. Mi pecho aletea haciendo que se me ponga la piel de gallina. Ha sido todo muy intenso.

Cuando me quiero dar cuenta, los indicadores luminosos del avión, para que nos abrochemos los cinturones, están encendidos. Las azafatas comienzan a pasar controlando que todo el mundo se coloque en posición, en breve tomaremos tierra.

El aeropuerto de Bilbao nada tiene que ver con el de Madrid, Barajas. Es más pequeño y menos concurrido, algo que se agradece. Con mi maleta en mano salgo al exterior de la terminal. «*Ya estoy en casa».* La serenidad comienza a invadir mi cuerpo, así como la seguridad. Frente a mí, a lo lejos, una chica corre en mi dirección haciendo aspavientos con los brazos. Es Irune, mi hermana pequeña. La bendición de la casa, llego como una sorpresa inesperada y tan deseada por mis padres. Después de mi nacimiento, fueron varios los intentos de traerme un hermanito, pero mamá no lograba quedarse embarazada. Ya se habían rendido, ya habían tirado la toalla, cuando siete años después se obró el milagro.

Corro hacia ella y nos fundimos en un fuerte abrazo.

—¡*Aupa*! Hermana, cuanto te he echado de menos. Por mucho que hablemos por teléfono, no hay nada como tenerte aquí y poder darte abrazos y achuchones.

—Hermanita… —La repaso con la vista, de arriba abajo, para acabar mirándola fijamente a los ojos—¿Dónde está la adolescente desenfrenada que deje cuando me marche? Estás hecha toda una mujer, excepto por una cosa. —Le señalo la cabeza— ¿Quién demonios te ha cortado el pelo?, espera, no me lo digas, ¿Una apuesta?

—¿Qué le pasa a mi pelo?

—¡Joder!, que parece que te lo hayan cortado a “bocaos”.

—Como se nota de dónde vienes. Mucha revista de moda fina, pero ni idea de lo que se lleva en la calle. —Me da un manotazo en el hombro que hace que pierda el equilibrio. *«¡La ostia que burra es!»*

Vamos en el coche camino de casa de mis padres, ahora se me hace extraño decir mi casa, llevo demasiado tiempo fuera de ella. Irune, me pone al día de todo, de cómo lleva la carrera de periodismo, de su ruptura con su tercer novio, y de mis padres con el viejo restaurante que les dejo mi abuelo al fallecer.

—Nahia, se ponga como se ponga aita, tú, esta noche, te vienes conmigo a la taberna. Ya mañana tendrás todo el día para estar con ellos. —Aparca el coche de cualquier manera sobre

la acera— Venga que ya hemos llegado. Movimiento.

Dejo la maleta en el coche, y caminamos una al lado de la otra. Al llegar frente al restaurante, Irune se coloca delante, abre las puertas y con un grito ensordecedor los avisa.

—*¡AITA, AMA!* Os traigo una sorpresa.

—¡Dios! No chilles, preparando la cena estamos y nos vas a infartar.

Asomo la cabeza por un lateral de la puerta, y le muestro una enorme sonrisa.

—¡Ahí va la hostia, pues! *Nire alaba*. —Suelta el trapo que lleva atado al delantal y corre a mis brazos—. Mi niña, ¿qué haces tú aquí?, ¿Por qué no avisar que venías?

—*Aita*, cuantas ganas tenía de veros. ¿Y ama, dónde está?

—En la cocina, preparando el menú de esta noche. Qué alegría me has dado hija. Anda ve, pero no la asustes si está con cuchillo en mano, ya sabes que, con sustos, lo lanza todo.

Entro poco a poco en la cocina, anda tarareando rebuscado en una de las cámaras frigoríficas. Me coloco detrás y le tapo los ojos con ambas manos. Su reacción no es la que esperaba. Me da un fuerte pisotón, me clava el codo en las costillas y se separa de un empujón, dispuesta a lanzarme lo primero que ha pillado a mano.

—¡HOSTIA, *AMA*!, que soy yo, Nahia.

Pone los brazos en jarra, se acerca a mí, me suelta una colleja y de golpe me abraza y me come a besos.

—Anda, ven aquí, hija mía, «*Sí, sí, pero la colleja ya me la he llevado*».

—Te he echado de menos mamá, y a tus collejas también. —Ríe como una niña.

Nos sentamos los cuatro en el salón y les pongo al día de lo sucedido en la empresa, lógicamente obviando la parte que no me interesa que se enteren, la de los americanos en Londres. Si no, esta vez las collejas me las llevo a dos bandas. Mi padre se levanta y va hacia la barra, saca un grueso libro encuadernado en piel marrón y lo trae a la mesa.

—Ábrelo.

Es un libro, como los de las cuentas que ellos utilizan en el restaurante, pero con su interior repleto de recortes de periódicos, de varios sitios de España, pero todos con una noticia y unas imágenes en común. Las mías, la de las Espartanas. Se me hace un nudo en el estómago y unas lágrimas brotan por mis ojos, dispuestas a derramarse sobre aquellas imágenes. Mi padre coge una de mis manos y la aprieta, rompiendo el silencio del momento.

—Aunque estemos lejos, te seguimos en cada momento. Eres nuestra hija y tus logros, son nuestros logros. —Resopla—. Aunque para ello, tengas que estar con los españoles. —Consigue arrancarme una carcajada.

—Muchas gracias, *Aita*. Es muy bonito. Por cierto, ¿Cómo los has conseguido?

—Iñaki el del quiosco me aviso y me guardo varios en los que salías. Otros, pues, de algunos clientes extranjeros, y proveedores.

—Papá, no son extranjeros.

—¡Dios!, ¿Son vascos?, ¡NO! Pues entonces extranjeros.

—Ander, deja ya a la niña, y no entréis en ese tema. Voy a seguir cocinando que en breve comenzaran a llegar los comensales. ¿Vosotras que vais a querer?

—*Ama*, Nahia y yo iremos a la taberna con mis amigos.

—Pero acaba de llegar, cenar aquí con nosotros y luego os marcháis.

—*Ama*, mañana tenéis todo el día para estar con ella. Hasta el jueves a primera hora no se marcha. Hoy es el cumpleaños de Koldo, lo celebramos allí.

—Pero hija, —Un sonoro golpe en la mesa las hace callar a las dos.

—*Aintza,* se acabó, no hay más que decir, las niñas se van. Que disfruten hoy.

Salimos del restaurante, volvemos al coche para coger la maleta y subir a casa a cambiarnos.

Mi habitación esta tal y como la deje. No hay nada fuera de lugar, incluso en el armario, mi madre sigue conservando algunas ropas mías. En cambio, cuando entro a la habitación de Irune, se me pone la piel de gallina, me horrorizo con lo que tengo ante mis ojos. El techo de la habitación es la bandera de *Euskal Herria*. En sus paredes, carteles reclamando la *Independentzia,* ahora entiendo ese “flequillito” queme lleva. ¡*Txarra*! Esta niña me parece que se está centrando más en otras cosas que en los estudios.

—Irune, ¿Qué es todo esto? Me parece perfecto que tengas tu ideología, ¿pero tanta como para llevarla a este extremo? Espero que no te metas en problemas, ni metas a nuestros padres. Sólo te recuerdo dos palabras “impuesto revolucionario”. Haz memoria tu solita. Como me entere de qué formas parte de un grupo de radicales abertzales, tú te viene para Madrid de cabeza. Avisada quedas.

—Tú has hecho tu vida, déjame a mí hacer la mía. Que esté de acuerdo en algunas cosas, no me hace ser como ellos. Todavía sé ver la fina línea que separa ambas cosas. Si no, tú estarás ahí para recordármelo. Las cosas han cambiado, yo he cambiado, ya no tengo dieciséis años para que me estéis echando la bronca, ni diciéndome lo que está bien y lo que no. Tengo veintiuno, y hasta el momento no me he metido en problemas de ese tipo, ni he metido a nadie. Por lo tanto, tema zanjado.

Alzo las manos y doy un paso atrás. —Vale, vale. Pero no dejes que, en un descuido, la línea se rompa.

—Si vas a continuar por ese camino, me voy y te dejo en casa.

—Vale chica, no digo nada más.

Me dirijo de nuevo a mi habitación, saco las cosas de la maleta y las coloco sobre el escritorio. Lo poco que he traído mejor tenerlo a mano y controlado. Es la única manera que luego no me deje nada olvidado.

Me cambio de camiseta, me maquillo un poco, y ya estoy lista. Irune va con un peto tejano, unas deportivas blancas y una camiseta desgastada. No usa nada de maquillaje, su pelo, «¡*hay, su pelo*!» Lo lleva suelto, con una diadema de tela ancha, por encima del flequillo. Está claro que es en plan adorno, porque sujetarle, no le sujeta nada. Y menos con un flequillo de dos dedos y mal cortado de lado.

—Bueno, noche de chicas. Vayamos a pasarlo bien.

La taberna está a cuatro calles de casa, cerca de la Plaza del Ensanche, en Bilbao. Al entrar veo que no ha cambiado nada en estos años que han pasado. Sigue siendo un punto de reunión para la gente joven como antaño. En su interior todo continua igual, viejos toneles, de madera de roble, hacen de mesas, con unos altos taburetes a juego. Las paredes y la barra, también están forradas de madera envejecida, en pocas zonas se puede ver la piedra original de aquella edificación tan antigua. Una gran pantalla ocupa una de las paredes del fondo, bajo ella colocadas en paralelo varias mesas largas de madera con bancos a ambos lados.

Allí en una de esas mesas hay un grupo de personas sentadas, envueltas en una conversación, al parecer muy animada. Irune me indica que son sus amigos. Estos nos ven y rápidamente varios de ellos elevan sus copas en forma de saludo. Conforme nos acercamos, me sorprendo al ver que son un grupo de personas variopintas. Quizás, después de lo que había visto, me esperaba un pequeño grupo de abertzale, pero nada que ver con la realidad. Hay gente joven, y no tan joven. Me los presenta uno a uno. Hay varios compañeros de la universidad de periodismo, una doctora, un abogado, tres estibadores y dos hermanas gemelas que llaman poderosamente mi atención… «¡*Joder!, parecen las niñas de "El resplandor", pero en versión moderna*».

Una de ellas trabaja como dependienta en una tienda de moda, y la otra es peluquera. «*Ya sé quién le cortó el pelo a Irune*». Mientras cenamos, hablamos sobre el empleo de cada uno, reímos y contamos anécdotas de todos los tipos. El tiempo pasa, y las botellas de *Txakoli* y el *Sagardoa* se van amontonando en la mesa. Irune, en un momento dado, se pone en pie a duras penas, alza su copa y propone un brindis.

—Brindar debemos por mi arreba. «*Buf, hoy entramos en casa por la puerta grande. Ya comienza a tener la lengua de trapo, y parecer Yoda hablando*». Una campeona, auténtica, que este fin de semana, demostrar ser mejor jugadora de Rugby. *¡ESKERRISKA!*

Todos los presentes alzan sus copas repitiendo el grito de Irune. Me muero de la vergüenza. Lo "*boca chancla*" que puede llegar a ser Irune, en algunas ocasiones. Tras ese brindis, llegan varios más. Entramos en un punto en el que ya casi nos comunicamos por monosílabos, onomatopeyas y gesticulando. Un sonido estridente nos deja a todos en silencio, intentando averiguar de dónde procede.

—Tu bolso ser, Nahia… algo se mueve ahí. —Irune lo señala sin apenas mantener la mano quieta.

—Pues sí, mi bolso es.

—¿Ser algo alargado con batería y "*viriviribribra*"? "*Marranonaaaa*". —Pongo los ojos en blanco sin poder evitarlo, Irune y sus salidas.

—Es mi móvil.

Hecho un vistazo a mi reloj, tengo que alejar la muñeca para poder fijar bien la vista. Son las once de la noche. *«¿Quién demonios llama a estas horas?»* Abro el bolso y hecho un vistazo por encima. En la pantalla aparece: Desconocido. No lo cojo. Cierro el bolso con el teléfono dentro *y* lo vuelvo a dejar colgado de la silla. Vuelve a sonar de nuevo. Quienquiera que sea, insisten una y otra vez.

Irune se inclina hacia mí, y me susurra con la lengua de trapo.

—¿*Poque* no c*ontesssstar*? *Dameee, dameee*, yo *hacel arreba*, *poque seguuuro* que es un f*ollamigo* de *esossss* tuyos. Yo *tammmben* uso de eso, mira uno allí. —Señala a Denis, el abogado. «*¡Joder con la tontorrona de Irune, qué calladito se lo tenía, y anda que escoge mal!*».

—Irune, ni se te ocurra beber nada más. —Rio a carcajadas hasta el punto que me duele el estómago—. No sé quién me llama, pero te aseguro que no es ninguno de ellos, y menos a estas horas y entre semana, que mañana es día de trabajo.

—JAAAA, *segulo* alguno *queeerer* sacudir la sardina antes de *dormirrrr*. ¡Va, contesta al *señolll dessscono*sido*!*

Con las lágrimas aun corriendo por mis mejillas, por las carcajadas de las ocurrencias de Irune, meto la mano en el bolso y saco el teléfono delante de todos y lo coloco en la mesa frente a nosotras. Lo observamos como vibra a la vez que suena la musiquilla estridente, y el texto: Desconocido, parpadea en la pantalla. Un pequeño icono muestra conforme hay varios mensajes sin leer. «*Para leer estoy yo ahora*».

—Seguro que son las chicas. —Cojo el terminal con una mano y con el otro brazo, apoyo el codo sobre la mesa, reclinando mi cabeza sobre esa mano, como intentando frenar esa sensación de estar mirando las aspas de un helicóptero.

—Contesta, o hacerlo yo. —señala con un dedo acusador que apunta en todas direcciones.

—"*Peeesadaaaa*". —Miro de nuevo la pantalla y no sin esfuerzo por atinar, pulso el botón de descolgar—. *Hoola, señorrr* desconocido. —Ya comienzo a arrastrar las palabras al igual que Irune.

Al otro lado del teléfono solo se escucha una respiración agitada, que hace que toda mi piel se erice. Estoy a punto de colgar cuando escucho una voz masculina que no reconozco.

—Estaba preocupado por ti.

—*Poooo señol* desconocido va a ser que yo *pol tiiii*, no. *Aaagurrr.*

—¿Estás bebida?, ¿Dónde es…?

Cuelgo el teléfono sin más, lo pongo en silencio y lo dejo caer en el fondo de mi bolso.

—*Arrebaaa, solutionado*. Se han *esquivocasdo.* —Paso un brazo costosamente sobre el hombro de Irune y me acerco a su oído—. Me *ustan* tus *pendrientes*… *oyeee* que te *parese* si *nosss* vamos levantando. A este paso *tendlá* que *venil Aita*, con el *tractorrrr* de Josu, a recogernos.

—*Po xi*, hora de *recogerrrrrse.*

Irune hace el esfuerzo de levantarse apoyándose con ambas manos en la mesa e inclinando su cuerpo hacia delante para hacer contrapeso y no perder el equilibrio. Se pone en pie a la primera, ni se tambalea. «*Que practica tiene, se nota que está acostumbrada al Txakoli y a pillar más de una cogorza. Mi turno, ahora viene cuando la taberna sufre un terremoto y todo se mueva a nuestro alrededor*». Sigo los pasos de Irune para intentar levantarme sin caer "*despanzurrada*" sobre la mesa. Poco a poco voy consiguiendo algo de estabilidad, pero esta se esfuma en el momento que pongo la espalda completamente recta. Mi campo de visión se torna excesivamente móvil. Cierro los ojos para que todo deje de danzar. Pero el efecto es el contrario. «*¡La hostia!, qué cogorza llevo, y me reía de Irune, acabo de batir mi propio récord*». Irune me coge de un brazo y me ayuda a salir del hueco entre la mesa y el banco. Hacerme levantar una pierna no es viable, así que pasito a pasito de lado, consigo llegar al final del banco donde se encuentra Denis, mirándonos con una sonrisa socarrona.

Dado que no soy capaz de dar un paso delante de otro sin perder el centro de gravedad, Denis me sujeta con cuidado por el otro brazo.

—Anda "*Superwoman*", en este campo te ha ganado el equipo de casa. Apóyate en mí si no te quieres dejar los dientes en el suelo.

Lo miro de soslayo cerrando un ojo para poder fijar la vista. «*Mmm está cañón, sí, buen gusto el de Irune*». Giro mi rostro hacia mi hermana y no dudo en soltarte una directa.

—*Arrebaaaa,* ¿Me lo prestas esta noche? —Señalo a Denis con el dedo pulgar.

La colleja no tarda ni un segundo en llegar. —Nahia, tira para fuera, y cierra esa boquita tan mona que tienes.

Denis comienza a reír a boca abierta. Me giro hacia él y encogiéndome de hombros, le digo claramente:

—*Amol,* lo he intentado, pero no *compalte*. —Otra colleja, esta vez más fuerte que hace que de un traspié hacia delante.

—¡*Pedazoooo de Burrraaaa*! Acabas de aplastarme las únicas neuronas que no estaban

ebrias.

Caminamos todos juntos por las calles de Bilbao, haciendo la ruta para acompañarnos los unos a los otros el regreso a casa. En uno de los callejones pasamos por delante de un local algo extraño. Escucho susurrar a todos ellos, pero mis sentidos están fallando. Una persiana se abre, una luz brillante deslumbra mis pupilas y todo se torna oscuro.

Capítulo 8

Tengo un dolor de cabeza horrible, los párpados me pesan, la luz es como si fueran puntas de alfileres clavándose en mis pupilas. Noto un escozor latente, encima del omoplato derecho, casi en el hombro. Se irradia hacia el brazo, por un lado, y hacia la espalda, por otro. *«¡La hostia!, ¿Qué narices hice ayer? Menudo golpe tuve que darme»*. Con cuidado intento palpar la zona. «*¡Joder, qué coño es esto!*» Toco un trozo de esparadrapo y algo de plástico. «*Duele, escuece, ¡mierda!»*

Salgo disparada de la cama y me coloco ante el espejo. Estiro el cuello de mi pijama por el lateral para poder ver de qué se trata, pero no estira lo suficiente. Miro de nuevo el pijama. ¿Cuándo me cambie yo de ropa? Ni siquiera eso, recuerdo. Me llevo una mano a la frente y me apoyo en el tocador intentando hacer memoria de la noche anterior. Pequeños flashes vienen a mi memoria como si fueran recuerdos fotográficos. «*¡Mato a Irune!»*. Me quito con cuidado la parte de arriba del pijama, ni siquiera llevo sujetador. Tiro poco a poco del esparadrapo hasta lograr quitar por completo el parche. Me miro de nuevo en el espejo. *«¡No me jodas!, ¡un tatuaje!, la mato, la mato, la mato»*. Ahora mismo es un emborronado de sangre y tinta. Cojo un par de gasas, las mojo con agua de una botella sobre el tocador y suavemente, voy retirando toda esa mugre. Bajo aquella mancha oscura aparece un casco de fútbol americano, color violeta, con una pequeña estrella blanca, un *Lauburu* y rodeándolo la palabra *Superwoman*. No sé si reír o llorar. En ese preciso instante se abre la puerta de la habitación y asoma una cabeza entre el marco y la puerta.

—¡Buenos días, *Arreba*! —Lanzo la botella de agua contra ella sin pensarlo, pero sus reflejos son rápidos y consigue cerrar la puerta antes de que la botella se estrelle justo en el punto donde segundos antes se encontraba su cabeza.

—¡Te mato Irune, te mato!, ¿Qué demonios es esto? —Me señalo el hombro.

—¿Me vas a escuchar sin lanzarme nada más, ni atacarme?

—No prometo nada.

—Mira. —Abre de nuevo la puerta, pero esta vez no es su cabeza la que se asoma, es su hombro derecho—. Todos lo llevamos.

—¿Todos?, Pasa, y hazme el favor de explicarme que narices paso ayer, y que significa esto.

Irune entra en la habitación con cautela, me vigila las manos que no tenga nada preparado para lanzarle. «*Como me conoce»*. Se acerca hasta la cama y se sienta y palmea un lado para que vaya junto a ella.

—Primero abre un poco la ventana que ventile. —Arruga un poco su respingona nariz— Aquí dentro huele a destilería.

Le dirijo una mirada de aviso, de esas que dicen que mejor que no hables si no te pregunto. Abro el ventanal, una brisa entra a través de ella, lo agradezco en esos momentos. En dos pasos estoy a su lado.

—Bien, empieza a explicar.

—Primero tomate esto. —Alarga su mano y me entrega un ibuprofeno.

—Con el estómago vacío, creo que mejor no. Ahora después me lo tomaré, gracias de todos modos. Venga, empieza a cantar antes de que acabe de perder la poca paciencia que me queda.

—Nahia, ayer cuando regresábamos a casa, casi perdiste el conocimiento. Yo no sé hasta qué punto recuerdas la noche de ayer, pero bebimos mucho, pero… Mucho, mucho. Bien, ¿por dónde iba?, a sí, eso, que estabas prácticamente K.O. Pasábamos junto al local de Leire, cuando empezaste a perder la consciencia. Como no teníamos otro lugar donde poder atenderte, Leire abrió la persiana y nos quedamos allí. Estuviste durmiendo la mona una media hora. Cuando conseguimos despejarte un poco y viste donde estábamos te viniste arriba entre tanto dibujo. Leire, además de ser peluquera, es tatuadora. El local tiene dos ambientes, una sala de peluquería y otra para tatuajes, esta última es la caña. Empezaste con la broma, pero como siempre acabamos apostando. Y lamento decirte que perdiste.

—Ósea, ¿me estás queriendo decir que esto es el resultado de haber perdido una apuesta?

—No, esto es la apuesta que tú hiciste, el resultado es que nos tienes que conseguir las entradas para ver la final el sábado en Madrid.

—¿Qué?

—Pues eso, le pediste a Leire que te hiciera un esbozo de un tatuaje con un casco y el *Lauburu*. Ella lo hizo, y luego te apostaste las entradas para el partido a que nadie se atrevía a hacerse el tatuaje. Cosa que te salió mal. Por cierto, lo de "S*uperwoman*", fue un añadido a última hora.

—¡Joder, la madre que me parió! Si es que últimamente siempre la acabo liando.

—Vamos, bajemos a desayunar, padres no están, salieron temprano a hacer unas compras y después iban directos para el restaurante.

—Vale, dame unos minutos que me asee y me vista. Ve tirando y ahora bajo.

Me preparo la ropa que me voy a poner sobre la cama. Veo el bolso tirado en el suelo, a un lado de la habitación. Lo recojo y recupero mi móvil. Está apagado, completamente sin batería. Lo conecto y me marcho a la ducha.

Cuando regreso a mi habitación, encuentro sobre el tocador un bote de crema que debe de haber dejado Irune, es para el tatuaje. Con sumo cuidado le doy por encima dejando un poco de pegote para que vaya absorbiendo mientras me acabo de vestir. Me pongo uno de sujetadores deportivos que he traído, para que los tirantes no me rocen la piel en el tatuaje, y una camiseta liviana. Mis pantalones de ayer están tirados a un lado, no quiero ni mirar todo lo que tienen que tener encima. Los meto en una bolsa de plástico junto al resto de ropa sucia y la dejo junto a la maleta. Cojo los otros tejanos que traje de repuesto y me los coloco. «*Menos mal que estos son de cintura baja y no me aprietan la barriga*». Miro de nuevo el móvil, la carga de batería ya está al cincuenta por ciento. Lo desconecto y bajo a desayunar.

Irune me espera en la mesa, está mirando su móvil y riendo a carcajadas.

—Hermanita, enciende tu teléfono que tengo algo que pasarte. Así tendrás un recuerdo del Norte cuando regreses a Madrid.

Ladeo la cabeza para ambos lados a la vez que tecleo el pin del teléfono. —Qué miedo me da.

Lo dejo sobre la mesa esperando que se inicie. Mientras tanto me sirvo un café y me como una tostada a regañadientes. Si quiero poder tomarme algo para quitarme este malestar, necesito tener algo sólido en el estómago. El teléfono se acaba de reiniciar y comienzan a sonar mensajes. La pantalla se cubre por completo de iconos de todos tipos. Llamadas perdidas, mensajes del grupo de las chicas, y marca unos cuantos más, de Marta, Toni y un número que no tengo en la agenda.

—*Arreba*, qué solicitada estás. Dale a algún botón ya para que ese trasto deje de pitar.

Me viene a la memoria las llamadas de ayer, reviso el teléfono, cinco llamadas de un número oculto, como desconocido. Regreso a la pantalla de inicio y voy directa al grupo de las chicas.

Suri ¡Hey! Nahia, ya nos ha contado Stefan que hoy y mañana nos dejas colgadas en el entreno. Pásatelo bien y tírate todo lo que puedas.*

Marta Ni caso a esta obsesa sexual. Cuídate, descansa y para lo que necesites aquí estamos.*

Suri Obsesa no, soy una mujer libre a favor de que la mujer haga lo que le dé la real gana sin ser tachada de promiscua, o putón.*

Lali paz hermanas.*

Suri Por cierto, el regimiento de la caballería montada americana, hoy está al completo.*

Marta Luego te contamos cómo ha ido.*

Suri Eso tú, yo sí puedo, luego tendré algo mejor que hacer con uno de ellos.*

Hora y media después…

Suri Mi gozo en un pozo, hoy casi nos destrozan en el entrenamiento, venían calentitos, y después en el bar se tomaron un refresco y para casa. Vaya muermos.*

Marta Suri, la gente trabaja y madruga, aunque a ti no te lo parezca.*

Suri Yo también trabajo, no soy una mantenida de papá y mamá.*

Marta Pero tú no madrugas y trabajas desde casa.*

Lali Dejar los putos mensajes, no son horas y quiero dormir.*

Suri Saltó la alegría de la huerta.*

Marta Buenas noches, chicas.*

Cierro el grupo y paso a los siguientes mensajes. Estos son de un número de teléfono que desconozco.

22:45 Estaba preocupado por ti. No te vi hoy en los entrenamientos.*

22:55 No piensas coger el teléfono ¿Verdad?*

23:05 Cuando al fin te dignas a coger la llamada me cuelgas. Además, ebria, ¿Dónde estás, Nahia?*

23:08 En diez minutos estoy en la puerta de tu casa.*

23:15 Ahora sé que no estás en Madrid, y creo saber el motivo. Tenemos que hablar.*

Los leo varias veces seguidas. No me lo puedo creer. Tapo mi cara con ambas manos negando con la cabeza. Me levanto como un resorte a la vez que una arcada se va haciendo paso por garganta para salir a la luz. Corro hacia el baño y allí abrazada al "*señor Roca*" vacío todo el contenido de mi estómago. Irune me observa en la distancia, apoyada en el marco de la puerta.

—Estás jodida, ¿he?, ¿Necesitas algo?, déjame echarte una mano. —Se acerca y pasa sus brazos por debajo mis axilas—. Levanta y volvamos al salón. Ahora mismo tienes un color de cara lo más parecido al de un cadáver.

Cuando llegamos al salón, nos sentamos a la mesa y comienzo a explicarle toda la verdad de lo ocurrido desde hace una semana, desde el fatídico viaje a Londres, por decirlo de alguna manera. Irune escucha atenta y no me interrumpe en ningún momento. Cuando ya he acabado de explicarle toda la situación, suelta aire, lentamente y empieza la ronda de preguntas.

—¿Se lo piensas contar a *aita* y *ama*? Me refiero a lo de tu trabajo.

—Por ahora no, Mañana por la mañana he de regresar temprano a Madrid precisamente porque tengo una entrevista en una editorial. Voy de parte de un amigo y no puedo fallarle. Si consigo el puesto no tendré que dejarlo todo.

Afirma con la cabeza. — Y respecto a Yves, ¿Piensas contestarle? Creo que se merece una respuesta. Por lo que me has contado, después de todo, parece ser una persona honesta. Al menos se ha preocupado.

—Él juega en otra liga. «*Nunca mejor dicho*». Entre nosotros no existe nada, no hay nada. Solo empezamos un juego tonto.

—Tú lo has dicho, empezasteis, pero no lo habéis acabado. Quien sabe, lo mismo vale la pena seguir jugando. —Me guiña un ojo y se levanta marchándose hacia la cocina.

Cojo de nuevo mi teléfono móvil, hay dos mensajes de Marta.

22:30 Marta Hola preciosa, espero que estés disfrutando con la familia. Te irá bien despejarte un poco. Al finalizar el entrenamiento vi a Stefan preocupado y me ha comentado tu mensaje. El resto solo sabe que te han dado unos días y has ido a visitar a la familia. Lamento que hayas tenido que pasar por esa situación. Te recuerdo que además de compañeras de equipo, somos amigas y puedes contar conmigo para lo que necesites. Quiero que sepas que en casa tienes una habitación y puedes quedarte conmigo todo el tiempo que necesites si no encuentras nada y al final tienes que dejar tu piso. Nos vemos a la vuelta. Cuídate flor*.

Realmente en el equipo ya somos como una familia. Marta, de todas ellas, es la más centrada, honesta, cariñosa y servicial. Es un amor de persona. Me alegro de tenerla como amiga.

22:40 Marta Lo siento, Morrison me ha acorralado, insistiendo que quería tu teléfono. No me mates por habérselo dado.*

23:00 Marta No sé qué te traes con él, pero como no le cogías el teléfono me ha insistido en que le diera tu dirección, parece desesperado. En un principio me he negado, pero después de contarme que, en una última llamada, cuando por fin le has contestado, le has colgado y además estabas… ¿Borracha? He tenido que explicarle parte de lo ocurrido. Estaba dispuesto a buscarte donde fuera. Lo siento, pero se merecía saberlo.*

Irune regresa de la cocina con un vaso humeante repleto de un líquido oscuro. El olor es bastante agradable.

—Tomate esto, te asentará el estómago. Al menos hará que no vomites. Intenta volver a comer algo sólido cuando te lo termines.

Asiento con la cabeza como cuando eres pequeña y tu madre te está echando una reprimenda por alguna trastada que has hecho. Cojo el vaso con ambas manos y me lo acerco a la nariz. El aroma que desprende es agradable, eso facilitara las cosas a la hora de beberlo. Ahora mismo es casi imposible dar un sorbo sin achicharrarme.

Suenan varios mensajes más en el teléfono. Instintivamente, pongo los ojos en blanco, «*¿Más? Cada vez tengo más claro que esto es un maldito invento del demonio*».

—Tranquila, son míos.

Una infinidad de imágenes empiezan a aparecer en la pantalla, unas detrás de otras. *«¡La hostia! No sé qué me da más vergüenza, si ver las fotografías o recordar lo que paso anoche. Sea*

como fuere, ambas cosas están enlazadas».

Las primeras imágenes son fotografías que se hicieron durante la cena. Aparecemos todos con caras sonrientes, bien acicalados y posando felices. Las siguientes es como ver una transformación. Ya se empiezan a verse ojos medio achinados, mofletes y caras rojas, abrazos y poses extrañas. Ahora llegan las que me dan más miedo. Selfies en los que, prácticamente, solo se ven los agujeros de la nariz. Otras haciendo carantoñas, dándonos un pico Irune y yo, y Denis y … yo también, «*¡Joder!*» Las siguientes son fuera del local, en las calles de Bilbao posando de cualquier manera, cuando digo de cualquier manera, es que, en una de ellas de fondo aparece un culo, ahora hay que adivinar quién es el dueño o dueña. Continúo pasando imágenes. Esta vez estamos en supuesto local de Leire, pues yo ni me acuerdo. Efectivamente en una de las camillas de tatuajes hay un cuerpo estirado y cuatro personas a mi alrededor con pistolas de tatuar en las manos poniendo caras de sádicos. «*Serán cabrones, y yo durmiendo la mona*». En otra fotografía aparece Leire haciendo es esbozo del tatuaje. Otra en la que Denis lo modifica y escribe *Superwoman*. Es curioso que él es primero en tatuárselo, ríe ante la cámara y alza el dedo pulgar. Todos uno a uno van apareciendo la silla de tatuar con el mismo dibujo en la piel.

Comienzo a reír como una desequilibrada, las lágrimas caen en cascada por mi rostro, y mi estómago empieza a hacer amagos de nuevas arcadas, pero logro contenerlas. La foto final es de traca. Todos en fila de costado, enseñando el tatuaje. «*¡Madre mía!, la que he liado*».

—¿En serio nos lo hicimos todos? Esto es una puñetera locura.

—Sí, nuestra locura. Bueno *arreba*, nos vemos a la noche, en una hora empiezo las clases.

—No sé cómo puedes estar tan fresca después de una noche apoteósica como la de ayer. Recuérdame que no vuelva a beber más *Txakoli*, al menos, no más de dos copas.

—Eso es la falta de costumbre. Si es cierto que ayer nos pasamos de la cuenta, todos, pero ¿y lo bien que lo pasamos?

—Si claro, eso vosotros, yo no era persona, eso no me gusta y menos no recordar al día siguiente nada de lo que hice durante esa noche. Imagínate que acabo con un psicópata, no jodas, esto no es sano.

—Esto solo se hace en algún momento puntual y rodeada de tu gente, no con desconocidos.

Alzo una ceja y la miro ladeando la cabeza. —Te recuerdo que yo no conocía a nadie.

—Ya, pero estaba yo, y a mi lado, hermanita, nunca te pasará nada. «*Dijo la rana al cocodrilo*».

—Anda, tira que aún llegaras tarde. Yo iré al restaurante a ver si les puedo echar una mano.

Me abrazo a Irune y me despido de ella en el portal de casa, hasta la noche. Paseo tranquilamente por las calles de Bilbao. Antiguos comercios han desaparecido, y en su lugar ahora hay franquicias de varias cadenas de supermercados y bazares chinos. Los rayos de sol parecen chocar contra mis pupilas como si fueran llamaras en forma de flechas punzantes. Rebusco en el bolso mis gafas de sol, al colocármelas noto un leve alivio, pero aun con ellas, la luz me molesta. Los tambores de mi cabeza parecen haber desaparecido, pero ahora mismo cualquier sonido, por leve que sea, parece amplificado en mis oídos. Me siento en uno de los bancos en las afueras del Parque doña Casilda de Iturrizar, saco mi móvil y comienzo a contestar los mensajes pasados. Los primeros los envió al grupo de las chicas.

Nahia ¡Hola!, ¿Qué tal chicas? Hasta esta mañana no he podido leer vuestros mensajes. He estado fuera de juego unas cuantas horas. Lamento no haberos avisado antes de mi marcha. Pero fue una decisión de última hora. Mañana a primera hora estaré de vuelta por Madrid.*

Suri ¿Fuera de juego? Si ha sido porque te has ligado un tío cañón y te ha tenido toda la noche haciendo abdominales, te perdono. Por cierto, hola.*

Lali No te preocupes Nahia, lo primordial es que te encuentres bien. Solo tú sabes las decisiones que has tomado y el porqué. No nos debes ninguna explicación. Solo espero que estés recuperada y en forma para el sábado. Sabes que nos lo jugamos todo. Y no porque seas nombrada la estrella de un partido, no tengas que currártelo como el resto.*

Suri Esa "puyita" no podía faltar, ¿Verdad Lali? Noto algo de pelusilla en tus palabras.*

Nahia Deberás que lo siento, pero si no tengo la cabeza centrada será como no hacer nada. Es más, ya hablé con Stefan para qué pensará a quien poner en mi lugar. Si tengo que quedarme en el banquillo lo haré. No me considero ninguna estrella, el equipo somos todas.*

Como si no tuviera suficiente, Lali y sus divagaciones de los favoritismos en el equipo. Marta no contesta por aquí, supongo que a estas horas está trabajando y tendrá el teléfono

silenciado. Le escribo por privado, al menos cuando lo coja vera los mensajes. Se merece una explicación, ya que Yves, la puso en el compromiso, pero no voy a dársela por teléfono, y mucho menos por mensaje. Lo haré cuando regrese.

Nahia Hola, Marta, ¿Cómo va todo por allí? Lamento que Yves te pusiera ayer ante tal situación. Salí a tomar algo con Irune y unos amigos suyos, y bueno, se nos fue de las manos. "Tú ya sabes, la noche me confunde".*

Nahia Mañana a primera hora regreso a Madrid. Tengo una entrevista de trabajo en una editorial, espero que todo salga bien y no tenga que dejar Madrid.*

Nahia Gracias por tu ofrecimiento, me alegra saber que puedo contar contigo. Toni y tú sois las personas que me abristeis los brazos sin conocerme cuando llegue a Madrid. Para mí sois el todo. Muchísimas gracias por estar a mi lado.*

Leo los mensajes que le he enviado. «¡*Joder!, maldita resaca, escribo por fascículos*».

Nahia Como puedes ver, o mejor dicho leer, todavía no soy persona. Hablamos luego. Cuídate.*

Salto a los siguientes mensajes, me aparecen los del número desconocido, el número de Yves. Vuelvo a leerlos. «*No, no le voy a contestar, no puedo hacerlo*». Guardo su número en la agenda, apago el teléfono y me pongo en marcha hacia el restaurante.

Al entrar por la puerta, mi padre me observa desde detrás de la barra mientras seca unos vasos con un paño.

—¡*Aupa*! Buenos días, hija. Ven.

Me indica con la mano que me acerque a la barra, mientras él se gira hacia las estanterías y coge una botella. Vierte el contenido en una copa en las que se servía antiguamente el coñac. Aquellas que tenían una marca roja indicando hasta donde se debían servir. La empuja con sus anchos dedos hacia mí.

—Bebe, sabe a rayos, pero esto te quitará la resaca y te asentará el estómago.

—No puedo hacerlo, Ya me dio Irune un brebaje de hierbas esta mañana y no ha funcionado.

—¡Hostia, bebe!—. Da una sonora palmada sobre la barra que hace temblar el contenido de la copa—. Si tanto os gusto anoche, ahora no tiene que haber problema.

Estiro el brazo y cojo la copa con una mano, la muevo haciendo que el líquido interior, de un color ambarino, haga un efecto tornasol con el reflejo de la luz. «*Esto tiene que ser veneno, por lo menos*». El simple gesto de acercármelo a la boca, ya pone en guardia a mi estómago. El olor es fuerte y desagradable. «*No voy a ser capaz de tomármelo*». Ante la atenta y penetrante mirada de mi padre, hago el esfuerzo de mojarme los labios. «*¿He dicho veneno?, me he quedado corta*». Los labios comienzan a arder allí donde el líquido ha tocado.

—Estoy esperando. No te demores y hazlo de golpe, ¡Hostia!

«A la de uno, a la de dos, y a la de tres, que sea lo que Dios quiera». Del tirón vuelco todo el contenido en mi boca haciendo que baje directamente por la garganta sin ni siquiera paladearlo. Me arde la faringe, el esófago, todo, puedo notar por cada rincón que va pasando el licor hasta llegar a mi estómago. Noto el vaivén de mis tripas*, «esto va a salir, a la de ya».* Unas arcadas tras otras amenazan con expulsarlo todo. Pero por increíble que parezca, no lo hacen. Poco a poco desaparece esa angustia, y la desazón que había sentido minutos antes.

—¿Creías que tu viejo *aita,* te iba a dar algo que te pudiera hacer mal? La resaca, con otro trago, se quita. Pero eso sí, la próxima vez que te vea en ese estado, por mucho mayor que seas, te tumbo en mis piernas y te doy los azotes que nunca te he dado. Avisada quedas, pues, tú, y tu hermana.

—Vale *aita*, lo he pillado. —Agacho la cabeza y me dirijo a la cocina donde se encuentra *ama* preparando los menús de hoy.

Va de lado a lado de la cocina cargada con ollas. Se mueve como un torbellino preparando todo lo que necesita para hoy. Le echo una mano troceando la materia prima, la ayudo en todo lo que puedo y me deja. Pues en sus comidas nadie mete las manos, o pueden acabar troceadas metidas dentro también. El olor que desprende el *Marmitako*, que se está acabando cocinar a fuego lento, hace que se me habrá el apetito. Cuanto tiempo sin comerlo. El recuerdo de ese sabor del bonito guisado con patatas, cebolla y pimientos, hace que comience a salivar. Ojeo el menú de hoy. Es bastante variado, pero en su totalidad cocina vasca. *Gildas* y *pintxo* de bacalao en aceite, *Kokotxas* de bacalao al pilpil, *Porrusalda*, alubias con chorizo, merluza a la vasca, *Piperrada*, *marmitako*, y pollo al *batzoki.* Los postres, además de fruta del tiempo, *Goxua*, y Tarta de queso.

Los comensales comienzan a llenar el restaurante. *Aita* va pasando los primeros pedidos a

cocina, y sirviendo las bebidas. En cocina, los platos van marchando unos tras otros. No sé cómo pueden abarcar con todo ellos dos solos, necesitan a alguien que les eche una mano. Antes estábamos Irune y yo, pero cuando nos marchamos se negaron a contratar a nadie, y ahora van ahogados. Tienen una edad que por mucho que se empeñen en que ellos dos pueden, no es así, necesitan ayuda. Voy sirviendo platos, ayudando a recoger mesas, preparar nuevos pedidos, etc.

Cuando por fin finaliza el servicio, y todo el mundo se ha marchado, nos sentamos a descansar y comer. Pues todavía nos falta limpiar todo para esta noche. Intento convencer a mis padres a que busquen personal, ellos no están para llevar ese ritmo durante mucho tiempo más. Mi madre en cocina se defiende bastante bien sola, pero si tuviera un ayudante no tendría que comenzar a cocinar a las ocho de la mañana, y bueno a la hora de servir los platos sería muy diferente. En sala, tampoco le vendría mal a mi padre tener un camarero. Atender todas las mesas, coger los pedidos, servir las bebidas y luego los platos, demasiada faena para uno solo en las horas críticas que llega todo el mundo y con prisas porque han de regresar a trabajar. *Aita* sigue reacio a mi propuesta de buscar un camarero a media jornada y una ayudante de cocina, pero *ama* no lo ve tan mal.

—Ander, yo no veo tan mal la propuesta de Nahia. Hoy con su ayuda todo ha salido a tiempo. Además, por las mañanas podría ir al mercado más tranquila, y así dejar a algunos de los proveedores que tenemos, que lo único que hacen es cobrarnos el doble por algo, que si lo comprásemos nosotros ahorraríamos, y sería mejor calidad. Sinceramente, no veo tan mala la propuesta.

—¡Dios, pues lo pensaremos! Ahora acabar de comer debemos, que después hay que seguir.

Después de recoger y limpiar todo el local, decido ir a dar una vuelta, no quiero quedarme entre aquellas paredes arrepintiéndome de volver a marcharme a Madrid y tener que dejarlos solos de nuevo.

El teléfono vibra en mi bolsillo, a continuación, le acompaña una melodía que me encanta, y la tengo destinada a una sola persona, es Toni. Olvide por completo avisarle. «*Me va a caer la de Dios, soy la peor amiga del mundo*».

—Hola, Toni. Antes de nada, no te enfades conmigo. Digamos que mi llegada a Bilbao fue celebrada por todo lo alto.

—Mira que únicamente te pedí que me avisaras cuando llegases, un simple aviso. Por lo que me dices ha tenido que ser apoteósico para que no te acordaras del teléfono móvil desde ayer por la tarde.

—Más que apoteósico ha sido… desconcertante. No recuerdo casi nada de la noche anterior, para que te hagas una idea, estuve a poco de sufrir un coma etílico, ahí lo dejo.

—Eres irremediablemente irresponsable y una inconsciente. Seguro que Irune algo ha tenido que ver en todo eso.

—Algo no, mucho que ver. Quedamos para cenar con sus amigos, que todo sea dicho, gente majísima. Al principio me esperaba los cuatro muchachos expertos en lanzamientos de cocteles molotov, oye, pero nada que ver. Una de las cosas que me alegra de esta visita exprés, es que al menos Irune parece que ha encontrado el buen camino.

—Si un día entre semana, provocar que su hermana pille tal cogorza que no sepa ni en el día en el que vive, es ir por el buen camino… no me quiero imaginar cómo sería antes. Bueno, cuéntame ¿Alguna víctima que pagase tu rabieta y mal estar y ahora estés pensando quien narices era y que hiciste?

—Oh, no, para nada. Estuvimos casi toda la noche en la taberna.

—¿Casi?

—Esto… mejor no preguntes. Esa parte ya te la explicaré mejor mañana cuando nos veamos. Digamos que he de explicártelo a modo gráfico. Esa es la parte en la que deje de ser persona.

—Espero que al menos lo pasaras bien y hoy no tengas nada de lo que arrepentirte. Recuerda que mañana tienes la entrevista en la editorial. Tomás me dice que si puedes llegar un poco antes lo avises, quiere explicarte un poco por donde van a ir los tiros. Lo avisas y tomáis un café juntos antes de entrar.

—Mi vuelo sale a las siete en punto de la mañana, lo que quiere decir que, aunque vaya con retraso y pille todo el tráfico de la hora punta, llego de sobras para la entrevista. Dile que se quede tranquilo, intentaré por todos los medios no dejarlo mal.

—¡Qué pava eres! ¿Sabes que no hace ni veinticuatro horas que no nos vemos y ya te

echo de menos? Si vieras la que hay liada en la revista, alucinarías. Tus amigos, los americanos la han liado, pero bien, han rescindido el contrato y puesto una sanción de varios ceros. Rebeca tiene los días contados, está con un pie dentro y otro fuera. Creo que se han marchado, esta mañana, de regreso a Estados Unidos.

Esa noticia me cae como un jarro de agua fría. No porque cancelaran el contrato, era algo de prever que sucediera después de la que tenía montada Rebeca. Si no, por la marcha de Yves, quizás era eso de lo que quería hablar conmigo y ni siquiera me he dignado a contestar sus mensajes. Que tampoco tenía por qué darme ninguna explicación, ya que no somos nada. «*¡Hay, hostia! No sé qué lío más tonto me estoy haciendo yo solita, por Dios ¿Qué me pasa con ese hombre?*»

—¿Pasa algo? Te quedaste callada de golpe. ¿Qué piensas, flor?, ¿Qué está pasando por esa cabecita tuya en estos momentos? Dime algo, contesta, que me estás empezando a preocupar.

Se me escapa un suspiro lastimero, del que yo misma me sorprendo. —No pasa nada Toni, solo que me ha sorprendido un poco, estaba tan abstraída, que ni siquiera había vuelto a pensar en la revista. ¿Si te cuento algo, prometes no poner el grito en el cielo?

—¡Uf! Dicho así, no prometo nada, miedo me das.

Comienzo por contarle todo lo acontecido la noche anterior. Lo que me explico Marta que sucedió al acabar los entrenamientos. Sus llamadas de teléfono, sus mensajes a la espera de una respuesta que nunca llego.

—En serio Nahia, háztelo mirar. ¿Me estás diciendo que se interesó por ti, se preocupó y no has sido capaz de enviarle un triste mensaje? Mira preciosa, eso tiene que significar algo. Yo creo que no se conforma con el polvo que echasteis en Londres. Quiere algo más. Ahora bien, ¿Qué es lo que tú quieres?

—Ya que más da, se ha marchado. Solo hubiera sido un entretenimiento mientras durase su estancia aquí.

—Yo no lo veo así, y tampoco te has dado la oportunidad de averiguarlo.

—Vale, déjalo estar, Toni. Ahora tengo que centrarme en la entrevista y el partido del sábado. Que, por cierto, necesito que me hagas un gran favor. ¿Te puedes pasar por el club y recoger todas las entradas que hay a mi nombre?

—Por supuesto, no hay problema de regreso a casa, pasaré por allí.

—Necesito que las escanees y me las pases al mail hoy. Es para entregárselas a Irune y sus amigos.

—¿Tú crees que irán?, ¿Y tus padres?

—Ha sido una apuesta con Irune, así que por la cuenta que le trae más le vale presentarse el sábado en el campo. Y mis padres, bueno, yo les entregaré las suyas, pero con el restaurante y sin nadie que les eche una mano, dudo que puedan dejarlo todo para venir a Madrid.

—Bueno, florecilla, te tengo que dejar. Luego te paso las entradas. Nos vemos mañana. Cuídate.

—Hasta mañana Cucu, y mil gracias.

Miro el reloj, todavía es pronto, necesito desahogarme, necesito hacer algo. Voy a casa, rebusco en el armario de Irune, saco unas mayas, una camiseta de tirantes, una sudadera, y por último saco las deportivas del zapatero. «*Me van algo justas, pero es lo que hay*». Conecto mi música y a correr. Lo hago como si no hubiera un mañana, como si me persiguiera una manada de lobos hambrientos. Tengo que desfogarme, sacar todo ese mal estar que tengo dentro, y que mejor manera que corriendo. He llegado junto al río Nervión, lo cruzo por el puente de Deusto y corro hacia la montaña. Hacia las zonas verdes. Corro entre los pinares y setos de arbustos que me llegan a media altura. Cuando estoy lo bastante alejada de la civilización, grito con todas mis fuerzas, dejo que desaparezca el autocontrol que he mantenido durante una semana, y las lágrimas comienzan a fluir como una lluvia en cascada. Dejo que salga mi frustración, incluso mi ira, pateo piedras, lanzo toda clase de improperios habidos y por haber, hasta que al final me rindo. Me dejo caer en la mullida hierba y me tumbo bocarriba con todas mis extremidades estiradas hacia los lados. Mis pulsaciones van aminorando el ritmo, mi respiración se vuelve acompasada. Ya está. Reseteo mi cabeza como si de un disco duro se tratase. Dejo todo lo acontecido en el pasado y me centro en el futuro, en lo que me espera a partir de ahora, en esforzarme y cumplir con mis nuevas expectativas. Empezando por conseguir un nuevo empleo y por ganar la final y proclamarnos campeonas de Liga.

Después de regresar a casa con la mente completamente despejada, y haber tomado una buena ducha, me conecto con el ordenador de Irune y entro en mi correo electrónico. He recibido el correo de Toni. Lo abro y leo que solo han podido darme quince entradas, esta vez al tratarse de una final, el club espera hacer taquilla. Pues que sigan esperando, si conseguimos llenar una cuarta parte del estadio sería un milagro. Las imprimo todas y las guardo en el bolso.

Regreso al restaurante para echar de nuevo una mano. Las noches de entre semana son bastante tranquilas, alguna que otra cena a la carta, pero el resto, casi todo picoteo y bocadillos. Sobre las diez de la noche llega Irune, junto con Denis y Leire.

—¡Hey!, ¡*Aupa Superwoman*! —Denis se acerca y me da dos besos en las mejillas, tras él, lo hace Leire. —Mi padre que ha escuchado cómo me ha llamado, me mira alzando una ceja y niega con la cabeza, pero no dice nada.

—Hola, Nahia, veníamos a despedirnos, ya que es tu última noche, y bueno yo a revisar cómo está mi obra de arte.

—Gracias, chicos por venir. —Meto mi mano en el bolso y saco las entradas—. Lo prometido es deuda. Aquí tenéis vuestras entradas.

—¡Hostias! *Arreba*, como las has conseguido tan rápido.

—Gracias a un buen amigo, y a tu ordenador. —Le guiño un ojo haciendo carantoñas con comicidad.

Pasamos el rato hablando hasta que llega la hora de cerrar. Nos despedimos con la promesa de vernos el sábado. Son las doce de la noche, cuando estamos cerrando las persianas del restaurante. Mañana es el día de descanso, desde hace años los miércoles no se abre, por lo que mi padre se ha ofrecido a llevarme al aeropuerto, lógicamente yo he aceptado gustosamente. Nada más llegar a casa, me meto en la cama directamente, a las cinco de la mañana tengo que levantarme, ya que he de llegar mínimo una hora antes al aeropuerto. «*Bueno, realmente son dos horas lo que te dicen, pero no entiendo él porque, es más probable salir con retraso que salir antes de tiempo*».

Cinco de la mañana, todo es un caos, carreras hacia un lado y hacia otro de la casa. Mi madre preparando los cafés, papá que no encuentra las llaves del coche. Irune aporreándome la puerta del baño. Vamos, como otro dial cualquiera, en casa de los Ochoa. A las cinco y cuarto ya estamos en la puerta despidiéndonos menos Irune que todavía no ha bajado. La escuchamos chillar desde su habitación.

—¡*Ama*!, ¿Qué les ha pasado a mis bambas? Eran nuevas y yo no las deje así. —Abro los ojos como platos, miro a mi padre y grito a la vez que cerramos la puerta al salir:

—Ya te mandaré unas nuevas. Te quiero hermana. Nos vemos el sábado. —Miro de nuevo a mi padre—. *Aita*, corre que aún nos lanza algo por la ventana.

Parte del camino al aeropuerto lo pasamos entre risas recordando trastadas que hacíamos de pequeñas y las veces que nos peleábamos al cabo del día. *Ama* optaba por castigarnos cada una en una punta de la casa, sin ni siquiera poder vernos. Irune era experta en lanzamiento de cosas. Eso lo había heredado de mamá. En el estacionamiento del aeropuerto mi padre se pone algo más serio.

—Nahia, he estado pensando lo que me dijiste de buscar ayuda en el restaurante, y la verdad que tienes razón. Ya tenemos una edad que no podemos estar con estos tutes, a la larga nos acabara pasando factura. Tu madre se merece descansar, muchos años han sido siempre estando al pie del cañón.

Cojo sus manos entre las mías con un papel doblado entre ellas. —No sólo *ama,* se merece el descanso, tú, también *Aita*. —Coge el papel y me mira arrugando el entrecejo—. Son dos entradas para el partido. Sé que lo tenéis difícil para venir. —Alzo los hombros y los dejo caer de nuevo— Pero son vuestras, allí estarán vuestros asientos. Nadie los ocupará si no sois vosotros.

Me da un fuerte abrazo, a la vez que sorbe por la nariz. «*Vaya, el grandullón se me está ablandando*».

—Gracias, hija, quiero que sepas que estamos muy orgullosos de ti, y de todo lo que haces, aunque sea en Madrid. Ahora… ves, que aún te quedas en tierra.

Le doy un último abrazo y corro sin girarme, mientras las lágrimas comienzan a resbalar por mis mejillas, hacia la terminal para realizar el embarque. Siempre me resulta duro tener que separarme de ellos.

Capítulo 9

Sobre las ocho y cuarto de la mañana tomamos tierra en Barajas. Voy con tiempo de sobras. Desayuno, me doy una ducha rápida y comienza la odisea frente al armario. No sé cuántas veces me he llegado a repetir que tengo que hacerme con un fondo de armario, pero siempre me pasa lo mismo, me acuerdo cuando abro las puertas de par en par. Saco uno de los trajes que usaba para ir a la revista. Observo mi reflejo ante el espejo. «*¡Por Dios! Que poca gracia tengo para vestirme. Demasiado sería. No es la imagen que quiero dar*». Vuelvo a cambiarme de ropa, esta vez elijo unos pantalones de pinzas negros y una camisa beige con un estampado floral suave en un tono rosa palo. «*No queda mal del todo*». Esta vez no recojo mi pelo, lo dejo con las ondas sueltas al viento. «*Espero que no se levante aire durante la mañana, que me veo llegando como la bruja Lola*».

Cuando estoy cerca de la dirección que me dio Toni de la editorial, aviso a Tomás para que vaya bajando, lo espero en la cafetería que hay justo en frente. Como se nota que todo el mundo está trabajando. De las diez mesas que puede tener el local, sólo están ocupadas dos. Busco una apartada de las cristaleras y me acomodo en ella. Mientras espero a que llegue, pido al camarero un café con leche, bien cargado de café, y un Donut de azúcar. En el segundo bocado veo aparecer por la puerta giratoria a Tomás. «*Qué buen gusto tiene Toni, anda que se ha buscado uno del montón*». Tomás, es un chico alto y de cuerpo atlético, de esos que giras la cabeza por la calle para mirarle el trasero. Sí, es un gesto que criticábamos de los hombres, pero nosotras también lo hacemos. Yo creo que es el instinto, y pondría mi mano en el fuego que más de una se retiene, pero piensa lo que todas. «*Está de toma pan y moja*». Tomás, además de un cuerpo de diez, se puede decir que está cañón en general. Su pelo es rubio oscuro, de arriba lo lleva bastante largo, si no utilizase fijador, el flequillo le caería sobre los ojos, y el resto va haciendo un degradado hasta llegar a la parte de la nuca completamente rasurada. Su barba rubia, poco poblada, y perfectamente alineada, hace que unos rosados y gruesos labios, destaquen entre el bello. Sus ojos, cuando les da el sol, parecen un baile de colores. Sobre el gris oscuro de su iris, motas verdes y azules parecen salpicarlo como si de las gotas de un pincel se tratara. En definitiva, es muy, pero que muy atractivo.

—Hola, buenos días, glotona.

Trago el bocado que tengo la boca para poder saludar. —Mmm, Hola, buenos días, Tomás.

—Espero que el breve viaje a Bilbao haya ido bien.

—Todo perfecto, gracias.

—Bien, ante todo quiero ponerte al día sobre lo que hay aquí. Antiguamente, Mardelí Ediciones, era una editorial tradicional, se encargaba de recibir manuscritos y buscar entre ellos a escritores noveles de los que sus novelas, he historias, atraparían a los lectores. Se les ofrecía un contrato en el que la editorial se hacía cargo de todos los gastos de edición, la promoción, distribución, y un suculento adelanto. Aunque el porcentaje de ganancias fuera bajo, el autor tenía asegurado que cobraría, por poco, que fuera. El año pasado fue vendida a una multinacional y hubo reestructuración en todos y cada uno de los puestos, y en la forma de trabajar. Ahora es un editorial de autoedición. El gancho perfecto para el escritor novel, que quiere lanzar la publicación de su libro, entrando en un mundo de medias verdades, mentiras completas, y oportunistas que intentan quedarse con su dinero jugando con sus ilusiones. Hemos pasado de pagar a cobrar. Al autor se le comunica que tiene que pasar una selección de obras, cosa que lamentablemente es mentira. Se publica todo lo que llega, sin ni siquiera atender la calidad del manuscrito. —Se coge ambas manos entrelazando sus dedos, y apoya los antebrazos sobre la mesa, mientras mueve su cabeza de un lado a otro con pesar—. Adoraba mi trabajo, me encantaba editar cada uno de los libros que llegaban a mis manos, pero ahora… ahora me han quitado la ilusión con la que lo hacía. Llevo tiempo planteándome un cambio y creo que va siendo hora de buscar una salida. —Fija su mirada en la mía— Te cuento todo esto para ponerte sobre aviso de lo que te vas a encontrar. Sé que ahora te hace falta un puesto de trabajo, pero créeme que este no es uno de los que desees de por vida. Está bien que lo utilices hasta que puedas pegar el salto a uno mejor. Es muy duro fingir delante de personas que se están dejando los pocos ahorros que te tienen en cumplir un sueño, que lamentablemente será truncado, por un lado, o por otro.

—Tomás, por desgracia, esto pasa, y pasará siempre. Donde se encuentre una persona dispuesta a cumplir una ilusión, detrás siempre estará el oportunista que sacara provecho de ello.

—Y ahí es donde entraras tú. En caso de pasar la selección, que lo harás, tu trabajo consistirá en la captación de todos los autores que escriben preguntando por los servicios. El seguimiento y la facturación al cliente.

—Que bien me lo pintas.

—Te digo la verdad, quiero que sepas que tú tendrás la última palabra, no quiero que te veas en la obligación de aceptar algo que no quieres. —Se levanta, me da dos besos en las mejillas y se despide con un guiño de ojo a la vez que musita de nuevo:

—Una última cosa, mantén las distancias con Alberto.

«¡Joder!, pero ¿dónde me voy a meter?» Miro de nuevo el reloj, todavía faltan quince minutos para la hora concertada. Me pido un nuevo café y mientras tanto busco en el móvil por internet comentarios de la editorial. Como es de esperar en la propia página web dela editorial, todos los comentarios de los supuestos autores que ya han publicado con ellos son maravillosos, parece que sean las puertas a un mundo de luz y color. Sigo ojeando el buscador y me aparecen varios sitios vinculados a la autoedición. Los comentarios de varios de ellos me ponen la piel de gallina. Una autora explica cómo la dejaron sin nada, con sesenta copias de un libro, en cajas amontonadas en su casa, y con una publicación que nunca llego a distribuirse. Lo peor de todo es ver cómo narra la fatal aventura, la desolación y desesperación que transmiten sus palabras. Como la convencieron para realizar con ellos una segunda corrección ortotipográfica y de estilo, un informe de lectura y la creación de la sinopsis de forma profesional.

Con muy mal cuerpo, me dirijo a las instalaciones. No me queda otra que aguantar si quiero continuar en Madrid, al menos hasta que encuentre otro trabajo. Tengo que comer y pagar un alquiler. Con la indemnización del despido sólo me llegaría para cubrir unos cuatro meses.

Las instalaciones son aparentemente nuevas, todo está impoluto, incluso los equipos son modelos recién salidos al mercado. «Pues *sí que van fuertes, sí. Se puede decir que les es rentable estafar a la gente»*. En recepción una chica con cara de pocos amigos me observa mientras me acerco.

—Hola, buenos días, tenía una entrevista con Alberto.

Alza una de sus anchas cejas, y me mira de arriba abajo torciendo el gesto. «*Mal vamos compañera, si quieres te puedo decir por dónde meterte esa miradita de superioridad»*.

—Ve hacia la sala de espera. La segunda puerta a la derecha. —Alza el teléfono y marca una llamada interna.

—Gracias.

La sala de espera es como el paraíso para los autores. Varios pósteres, cuelgan de sus paredes, con las publicaciones que ha realizado la editorial. Fotografías de autores felices posando con un premio, entre las manos, del propio concurso literario que promociona la editorial. Bajo ellas un eslogan algo risorio. “Tú tienes la clave del éxito, nosotros solo te ayudamos a hacerlo realidad”. «*¿En serio?»* A los cinco minutos, un hombre que no debe de llegar a la cincuentena, por fin hace acto de presencia. Lleva un traje de los hechos a medida en el que no asoma ni una miserable arruguita. Su cabello repeinado con fijador, con la raya hacia un lado. Su pose, su forma de mirar, y la poca expresión de su rostro me deja bien claro que se trata de una persona altiva. Vamos, de los que se creen un ser superior.

—Señorita Ochoa. —Tiende su mano frente a mí sin ni siquiera esperar a que me levante de la butaca.

Me levanto rauda y le estrecho la mano con seguridad.

—Buenos días, y usted debe de ser Alberto. Encantada y gracias por recibirme.

Mantiene su mirada fija en la mía y tarda un poco más de normal en soltar mi mano, acto que hubiera agradecido que hiciera antes, no me ha gustado la presión que ejercía sobre ella. Se gira sobre sus propios pasos hacia la puerta.

—Acompáñeme, pasaremos a mi despacho.

Lo sigo por los pasillos hasta llegar a una amplia sala donde se encuentran los editores. Tomás está entre ellos. Frente a ellos hay dos despachos, uno muy amplio y otro justo al lado en el que solo cabe un escritorio y un par de estanterías. Ambos se comunican por dentro.

Está claro de quien es el despacho. Me indica que pase y tome asiento frete a él. Mientras él teclea algo en su ordenador, echo un vistazo rápido. Es un lugar frío y soso, mucho espacio

para un escritorio, una pequeña librería a su espalda, y bajo el ventanal de cristal un aparador de lado a lado, hasta la puerta. Nada de decoración, ni una simple figura, nada. Desde aquí veo a la perfección el mini despacho continuo, todo queda a la vista, aun teniendo cortinas venecianas, excepto por la puerta es de cristal opaco.

—Bien, ¿Señorita o señora?

—Señorita.

Por el cambio de luz en sus ojos, y la dilatación de sus pupilas, parece ser que mi respuesta le ha gustado más de la cuenta.

—Veo en su currículum, que hasta hace poco estuvo trabajando para una revista de moda y belleza. Además de aportar una muy buena carta de recomendación.

Me pongo erguida en el asiento mantenido mis piernas cruzadas y las manos enlazadas descansando sobre ellas.

—Sí señor. Trabaje durante unos años para la revista Always Beautiful, como ayudante de una de las directoras de producción. Mis tareas, eran en su gran mayoría, administrativas.

—¿Nunca posó para la revista?, ¿Tiene pareja?, ¿hijos?

—Disculpe, pero creo que esas preguntas no son relevantes.

—Quizás para mí, si lo sean. —Ladea su cabeza mostrando una falsa sonrisa—. Responda.

«Huy, huy, huy, el "engominao" se está metiendo en tierras movedizas».

—No, nunca lo hice, y no, en estos momentos no tengo pareja, y mucho menos hijos. «*Como continúe por ese camino, me levanto y aquí se queda. No vamos bien*».

—Bien. —Se acomoda en su butaca reclinando un poco su respaldo y volviendo a ponerse la máscara de ser todopoderoso que le vi al llegar—. No le pienso hacer las típicas preguntas como, ¿Dónde se ve dentro de cinco años?, ¿Cuál es su mayor logro?, ¿Por qué quieres trabajar en esta empresa? Etc. Son preguntas básicas que la gente se prepara antes de ir a una entrevista. No deja de ser un guion estudiado y eso no me gusta. Así que, si tenía preparado algo por el estilo, olvídelo. —Se reclina de nuevo hacia delante apoyando sus gruesas manos sobre la mesa—. Iré directo al grano, necesitamos una persona resolutiva y que sepa trabajar bajo presión. Tendrá que atender a los clientes, en este caso, a escritores en su mayoría noveles y todos con prisas por su primera publicación. Tendrá que preparar los contratos editoriales, llevar el control de principio a fin de sus obras, los tiempos que pasan en cada departamento, los cambios, y por supuesto, la facturación. ¿Se ve capacitada para cubrir todas esas tareas sin retrasos?

«Soy mujer, recuerda que es el hombre el que no sabe hacer más de una cosa a la vez».

—Por supuesto que me veo capacitada. Estoy acostumbrada a trabajar en proyectos con fluctuaciones continuas, y tiempos de respuesta mínimos.

—La vacante debe de estar cubierta para final de mes. ¿Algún tipo de inconveniente para incorporarse en esas fechas?

—No, ningún problema, es más, podría incorporarme mañana mismo.

—Perfecto. —Impulsa la silla hacia atrás con los brazos y se levanta—. En una semana en caso de pasar la selección nos pondremos en contacto con usted.

«¿Cómo?, esto debe de ser una broma. ¿Qué tipo de entrevista ha sido esta?»

Me levanto a la misma vez que él. Se coloca a mi lado y posando una mano en mi espalda me acompaña hacia la puerta. A la misma vez que con una mano abre la puerta, desliza la otra hasta el final de mi espalda. «*¡Las manos quietas!*» Me giro bruscamente para deshacerme de su contacto.

—Que tenga un buen día.

—Igualmente señorita Ochoa. —Estira su mano para estrecharla con la mía, gesto que, con disimulo, hago que no lo he visto y camino con la vista la frente. «*Menudo personaje, ya me ha quedado claro por qué Tomás me dijo que mantuviera las distancias».*

Abandono las oficinas con muy mal sabor de boca. No quiero ni saber por qué se queda el puesto libre, aunque ya me puedo hacer una ligera idea. Lo único bueno de esto es que, hasta final de mes, tengo tiempo para buscar otro trabajo. Está claro que esto sería como último recurso.

Todavía es temprano y no tengo nada que hacer, así que paso parte de la mañana paseando y haciendo algunas compras. Esas que me había dicho a mí misma, una y otra vez, que las necesitaba, pero nunca encontraba un hueco para realizarlas. Sobre la una del mediodía paso cerca de las oficinas de la revista. Entro en el restaurante donde solía venir a comer con Toni, y le escribo un mensaje.

—Hola, cucu. ¿Tienes planes para comer?

Le adjunto una fotografía del local, mientras espero su respuesta. Esta no tarda en llegar.

—Dame diez minutos, flor.

Me siento en la misma mesa que siempre solíamos ocupar. Donde nos contábamos los chismorreos del día y nos echábamos unas risas. Después de varios años, ahora todo eso se acabó. Rebeca me vio desde un principio como una rival, pero me necesitaba a su lado hasta pegar el chupinazo con los ingleses y los americanos. Desde ese momento tenía claro que debía deshacerse de mí, y no paro hasta conseguirlo. Aunque me subestimo y las cosas no le salieron tan bien.

—Flor, ¿dónde tienes divagando a esa loca cabeza tuya?

Me sobresalto a escucharlo hablar tan cerca. Toni había entrado en el local y estaba junto a mí. Me había quedado tan ensimismada mirando al vacío y recordando, que ni siquiera había prestado atención a nada de lo que me rodeaba.

—¡La hostia! No me des esos sustos.

—Chica parecía que estabas en trance.

Lo observo mientras toma asiento frente a mí. Le ha sucedido algo, su aspecto lo delata. Tiene mala cara, bajo sus ojos, unas oscuras manchas muestran la falta de descanso. Su pelo más alborotado de lo normal. Y eso solo le pasa cuando está muy nervioso o preocupado. Suele pasar sus manos continuamente sobre él, elevándolo y enredándolo. Lo miro fijo a los ojos y me adelanto a sus intenciones de preguntar.

—Ya me estás contando qué ha pasado. Porque algo ha pasado y no tiene pinta de ser una minucia.

—O si no, ¿Qué?, ¿Me vas a poner dos velas negras? Bruja, odio tu sexto sentido.

—Esto no es sexto sentido rey, esto es que te conozco muy bien y sé cómo reaccionas ante algunas situaciones.

Rebufa, poniendo los ojos en blanco en plan teatral.

—Nahia, ha habido muchos cambios en la revista en tan solo dos días. No te puedes llegar a hacer una idea de lo que hay ahora mismo montado allí. Ya te expliqué lo que ocurrió con los americanos, y eso fue el detonante para que todo explotara. Rebeca está en la puta calle con un expediente disciplinario. Se descubrió el pastel y que los ingleses también estaban involucrados, habían pactado una importante suma de dinero con Rebeca por conseguir el contrato. Ahora, la revista ha contraído una deuda millonaria con los americanos, la cual no pueden hacer frente. Así que han llegado a un acuerdo. Les han vendido, casi en su totalidad, las acciones de la revista. Esto ha supuesto cambios en todos los aspectos, desde el personal a las instalaciones.

—Lo siento mucho Toni, ¿Y ahora qué vas a hacer? Llevas, o llevabas, más de diez años trabajando para la revista.

—Tranquila, se quedan con casi todos nosotros. Los cambios principales han sido en los niveles más altos de la jerarquía. El problema es, que todo ha estado parado prácticamente desde que te marchaste, y ahora vamos como pollo sin cabeza, porque Rebeca lo ha eliminado todo, no ha dejado ningún documento con lo que había preparado para la edición de este mes. No hay nada preparado y vamos todos a contra reloj.

—Su madre sería una santa, pero ella… ¡Menuda hija de puta!

—Y no es solo eso, los americanos ya han mandado al personal de reformas y los tenemos pululando por allí en medio, continuamente. Por ahora están vaciando el estudio, dicen que es demasiado espacio desaprovechado. Lo reestructurarán y trasladarán varios despachos allí.

—¿Entonces están los americanos aquí?

—Si tu pregunta es si el señor Taylor está aquí, no, no está. Ninguno de ellos.

—Entonces ¿Quién asume el cargo de la revista?, ¿y el puesto de Rebeca?

—Por ahora, Ernesto, de recursos humanos, ha asumido el puesto de dirección en ausencia del señor Taylor. Y el de Rebeca, por ahora está vacante. Creo que estuvieron barajando la posibilidad de ascenso de algún trabajador, ya que quieren a alguien que sepa el funcionamiento de la revista, no a ninguna persona externa. Pero por ahora no lo tienen decidido.

—Madre mía, qué locura. Es como la teoría del caos. Una sola persona, un solo movimiento y la que ha liado.

—Y tú, ¿qué me cuentas, viste a Tomás?, ¿Cómo ha ido la entrevista? Lo primero que he pensado cuando me has escrito es que me soltarías sapos y culebras por no haberte puesto al corriente sobre la editorial. Pero en mi defensa solo te puedo decir, que hasta ayer noche,

Tomás no se sinceró conmigo y me contó toda la verdad de lo que allí había ocurrido. Yo suponiendo que al menos él tenía un trabajo que le gustaba y le hacía feliz, y ahora resulta que es todo lo contrario.

—Sí, quede con él y me lo explicó todo claramente, la transformación de la editorial. Aun así, hice la entrevista. Que vaya espécimen está hecho el tal Alberto, no me gusta nada ese tipo, no me transmite confianza alguna, además de ser un déspota y tener las manos muy largas. El puesto es para cubrirlo a final de mes, con lo que tengo tiempo de seguir buscado otra cosa mejor. No te preocupes.

—¿Te has planteado que ahora podrías volver a la revista?

—¡Lo estás flipando! Y con Yves de jefe, menos aún.

Toni mira su reloj de pulsera, y vuelve a rebufar.

—Bueno, florecilla, me toca regresar a "*Mordor*". Lo mismo cuando llegue me han colocado la mesa en la puerta del lavabo. —Me guiña un ojo y por primera vez, desde que ha llegado, lo veo sonreír—. Nos vemos.

Después de llegar a casa y pegarme una buena siesta como hacía años que no me la pegaba, me siento frente al armario y comienzo a sacar ropa. «*¡Anda, mira!, este vestido lo llevé en la boda de Martu, acababa de cumplir los dieciocho… ¡Joder! Llevas más de diez años el vestido guardado en el armario*». Cojo un saco y comienzo a tirar ropa. Como puede ser que almacene tanta ropa, pero si estoy sacando modelitos que no recuerdo haberme puesto nunca, pantalones que ahora ni siquiera me pasarían de las rodillas. Por Dios, qué desastre soy. Sobre las seis de la tarde término de recoger. Me coloco el chándal del equipo, me calzo las deportivas, y con la mochila al hombro salgo dispuesta a recuperar estos dos días de entreno.

Llego al estadio media hora antes de lo habitual, hay varios obreros pintando por las gradas y cambiando los asientos rotos y agrietados por el sol. Están dándole un pequeño lavado de cara, No se puede decir que es un club que gane dinero para hacer las reformas que necesita. En este caso el ayuntamiento ha mostrado un poco de interés y se ha hecho cargo de estos retoques. Aunque buena falta haría que se remodelara, sobre todo los vestuarios, cualquier día los azulejos de las duchas acaban en el suelo. Entro hacia los vestuarios y paso por delante de la garita donde está Stefan sentando leyendo el diario. Mejor que vaya a hablar con el ahora que no hay nadie. Si me tiene que echar bronca que lo haga ahora. Me acerco a la cristalera y golpeo suavemente con los nudillos. Stefan levanta la vista del diario, al verme lo deja sobre la mesa y me indica que pase.

—Hola, Stefan. Antes de nada, me quería disculpar por la forma en la que me marche. Sé que es una acción de no ser muy responsable con el equipo. Pero lo necesitaba. Necesitaba desbloquearme, la serie de acontecimientos que había vivido días atrás, me habían dejado con una gran inestabilidad emocional.

Me mira serio, fijamente, y comienza a ladear su baza de un lado a otro.

—Nahia, fue una acción de ser nada responsable, y más faltando pocos días para la final. Pero también te entiendo. Te necesito fresca y despejada en el campo, no te puedo tener como un zombi entorpeciendo, más que ayudando. Necesito que te centres por ti y por tus compañeras, habéis luchado con uñas y dientes para llegar hasta aquí, y ahora no lo podéis dejar escapar. Tenéis la mejor oportunidad que puede haber. Se os pueden abrir muchas puertas, vendrán ojeadores de otros equipos, incluso de la selección. Mostrar vuestra valía, mostrar lo grandes que sois. Se pierda o se gane, será vuestro trampolín.

—No quiero un trampolín, ¡quiero continuar con mi equipo, quiero continuar con mis compañeras, y quiero que este fin de semana nos proclamemos campeonas de liga.!

—Esa es la actitud. Ahora demuéstranos que regresas dispuesta a comerte el mundo. Venga, ve a cambiarte, nos vemos en el campo.

Al entrar varias de mis compañeras ya están allí.

—Hombre, pero mira quien ha aparecido por aquí. ¿Qué tal por las vascongadas?, ¿Y la familia?

—Hola, Suri, Dori.

Dejo caer mi mochila en el banco y me acerco a abrazarla a ella y a Dorita. «*Qué miedo me dan estas dos juntas, es como juntar a un ángel y un demonio. Tal cual*».

—Suri, sabes que no me gusta que lo llames así. La verdad que por Bilbao todo bien, me hubiera gustado estar un poco más de tiempo y ayudar a mis padres a encontrar a alguien que les eche una mano en el restaurante. Demasiado trabajo y estrés. Por una vez que mi padre ha cedido después de años intentándolo, me tengo que venir y dejarlos solos. Me da que al final no lo hará. ¿Y por aquí qué tal?, ¿algo importante que me haya perdido?

Suri alza una ceja, y muestras una de sus sonrisas de mujer fatal.

—Reina, te has perdido lo mejor. Todo un equipazo de tíos, a cuál más "buenorro", con sus camisetas pegadas al cuerpo por el sudor, toditos para nosotras. ¿Tú sabes lo que es que te den permiso para lanzarte sobre esos cuerpos? Y esta pava, —Con un gesto de barbilla señala a Dorita— No se le ocurre otra cosa que fingir que se había torcido un tobillo. Creo que todavía piensa que si la toca un tío se quedará preñada.

—¡Eres mala personal!, ¡No fingí! Me torcí el tobillo cuando corríamos hacia ellos. ¡Estoy harta de tus indirectas! No soy ninguna mojigata, sé lo que son las cosas, lo que no pretendo ir por ahí mostrando ser una calienta braguetas desesperada como tú. ¡Estoy harta de tus puyas y sarcasmos!

«Oh, oh. Creo que acaba de pulsar el botón rojo de lanzamiento nuclear».

Suri la observa con el rostro encendido, no sé si por vergüenza, o por rabia, aunque conociendo su temperamento, seguro que es más lo segundo, que lo primero. «*La vergüenza, cada vez tengo más claro que no la conoce, eso, o la perdió en algún lugar lejano*». Me coloco entre ambas, no quiero que esto pase de palabras y lleguen a las manos. Pero para mí, sorpresa, Suri alza las manos dando un paso hacia atrás, y comienza a reír a la vez que da una sonora palmada en el aire.

—¡Por fin! Ahora sí que eres una Espartana. Te acabas de desvirgar. Ya era hora que sacaras ese carácter y esa fuerza que tenías escondida. ¡Joder!, me ha costado meses acosándote y denigrándote, chica, no había manera. Siempre tan correcta y tan prudente. Anda ven aquí y dame un abrazo.

Miro a la una y a la otra achicando la vista, controlando a ver por donde va a salir la bala. Dori se acerca despacio sin quitar ojo. «*Verás, Suri no se la va a ver venir*». Cuando por fin se encuentra frente a ella, le suelta un puñetazo con todas sus ganas en el brazo, y acto seguido la abraza. Ambas comienzan a reír. Me quedo con la boca abierta de par en par, creo que algún momento me he perdido algo, alguna escena de la secuencia ha desaparecido de mi campo de visión, porque esto no es normal, ¿O sí?

«Uf, un psiquiatra se forraba con nosotras».

Ambas se sueltan de un lado, quedando enlazas por el otro y me llaman moviendo sus manos:

—Anda tonta, ven aquí, que para ti también tenemos, aunque nos hayas dejado dos días colgadas.

Comienzan a llegar el resto de compañeras. Me cuentan entre risas como han ido los entrenamientos de estos dos días atrás. Han conocido al equipo de los Black Blossom al completo. Les han enseñado técnicas tanto en ataque, como en defensa, y de contacto para prevenir lesiones.

Suenan unos golpes en la puerta de vestuarios. Stefan ya nos reclama.

—¡Chicas, espabilando, os quiero calentando en cinco minutos!

Salimos todas en avalancha, entre risas y empujones, como siempre. Para que variar. Stefan está en el centro del campo con una carpeta en la mano. Nos hace una señal con la mano para que nos acerquemos a él.

—Chicas, espero que estos días hayáis aprendido lo suficiente de los chicos, y su programa de entrenamiento. Como sabéis la preparación física, técnica y táctica es fundamental. Hoy empezaremos por la preparación física, la resistencia cardiovascular, fuerza y velocidad. Después continuaremos con las habilidades técnicas: pases, recepción, placaje, "*tackle, rucking, mauling*", formaciones y estrategias de juego. La coordinación y la comunicación en el campo y por último la técnica individual. Tenemos trabajo por hacer, así que venga, que esperáis, a correr diez vueltas, a partir de la quinta hacerlo a intervalos con Sprint cada medio campo.

Acabamos la última vuelta a sprint. Tras finalizar, regresamos al centro junto Stefan. Ahora toca hacer las sentadillas. «*Como las odio, vale que te dejan el culo como para partir nueces, pero joder, la tensión muscular en los cuádriceps es tremenda».* Después toca "*press de banca*", pero solo tenemos dos pare de mancuernas, así que nos vamos turnando y haciendo flexiones a la vez. Stefan nos da diez minutos de descanso. *«A este paso acabamos muertas antes de llegar al sábado»*.

—Suri, Marta, id por los balones. Ahora practicaremos la melé y el "*line-out*".

Algo avergonzada, levanto la mano para que Stefan me vea.

—Esto… ¿Me puedes hacer un avance rápido?

—¿Cómo?, No te entiendo Nahia.

—Que, si me puedes dar una clase rápida, si puedes explicarme que narices es eso.

— El *Line-out* es una forma de reiniciar el juego después que la pelota, o un jugador que la porta, cruza la línea. El último oponente que toco o sostuvo la pelota, antes de que estuviera fuera de juego, lanzarán la pelota. ¿Hasta ahí bien? —Afirmo con un gesto de cabeza—. Para obtener la posesión se puede saltar por la pelota, sostenido por dos compañeros. El equipo que efectúa el lanzamiento de la pelota tiene una ventaja, porque puede usar una jugada para indicar el destino del lanzamiento. Cuando la pelota ha sido atrapada, puede ser pasada al medio melé para su posterior distribución o se puede formar un "*maul*". Todo dependerá de la posición en el campo de juego. Marta, explícale la posición.

—El saltador. —Marta se pone en posición delante de nosotras—. Pecho y manos arriba, rodillas flexionadas. Moverse de manera que pueda ser fácilmente sostenida, Impulsarse hacia arriba, con los dos pies. Mantener el cuerpo recto y culo apretado, para que los que sostienen mantengan el control. Vista a la pelota entre las manos para atraparla, y por último, coordinación con los sostenedores para regresar rápido al suelo sin perder el equilibrio con ambos pies juntos y rodillas flexionadas.

—Perfecto, Dori, Lali, actuar como las jugadoras de apoyo. Y explicarle posiciones.

Ambas se ponen junto a Marta. Una delante y otra justa detrás.

—Lo primero es buscar una base amplia de apoyo con ambos pies separados, el equivalente a nuestros hombros. —Se colocan en sentadilla, una a cada lado—. En esta posición, hay que mantener la espalda derecha, las rodillas flexionadas, y el pecho hacia arriba. Para sostener por delante se ha de hacer por las pantorrillas, con las palmas de las manos hacia el saltador y los dedos abiertos.

Dori, toma la misma posición. —Y por la parte trasera es exactamente igual, pero la zona de sujeción es justo debajo de las nalgas. Ambos debemos levantar juntos al saltador a la vez que salta, empujando con las piernas y trabando los brazos para mantenerlo en una posición segura.

Las tres se colocan de nuevo y lo hacen rápido, completamente coordinadas. Se me escapa una risilla tonta. Marta, levantando los brazos, me ha recordado a un "*Enxaneta*", el niño que suele estar arriba de todo en las torres de los "*Castellers*". *«Lo que aquí, la moza, está más crecidita»*.

—Bien, Nahia, practica con ellas, y no pares hasta que lo hagas perfecto.

Después de practicarlo durante más de media hora, conseguimos que me salga perfecto trabajando en ambas posiciones. Continuamos con el entrenamiento hasta que Stefan da por finalizado el día. Estoy tremendamente cansada, y creo que, a pesar de estar en buena forma física, mañana voy a tener agujetas.

—Buen trabajo, chicas, mañana más y mejor. Venga todas a la ducha.

Caminamos medio arrastrando los pies hacia el túnel de vestuarios. Estamos realmente cansadas. Hoy no hay peleas por ver quien se ducha antes. Nos dejamos caer en los bancos y nos quitamos la ropa con lentitud. Estoy sacando las cosas de la taquilla cuando escucho gritar a Suri a mis espaldas:

—¡PERRRDONAAAA! ¿Cuándo te has hecho eso en el hombro? En el último entreno no lo tenías. Me encanta. Aunque lo de "*Superwoman*", para mi gusto sobra.

Todas y cada una de mis compañeras se van acercando para verlo. Me muero de la vergüenza. Marta alza una ceja y acercándose a mi oído me susurra:

—Te dije que no hicieras apuestas con Irune, y por lo que veo, esa parte la filtraste.

—Esta vez no fue una apuesta. —Agacho la cabeza abochornada por lo que le tengo que contar—Fue culpa de una borrachera de aúpa.

Les cuento lo sucedido en Bilbao, el cómo acabé casi con un coma etílico y con ese tatuaje. Suri está roja como un tomate con los labios apretados a más no poder. «*Cabrona, deja ir la carcajada o vas a reventar*». Lali, gesticula de una manera extraña, de vez en cuando aprieta los labios a la vez que se abren sus fosas nasales, desviando la mirada hacia las duchas.

—Venga, va, reventar, que los estáis deseando, reíros todo lo que queráis.

Dicho y hecho, allí no se escapa ni el apuntador. Todas ríen, incluso a Marta se le escapan las lágrimas mientras se sujeta el estómago, doblada en dos.

—Mira que te dije que no hicieras ninguna locura, y nada de apuestas con Irune. La próxima vez que vayas a Bilbao… ¡Qué narices, me voy contigo!

Ya nos hemos duchado y cambiado todas, ahora toca fichar en el bar de don Julio. Como de costumbre salimos del estadio todas a tropel en una misma dirección. Marta aminora el

paso y me retiene junto a ella.

—Oye, al final… ¿Hablaste con Morrison?

La miro de soslayo y haciendo un leve encogimiento de hombros, me aseguro que no queda ninguna de las chicas a nuestro alrededor, que no están a una distancia suficientemente cerca como escuchar nuestra conversación.

—No, no fui capaz. Además, ya no creo que tengamos nada de lo que hablar.

—¿Segura?

—Y tan segura. —Estoy dispuesta a contarle la verdad a Marta. «*Verás la parrafada que le voy a soltar. Esta va a flipar*»—. Marta, no tengo nada de qué hablar con un tío que conocí en Londres, me entró un calentón, y me lo tiré en el baño de la disco. Después, resulta que ese tío, no es ni más ni menos, que el director de la empresa con la que firmó el contrato, la revista para la que yo trabajaba. Digo trabajaba, porque gracias a ellos Rebeca me puso de patitas en la calle pensando que yo se la había jugado dándoles información, ya que el señor tubo la brillante idea de presentarse en mi nuevo puesto de trabajo. «*Y eso que no se llegó a enterar de que calenté a uno de ellos*». Y por si todo eso te parece poco, aparecen aquí como un equipo de futbol americano que están de visita en Madrid, a los que, gracias a los diarios, llamamos su atención y se interesaron por nosotras, ofreciéndonos su colaboración desinteresadamente.

Comienzo a jadear por la falta de aire, mientras observo la cara de Marta con la boca desencajada, abierta, de par en par, y los ojos como platos. Frena en seco la marcha y me sujeta por un brazo.

—¿Me estás diciendo que el tal Yves y Morrison, son la misma persona?, ¿Cuánto tiempo pretendías mantenerlo en secreto? Te das cuenta de que tarde o temprano nos habríamos enterado. Él no dudo ni un momento en venir en mi busca para saber de ti, que te había ocurrido, porque te habías marchado. Estaba preocupándose por ti. Sabía que entre vosotros había ocurrido, pero ni por un momento me hubiera pasado por la cabeza que él es Yves.

Dejo escapar un suspiro y afirmo con la cabeza.

—Sí. Él es, Yves Taylor Morrison, la persona que en pocos días ha puesto mi vida patas arriba. No pretendía mantener nada en secreto. Simplemente, soy consciente de que esa persona desaparecería, al igual que apareció. Y las pruebas me remito. Regresaron a Estados Unidos.

—Pues no lo veo como tú. Creo que estáis predestinados el uno con el otro.

—¿En serio, Marta? —Mi tono irónico hace que me mire frunciendo en entrecejo y cruzando sus bazos sobre su pecho— Marta despierta, esas cosas no ocurren en la vida real. Deja de leer novelas románticas de esas en las que todo son flores y corazones.

—Mira, si no quieres creer en las señales o en el destino, no lo hagas. Pero las coincidencias, porque si, no existen. Es mucha casualidad que en un corto espacio de tiempo os habéis encontrado en varias ocasiones, y todas ellas, desvinculadas las unas con las otras.

Mantengo la boca cerrada, no estoy dispuesta a pronunciar ni una palabra más al respecto. «*Mira lo que te digo… me cago en los designios del destino*».

—Nahia, estás jugando contra algo inevitable. No te cierres, y lo que tenga que ser, será. Tú no lo viste, pero se mostraba realmente preocupado, he interesado por ti.

—Vale, lo que tú digas. Dejemos ya el tema. En serio, Marta, no quiero pensar en nada más que no sea el partido del sábado. Ya he tenido suficientes quebraderos de cabeza estos días, ¿No crees?

Los pocos metros que nos quedan para llegar al bar, los hacemos en silencio. Al entrar en el local vemos que las chicas, esta vez, han escogido sentarse en una mesa, en vez de en la barra como hacemos habitualmente. Tomamos asiento junto al resto de nuestras compañeras que nos observan esperando algún comentario. Don Julio es rápido, y antes de que abramos la boca para soltar alguna sandez nos pregunta:

—¿Qué van a querer tomar mis chicas hoy? —Nos observa una a una—. Hay “mozicas”, que me da a mí, que el guiri hoy os ha dado caña de la buena. Vaya “caricas” traéis todas.

Don José, como siempre con la oreja puesta, se adelanta a contestar:

—Julio, las mozas tienen un partido muy importante, tienen que entrenar mucho para ponerse fuertes, como los guiris que vinieron el otro día con ellas, así las “Patanas” podrán ser campeonas.

Suri se gira hacia la mesa donde se encuentra José. —Espartanas, don José, Espartanas. Y tiene toda la razón, pero hoy Stefan se ha pasado, a este ritmo no llegamos al partido, enteras. —Rebusca en su mochila y saca cinco entradas—. Por cierto, aquí tienen las entradas

para el sábado. —Se las tiende a Julio a la vez que le guiña un ojo—. Son en primera fila.

José da una sonora palmada en el aire. —Si es que estas "Mozicas" valen su peso en oro.

Estamos entretenidas viendo cómo José y don Julio se enzarzan en una de sus peleas verbales. Se escucha el sonido de la campanilla que hay en la puerta del local, alguien ha entrado. Estoy sentada de espaldas por lo que no puedo ver de quien se trata, pero solo con ver las caras de mis compañeras, en especial la de Marta, me da un vuelco el estómago. «*Malo, malo, malooooo*». Marta me sonríe con malicia y alza una de sus cejas a la vez que empieza a canturrear una bella canción de Melendi y Ah*Ash. Destino o casualidad.

—"*Dos extraños bailando bajo la Luna, Se convierten en amantes al compás, de esta extraña melodía, que algunos llaman destino, y otros prefieren llamar casualidad*".

Un escalofrío me recorre todo el cuerpo, desde los dedos de mis pies, subiendo por la columna hasta llegar a mi cabeza, erizando todo el bello de mi cuerpo. «*Esto no es real, esto no me puede estar pasando*». Ni siquiera soy capaz de levantar la vista de la mesa. Recibo un golpe en la espinilla por debajo de la mesa. Alzo el rostro hacia Marta, sé que ha sido ella, he intento lanzarle una de mis peores miradas, pero en estos momentos, es que ni eso me sale.

—Hombre, pero mira a quien tenemos aquí. ¿Dónde te has dejado a los otros velociraptores? Ya que, a Blue, la tienes aquí.

«¡Me cago en la madre que parió a Suri!»

—Hola, chicas. ¿Qué tal están?

—¿Guaperas, tú no te habías ido a Estados Unidos?

Joder con Suri y sus ataques de sinceridad, y de poca discreción. Cree que Yves no se entera de nada, pero él entiende el español a la perfección. Lanzo una patada bajo la mesa en su dirección para atraer su atención. Aprieto los labios, y le abro los ojos como platos y con un rápido gesto de cabeza le indico que no siga. Cosa que, en vez de hacerme caso, parece que le divierte.

Yves se acerca a la mesa, quedando justo a mi lado. Puedo ver por el rabillo del ojo como las comisuras de su boca se han curvado ligeramente hacia arriba. Lo ha pillado todo.

Marta le hace un gesto de cabeza a Dori, que está sentada a mi lado. Esta retira su silla dejando un espacio.

—Morrison, coge una silla y siéntate con nosotras. —Le indica el hueco que ha dejado Dori.

«¡La Hostia!, tener amigas para esto».

Estirando su brazo, sujeta una de las sillas vacías que hay en la mesa de al lado, y la arrastra hasta ponerla junto a mí. En ese instante aparece don Julio para servirle una cerveza.

—Hola, muchacho, me alegra verte de nuevo por aquí.

—Igualmente don Julio. Recién acabo de llegar del aeropuerto, después de tantas horas de viaje esta cerveza para mí va a ser, gloria.

—¿Acabas de llegar? Pero si con el montón de horas de viaje no sé cómo te ha dado tiempo de ir y volver prácticamente en un día. Creo recordar que son sobre unas ocho horas a Nueva York con vuelo directo. Más embarque y todo el rollo ponle que te puedas ir casi a diez horas —Suri comienza a contar, con los dedos, frete a él—. Los números no me cuadran.

Yves sonríe, esta vez, mostrando sus blancos, y alineados dientes.

—Fuimos en el Jet privado del equipo. Con él, ganamos bastante tiempo. No tenemos que hacer colas, ni facturación de equipaje. Además, el vuelo es algo más rápido. En tan solo siete horas ya estábamos en el aeropuerto de Nueva York. Hoy el trayecto si ha sido algo más largo, unas nueve horas en total hasta Barajas. —Ríe de nuevo—. Casi tardo más desde allí, hasta aquí, que en la mitad del vuelo. Madrid es una ciudad con demasiado tráfico.

—Huy, creo que se te está pegando lo de exagerar, algo típico de los españoles.

Apoya sus brazos, cruzados sobre la mesa, he inclinándose un poco hacia delante, gira su rostro en mi dirección. Su semblante cambia. Ahora no hay ni rastro de esa preciosa sonrisa. Su mirada se intensifica.

—Veo que tú también estas de vuelta.

—Sí, regrese esta mañana. «*Joder, que apuro estoy pasando*».

Marta arrastra su silla hacia atrás y se levanta de golpe. —¿Quién se apunta a una partida al futbolín?

Suri, Lali se unen a ella. «¡*Traidoras!*» El resto comienza a levantarse para marcharse. Mañana es día laborable y algunas de ellas tiene que madrugar mucho. Dorita, como siempre ajena a todo lo que pasas, se queda en la mesa con nosotros. Por una vez, me alegro de la inocencia de la muchacha.

—¡Dori! —Grita Suri desde su posición a la vez que le lanza una de las pequeñas pelotas —. Que nos falta una.

—Pero es que yo no sé jugar a eso. Solo he visto alguna vez jugar a los chicos.

—¡Levanta tu gordo trasero y ven aquí, o voy a buscarte!

«Traidoras todas, me las vais a pagar. Para nada se ha notado que me queríais dejar a solas con él».

Dori abandona la mesa, y se une a ellas. Yves se mueve algo incómodo manteniendo su vista en las chicas.

—Por lo menos me podías haber contestado los mensajes. Aunque en tu estado ya me imagino que hubiera sido algo difícil. Pero también podrías haberlo hecho al día siguiente.

Vaya marrón, no sé ni que contestarle.

—Quise ir en tu búsqueda, pero Marta me contó que te habías marchado de Madrid.

De alguna manera consigo calmar el volcán en mi interior y las palabras empiezan a fluir. —Sí, tuve la oportunidad y me marché a Bilbao para visitar a mis padres. Llevaba mucho tiempo sin poder estar con ellos.

—No te creo. Escuche a Stefan contarles a las chicas los motivos de tu ausencia.

—Pues si lo escuchaste, entonces sabrás que le dije que era por motivos personales.

— También laborales, y en esa parte, me guste o no, entro yo. ¿Verdad?

—No. Que tú aparecieras esa mañana solo fue una mera coincidencia. «*No pienso decirle que él fue el detonante final».* Al parecer la decisión estaba tomada de antes. Incluso ya lo había intentado en otra ocasión, pero no le fue posible, por ese motivo me degradaron y me enviaron al estudio de producción para quitarme del medio.

Por fin consigo alzar la vista del vaso que mantengo entre las manos, dándole vueltas, y dirigirla hacia él.

—No entiendo el porqué. Gracias a tu trabajo, consiguió que la revista se asociara con los ingleses y el contrato con nuestra empresa. Tú fuiste quien se encargó del proyecto, tú lo creaste, cambiando las ideas ridículas de esa mujer, mejorándolo y haciéndolo factible.

—No hay nada que entender. Que determinadas cosas salieran a la luz, pondría su cabeza en una pica, y la mejor manera de evitarlo era quitando del medio a quien podría ocasionarle problemas.

—Lamentablemente, ese mismo día, todo salió a la luz.

—Lo sé, y por vuestra maldita cláusula en el contrato, la revista ha ido a la banca rota, y lo van a pagar los trabajadores quedándose en la calle sin una fuente de ingresos para subsistir.

Yves, parece algo escandalizado. Sus ojos se han abierto de una manera descomunal. «*Dios, qué preciosos son».* Como si fuera un acto reflejo, pone una de sus manos sobre las mías, que ahora descansan en la mesa.

—¡No, por favor!, no pienses así, eso no va a ocurrir. Para evitar que algo así sucediera hable con mis abogados, y la única opción era absorberla. Hacerla de nuestra propiedad. Las únicas personas que han sido despedidas, han sido aquellas que quisieron sacar provecho en beneficio propio. El resto de trabajadores seguirán con sus empleos. Sí que es cierto que va a haber una reestructuración en general. Pero nadie va a ser despedido. —Se queda en silencio unos segundos, parece dudar sobre algo, deja escapar un leve suspiro y retoma su postura inicial, sin apartar la vista—. Nahia, quiero que regreses. Ocupa el lugar de Rebeca.

Retiro la mano que todavía mantenía bajo el contacto de la suya, con rapidez. Enderezo mi espalda y le retiro la mirada. «*Estoy flipando».* No quiero saber nada más de la revista. Después de todo lo ocurrido, tenerlo como jefe sería lo peor. Ahora solo quiero centrarme en el partido del sábado.

—Gracias por la oferta, pero no, no quiero regresar a la revista. Además, hoy tuve una entrevista de trabajo para cubrir una vacante a finales de mes. Me tomaré este tiempo como unas vacaciones. Y ahora, si me disculpas, tengo que marcharme.

No le doy opción a réplica, me levanto rauda, cojo mi mochila y despidiéndome con la mano de los allí presentes abandono el local. Camino por las ya silenciosas calles de los aledaños a mi edificio. Desde que Salí del local tengo la sensación como si una sombra me persiguiera. Acelero el paso hasta llegar al portal. Rebusco las llaves en la mochila. «*Donde narices las he metido, siempre igual».*

—Te has marchado sin ni siquiera darme una oportunidad a explicarme.

Me da un vuelco el corazón, haciendo que de un respingo y se me caigan las llaves al suelo.

—¡La hostia!, ¡Joder! No puedes ir por ahí asustando a la gente de esta manera. —Estoy cabreada—. ¿Me has estado siguiendo? Esto ya se puede considerar acoso, no sé si lo sabes.

Se acerca despacio alzando las manos. Al llegar frente a mí, comienza a acuclillarse sin retirarme la mirada y recoge las llaves del suelo. Se alza despacio mientras las sujetas entre los dedos, pulgar e índice.

Estiro el brazo con la palma hacia arriba para que me las entregue. —No me has contestado.

Alarga su mano para dejar caer las llaves en mi palma, pero en vez de eso, me sujeta de la mano, y de un tirón, me atrae hacia él haciendo que sus labios rocen con los míos. Un primer contacto con un gesto suave, pero poco a poco va subiendo la intensidad. Es la chispa suficiente para que una llama se encienda dentro de mí y vaya recorriendo cada rincón de mi cuerpo, haciéndolo más sensible y vulnerable.

Alza la mano que tiene libre y la apoya suavemente sobre mi mejilla. Se para sus labios unos instantes para mirarme a los ojos buscando una respuesta, una reacción. Mi cuerpo, en cambio, está petrificado. «*¡Madre mía!, esto no me lo esperaba*».

—¿Responde esto a tu pregunta?

Me vuelve a besar con suavidad. Intento luchar contra mi lado perverso que grita para que la deje salir, pero me es imposible retenerla. Busco a tientas, tras mi espalda, la cerradura. Después de varios intentos fallidos, separo mis labios de los suyos y giro mi torso para poder abrir la dichosa puerta, que ahora mismo es lo único que hace que mantenga la cordura. Doy unos pasos y la mantengo abierta con el pie. Yves, no se mueve, se mantiene en el mismo lugar. Alargo una mano y sujetándolo con firmeza del brazo, estiro despacio guiándolo hacia el interior de la portería. Lo guio a paso lento, hacia el ascensor, mi mirada está fija en la suya. Ya he traspasado la barrera que me retenía, ahora no quiero otra cosa que no sea él. Quiero sentir sus caricias recorriendo mi cuerpo, sus labios rociándome a besos, la presión de su cuerpo contra el mío. «*Estoy a punto de entrar en combustión espontánea*». Ahora soy yo quien se lanza a por su boca, sujeto su carnoso labio inferior entre mis dientes y suavemente le doy un leve tirón. Las puertas del ascensor se abren. Doy unos pasos hacia atrás para entrar, sigo aferrada a su cuello, obligándolo a seguir mis pasos. Sujeta una de las puertas, con sus grandes manos, para que se mantengan abiertas, a la vez que separa sus labios de los míos.

—¿Estás, segura de esto? —Su respiración es entrecortada y sus pupilas están dilatadas de tal manera que oscurecen sus ojos reduciendo el tamaño de su iris a un fino aro de un verde claro brillante.

Lo miro fijamente, no me hacen falta palabras para decir lo que quiero. Lo sujeto por ambas manos y estiro de su cuerpo hacia el interior de ascensor. Allí continuamos con ese asalto mutuo, intensificando el deseo, hasta que llegamos a casa. Entramos a trompicones. Me separo de él para cerrar la puerta y lanzar la bolsa a un lado. Observa cada uno de mis movimientos como un felino.

Sujeta mi espalda contra su pecho. —Nena, no sabes el tiempo que llevo deseando que llegara este momento.

«Por esta vez, voy a hacer como que no he escuchado lo de "nena"».

Giro mi cuerpo pegado al suyo, me muerdo el labio inferior y lo miro con picardía.

—Que empiece el juego.

Más besos, más caricias, todo a la misma vez que la ropa va cayendo por el suelo a cada paso que damos en dirección al dormitorio. Me levanta en volandas y me deja caer poco a poco sobre el colchón, acompañando mi cuerpo con sus musculosos brazos. Un reguero de besos, va trazando un camino por todo mi cuerpo, desde el cuello hasta el ombligo. Lentamente, con delicadeza, mete los dedos, índice, entre las tiras del tanga, a ambos lados de mis caderas. Lo baja, despacio observando cada detalle de mi cuerpo como si estuviera memorizando cada centímetro. Lo saca por los pies, y sujetándolo entre sus manos, sonríe de esa manera tan sexy que me vuelve loca.

—¡Cuerdas fuera!, muñeca.

Se toma su tiempo haciéndome estremecer de placer. Me guía hacia las estrellas para luego dejarme caer y llegar al mismísimo infierno. Un fuego abrasador me recorre las entrañas, se extiende hasta mi bajo vientre buscando una salida. Su respiración se acelera, sus acometidas se intensifican, el fuego lucha por salir, no lo puedo retener más. Ambos dejamos ir nuestros cuerpos a la misma vez, nos dejamos guiar por esas oleadas de placer dejándonos laxos y extasiados.

Deja caer su cuerpo hacia un lado arrastrando mi cuerpo junto al suyo. Nuestras respiraciones comienzan a acompasarse. Besa mi frente con suavidad, y un leve suspiro brota de su pecho. Las comisuras de mis labios se curvan hacia arriba, a la vez que le guiño un ojo.

—¡Touchdown, encanto!

Comienza a reír abiertamente, relajado. Su sonrisa me deja eclipsada, me parece la más bella y sensual que he visto en mi vida. Nos acurrucamos uno junto al otro y así nos quedamos dormidos.

Capítulo 10

El sonido ensordecedor de disparos y cristales rotos, me despierta sobresaltada. Doy un salto de la cama, miro todo a mi alrededor, Yves no está, pero parte de su ropa continua aquí. Corro hacia la puerta, pero antes de llegar a sujetar el pomo, el sonido se ha transformado en una melodía que conozco muy bien.

Yves está en el pequeño salón, con cocina americana, preparando el desayuno al ritmo del remix de *Six Days* de *DJ.Shadow*. No lleva ni la camiseta ni los pantalones puestos, la única prenda de ropa que hay en su cuerpo es el bóxer negro ajustado. «*¡Madre mía!, como está el amigo, me quedaría todo el día admirando esta escultura»*. Doy unos pasos en su dirección y me siento en unos de los taburetes de la barra sin que se dé cuenta.

—Buenos días. Bonita forma de despertar a alguien. Eso es hacer que se levanten de un salto, literal.

Se gira hacia mí mostrando esa sonrisa que me trae de cabeza.

—Buenos días, preciosa.

En dos zancadas ya lo tengo encima. Me abraza alzándome y dándome un tierno beso en los labios. Me siento apurada, incómoda. «*Uf, no me gusta este camino, demasiado rápido, no, yo no quiero flores y corazones»*. Apoyo ambas manos en su torso y consigo zafarme de él, sin ser demasiado arisca. Miro la hora en el reloj del horno.

—¿Las ocho de la mañana? —«*Y yo que creía que estos días podría descansar y no tener que madrugar»*. Como un relámpago me viene a la memoria por qué él está en la ciudad—. Supongo que debes marcharte a la revista.

—No. —Deja el trapo que sostiene entre las manos, sobre la encimera—. Estoy de vacaciones. ¿Recuerdas?, Yo trabajo en Nueva York.

«Otro punto a sumar del porqué no quiero flores ni corazones».

—Pero si habéis adquirido la revista… —Pone un dedo sobre mis labios para que no continúe hablando.

—Quiero que pasemos el día juntos. Hoy no quiero saber nada de la revista, sólo quiero saber de ti, conocerte. Quiero que me enseñes la ciudad y que disfrutemos el día juntos.

Me quedo con la boca abierta, de par en par. Me ha pillado tan por sorpresa que no sé ni que contestarle.

—Pero primero debería pasar por el hotel y cambiarme de ropa.

«He de pensar rápido, esto se me está yendo de las manos». Busco una excusa, intento quejarme, pero de nuevo vuelve a colocar el dedo sobre mis labios cuando estoy dispuesta a hablar. De un manotazo hago que lo retire.

—Detesto que hagas eso. La próxima vez te muerdo.

Da un paso hacia atrás, sonriendo y alzando sus manos. —¡Tranquila, Blue!

«¡La madre que parió a Suri!» Me ruborizo de tal manera que siento mis pómulos arder. Busco una excusa rápida.

— Fue una broma absurda de Suri. Creo que no la entendiste bien.

—No es la primera vez que lo escucho. Mis compañeros suelen hacerme bastantes bromas con ello. Dicen que tengo un gran parecido con ese actor. Por eso lo pillé a la primera. —Se aproxima poco a poco como un depredador a punto de saltar sobre su presa.

Estiro el brazo con la palma de la mano frente a él. —¡Quieto! Espera, creo que debemos hablar. Estás corriendo demasiado y no has contado con que quizás yo tenga planes. Me ha encantado estar contigo, lo pasamos bien, pero esto no ha sido más que…

—Dilo, más que otro polvo, y si te he visto no me acuerdo, ¿no? —Comienza a vestirse rápidamente.

—No quería decir eso, no, bueno, sí, no sé. ¡Joder!

Se dirige raudo hacia la puerta, y antes de cerrar vuelve a mirarme. Esta vez sus ojos no tienen brillo, están apagados.

—Ya sé cuál es mi debilidad. Mostrar siempre interés por la persona inadecuada. Pero eso se soluciona rápido. Adiós Nahia. —Cierra la puerta a sus espaldas.

La *playlist* sigue sonando ahora con *Hello* de Adele. Lanzo un manotazo al móvil y la música deja de sonar. —¡Joder!

Continúo sentada en el mismo lugar, apoyo los codos sobre la barra y pongo ambas

manos apoyadas mi cabeza. No paro de recordar, en bucle, todo lo acontecido desde ayer. Me torturo mentalmente por mi falta de tacto, por no haber sabido parar todo esto antes. Por haberme dejado llevar por la lujuria. Agobiada por la situación, me visto con mi ropa de deporte, y salgo a correr. Necesito sacar todo esto que llevo dentro. Corro sin mirar atrás, me alejo de la ciudad todo lo que puedo. Necesito expulsar este sentimiento de culpa que me está royendo por dentro. Pero por más que quiera, no desaparece.

«La he cagado, pero bien».

Llego a casa. El desayuno está, tal y como lo dejó, intacto sobre la encimera. Me dirijo a la ducha y allí me quedo apoyada en la pared dejando que el agua hirviendo enrojezca mi piel. El sentimiento de culpabilidad me está matando, y lo peor es que no sé el porqué. Si yo, que rehuía de todo lo que pudiera significar un, felices para siempre, me siento así, ¿Qué es lo que puede estar sintiendo en estos momentos la otra persona?

Cojo el móvil y busco su número, lo agrego a los contactos y le mando un mensaje. Que menos que una disculpa.

** Yves, lo siento. Siento lo sucedido. ¿Puedes hablar?*

El mensaje aparece como enviado, pero no recibido. Voy dejando pasar el tiempo, pero después de una hora, continua igual. Decido llamar a Toni, necesito escuchar una voz amiga y distraerme.

—Hola, flor. ¿Qué tal se vive de Maruja sin hacer nada?

—Hola, Toni, pues sinceramente, daría lo que fuera por tener mi mente ocupada. ¿Y tú qué tal?, ¿Cómo van los cambios? —Me es inevitable preguntar por la revista.

—La reforma que están haciendo del espacio de trabajo es espectacular, pero ahora mismo estamos repartidos en varios despachos compartidos hasta que finalicen, y ya nos han dicho que hasta la semana que viene, nada de nada. El trabajo se está acumulando y nos va a tocar correr a última hora. Ha llegado a mis oídos que la semana que viene vendrá una posible sustituta de Rebeca. Viene de Estados Unidos y dicen que es de armas tomar. Miedo me da.

«Ayer me ofrecía el puesto, y hoy ya tienen sustituta». Prefiero no decírselo Toni.

—Vaya, sí que se han dado prisa.

—Respecto al personal, nos mantienen a todos. Ni te imaginas lo preocupados que estábamos… ¡Ostras!, espera un momento. —Me pone en espera un par de minutos— Ya estoy de vuelta. ¿A que no sabes quién ha llegado?, el "*superjefe"*, el señor Taylor, y por la cara que trae, lo más sensato ha sido quitarme del medio y que no me vea hablando con el móvil. —Al escucharlo, se me eriza la piel de todo el cuerpo— ¿Has vuelto a hablar con él?

—Me quedo en silencio. «*¿Qué hago?, si le cuento la verdad de lo sucedido, Toni me mata, fijo*. *Ya está, omisión de información, eso no es mentir».*

—Le envié un mensaje al mismo número por el que me escribió, pero parece no llegarle.

—Quizá tenga una línea solo para "*chochetes free*", y solo la usa cuando le interesa. Tiene pinta de tener una agenda de esas interminables, lo más parecido a los libros del tipo "Nombres para tu bebe". Bueno, y ¿los nervios como los llevas? Solo falta un día flor. Que sepas que Tomás, ahí donde lo ves, ya se ha hecho con un par de camisetas del equipo.

—Si te digo la verdad, no estoy nerviosa, pero tengo ganas de que todo pase ya y sea lo que tenga que ser. Stefan nos está dando mucha caña y a este paso nos va a acabar con nosotras. Hoy tenemos la convocatoria de entrenamiento una hora antes.

—Bueno, flor, ya lo tenéis chupado, aguanta un día, solamente un día y todo regresará a la normalidad. En fin, te tengo que dejar. Hablamos.

—Hablamos cucu. Cuídate. Mañana nos vemos.

Son casi las dos del mediodía, tengo que comer ahora si quiero que me haga bien la digestión antes de ir a los entrenamientos. No tengo ganas de cocinar y tampoco sé que comer, no me apetece nada. Encima de la encimera continua el desayuno, unas tostadas con queso de untar y aguacate a rodajas, una tortilla francesa y unos trozos de beicon. Aparto las tostadas y caliento el resto, esto va a ser mi comida.

A las cinco de la tarde salgo para el estadio. Ojeo el móvil, ahora si aparece como recibido, pero no ha contestado. Lo guardo en la mochila y entro en las instalaciones. De ayer a hoy el cambio es espectacular. Incluso han pintado de nuevo las líneas del campo. Las butacas relucen. Han instalado un marcador digital. Eso sí es todo un logro. Creo que éramos de los pocos estadios que todavía manteníamos los de cambio manual. Y, por último, una enorme bandera con la insignia del club ondeando, en una asta, en lo alto de las gradas. Me dirijo a vestuarios y veo a varios obreros por los pasillos. «*¿De dónde ha salido esta gente?»* Al

pasar frente al despacho de Stefan, este me para con la mano.

—Hola, Nahia. Hoy tendréis que cambiaros en los baños externos. Están remodelando los vestuarios, solo les quedan un par de horas, como mucho, para finalizar.

—¿Remodelando los vestuarios? Stefan, ¿Qué nos hemos perdido? Hace dos días, en el club, no teníamos ni para una equipación nueva. Y ahora están tirando la casa por la ventana.

—Es cierto, el club, como bien sabes, cuenta con muy pocos socios y no daba más que para pagar facturas. El ayuntamiento nos ofreció ayuda y cambio las butacas viejas, rotas y poco más. Pero hace unos días recibimos un sustancioso donativo, anónimo, para el reacondicionamiento del estadio.

¿Un donativo anónimo? Pues ya lo podían haber hecho antes.

Vemos a Suri aparecer por el túnel de vestuarios. Le hago una señal con el brazo para que se acerque a nosotros. Conforme va llegando a nuestro lado, comienza a silbar.

—¿Qué ha pasado aquí?, vaya cambio, y mira que le hacía falta, pero la pena es que hayan tenido que esperar jugar una final, para hacerlo.

—Suri, no es cosa del club. Sabes que no se podía hacer nada, no había capital suficiente. Subsistimos gracias a los pocos abonados y las ayudas oficiales, pero estas últimas son mínimas.

—Y si no ha sido el club, ni las instituciones, ¿Quién ha sido entonces?

—Digamos que un padrino desconocido. —Suri me mira alzando una de sus perfectas y perfiladas cejas.

Me encojo de hombros. —Ni, idea. Anda vamos, tenemos que cambiarnos en los aseos superiores del estadio.

—Qué fuerte me parece.

Caminamos por los pasillos de regreso, y a cada compañera que encontramos la guiamos con nosotras a la vez que le explicamos la supuesta donación cuyo remitente es desconocido. Nos cambiamos por turnos, como podemos Marta es la última en llegar. Me mira antes de entrar y me hace una señal para que entre con ella. El resto de compañeras ya se ha marchado hacia el campo, están pendientes de los cambios que han realizado. Entro y me apoyo en la pared de baldosas para que Marta pueda cerrar la puerta y comenzar a cambiarse.

—Canta. ¿Qué paso ayer para que salieras espantada como lo hiciste? Tenía su mano sobre la tuya, te la quitaste de encima y adiós, muy buenas.

—Eres muy observadora. Digamos que no tenía ánimos para seguir con aquella encerrona. Además, estaba cansada.

—No te creo. Yves salió detrás de ti ipso facto.

—L sé, me siguió hasta casa.

Marta me mira alzando una de las comisuras de su boca. —Te lo dije, no me equivoco, atracción es poco.

—Llegó cuando estaba en la puerta de casa, apenas hablamos y paso lo que tenía que pasar. Nos dejamos llevar. Fue todo perfecto hasta que esta mañana me entro el pánico y la cague.

—Nahia, ¿Qué es lo que has hecho? Por Dios, deja de evitar lo inevitable. Sabes que algún día aparecerá alguien especial y tendrás que dejarte querer, dejar de ser autosuficiente para todo, y dejarte guiar y mimar por ese alguien.

«Pues ese barco acaba de zarpar del puerto». —Ya te lo he dicho, me entro el pánico, yo no estoy preparada para flores y corazones. No los quiero. No ahora.

—¿Y cómo sabes que no estás preparada? Las flores y corazones, como tú dices, llegan de forma inesperada, no cuando tú decides. Solo tienes que dejarte llevar, el tiempo es el único que puede decidir si es lo que quieres, o no. Pero nunca antes sin haberlo probado.

Resoplo mientras dejo caer el peso de mi cuerpo contra las viejas baldosas desportilladas. —Me dijo que quería conocerme mejor, que pasará el día con él.

—¿Y?

—Lo corté diciéndole que teníamos que hablar, que solo había sido… un polvo más. Él acabó la frase por mí. —Alzo el rostro y observo la triste bombilla amarillenta que nos ilumina—. Después me arrepentí de haberlo hecho. Te lo creas o no intente disculparme. Le mandé un mensaje, pero no siquiera me ha contestado.

—Lamento decirte que has metido la pata hasta el fondo. Sinceramente, yo te hubiera bloqueado, pero no sin antes mandarte a tomar viento.

—Marta, en todo esto hay una parte bastante importante que no tienes en cuenta. La razón es que vive en Nueva York. Esto no nos llevaría a ninguna parte. Cuando acabase su

tiempo aquí, se marcharía y adiós, muy buenas.

—Eso me suena a escusa barata, para auto convencerte de que es lo correcto. Y nuevamente te equivocas. —Pasa su brazo por encima de mi hombro y salimos en dirección al campo—. Si realmente es, como creo que es, quizás aparezca hoy por aquí. Si no lo hace, entonces lo vas a tener difícil.

Las horas de entrenamiento se me están haciendo eternas. Stefan nos aprieta cada vez más, no nos da respiro alguno. Repasamos una y otra vez cada jugada, cada táctica de pase, ataque, defensa, etc. A falta de media hora para finalizar nos reúne a todas en el centro del campo.

—En primer lugar, chicas, quiero que sepáis que pase lo que pase mañana, para mí, sois las campeonas. Este año habéis luchado como nunca, os habéis esforzado, y habéis demostrado ser dignas campeonas de liga. Cuando terminemos, ir a casa y descansar. Mañana no quiero nervios en el campo, dejarlos esta noche encerrados bajo llave. Quizás veremos el estadio como nunca antes lo ha estado, lleno de aficionados, ojeadores de otros equipos, y cámaras, sobre todo cámaras, fotógrafos de diarios y un canal de televisión de deportes internacional. Si chicas, el partido será retransmitido en directo. Sin daros cuenta, ya habéis hecho historia. Mañana no será un partido normal, os enfrentaréis a las actuales campeonas. Saldrán a defender su título con uñas, dientes, y todo lo que haga falta. Son rápidas y no dudan si tiene que cometer alguna falta para quitarse a algún contrincante de encima. Tiene grandes corredoras. Su quarterback, el número nueve, es la más peligrosa de todas. No le deis oportunidad, alguna, que se haga con el balón.

Estira una de sus manos hacia el centro, curvando su espalda. Una a una nos vamos uniendo posando nuestras manos sobre la suya.

—Disfrutar el momento. Un, dos, tres. —Gritamos todas al unísono— ¡ESPARTANAS!, ¡JU JAAAA!, ¡JU JAAAA!, ¡JU JAAAA!

Aplaudimos a Stefan al finalizar. En ocasiones es duro con nosotras, pero sin él, no habríamos llegado donde estamos.

—Ahora chicas, ya sí que podéis ir a vuestros vestuarios. Disfrutarlo.

Corremos por los túneles empujándonos unas a otras para ver quien llega la primera. Todas queremos serlo. Dori ha salido la primera y no hay quien la pille.

—¡HOOO, DIOS MÍO!

Las siguientes en llegar, apoyamos la cabeza en sus hombros para poder mirar desde allí, ya que esta parada en la entrada y el resto no podemos pasar.

—¡AHÍ VA, LA HOSTIA PUES!

Han cambiado las baldosas del suelo, ahora son grandes losas antideslizantes que imitan la madera. Alisado y pintados las paredes de blanco. La iluminación anterior era pobre, se veía todo oscurecido y amarillento, bastante siniestro. Ahora los paneles led iluminan la estancia, de tal manera que, apenas se reflejan las sombras. La distribución también es diferente. Ahora las taquillas son altas y ocupan solo una pared, dejando un espacio suficientemente amplio para poder moverse sin molestar al compañero. Han ampliado el acceso a las duchas. Alicatado todas las paredes y el pavimento con unos paneles especiales que simulan la piedra de pizarra, pero en blanco. Diez duchas en total completan el lugar.

Al salir del estadio, lo hacemos eufóricas. En pocos días lo han reacondicionado de tal manera que parece un lugar totalmente nuevo. Me despido de las chicas mirando disimuladamente a ambos lados de la calle. La desilusión se apodera de mí, esperaba encontrarlo allí, pero no está. Hoy no vamos al bar de don Julio, mañana es un día muy importante y debemos estar descansadas.

Al llegar a casa la decepción se apodera de mí. «*¿Qué esperabas pava, que después del planchazo viniera en tu búsqueda?*» Como bien me había dicho Marta, he metido la pata hasta el fondo. Reviso nuevamente el móvil, nada, no hay respuesta. Leo varias veces el mensaje que le había enviado. «*Un poco soso y justito, para ser una disculpa, sí que es, la verdad*». Abro el teclado y comienzo a escribir de nuevo.

Nahia* Hola de nuevo Yves. Lamento lo ocurrido, no me diste la oportunidad de poder explicártelo. La forma en la que me expresé, tampoco fue la correcta, ni acertada. La verdad es que me entró pánico. Nunca antes me he visto en una situación así y eso me da miedo. Entiendo que después de todo no quieras volver a verme, pero al menos te mereces saber la verdad.

Envío el mensaje sin ni siquiera revisarlo. Gran error, por mi parte, tampoco quiero parecer desesperada. «*¿Lo estoy?*» No tengo ni idea de lo que me pasa, pero desde ayer algo ha

cambiado. Esa presión en el pecho, la falta de apetito, mi estado de ánimo, no sé lo que significa, pero de lo que si estoy segura es… que es por él.

Dejo el teléfono a un lado y cojo uno de los libros que tengo sobre la mesa, de centro, frente al sofá. En mis pocos momentos de tranquilidad me gusta leer, me gusta soñar despierta, vivir aventuras en mundos desconocidos, rodeada de vampiros, licántropos y seres mitológicos.

Estoy estirada en sofá, inmersa en uno de mis libros cuando un reflejo me sobresalta. Miro a ver de donde proviene la luz. Es mi móvil, un aviso de mensaje en la pantalla. Yves. Noto un vuelco en el pecho. Me apresuro a leerlo.

Yves* Hola, Nahia. Te agradezco que te hayas sincerado. Que tengas suerte mañana.

«¿Ya está?, ¿Solo eso?» Releo varias veces el mensaje. «*Definitivamente, a la mierda, la atracción y los designios del destino».* Tiro el móvil a un lado y vuelvo a mi mundo entre letras.

Capítulo 11

Ha llegado el día. Hoy, por fin, tendremos la oportunidad de demostrar lo que valemos, que hemos llegado hasta aquí gracias al esfuerzo, la lucha y la perseverancia, y así va a continuar. Pase lo que pase hoy, nunca nos rendimos.

Recibo varios mensajes de mi hermana. Ya han llegado a Madrid y van de camino al estadio. Eso que nos dijo Stefan que dejáramos los nervios en casa… No se lo cree ni harto de vino. Estoy que me va a dar algo. Llevo dos horas dando vueltas por el piso desesperada. No sé cuántas veces he sacado la ropa de la mochila para revisar que no me deje nada. Me recogí el pelo, a primera hora, con dos trenzas boxeadoras bien apretadas. Cuanto más sujeto mejor, así evitaré tirones indeseados. Miro el reloj, todavía falta casi una hora para la convocatoria, pero no aguanto más encerrada entre estas cuatro paredes.

Salgo dirección al estadio dando una vuelta por los alrededores. Para mi sorpresa ya veo por las calles aficionados del equipo rival. «*Madre mía, y nosotros seremos cuatro gatos, ya verás*». En los aledaños del estadio ya hay varios furgones con grandes antenas sobre sus techos. Deben de ser del canal de televisión que va a retransmitir el partido. «*Joder, Joder, esto nos queda muy grande*». Entro en el estadio por la parte trasera. Las puertas, principales, hoy estarán cerradas hasta una hora antes para el inicio del partido. Hay gente corriendo de un lado a otro, cables y focos por todos los sitios. «*Y luego Stefan no quiere que estemos nerviosas, pero si con todo lo que han montado no solo entran nervios, también pavor*». Camino por el túnel de vestuarios, Stefan ya está allí, como siempre, en su despacho.

—Hola, jefe. ¿No había que dejar los nervios en casa?

Da un salto de su silla, lo he pillado desprevenido. —Nahia, un día de estos acabas conmigo. —Suspira—. Sí, eso vosotras, para mí es inevitable, llevo dos horas encerrado en este despacho viendo a gente desconocida pasar de un lado a otro. Eso me pone más nervioso.

Apoyo una de mis manos sobre su hombro de manera afectiva— Anda, vayamos a buscar unos refrescos a la carpa que han montado y así te despejas un poco.

Se separa de su escritorio empujando la silla hacia atrás y se pone en pie. No me había fijado en su atuendo. Lleva un polo azul eléctrico, con dos finas bandas naranjas en los puños de las mangas y en el filo de las solapas del cuello. Bordado sobre el pecho, en el lado izquierdo, nuestra insignia.

—¿Y ese polo tan chulo?, ¿De dónde lo has sacado?

Por fin cambia el gesto de su cara y ahora muestra una leve sonrisa. —No quieras saberlo todo. —Guiña uno de sus redondos ojos azules y tira de mí con cariño para que nos pongamos en marcha.

Compramos unos refrescos y caminamos por el estadio, mientas varios trabajadores se van colocando en los puntos estratégicos para guiar a la prensa.

—Nahia, a pesar de todo el movimiento que estás viendo, disfruta el momento, hoy es vuestro gran día, tenéis que brillar como la estrella más grande del firmamento. Sobre todo, tú, porque sé que hay varios equipos interesados por llegar a un acuerdo y ficharte para la próxima temporada. No dejes escapar la oportunidad de crecer si se te presenta. Aquí ya lo ves, después de hoy todo continuará como antes.

—Stefan, este es mi equipo, tu mi entrenador y ellas mis compañeras y solo podría ocurrir dos desgracias para que yo os abandonase. Una, que el club desapareciera, y dos, una lesión que me incapacitara para jugar.

—Eres más grande de lo que te imaginas Nahia, en todos los aspectos. Solo tiene que abrir esto. —Golpea mi sien con la yema de un dedo—. Y esto otro. —Ahora se lleva la mano a su corazón. Eres fuerte, testaruda, y… la capitana que un grupo de “locuelas” que te necesitan ahora mismo. Ven, vayamos a vestuarios, estarán a punto de llegar y tenéis una última sorpresa esperando. Por cierto, no te lo he dicho, pero me gusta tu nuevo peinado.

Regresamos de nuevo a los vestuarios, nos sentamos en los bancos esperando a que lleguen las chicas. Tras quince minutos de charla, van apareciendo, a cuál más nerviosa.

—¿Habéis visto la que hay montada hay fuera?

—¿Ahí fuera, sólo?, viniendo, me he encontrado con varios grupos de hinchas de las visitantes chillando por las calles con cervezas en las manos. —Dori, está tremendamente asustada.

—Tranquilas chicas, —Stefan se apoya en la pared, quedando de frente a las taquillas—. No os dejéis llevar por las emociones de todo lo que está ocurriendo, eso dejarlo para cuando finalice el partido. Ahora debéis estar concentradas únicamente en el partido. Tocar con los pies en el suelo y la cabeza en el campo.

—Sí, sí, pero esto, es verdad que acojona un poco, para que negarlo.

—Suri, ¿tu atemorizada? ¡No me lo puedo creer! Chicas… tan solo es un partido más. Mirarlo de esa manera. Cuando salgáis ahí fuera, imaginaos las gradas como siempre, hacer que vuestros oídos filtren y solo escuchen a las personas que verdaderamente importan, vuestras compañeras. Actuar igual que en cada partido como habéis hecho hasta ahora sin que os importe todo lo que haya a vuestro alrededor. Poner un velo sobre todo lo que os inquieta y salir a comeros el mundo. Ahora si me hacéis el favor. —Reparte unas llaves— ¿Podéis abrir las taquillas?

—¿En serio Stefan?, ¿nos vas a revisar las taquillas? Después que viene, ¿El control antidoping?

—Suri, por una puñetera vez en tu vida, cállate, o al final te encerraré dentro de una de estas.

Al abrir las taquillas encontramos una equipación nueva, una bolsa de deporte y una caja de zapatillas de deporte. Lo sacamos todo y lo ponemos encima del banco. La mochila lleva en su interior el chándal del club, un polo como el de Stefan, unos pantalones de pinzas cortos en tono azul oscuro y un conjunto de camiseta y pantalón para entrenar. Se me saltan las lágrimas. Stefan esta que no cabe en sí mismo, feliz de ver nuestras caras de sorpresa.

—Bueno, ahora os dejo para que lo podáis estrenar. En media hora os quiero ver en el campo para calentar.

Aun alucinadas, comenzamos a cambiarnos de ropa. La equipación nueva mantiene el azul eléctrico, original, pero han añadido unas finas bandas naranjas en las mangas y en el cuello de la camiseta. Al finalizar me coloco en el centro del vestuario para que todas las compañeras puedan verme. Me muestro firme y preparada.

—¡Espartanas! Vamos a salir ahí fuera y vamos a demostrar lo que valemos. Vamos a dar lo mejor de nosotras. Ganemos o perdamos, dejémoslos a todos con la boca abierta. Enseñémosles al mundo que el poder en el deporte, ya no es sólo de los hombres. Las mujeres hemos venido para quedarnos, y por ello lucharemos con uñas y dientes.

Me coloco en posición de melé, una a una se van uniendo a mí.

—¡ESPARTANAS!

—¡JU JAAAA!, ¡JU JAAAA!, ¡JU JAAAA!

Aplaudimos y corremos por el túnel de vestuarios hacia el exterior. Dando el primer paso en el campo levanto la vista y una sensación de vértigo me hace frenar en seco. Las gradas están a rebosar, apenas quedan huecos vacíos. El sol brilla en el cielo con todo su esplendor, los aficionados ilusionados comienzan a vitorear y cantar. Fijo mi vista en una de las zonas de las gradas. Todos visten nuestro color. Corro como alma que lleva el diablo hacia ellos. Allí está mi familia. «*¡Han venido, mis padres han venido!*» Lloro de alegría al verlos sentados junto a mi hermana y sus amigos. Don julio y los abuelos del bar también están allí. Cuando estoy cerca de ellos, Irune comienza a gritar.

—¡Superwoman! Dales caña, enséñales de que estamos hechos los vascos, si es necesario ¡a hondonadas de hostias, Joder!

Denis la sujeta para que vuelva a su asiento. —El *fairplay*, Irune.

—Que *fairplay* ni hostias.

Se ponen en pie, giran su torso hacia un lado y dando un tirón de las camisetas enseñan sus tatuajes mientras vitorean al unísono:

—¡Superwoman!, ¡Superwoman!, ¡Superwoman!

Me muero de la vergüenza. Disimuladamente, desvío la mirada. «*¡No me lo puedo creer!*» Estaba tan absorta con mi familia que ni siquiera había visto quienes estaban aquí. Dos filas un poco más arriba, un muro de carne ocupa toda una hilera, parece un muro separando parte de la grada. El equipo al completo de los *Black Blossom*. Visten con la camiseta oficial del Club, todos ellos llevan gorras y gafas de sol, no están acostumbrados a este clima y posiblemente acabaran con los brazos y el resto de la cara como tomates. Alzo la mano para saludarlos intentando mostrar una sonrisa, pero parece ser que mi cara se ha quedado congelada. Giro el cuerpo para indicar a las chicas que se acerquen. Es el tiempo suficiente para que mi pecho deje de latir de esa forma descontrolada.

—Mirar hacia las gradas chicas. Los *Black* han venido.

Saludamos a los chicos y ellos aplauden. Toni, como siempre tan oportuno, pasa por su lado y de pie en medio de la grada junto a Tomás grita con fuerza.

—¡Ánimo, chicas, vosotras podéis! —Me señala con el dedo— ¡Flor, te quiero!

Se hace el silencio. Yves, se remueve incómodo en su asiento. Mi padre lo mira que solo le faltan echar rayos por los ojos. Irune con la boca abierta y los ojos como platos. Y mi reacción es ponerme una mano en la frente. Tal cual.

Tomás le da un codazo a Toni, que permanece pletórico sin prestar atención a todas las miradas que tiene fijas en él. Reacciona mirándolos a todos, conservando el temple.

—A ver… que es un amor fraternal, para mí es como una hermana. —Los mira de nuevo a todos y luego se dirige de nuevo a mí— El día que tengas pareja… pobre chaval, que Dios lo pille confesado.

—Toni, cállate, lo estás empeorando. —Tomás estira de su brazo y lo dirige a sus asientos justo detrás de Irune, y bajo el muro de carne de los black.

Bueno, chicas, ya he dado bastante espectáculo de entretenimiento por hoy. —Resoplo caminando ruborizada. Stefan está saliendo por el túnel. Vayamos a su encuentro.

Comenzamos con el calentamiento. Stefan nos da órdenes y consejos sin parar. Los cámaras y los fotógrafos, se preparan por todo el perímetro del campo. Las gradas acaban de llenarse, ya no queda un hueco libre.

Los árbitros saltan al campo. Nos agrupamos en nuestro banquillo. El equipo rival ya está preparando el juego técnico, su entrenador con una pizarra en mano da órdenes a diestro y siniestro. Entre todo el grupo, por fin consigo distinguir a su quarterback, la jugadora número nueve. Su nombre es Whent, o eso pone en su camiseta. Es mucho más alta que sus compañeras, y que la mayoría de nosotras. Sus piernas son fuertes, se marcan todos y cada uno de sus músculos, lo que significa, potencia. Dirige a sus compañeras, da órdenes, al igual que su entrenador, a unas y a otras. Cuando parece que ha terminado su discurso, gira su cuerpo hacia nosotras, nos señala y con una sonrisa fingida, da por finalizada la reunión. *«Mal empiezas chavala».*

Stefan, nos reúne haciendo que nos agachemos en círculo. Según él, es una estrategia para que nadie pueda leer nuestros labios. Él no usa pizarras, ni anotaciones. Hemos estado toda la semana practicando las señales de cada jugada.

Los árbitros se colocan cada uno en su lugar. El principal se queda en el centro del campo y hace la señal para que nos acerquemos ya. Las Berebere lanza un pequeño aullido y, en fila de a uno, se aproximan al centro, desde allí, comienzan a distribuirse ordenadamente, alineándose en el punto que les corresponde. Los aficionados, visitantes, comienza a aplaudir y a vitorear a su equipo. Nosotras no somos tan finas. Nos cogemos por los hombros y hacemos un círculo cerrado. Ahora es mi turno, primero me dirijo a ellas casi entre susurros.

—Espartanas, hoy hay que darlo todo, a por ellas chicas. Ya es la hora. —Cojo aire llenándome los pulmones para lanzar un grito que todos puedan escuchar—. ¡ESPARTANAS!

El estadio parece vibrar en ese momento respondiendo al unísono con el resto del equipo.

—¡JU JAAAA!, ¡JU JAAAA!, ¡JU JAAAA!

Con la piel erizada, corremos, aplaudiendo al público, y nos alineamos directamente. Por extraño que parezca, he conseguido mantener la calma. Me coloco frente a Whent, el árbitro se posiciona entre ambas y lanza una moneda al aire. Las Berebere, escogen primero, inician el balón comenzando el partido.

Whent, su quarterback, corre con el balón en las manos, avanza veloz por el campo buscando huecos en la defensa, nos mantenemos firmes, Aún consigue eludir a Suri con su intento de placaje. Continúa corriendo ganando unos metros hasta que al final es derribada por Lali, pero en el forcejeo consigue hacerse de nuevo con el balón. Comenzamos a defender con fuerza bloqueando los intentos de avance. Una de las jugadoras contrarias le hace un quiebro de cintura a Dori, despistándola unos segundos, tiempo suficiente para llegar a la zona de anotación y marcar su primer Touchdown.

Una de las jugadoras se prepara para hacer la conversión. Pensaba que sería whent la encargada de realizar el disparo. Pero lo va a ejecutar una jugadora robusta, alta, con una anchura desproporcionada. Deja caer el balón y chuta con una fuerza descomunal, hemos llegado a escuchar el ruido de su pie impactando con el balón. La pelota pasa entre los palos a gran velocidad llevándose los primeros siete puntos de marcador.

El partido, continua, presionamos como nos enseñaron. Marta se escapa directa a la zona de anotación por el centro. La sigo a casi a la par por la banda, se ve acorralada y antes de efectuar el pase, consiguen derribarla cometiendo falta. Entrar, con el balón, en la zona de

peligro para las Berebere, es como llevar un foco encima iluminando nuestra trayectoria, y tienen que frenarnos como sea.

Nos colocamos en posición de la melé, comienzan los empujones y las patadas fantasmas para el árbitro. Apoyamos las manos contra el suelo para frenar el empuje. «*Son unas bestias*». Su talonadora falla y toca el balón desviándolo hacia el lado contrario. Consigo hacerme con él, lanzo un pase largo hacia la receptora que está en la zona de anotación. La muchedumbre en las gradas estalla en rugidos animando los últimos metros hasta conseguir el touchdown, celebran el éxito con más vítores.

Corro a su lado y recojo el balón, dispuesta a hacer la conversión. Me coloco el balón en posición entre mis manos, dirijo la mirada unos segundos a una zona concreta de las gradas y chillo a la vez que dejo caer el balón de mis manos para chutarlo en el aire.

—¡Cuerdas fuera!

El balón va cogiendo altura a gran velocidad, pero comienza a caer antes de tiempo. «*Mierda*». Consigue pasar justo entre palos. Conseguimos el empate en el marcador. El partido, continua muy igualado, con los tira y afloja. El equipo contrario comienza a mostrar nerviosismo, hay gritos y malos gestos entre ellas. Su Quarterback les pide calma, es astuta, por su tranquilidad y su pose, me da a entender que guarda un as bajo la manga. El campo se convierte en un juego de ida y vuelta. Ambos equipos luchamos por llegar a la media parte con el marcador a nuestro favor. Están presionando con más fuerza y contacto físico. Los placajes son cada vez más duros.

Whent consigue hacerse con el balón, es como una locomotora, yarda tras yarda consigue entraren nuestra defensa hábilmente. Finalmente, consigue llegar a la zona de anotación. Su lanzadora se dispone a hacer la conversión. Se la ve cansada, estas últimas carreras han dejado ver la falta de resistencia física. Coge el balón y chuta rápidamente casi sin mirar, un error que poco después tiene que lamentar. El balón rebota contra los palos con el resultado fallido. El árbitro pita el final de la primera parte con un resultado de cinco puntos más a favor de las Berebere.

Nos dirigimos a los vestuarios, vamos delante del equipo contrario, aun así, podemos escuchar sus comentarios y sus gritos, criticando a su propia compañera por haber fallado la conversión. Mantenemos el silencio hasta llegar a nuestros vestuarios. Al entrar, nos dejamos caer en los bancos y en el suelo, por donde primero pillamos.

—Tengo la pierna destrozada, “la vaca burra” esa, que tienen de defensa, casi me la rompe de la patada que me ha dado. —Tiene la piel desollada cerca del tobillo. Una patada en un placaje entre dos que el árbitro no ha visto.

—Suri. —La voz de Stefan nos hace desviar la mirada—. Él es Richard, el médico de los Black Blossom. Deja que le eche un vistazo. El sí que vio la acción desde las gradas.

«No me lo puedo creer, el mismo Richard que deje K.O. Nunca hubiera imaginado que ese troglodita, además de un burro insensato, fuese médico.»

—Soy toda tuya, eso sí, trátame con cariño, por favor. «*Suri y sus salidas, mejor que guarde las distancias con ese patán.»*

Antes de irse con él, me coloco de manera que me vea de frente y alzando mi puño con el dedo índice y el corazón estirados, me señaló mis ojos y luego a él. «*Te vigilo chaval.»* Me guiña un ojo y se marcha con Suri a la sala de curas.

—Bien chicas, lo estáis haciendo muy bien, pero prepararos, se están viendo presionadas y ahí es cuando empieza su juego peligroso. Nahia, cuídate las espaldas, eres el blanco principal para ellas. Quiero que en todo momento estés respaldada por tus compañeras. Ahora saben que puedes hacerle sombra a whent, su quarterback. Irán, a por ti, son astutas y peligrosas. Saben cómo hacerlo, cometen faltas sin ser vistas, han llegado a producir lesiones graves a sus contrincantes, van todas a una. Pero tenemos bastante a nuestro favor, y que no cuentan con la habilidad de Dori y Marta. Dori, te quiero en el centro, tú serás el punto de cruce de balón, tienes resistencia y mucha velocidad. Marta, tú conoces las señales a la perfección y eres la más técnica, si ves la oportunidad, indica a tus compañeras cuando es el momento para de hacer un Maul. Lali, no dejes pasar ni una, eres la mejor defensa que tenemos, presiona todo lo que puedas y continúa cerrando huecos como hasta ahora. —Da una sonora palmada en el aire— Bien chicas, ahora salir a bajarles esos humos y demostrarles los fuertes que sois. *«Qué fácil lo ve todo este hombre, pero las hostias las recibimos nosotras»*

Ya han transcurrido los veinte minutos, regresamos al campo. El árbitro pita y da comienzo a la segunda mitad. Esta vez sacamos balón nosotras. Me coloco en el centro y cuando da la señal realizo el primer pase hacia Dori que corre por mi derecha, cruzamos

posiciones, ella regresa al centro, y yo a la banda. Ya estamos en nuestras posiciones con Marta avanzando por la otra banda, primer cruce de balón, las pillamos desprevenidas, sus intentos de placajes son tardíos y el balón va triangulando con nuestras posiciones, no logran interceptarlo. Dori, llega a la zona de anotación con facilidad. «*¡Touchdown, si señor*!». Recojo el balón a toda velocidad y lanzo la conversión, siendo esta exitosa, y dándonos los siete puntos para ponernos en cabeza, en el marcador.

Las jugadoras del equipo contrario se envalentonan y empiezan a hacer mucha presión. Su juego se vuelve duro, en los placajes van a hacer daño. Suri corre de un lado al otro del campo bloqueando junto a Lali. Whent se hace con el balón gracias a un pase largo de su compañera antes de ser placada. Corre buscando huecos por donde aproximarse a la zona de anotación. Lanza un pase rápido, retiene su ritmo para que la compañera logre alcanzarla. Dejándola pasar frente a ella, inicia de nuevo la carrera detrás de sus pasos. Lali se lanza a interceptar, pero la primera jugadora deja caer el balón que recoge rápidamente Whent, y en un último sprint se coloca en la línea de anotación. «*No podemos negar que son muy buenas en las tácticas de ataque*». La conversión, esta vez, la va a realizar otra jugadora. Sujeta el balón bajo el brazo mientras corre a la zona de lanzamiento. Mira en dirección a los palos, la veo inspirar y soltar el aire con fuerza, pero pausadamente. Deja caer el balón y chuta directa a palos. Ahora, nos sacan cinco puntos de ventaja.

El partido empieza a complicarse, idas y venidas, faltas y mucha tensión. Pases incompletos he intentos fallidos de gol de campo. En cada jugada están demostrando su habilidad de correr con el balón y la destreza en los pases. El tiempo corre en nuestra contra. Marta consigue hacerse con el balón en un pase largo, hace una señal a Dori para que se prepare para hacer el pase cruzado, pero antes de efectuarlo, dos jugadoras la bloquean lanzándola de boca al suelo, provocando que el balón salga fuera de campo. Marta se levanta con el labio sangrando, debe de haberse clavado sus propios dientes. Se aproxima haciéndonos una señal a Dori y a mí, esta es la última oportunidad, se nos acaba el tiempo. La última jugadora contraria que toco el balón antes de perderlo Marta y salir fuera de campo, es la que se prepara para hacer el lanzamiento. Nos colocamos en posición, sabemos a quién va a ir dirigido ese balón. Se prepara y lo lanza con todas sus fuerzas, pasa por encima de varias jugadoras, Dori y Marta me sujetan y me elevan, estiro los brazos en el momento preciso y consigo interceptar el balón. La fuerza de este hace que pierda el equilibrio y caiga de espaldas hacia atrás. Desde el suelo y dolorida miro a Marta, sabe lo que tiene que hacer, «Corre». Coge el balón, he inicia una carrera espectacular, Dori la sigue tan sólo a unos pasos por detrás. «Vamos chicas, vosotras podéis» Esquivan varios intentos de placajes, continúan a la carrera hacia la zona de anotación. Al fin he conseguido levantarme del suelo, me duele el pecho una barbaridad, incluso el respirar me resulta doloroso, pero tengo que continuar, debo acabar el partido. Emprendo la carrera y voy en su ayuda, no intercedo, ahora soy más lenta que ellas, pero les puedo servir de apoyo, o al menos, para molestar al equipo contrario. Faltan tan solo dos metros para llegar a la línea. Dori es quien lleva el balón ahora, tiene a Whent pegada a su espalda, y otra jugadora llega por su derecha preparada para bloquearla. Dori no se lo piensa, sujeta el balón con las dos manos en su pecho y se lanza de un salto hacia la línea de anotación. «*¡SIIII!, ¡TOUCHDOWN! Lo ha conseguido*». Whent patea el césped y maldice a su compañera, y esta se le planta cara. Están rabiosas, frustradas.

Ahora mismo, estamos empatadas a puntos en el marcador. Si conseguimos la conversión el partido es nuestro. Voy en busca del balón, me agacho a recogerlo y una punzada en las costillas me deja sin respiración, quedando doblada por la mitad, me llevo una mano al costado izquierdo. Es el que me he golpeado, con la rodilla de Marta, al caer. Me reincorporo y me preparo para el lanzamiento. Dori me observa desde el lateral, con la cara desencajada.

Sujeto el balón entre mis manos y hecho un último vistazo al estadio. Me aseguro de tenerlo colocado en la posición correcta. «*Tengo que conseguirlo, es nuestra última oportunidad, tengo que hacerlo*». Inspiro poco a poco para llenar mis pulmones y la vez que expiro dejo caer el balón de mis manos y chuto con todas las fuerzas que me quedan. Todo transcurre como si fuera a cámara lenta. La gente se levanta en las gradas, el balón sobrevuela el césped rotando como una peonza y atraviesa los palos varios metros por encima. «*Lo conseguimos*». Caigo al suelo y comienzo a llorar. Final del partido. El estadio estalla en gritos y cánticos, los últimos minutos de tensión vivida, han quedado en el olvido dando paso a la alegría y la celebración.

No sé en qué momento ha llegado Dori a mi lado, pero me sujeta la cara entre sus manos.

—Nahia no te muevas. ¿Háblame, estás bien? —Levanta sus manos pidiendo asistencia— Te quedaste pálida.

—Hemos ganado Dori, lo hemos hecho. —Noto las lágrimas, mezclarse con el sudor y correr como ríos entre mi pelo.

Consigo ladear un poco la cabeza y veo cómo alguien salta desde las gradas y corre en mi dirección. La imagen no me es del todo nítida en esta posición.

Una mano se posa con delicadeza sobre mi brazo. —Nahia.

Giro mi rostro hacia el otro lado. Junto a mí, están Stefan, Richard y las chicas. Richard es quien está agachado a mi lado, me observa con cuidado. Saca de su maletín una linterna con forma de bolígrafo.

—Nahia, por favor, necesito que mires al frente. —Con un movimiento rápido enfoca a mis ojos y la retira con velocidad.

Dori no se aparta de mí, he interviene mientras Richard continua con la exploración.

—Cuando realizamos el Maul, no pudimos sujetarla, se dejó llevar por la inercia del balón, perdiendo el equilibrio, y cayó golpeándose contra Marta y el suelo. Antes de chutar, cuando recogió el balón del suelo, la vi sujetarse el costado Izquierdo. Se quedó pálida.

Richard afirma con la cabeza, bien Dori, gracias. —Nahia, necesito explorarte, sé que te duele horrores, pero tengo que saber a qué lesión nos enfrentamos antes de moverte.

—Lo miro angustiada, *«y pensar que este hombre es al que deje K.O. en Londres»*

—Tranquila, no va a pasar nada. —Me guiña un ojo—Tú y yo, ya hablaremos en otro momento.

«Pues no me dejas más tranquila, la verdad»

Le hago un gesto afirmativo con la cabeza. Con sumo cuidado comienza a palpar hasta que en un punto siento tal dolor que mi cuerpo se arquea hacia arriba, y grito, grito de dolor como nunca, apretando mis ojos de forma instintiva, como si el no ver nada, me protegiese de lo malo que pudiera estar pasando.

—Ayudarme. Hay que levantarla con cuidado, posiblemente tenga varias costillas rotas, además de una conmoción. Hay que llevarla al hospital.

Abro los ojos de nuevo, encharcados en lágrimas. Frente a mí esta Yves, pálido, con la cara desencajada. Entre ambos me cruzan los brazos sobre el pecho.

—Yves, sujétala de ese lado. —Colocan una camilla de plástico rígido a mi lado— Cuando yo te diga, pasa una mano bajo la cadera y otra bajo los hombros. —Me coloca un pequeño collarín acolchado— Nahia, vas a salir casi en hombros, como una verdadera campeona. —Mira de nuevo a Yves—. ¡Ahora!

Entre ambos, en décimas de segundo, me colocan en la camilla y me elevan dirección a los vestuarios. Allí están esperando mis padres, Irune, Denis, Alia, y el resto de amigos.

—Nahia, ¡hija mía! ¿Cómo estás?

—Bien mamá, estoy bien.

—Hermanita, ¡cago en Dios! Que se note que res vasca y tú puedes con todo. Ya verás cómo no es más que un golpe.

—Si me disculpan, debemos llevarla dentro, la ambulancia está al llegar. Diríjanse al hospital Gregorio Marañón y espérenla allí.

—¡No!, *zer hitz egiten duzu?* ¿Qué hablas tú?, yo me quedo con nire alaba. Soy su aita y de aquí no me muevo.

Alia se interpone entre mi padre y Richard.

—Ander, por favor. Aquí no podemos hacer nada. Ya escuchaste al doctor, y en la ambulancia no podréis ir. Para que te quedes más tranquilo, yo me quedaré y cuidaré de ella hasta que llegue. —Gira su cuerpo para quedarse frente a Richard a escasos centímetros. —Doctora Alia Guerrero.

—De acuerdo. —Richard le hace un gesto con la cabeza para que pase dentro de la enfermería.

Yves, está apoyado contra la pared observando a todo el mundo. No conoce a nadie allí, excepto a Toni. Lo mira y le hace un gesto con la cabeza para que se acerque a él.

—Hola, Toni. Tú y tu amigo, ¿habéis venido en coche?

—Hola, señor Taylor. Sí, lo tenemos en el parking de enfrente del estadio.

Yves le pone una mano sobre el hombro. —Puedes llamarme Yves. Aquí mirando, no hacemos nada, necesito que me eches una mano para llevar a toda esta gente al hospital.

—No hay problema.

Yves se separa de la pared y se coloca en medio del pasillo.

—Disculpen. Será mejor que vayamos al hospital. Señor Ander, —Estira su mano hacia él — Soy Yves Taylor, un conocido de Nahia. Si no les importa, pueden venir conmigo en mi

coche ustedes y cuatro personas más. Toni también dispone de tres plazas libres.

—De acuerdo muchacho. Así haremos, pues. Ella es Aintza, mi *emaztea*. —La atrae hacia él, cogida por la cintura. *Eskerrik asko*.

Yves, se queda blanco, no ha entendido nada. Irune se acerca a él y se lanza a darle dos besos en las mejillas que lo dejan aún más descolocado.

—Yo soy Irune, la hermana de Nahia. Por tu gesto, me queda claro que no te has enterado de nada. Bueno tu tranquilo, quizás sea mejor así. De todos modos, mis padres te dan las gracias.

—Encantado, soy Yves. ¿Qué es el idioma ese que habláis?, ¿No sois españoles?

—Sí, lo somos, pero no para mi padre, así que mejor que no te escuche decirlo. Somos de Bilbao, País vasco. Nuestra lengua es el esukera. En España, hay diversidad de idiomas. La lengua principal es el castellano, español para vosotros. Pero cada comunidad autónoma tiene su idioma o dialecto. En Cataluña, por ejemplo, se habla catalán. Eso si te suena, ¿verdad?

—Cataluña… ¿*Independence, freedom for catalonia*?

—Buff, Sí, esos mismos, pero no fredoom, ni Independence. Lo dicho… Gracias por llevarnos.

Las gemelas rápidamente se colocan al lado de Toni y Tomás. Denis también decide ir con ellos. Ir con Irune, y sus padres, junto a un desconocido, encerrados en un coche, no sería lo más acertado.

—La ambulancia no debe de tardar en llegar. Nahia puede que tenga una conmoción cerebral, también conocida como traumatismo craneal leve, es una lesión cerebral que ocurre cuando la cabeza sufre un golpe, una sacudida o una lesión brusca. Puede causar una variedad de síntomas, que pueden aparecer inmediatamente después del incidente o pueden tardar horas o días en desarrollarse.

—Gracias. Doctor Richard. Los síntomas comunes incluyen dolor de cabeza, náuseas, vómitos, mareos, confusión, pérdida de memoria, sensibilidad a la luz y al ruido, cambios en el estado de ánimo y problemas para dormir. También pueden aparecer síntomas como cambios en la visión, problemas de equilibrio, dificultades para hablar y convulsiones. Se me olvido de decirle que soy Neurocirujana.

—*Touché*. —La mira, embelesado—. También parece tener algunas costillas fracturadas. Tiene hinchazón y sensibilidad en la zona costal. Muestra dificultad para respirar profundamente y el dolor que apenas la permite moverse. Es necesario realizar una radiografía para tener un diagnóstico preciso, y evitar que exista alguna complicación.

—Mira, ya están aquí.

Entran dos técnicos de emergencias con una camilla y varias mochilas.

—Hola, venimos por el aviso del accidente de una jugadora.

—Hola, soy el Doctor Richard Fraser, la doctora Alia Guerrero, y ella es Nahia.

Se acercan los chicos con cuidado a la camilla.

—¡Hey!, campeona, ¿Cómo te encuentras?, Vamos a llevarte al hospital donde te harán unas radiografías, ya verás cómo no es nada grave.

—Solo quiero que me dejéis dormir. Me duele mucho y estoy muy cansada.

Los técnicos miran a ambos médicos, y estos afirman con la cabeza. Hay que llegar cuanto antes al hospital. Salen los cuatro empujando la camilla, en dirección a la ambulancia. Alía se sube sin pensarlo junto a mí. Richard se queda de pie mirando junto a las puertas.

—Sube, anda. La ventaja de ser médico es que te dejan ir con el enfermo.

—Cada vez me está gustando más España.

—Eso sí, ponte el cinturón.

..

Capítulo 12

—Hermanita, si es que tenías que salir por la puerta grande. No podías hacerlo como todo el mundo, por su propio pie.

—Anda, cállate ya por favor. A ver si pasa el doctor con los resultados y me dejan irme a casa.

—Reina, con la nochecita que nos has dado a todos, dudo que te dejen salir hoy de aquí. Aita casi calienta a un par de enfermeros cuando te llevaron para hacerte el TAC, porque no lo dejaban entrar, han tenido que llamar a seguridad.

Suenan unos golpes en la puerta y esta se abre un poco. Richard asoma la cabeza con cuidado.

—¿Se puede entrar?

—Sí, adelante, la bella durmiente está despierta. Pero cuidado, tiene un humor de perros.

Entra con cautela y se queda a los pies de la cama. «*Supongo que no se la quiere jugar estando cerca de mi alcance*».

—Hola, Nahia. ¿Cómo te encuentras hoy?

—Como si me hubiera pasado un camión por encima del pecho, y luego, el conductor, hubiera usado mi cabeza como Tam Tam.

«Sonríe, vaya sorpresa». Gira su rostro hacia la puerta. Yves, está apoyado en el marco de la entrada. Le hace un gesto con la cabeza para que pase a su lado.

—Hola, Nahia.

—Hola. «*Quiero decirle que lo siento, pero mi boca parece no hacer caso a la orden de mi cabeza, no salen las palabras*»

Intento moverme, colocarme bien, ya que, al inclinarme la cama, me he ido escurriendo hacia la parte de los pies. Siento un dolor atroz en el pecho que hace que me pare en seco y me encoja.

—No hagas eso Nahia, pide ayuda o te harás más daño. —Richard se coloca a mi lado y pulsa el botón de la cama para bajarla—. Te has roto dos costillas. Vas a estar varios días sin poder moverte. Además, hay que espera los resultados y verificar que no hayan podido afectar ningún órgano.

—No, no, no. Yo me voy a mi casa. Pero si estoy bien, mira me puedo mover. —Me apoyo en las barras de la cama y cojo impulso para levantarme. Una mano cae sobre mi hombro y me empuja de nuevo a estirarme.

—Nahia, te harás más daño. «¿*Cómo ha llegado tan rápido a mi lado sin enterarme*?».

Se abre de nuevo la puerta y entra el doctor con una carpeta en la mano. Yves y Richard se despiden y me dejan a solas con él.

—Hola, Nahia. Ya tenemos los resultados de todas las pruebas. Tienes dos costillas rotas y otra fisurada. Por ahora no es nada grave, pero tendrás que quedarte unos días en observación, ya que puede haber complicaciones. Las costillas rotas pueden causar dolor intenso, especialmente al respirar profundamente. Esto puede llevar a una disminución en la capacidad pulmonar y, en casos graves, a una insuficiencia respiratoria o un neumotórax. En el TAC no se ve ningún daño en los órganos internos, cosa que es una magnífica noticia. Si notas entumecimiento, hormigueo u otros síntomas avisa rápidamente, esto puede ser a causa que algunos de los nervios de la zona se hayan visto afectados.

—En días ¿Cómo se traduce todo eso?

—Pues yo creo que, en cuatro días, si te portas bien.

—¿cuatro días aquí?, ¿y sin moverme? No, no, no.

—Debe de tener paciencia, señorita. Debemos tenerla controlada, y darle la medicación por la vía.

—Vale, de acuerdo. —giro la cabeza como una niña pequeña porque no se ha salido con la suya y comienzo a llorar desconsoladamente.

—Mañana regresaré para ver cómo estás. Descansa.

Me quedo dormida en medio del llanto.

Una enfermera me despierta al medio día. Trae una bandeja con varios platos tapados. La coloca sobre una mesa móvil y me la aproxima a la cama.

—Anda, como te vas a poner flor. Te podrás quejar, te traen la comida a la cama. —Toni

frunce los labios disimulando la risa.

—¿Cuánto rato llevas ahí?

—Desde que te comportaste como una niña caprichosa con el doctor. Solo te falto decir, “ahora me enfado y no respiro”

Le lanzo el bollo de pan que hay en la bandeja y lo coge la vuelo.

—Muy mal, con las cosas de comer no se juega.

Se acerca a la cama y pulsando los botones del mando, inclina la cama para que pueda comer.

—Vamos a ver que te han traído para comer. Oler, sinceramente, no huele muy bien.

—No tengo apetito Toni, déjalo a un lado.

—Tienes que comer, si no, dudo que te dejen salir en cuatro días. Cuando venga mi relevo bajaré yo al restaurante.

—No necesito que estéis todos aquí haciendo guardia. ¿Dónde está mi familia?

—Tus padres fueron a descansar un poco al hotel después que se marchara el médico y les contase que todo estaba bien. Irune ha ido a tu casa a buscar algo de ropa y un neceser. Por cierto, vaya telita con “*las niñas del resplandor*”. No paran de lanzarnos la caña a Tomás y a mí. Ya no sabía qué hacer para quitármelas de encima sin ser desagradable.

Por fin consigue arrancarme una sonrisa. — Son encantadoras. Unas de ellas es la tatuadora.

—Sí, sí, serán todo lo encantadoras que quieras, pero que yo me las encuentro en medio de un pasillo, o por la noche, y vuestras carreras de ayer en el campo se quedan en nada. Ahora que digo carreras, —Mira la hora en su reloj de pulsera—. ¿Dónde está el mando del televisor? —Rebusca por los cajones hasta que lo encuentra.

—Toni, hay que pagar. Creo que tienes que activarla en la máquina que hay en la entrada de esta planta, junto a los ascensores.

—Ya está pagada por tres días chata. —Enciende el televisor y comienza a hacer zapping por todos los canales hasta que localiza uno donde están dando las noticias.

—En serio me vas a poner las noticias. «*Para ver noticias estoy yo*»

—Tú, cállate y mira.

La presentadora de las noticias se despide dando paso a sus compañeros de deportes. Empiezan con las noticias de los partidos más importantes de la liga de futbol, continúan con el baloncesto, la moto GP y el Tenis. Todos los protagonistas masculinos.

—Hazme el favor de quitarlo. Es lamentable que solo se haga difusión del deporte masculino.

—Calla esa linda bocaza, y espera.

Aparecen las primeras imágenes en la pantalla, el estadio a rebosar, la gente vitoreando y animando a ambos equipos. El presentador narra, brevemente, parte de la historia de las Espartanas. Explica como un pequeño equipo de barrio humilde, a dando un gran ejemplo de superación consiguiendo llegar a la cima del Rugby femenino en tan solo unos años. Como hemos conseguido pasar de categoría, en categoría, hasta llegar a proclamarnos campeonas de la liga. Las siguientes imágenes que muestras, es un montaje de los últimos minutos de juego. Aparezco volando por el aire, acompañada por Dori y Marta, realizando la intercepción del balón. «*Madre mía, qué impresión verlo de esta manera. Desde el campo no se ve así*». Se me saltan las lágrimas irremediablemente.

—Flor, ¿Por qué lloras? Deberías estar contenta porque se hayan fijado en vosotras y enseñen al mundo que hay mujeres capaces de todo. ¡Sois las campeonas de la liga!, ¡Las campeonas de España!

—Lloro por no haber podido celebrarlo con todo el mundo. Por no haber podido correr hacia las gradas y agradecer el apoyo de todo el mundo junto a mis compañeras.

Congelan la imagen. Fue un error mío el que mis compañeras no pudieran sostenerme bien. Demasiado impulso y demasiada potencia por parte de la lanzadora. Era una caída anunciada que yo no supe ver y frenar a tiempo. Me pudo la desesperación, pero gracias a ello tuvimos la oportunidad de contraatacar y ganar el partido.

—Esa imagen, es brutal. No lo puedes negar. Digno de un partido de la Super Bowl.

— Y tan brutal. Que se lo digan a mis costillas.

Unos toques en la puerta nos distraen de nuestra conversación. Entran Irune con una bolsa de viaje en la mano y seguida de ella todos los amigos de Bilbao.

—¿Cómo está mi hermana favorita?

—Te recuerdo que soy tu única hermana.

Denis se acerca a la cama con cuidado y me entrega un ramo de rosas con un pequeño llavero de un mini casco de rugby de color rosa. En él han pintado a mano: ¡Superwoman! Rio y lloro a la vez.

—Muchas gracias, Denis, es precioso.

—¿Ves cómo eras una "Superwoman"? No andaba yo mal encaminado.

—Al final te voy a hacer caso, y voy a aceptar la proposición indecente que me hiciste en Bilbao. —Le guiña un ojo a Irune— Cuando quieras y donde quieras, muñeca.

Me saca los colores delante de todos. Toni se queda estupefacto con lo que acaba de escuchar. Un estruendo en el pasillo nos hace girar la vista a todos. Yves, se pelea con el carro de enfermería que habían dejado justo en la puerta, ha sido un tropiezo bastante aparatoso, varios botes ruedan por el suelo. Sobre él, deja el ramo que lleva en las manos y se marcha dirección a los ascensores. «*Lo que me faltaba*». Irune me observa en silencio, todos lo hacen.

—*Arreba,* creo que a tu amigo no le ha gustado nada nuestra conversación.

Toni se acerca de nuevo a la cama interponiéndose entre Denis he Irune.

—A ver. Creo que me he perdido. Por favor, Nahia, ¿Qué demonios hiciste en Bilbao que no me has contado?

—Pues… que aquí, mi querida hermana del alma. Pillo una cogorza de las buenas y acabo echándole los trastos a Denis. Me pidió que se lo prestara un ratito.

Todos irrumpen en carcajadas, menos yo, que en estos momentos solo tengo ganas de hacer como los avestruces, meter la cabeza bajo tierra, aunque me quede con el culo al aire. «*Qué vergüenza, por favor*». Alia, se aproxima a la puerta y con cuidado de no tirar nada más, recoge el ramo y me lo entrega. En él hay una nota escrita. Todos están expectantes que habrá el bonito sobre y lea su contenido, pero me niego a hacerlo con ellos delante. Lo guardo bajo las sabanas, pegado a mi cuerpo para que ninguno de ellos pueda echarle mano.

Las horas pasan y la habitación parece transformarse en una estación de tren, repleta de gente, con entradas y salidas. Mi familia, mis compañeras de equipo, hasta don Julio y su esposa, acompañados por José. Todo ese tiempo lo paso con la nota en la mano, deseando poder estar sola, para leerla, en la poca intimidad que puede ofrecerme una habitación de hospital.

Mis padres llevan dos días aquí, mañana tienen que regresar a Bilbao. No se pueden permitir mantener más días el restaurante cerrado en estas fechas. Después de hablar con los médicos, asegurarse que no hay peligro alguno, y que, si todo va bien, incluso mañana podrían darme el alta, han intentado convencerme para que regrese con ellos a Bilbao. Madre podría cuidar de mí ahora que tienen personal contratado que les ayudan en el restaurante, pero no quiero abandonar Madrid, no ahora.

Sobre las nueve de la noche consigo quedarme sola en la habitación. Por un momento agradezco ese silencio que me envuelve. Sobre el poyete de la ventana, en jarrones improvisados, descansan varios ramos de flores que me han traído. Entre ellos está el de Yves, un precioso ramo de rosas rojas de tallo largo en el que destaca una de color blanco en el centro. Siempre he pensado que una rosa blanca es símbolo de pureza, amistad y confianza. Regalar una rosa blanca es un acto que siempre he creído que es para mostrarle sentimientos puros y transparentes hacia la persona a quien se la regalas. *«¿Será esa rosa, entre tantas, es un mensaje?*». Saco el sobre que mantenía

Reconocí el membrete de inmediato, era de la revista. La nota está escrita con letra torpe y temblorosa, algo que no me cuadra viniendo de Yves una persona correcta y segura de sí misma. Con el latido acelerado, leo las palabras escritas con tinta azul: "Nahia, me encanta verte sonreír. Tu sonrisa ilumina mi día y me hace sentir vivo. No dejes que nunca, nada, la haga desaparecer. Con mis mejores deseos, Yves."

Siento una cálida emoción que invade mi pecho. Nunca antes lo había notado latir de esa manera. Sonrió como una tonta mientras doblo la nota con sumo cuidado y la guardo en el cajón. Noto una punzada en el estómago al recordar lo sucedido. Pues esta nota ahora podría quedar en la nada. Cualquiera que hubiese escuchado nuestra conversación creería que soy una fresca y que entre Denis y yo pudo ocurrir algo durante mi estancia en Bilbao. Yves, no iba a ser uno menos en creerlo.

Ahora lo que siento es miedo. Tengo miedo de perder mi independencia y autonomía. Me asusta la idea de abrirme emocionalmente a alguien y luego salir lastimada. El amor implica vulnerabilidad. Es complicado y me asusta tener que enfrentarme sus desafíos y conflictos. Tras un largo tiempo dándole vueltas en mi cabeza a algo que no acabo de comprender, logro quedarme dormida, envuelta en mis pensamientos, rodeada de dudas.

Sobre las diez de la mañana aparece una enfermera con una pequeña bandeja de metal en las manos, y una sonrisa de lo más natural en sus labios.

—Buenos días, Nahia. ¿Cómo te encuentras? El doctor ha dado la orden que te retiremos la vía. —me guiña un ojo con comicidad— Eso es muy buena señal. Pasará a verte en breve.

Con cuidado me retira la vía de la mano, y comienza a retirar los botes de suero que cuelgan en el soporte sobre el cabezal de la cama. Se marcha a depositarlo todo en el contenedor que tiene en el carro fuera de la habitación y regresa de nuevo para ayudarme a levantarme y asearme. Saco la bolsa de viaje que me trajo Irune con ropa para cambiarme, y en un lado del armario veo mi equipación, doblada sobre el estante. Con ella entre en el hospital. No recuerdo en que momento acabe con este camisón que a su vez me hace de bata, ya que casi me da dos vueltas. «*No quedarían tallas M*».

Miro en el interior de la bolsa. Irune y su gusto peculiar. Una camiseta vieja estampada con mil colorines, unos tejanos cortos desgastados, las deportivas, unas gafas de sol, y una gorra de los Black. «*¿Cómo ha llegado esto hasta aquí?*».

Me visto con la ayuda de la enfermera. La especie de corsé que me han puesto, no facilita mucho poder hacerlo yo sola. Pensándolo bien, la camiseta, si ha sido lo más acertado, es ancha y disimula bastante este trasto aparatoso.

—Recuerda que solo debes quitártelo para ducharte.

Suenan unos leves golpes en la puerta y esta se abre. Entra el doctor Gutiérrez.

—Hola, Nahia. ¿cómo estás hoy?

—Hola, me siento mucho mejor. Algo dolorida, pero al menos ya me puedo levantar y mover poco a poco.

—Según tu informe, todo parece estar bien. Por lo tanto, te daré el alta del hospital ahora mismo. Pero antes de irte, quiero darte algunas instrucciones importantes. Asegúrese de seguir tomando los medicamentos según las indicaciones y hacer descansos regulares. No debes realizar movimientos bruscos, ni levantar peso, y ni que decir, que nada de deporte mínimo en un mes. Esto va a ser un proceso largo. Es importante que mantengas una dieta saludable para ayudarte en tu recuperación. Además, asegúrese de programar una cita de seguimiento con su médico de cabecera para que pueda llevar un control de su estado de salud.

—Gracias, doctor. Así lo haré.

Me entrega los documentos del alta firmados, junto con los informes médicos y las pruebas que me han realizado.

—La medicación ya está disponible en tu tarjeta sanitaria. Sólo debes acercarte a una farmacia y te la facilitarán. Cualquier duda que tengas, o si ves que te empiezas a encontrar mal y te cuesta respirar, no dudes en regresar.

Afirmo con la cabeza, estrecho su mano y abandono la habitación del hospital, sola. Sin nadie a mi lado. Un taxi me espera en la puerta principal para llevarme a casa. Subir en el vehículo es toda una odisea, ya que apenas puedo doblar la columna por el maldito corsé.

Rebusco en la bolsa de mano, mi teléfono móvil. Aviso a mis compañeras y a Toni, que ya me han dado el alta y voy camino de casa.

Solo obtengo una escueta respuesta por parte de Toni.

—Flor. Ahora no puedo hablar. Tenemos chica nueva en la oficina, pero esta no se llama *Faralá*, aunque, si es divina.

Dejo el teléfono a un lado. Busco en los armarios unos jarrones de cristal. Colocar los ramos de flores en la habitación es como dar vida y color a un espacio que antes estaba vacío. Ahora, cada vez que alguien entre, será recibido por la belleza y el aroma dulce de las flores frescas. El sol de la tarde ilumina la habitación y hace que los ramos se vean aún más hermosos. Los pétalos delicados y coloridos parecen estar bailando al ritmo de la brisa suave que entra por la ventana abierta.

Han pasado varias horas, las cuales prácticamente las he pasado tirada en sofá viendo la televisión. Suena el interfono de la calle.

—¿Sí?, ¿Quién es?

—Flor, soy yo. Anda abre.

Pulso el botón del interfono hasta que deja de emitir ese ruido estridente que indica que se ha abierto la puerta. Dejo la de la entrada al apartamento entre abierta, y regreso al sofá, dejándome caer para poder sentarme.

—Hola, Nahia. ¿Cómo estás hoy? Traigo unas pastas de esas de nata que tanto te gustan.

—Hola, Toni. Aquí estoy, creo que me voy a morir de asco entre estas cuatro paredes, lo

que me queda de tiempo hasta que me recupere, lo que viene siendo un mes, según el doctor.

—Una cosa en lo que te han dicho que es lo correcto, y otra cosa es que tú le hagas caso, y conociéndote, dudo que lo hagas.

—Anda deja esas pastas aquí y prepara café. Las tazas grandes están en el mueble de encima de la pica, en el estante superior.

—Lo bueno de vivir en un apartamento de este tipo, es que lo tienes todo controlado.

—¡Ja! Eso no te lo crees ni tú. Lo creas o no, he llegado a perder muchas cosas, y han estado desaparecidas semanas. Luego aparecen por arte de magia donde menos te lo esperas.

—Eso es problema de la dueña, que no sabe ni donde tiene la cabeza. —Le lanzo un cojín con

todas mis fuerzas— ¡heee! Cuidado que te han prohibido los movimientos bruscos.

—Ven y siéntate aquí, a mi vera, y cuéntame que tal con “la divina”.

Toni deja la bandeja con los cafés en la mesa de centro junto a las pastas de nata.

—Pues no te voy a engañar. Es una mujer de diez, llena de belleza. Sus rasgos faciales son armoniosos y tiene una figura y porte, elegante. Posee una gran determinación, independencia y seguridad en sí misma. Es una persona que sabe lo que quiere conseguir, sin importar los obstáculos que se presenten en el camino. Es decidida y tiene una gran capacidad para tomar decisiones. No se deja influir fácilmente por la opinión de los demás. Confía en su propio criterio y en su capacidad. Muy directa y franca, no teme decir lo que piensa, aunque eso pueda incomodar a los demás. En definitiva, es una mujer de armas tomar.

—¡Joder!, sí que ha dado de sí, una mañana con ella. Parece que la has psicoanalizado sin dejarte nada en el aire.

—Bueno, sabes que soy muy observador, y además tengo un oído bastante fino. La mayoría de las cosas las he escuchado de sus propios compañeros. Hoy han estado todos reunidos en las oficinas de la revista.

Estoy metiendo un dedo en la nata y al escucharlo me quedo con el dedo a medio camino de la boca.

—Pensé que ya se habían marchado a Estados Unidos.

—No cielo, y por lo que tengo entendido, varios de ellos se quedaran aquí durante un largo tiempo. Y otros, Irán y vendrán.

Se me vuelve a hacer un nudo en el estómago. Instintivamente, hecho mano al bolsillo de mi bata y palpo en busca de la nota que mantengo oculta.

—¿has vuelto a hablar con Yves?

—No, no sé nada de él, desde lo ocurrido ayer en el hospital.

—¿En serio le tiraste los tejos a Denis delante de tu hermana?

—Y tanto, es más, le pedí a ella que me lo prestara esa noche. —Me tapo la cara con ambas manos—Pero vamos, no tengo que dar explicaciones, no estoy con nadie. Puedo hacer lo que quiera.

—Vale, y ¿qué piensas hacer con todo este tiempo libre?, ¿Y a la editorial, que le vas a decir si te llaman?

—Si me llaman no puedo perder la oportunidad. Necesito trabajar. Ya veré cómo lo hago. Pero no puedo perderlo.

—Puedo hablar con Tomás, y si se entera de algo, que intente conseguirte algo más de tiempo.

—Gracias, Toni, pero no quiero que Tomás pueda tener problemas por mi culpa.

—Bueno, Nahia, ya va siendo hora de recogerme, y volver a casa. Cualquier cosa que necesites no dudes en decirlo.

—Así lo haré, Toni. Muchas gracias por tu compañía, y por las deliciosas pastas de nata.

He estado convaleciente en mi piso durante tres semanas, y siempre es lo mismo. «*Parece que haya caído en el día de la marmota».* La primera semana fue terrible. Me sentí como un animal enjaulado, mirando por la ventana y deseando estar afuera. Pero luego, comencé a encontrar cosas para hacer. Leí todos los libros que tenía en mi estantería, miré películas y programas de televisión que había estado posponiendo por meses. Tanto Toni, como las chicas, han venido a visitarme a menudo. Hablamos por horas, recordando viejos tiempos y poniéndonos al día con las novedades. Me siento agradecida por su compañía, pero también triste por no poder unirme a ellos en sus salidas y paseos.

Lo peor fue la noche, cuando todo estaba en silencio y no tenía nada más que hacer que pensar. Me preguntaba si mis costillas alguna vez sanarían, si volvería a entrenar y jugar con normalidad, si estaría encerrada por mucho tiempo más. Pero luego recordé una frase que

solía decir mi abuela: "Todo pasa por algo". Así que decidí tomarme esto como una oportunidad para reflexionar sobre mi vida y lo que realmente importa. Me he dado cuenta de que siempre he estado tan ocupada, trabajando y entrenando que he descuidado muchas de las cosas que son importantes para mí, como mis relaciones y mi propia salud mental y física.

A medida que pasa el tiempo, empiezo a sentirme más agradecida por lo que tengo. Mi piso, aunque sea un pequeño apartamento de alquiler, es mi hogar y estoy cómoda en él. Tengo amigos y familia que se preocupan por mí. Ahora que ya me encuentro en la recta final de la recuperación, estoy más decidida que nunca a disfrutar de las cosas que realmente importan en la vida. Ya sea un simple paseo en el parque, una tarde de café con un amigo, o incluso enamorarme.

.

Capítulo 13

Mi teléfono suena y al mirar la pantalla veo un número desconocido. Me da un vuelco el corazón, recuerdo la llamada de Yves, cuando estaba en Bilbao. Deshago rápidamente esa idea de mi cabeza. Desde lo ocurrido en el hospital no he vuelto a saber nada de él. Ni mensajes, ni llamadas, nada de nada. Sé, por Toni, que continúa en Madrid, pero también, que va en muy buena compañía. He sido la persona más tonta del mundo, al no darme cuenta de lo que tenía delante hasta que ha desaparecido de mi vida. Y todo, por un cúmulo de acontecimientos desafortunados. Vale, que en la primera ocasión la culpa fue mía, por miedo, le di carpetazo. Me arrepentí de ello, pero no llegue a poder solucionarlo, cuando llego el segundo "bofetón", que no fue más que un malentendido.

Descuelgo, al contestar, escucho la voz de una mujer nada amable al otro lado de la línea.

—¿Es usted la señorita Nahia Ochoa?

—Sí, yo misma.

—Mi nombre es Fátima, le llamo de Mardelí Ediciones. Después de haber revisado cuidadosamente todas las solicitudes, hemos decidido que eres la candidata que mejor se ajusta al perfil que estamos buscando. Le enviaré un correo electrónico con más detalles sobre el puesto, incluyendo la descripción completa del trabajo, la información sobre los beneficios y la fecha de incorporación. También necesitamos que nos envíes algunos documentos para completar el proceso de contratación. Puede reenviárnoslo al correo para agilizar los trámites.

—Muchas gracias, Fátima.

—A usted, que tenga un buen día. Recuerde no demorarse en entregar la documentación. Su incorporación debe de ser inmediata.

—Gracias de nuevo. «*Incorporación inmediata dice, ¿Qué narices hago ahora?*»

Me dirijo hacia la mesa grande de comedor, donde tengo colocado el ordenador portátil. Abro el correo electrónico y allí está el mensaje de la editorial, enviado por Fátima Núñez, directora de recursos humanos. «*A ver, que me encuentro yo aquí*».

En el correo me sueltan una parrafada de que, tras pasar la entrevista de selección, de todas las entrevistas realizadas, están interesados en mi perfil. En el correo electrónico, se detallan los requisitos necesarios para la contratación, así como la documentación que debo enviar para formalizar el proceso. El puesto ofertado es de atención al cliente, administración, y en ocasiones apoyo en el área de edición.

**Todos estos son los documentos requeridos para el puesto de trabajo específico al que se está aplicando. Mañana por la tarde deberá personarse en las instalaciones para proceder a la firma del contrato y las cláusulas específicas incluidas en el mismo, así como un acuerdo de confidencialidad.*

Miro la lista de documentos: Curriculum Vitae, actualizado. Una carta de presentación explicando por qué quiero trabajar en la editorial. «*¡Tócate las narices!, porque me hace falta el trabajo, como a los miles de parados que hay*». Referencias laborales. «*Se las voy a pedir a Rebeca, a no, que ya no trabaja, toda una lástima*». Documento nacional de identidad, títulos académicos, certificados de cursos y capacitaciones, y certificado de antecedentes penales. «*¿Cómo?, ¿En serio?, Solo les ha faltado pedirme la talla de sujetador*».

Busco la documentación en los archivos del ordenador y se lo reenvío al mismo correo. Excepto el certificado de antecedentes penales. «*¿Dónde narices consigo eso?*» Busco por la web para informarme, al final lo consigo en la sede electrónica del ministerio de justicia. Lo descargo y se lo envío a Fátima. Al apagar el ordenador, me viene como un fogonazo a la memoria. ¡La hostia, Joder! Que estoy de baja médica. Al no estar trabajando cuando tuve el accidente no sé si constará como tal. «*¿Dónde cojones averiguo yo eso?*» Ya empiezo agóbieme. Busco la dirección del centro médico al que pertenezco por internet. Se encuentra relativamente cerca de casa. No me queda otra que ir y preguntar. De todos modos, he de salir a la calle, mañana tengo que presentarme en la editorial y no voy a dejar escapar esta oportunidad, al menos hasta que encuentre algo mejor.

Me ducho y me pongo mi ropa más cómoda. Luego, me siento frente al espejo para arreglarme un poco. Me cepillo el pelo y lo recojo en un moño para que no me moleste. Después, me aplico un poco de maquillaje para disimular las ojeras que tengo últimamente. Mientras me miro al espejo, pienso en lo importante que es cuidarse. A veces nos olvidamos de lo valioso que es para nuestra propia autoestima.

Finalmente, me calzo mis zapatillas y cojo mi bolso con la documentación necesaria. Salgo de casa, cierro la puerta con llave y me dirijo hacia el centro médico con una sensación de tranquilidad y satisfacción. Sé que lo peor ya ha pasado, desde este momento todo tiene que empezar a cambiar, para bien. Aunque todavía tenga que continuar con este incómodo corsé y no pueda ir a entrenar durante unas semanas más.

Llego al centro médico y me registro en recepción. Espero pacientemente mi turno y, finalmente, entro en la consulta del médico. Me siento en la silla frente a él.

—Hola, Doctor.

—Hola, Nahia, ¿cómo te encuentras?, ¿Qué te trae por aquí?

—Estoy mucho mejor. —Voy directa al grano—. Mañana quiero comenzar a trabajar. Necesito que me dé, el alta médica.

—Nahia, como bien te explicamos, tuviste una lesión bastante aparatosa. Mi deber como médico es aconsejarte al respecto, lo mejor que pueda, y en esta ocasión te diría que deberías esperar un par de semanas más, pero conociéndote, sé que no me vas a hacer caso. No puedes hacer esfuerzos, cualquier movimiento brusco puede hacer que todo vuelva al principio si no han soldado todavía. O, pero aún, que lo hagan mal.

—Doctor, mi puesto de trabajo es sentada. Soy administrativa. Además, continúo llevando el puñetero corsé que me está matando, y tomo la medicación. No puedo estar más tiempo encerrada en casa sin saber qué hacer. Es una oportunidad que no puedo dejar escapar, o perderé el puesto. Quiero el alta médica, bajo mi responsabilidad.

—De acuerdo, pero al menor síntoma de empeoramiento, dolor excesivo o cualquier otro síntoma te quiero ver aquí.

—Gracias, Doctor, así lo haré.

Después de darme sus recomendaciones y recetarme algunos medicamentos más. Abandono el centro médico, lo hago con una sensación de alivio y agradecimiento. Ahora puedo volver a mi rutina diaria. Parada en la puerta del centro, miro mi reloj. Aún me da tiempo de ir a darle una sorpresa a Toni.

Camino por las calles, rodeada de edificios imponentes y bulliciosos del centro de la ciudad. Están abarrotadas de gente. Todos parecen estar apurados, tratando de llegar a sus puestos de trabajo después de un descanso. La hora punta ha llegado, se juntan los que salen a comer con los que finalizan su jornada continua. El tráfico es un caos absoluto. El sonido de los bocinazos de los coches y el chirriar de los frenos son constantes, creando un zumbido ensordecedor en mis oídos. La gente camina rápidamente por las aceras, mirando sus relojes y consultando sus teléfonos mientras se apresuran a llegar a sus destinos. Las multitudes se empujan y se golpean mientras tratan de encontrar su camino entre la maraña de cuerpos. A pesar de que en hora punta es un lugar caótico y ruidoso, la ciudad sigue siendo un lugar fascinante y lleno de vida.

Llego frente al edificio donde están instaladas las oficinas de la revista. Muchos recuerdos pasan por mi mente, sobre todo, de los últimos días que pase entre aquellas paredes de cristal. Toni, al principio, me mantenía al día de los cambios, después decidí que no quería saber nada más de ellos, sería lo mejor.

Me dirijo al bar donde solíamos ir a comer tranquilos sin gente de las oficinas cerca. Al entrar, casi todas sus mesas ya están ocupadas, solo queda una cerca de las cristaleras. Desde allí se ve la entrada al edificio principal de las oficinas. Saco el móvil y le mando un mensaje.

—Hola, Cucu. ¿Te apetece paella hoy para comer? Baja, que te espero donde siempre.

—Sabes que odio la paella. ¿Qué haces aquí, flor?

—¡Sorpresa! Adivina, ¿quién empieza a trabajar mañana?.

—¿En serio? Ahora mismo bajo, dame quince minutos que finalice lo que estoy haciendo.

—Hecho, de aquí no me muevo.

Cuelgo el teléfono y lo dejo a un lado de la mesa. Se acerca el camarero a tomar nota.

—Hola, señorita. Cuantos días sin verla. Enhorabuena por el título. Qué cayado se lo tenía. Que sepa que aquí tiene otro seguidor más de las Espartanas, por y para siempre. Incluso fui junto a mi esposa a hacernos socios del Club.

Me quedo tan sorprendida que no sé ni que contestarle —Muchas gracias.

—Me permite una fotografía. Mi mujer va a alucinar. Decía que su lesión posiblemente la haría retirarse. Dígame que eso no es verdad.

—No, no lo es. Pero sí que tardaré un poco en regresar.

Sin ningún miramiento, el camarero se acerca a la mesa de al lado y le pide que nos haga una fotografía. La gente que está comiendo tranquilamente, a nuestro alrededor, levantan sus

cabezas para mirar, entre los susurros que se escuchan de fondo, preguntando: ¿Quién es? Cada vez son más los curiosos. Cuando el camarero se retira para servirme un refresco lo paran en varias mesas. Las miradas van dirigidas en mi dirección. «Buff*, esto se me ha ido de las manos».* No han pasado ni diez minutos que ya tengo al propietario del local y varias personas rodeándome para hacerse una foto conmigo. *¿Tan sonado ha sido?* Antes no venía nadie a vernos, era como si fuéramos inexistentes, y ahora esto.

Un chico, joven, se mantiene a la espera a que llegue su turno. Cuando por fin la gente ha regresado a sus sitios se aproxima y me deja una revista sobre la mesa, abierta por la página central. En ella aparece una fotografía mía. Precisamente la del salto. En la parte de abajo, de la imagen, varios fotogramas en diferentes momentos. Mi nombre y el del equipo, resaltan al principio de la página con letras llamativas.

—Usted es Nahia Ochoa, ¿Verdad?, ¿Me podría firmar un autógrafo?

—Te lo firmaría con mucho gusto, pero no dispongo de con que hacerlo.

Rojo como un tomate, el muchacho comienza a buscar en la mochila de su portátil. Mientras lo hace giro las páginas de la revista, para ver de cuál se trata. Me paralizo al ver el nombre. *Creo que Toni tiene cosas que explicarme.* El muchacho logra encontrar un rotulador y le firmo el póster interior.

—Hola, veo que ya te has enterado.

Alzo la vista de la revista, la plegó de nuevo y se la entregó al muchacho.

—Muchas gracias, Nahia. —Se apresura a retirarse.

—Creo que tienes algo que explicarme. Así que ya puedes empezar a soltar por esa bocaza que tienes.

—Espera, antes de que empieces a chillarme o insultarme, quiero que sepas que yo no tenía ni idea, de nada de esto, hasta esta semana, cuando salió la primera tirada de la revista.

Frunzo la mirada y lo señalo con un dedo. —Más te vale que me cuentes la verdad.

Toni resopla y se acomoda en la silla. —Flor, sabes que yo nunca te mentiría ni haría nada que te pudieses perjudicar. Los cámaras que había en el campo el día del partido y el canal de televisión que lo retransmitió, eran contratados por parte de *Always Beautiful.* Sí, mantuvieron todo en secreto hasta que tuvieron preparada la primera edición. La verdad es que ha quedado fantástica y ha superado la previsión de ventas prevista.

—¿Y qué esperabas para contármelo?

—Te recuerdo, que en nuestra última conversación me dijiste que no querías saber nada más de la revista.

—Pero esto me incumbe a mí. Tendrías que haber llegado diez minutos antes y hubieras visto con tus propios ojos la repercusión de todo ello.

—No creí que fuese a llegar tan lejos, y quise esperar a que estuvieras preparada.

—¿Preparada para qué? Cómo voy a estar preparada para algo que desconozco.

—Lo siento.

Estoy muy enfadada. Tengo unas ganas horribles de ponerme a llorar. Ladeo la cabeza hacia el cristal. Atreves de él me llega la imagen que me remata el día. Yves, sale de las oficinas acompañado, de una rubia despampanante sujeta por el brazo. Hablan sonriendo amigablemente mientras se dirigen al aparcamiento exterior del edificio. Siento como mi estómago se contrae y va formándose un nudo en él. No puedo retirar la mirada. Espero, mi lado masoquista me pide otra dosis de ese dolor desconocido. Por la puerta del *parking* aparece un Suv, azul oscuro metalizado. Yves, va al volante y lo sigue acompañando esa mujer despampanante. La divina.

Las lágrimas amenazan de nuevo con salir. Hasta que una de ellas logra escapar por el rabillo del ojo. «*¿Por qué tengo esta sensación tan desagradable?».* Intento ocultarla limpiándome disimuladamente, pero ahí están el resto. Luchando por seguir el mismo camino.

Toni alarga su mano, y coge una de las mías apretándola con ternura.

—Nahia. ¿Estás bien?, no creí que todo esto te pudiera afectar de esta manera.

—No es eso Toni. Me siento sobrepasada por todo. De unos meses hacia aquí, todo mi mundo se ha puesto boca abajo. —Lo miro directa a los ojos— Todo ha cambiado, en todos los sentidos, incluso en aquellos que yo no creía.

Alza una de sus cejas sin apartarme la mirada.

—Espera, espera. A ver, si he entendido bien. ¿Me está queriendo decir, que esa coraza de hierro que te rodeaba, en algún momento de esta extraña transición, se ha abierto?

—Creo que no se ha abierto. Más bien se ha desvanecido por completo. —Resoplo resignada y agacho la cabeza—. Ahora entiendo por qué la mantenía cerrada. Porque es algo

que, a la larga, siempre causa dolor.

—Oye, mírame. —Alarga su mano y me sujeta, delicadamente, bajo la barbilla, para que alce de nuevo la vista—. No siempre es malo dejar aflorar los sentimientos. Ha pasado algo sin darte cuenta y cuando menos te lo esperabas, ¿Y qué? Quizás deberías dejarte llevar por esos sentimientos, busca una solución. Tú eres capaz de eso y más.

—Creo que ya es demasiado tarde. —Desvío la mirada a través del cristal siguiendo la dirección que ha tomado el coche—. Desde el malentendido en el Hospital, no he vuelto a saber de él. Nada, ni una llamada, ni un mensaje. ¿Y sabes que es lo peor de todo? Que yo tampoco fui capaz de hacer nada, solo dejar pasar el tiempo, torturándome cada día leyendo una nota que lo único que hace es hacerme sentir como si tuviera cristales rotos dentro del pecho y todos se dirigieran a un mismo lugar.

—¿Una nota?, Nahia, ¿Qué nota?

—La que había en el ramo de rosas que dejo tirado sobre el carro de las enfermeras. Incluso me lo he llegado a aprender de memoria. "Nahia, me encanta verte sonreír. Tu sonrisa ilumina mi día y me hace sentir vivo. No dejes que nunca, nada, la haga desaparecer. Con mis mejores deseos, Yves.". Qué ironía que sea precisamente por él, por quien la he perdido. ¿Verdad?

—Estás peor de lo que pensaba. Necesitas una dosis de vitamina Espartana, que te suba la moral y urgente.

Toni consigue sacarme una sonrisa al recordarme a mis compañeras. Hoy les daré una sorpresa, iré a verlas entrenar.

—Bueno, a todo esto, que se me olvidaba. ¿Qué es eso que mañana empiezas a trabajar?

Lanzo un suspiro recomponiéndome después de haberme sincerado con Toni. Con él es fácil hablar. No hace falta decir palabras claras, ni concisas para que me entienda. Existe tal conexión entre ambos que a veces con un gesto o una mirada, nos entendemos.

—Me han llamado de la editorial. Comienzo mañana por la tarde. Bueno, oficialmente pasado mañana.

—Tomás no me ha comentado nada, supongo que no debe haberse enterado, y ya es raro, porque allí todo se sabe. —Frunce el ceño—. Ve con cuidado, no las tengo todas conmigo con ese tal Alberto. Los comentarios de Tomás, hacia él, suelen ser bastantes despectivos.

—Ya me puso sobre aviso. Pero puedes estar tranquilo, me conoces y llegados a este punto, no voy a dejar que nadie me menosprecie, ni me humillen, de ninguna de las maneras.

—Bueno, flor, necesitamos más tiempo para hablar, y a mí por ahora ya se me acaba. He de regresar al castillo. Hablamos luego si te apetece. —Se levanta de su asiento y se acerca para darme un tierno beso en la mejilla— Eres una “Superwoman”, tú puedes con todo, y más.

—Y tú, eres la persona más increíble, he conocido nunca. Gracias, Toni, por estar siempre a mi lado.

—¿Qué haría yo, sin una loca como tú, que le pone sabor a mi insípida y tranquila vida? Te quiero, flor. Hablamos luego.

Estoy cansada y algo dolorida, pero no quiero regresar a casa, volver a estar rodeada de esas cuatro paredes que parecen hacerse cada vez más pequeñas. Salgo del pequeño restaurante y me paro en medio de la calle. No sé qué dirección tomar. A donde dirigirme.

Miro mi atuendo. No me había dado cuenta de que hubiera perdido tanto peso, bueno, más que peso, masa muscular. Pero la verdad es que todo me queda demasiado suelto. Ya sé dónde debo dirigirme, a una zona comercial. Cruzo por un paso de peatones, apenas sin mirar. Un frenazo me hace levantar la vista y girarme para mirar. Una punzada en el pecho me deja sin respiración, el pulso se me acelera. Frente a mí, un suv azul marino. Dos manos aferradas con fuerza al volante. Un rostro emblanquecido, no mucho mejor que el mío, y un semblante de entre pavor y enfado. Agacho de nuevo la mirada y continuo por mi camino. «*Esa imagen es demasiado intensa para mí*». Notos sus ojos pegados en mi nuca, mientras escucho la risa de su acompañante. «*Divina hasta para reír*». Escucho de nuevo el rugir del motor y como se aleja. «*Ya van dos en un día*».

Entro en varias tiendas de deportes. Compro varios pantalones y camisetas acordes a mi nueva talla. *«Necesito volver a ponerme en forma, necesito correr, necesito desfogarme»*. Entro en varias tiendo y acabo saliendo con varias bolsas. Miro el reloj, todavía es pronto para ir al campo. Alzo la mirada y frente a mí, hay una peluquería con un amplio catálogo de servicios. Paso la mano por mi pelo. Está, áspero, sin vida. Miro de nuevo el interior del local, apenas tres clientas. Sin dudarlo, estiro del pomo y entro.

—Hola, buenas tardes.

La chica que está en la recepción se apresura a atenderme.

—Buenas tardes. ¿En qué puedo ayudarle?

—Quiero hacer un cambio. No me preguntes el que, porque eso todavía no lo tengo muy claro.

—No hay ningún problema. Cambio de color, corte, lo que usted desee. —De debajo del mostrador saca un par de libros—. Mientras acaban las compañeras, si lo desea, puede usted ir ojeando por su hubiera algo que le gustase.

—Perfecto, gracias.

Tomo asiento en una de las cuatro butacas que forman una pequeña sala de espera. Ojeo los libros, uno lo descarto, cortes de pelo demasiado extremos. En el otro ya voy viendo cosas que me gustan más. Ya tengo claro lo que quiero hacerme. Miro cómo las peluqueras van dando forma y color a sus clientas. Una de ellas, una mujer septuagenaria. Le está pidiendo que le haga unas mechas azules, en su blanco y brillante pelo. Me mira a través del espejo mostrándome una sonrisa.

—Es que yo, soy muy moderna, y hoy voy a bailar al casal. A ver si ligo algo que no sea un vejestorio peor que yo. —Comienza a reír de nuevo a carcajadas.

Me encantan ver la fuerza que transmiten algunas mujeres, con esa edad, se toman la vida de otra manera. Saben que el tiempo se les acorta, y deciden vivir al máximo sin importar el qué dirán.

La chica de recepción se acerca de nuevo.

—Acompáñame. —Coge todas mis bolsas, y el bolso, y lo deja en un perchero cercano—. Póngase cómoda, enseguida están mis compañeras con usted. «*No me trates más de usted, por favor, me haces sentir mayor y responsable, y no lo soy*»

—Gracias.

Le explico más o menos lo que quiero, un corte escalado, pero con forma y no demasiado corto, que yo me lo pueda recoger cuando hago deporte, y unos reflejos más claros. Cuando comienza a cortar, mi vista se va hacia un muestrario de tintes de varios colores, que tiene sobre el tocador. Miro de nuevo a la señora mayor, que ya está pagando, feliz con sus mechas azules. «*¿Y si yo también hago una locura?*».

—Perdona, además de los reflejos, quiero que las puntas rosas. Unos tres dedos.

La chica me mira un poco extrañada. Pero continua con su trabajo. Cuando finaliza el corte antes de poner él tinte me mira y pregunta:

—¿Te fiarías de mí? Dejame probar una cosa, y luego, si no te gusta, siempre estamos a tiempo de quitarlo.

Quiero un cambio, lo necesito. Así que no dudo a la hora de darle mi respuesta.

—Estoy en tus manos. Haz magia, y sorpréndeme.

Me ha girado de espaldas al espejo, aún llevo la toalla liada en la cabeza después de haberme lavado el pelo. Con cuidado lo comienza a desenredar, y repasar por si hay que dar algún retoque con la tijera. Con manos hábiles, comienza a pasar un cepillo con una mano, y con la otra el secador. En poco tiempo ha acabado. «*Llego la hora de la verdad*». Me quita la capa que tengo sobre los hombros y me gira en la butaca poco a poco para quedar frente al espejo.

Me quedo con la boca abierta, comienzo a ladear la cabeza de un lado a otro para poder verme por todos los lados. Me aguanta un espejo a la espalda para que pueda verlo también por detrás. Soy incapaz de decir nada. Estoy encantada de lo que ha hecho con mi pelo.

—¿Te gusta?, si no es así no te preocupes, podemos volver a ponerte tu color original. No pasa nada.

—Pero ¿qué dices?, ¡Me encanta!

Las ondas caen sobre mis hombros, con unos reflejos rubios matizados en varios tonos acompañados de unos rosas muy claritos. Conforme van llegando a las puntas van perdiendo los reflejos para quedar en el rosa claro. Apenas se ven reflejos de mi color natural, castaño claro. En la parte superior de la cabeza. Está todo casi igualado. «*Al menos se me ve mejor color de cara*».

A salir voy directa para el estadio. A estas horas, las chicas, seguro que ya han llegado. Observo desde el borde de las gradas cómo mis compañeras de equipo entrenan con intensidad en el campo. Las veo correr y pasar el balón con destreza, mientras yo permanezco aquí, en la orilla, sin poder unirme a ellas. Debería estar allí, en el centro del campo, sudando y luchando junto a ellas, pero los médicos consideran que es demasiado pronto. Me siento en

la grada a observarlas. Stefan como siempre, dando directrices a diestro y siniestro. No aguanto más aquí parada. Ninguna de ellas, ha reparado en mí. Bajo al campo y grito con todas mis fuerzas.

—¡ESPARTANAS!

Frenan la carrera en seco, girando sus cuerpos en mi dirección. Stefan da una palmada al aire y hace el intento de acercarse, pero tiene que echarse hacia un lado si no quiere ser aplastado por las chicas, que corren como una estampida. Se lanzan sobre mí, me abrazan y me besuquean.

—¡Hey, hey! Chicas, con cuidado.

—Pero ¿tú que haces aquí?, ¿Ya te han dado la libertad condicional?

—Suri, tú como siempre. ¡Joder! Que Nahia no estaba presa. Cualquiera que te escuche, capaz de creerlo.

—No, pero estaba básicamente en arresto domiciliario, pero en vez de por policías, por médicos.

—Bueno, hoy he solicitado el alta, no soportaba más estar entre las cuatro paredes. Pero lamentándolo mucho, no voy a poder jugar ni entrenar a vuestro ritmo, hasta dentro de unas semanas.

—Has dicho a nuestro ritmo. Eso quiere decir que al menos vendrás, aunque sea al tuyo.

—Esa es la intención, si Stefan me lo permite.

—¿Qué tengo que permitir? De entrada, ven aquí muchacha que te dé un abrazo. ¿Cómo te encuentras? —Me sujeta por los brazos y me mira de arriba abajo—. Criatura, has perdido mucho peso y masa muscular. Eso sí, me encanta tu pelo. Ahora sí que no pasaras desapercibida entre las contrincantes.

—La verdad que estoy bastante mejor si no fuera por esto. —Doy unos golpes con los nudillos sobre el corsé—. Estoy deseando poder quitármelo de una vez por todas.

—Míralo por el lado bueno, se te va a quedar cinturita de avispa. —Una mano, entre todo el mogollón, llega hasta la cabeza de Suri, dándole una sonora colleja.

Marta, resopla a su lado —Si es que, te las ganas tu sola.

—Stefan, tenía pensado venir a entrenar. Soy consciente que todavía no puedo hacer movimientos bruscos y levantar peso, pero si puedo correr. Y la verdad es que lo necesito. Os he echado mucho de menos, necesito de vuestra compañía. Además, mañana comienzo a trabajar en un sitio nuevo, me vendrá bien para liberar estrés.

—Claro que puedes venir, te prepararé ejercicios que no te comprometan. Ahora debes comenzar poco a poco. Pero a la mínima que no me hagas caso, te mandaré a casa. —Me lanzo de nuevo a sus brazos para abrazarlo.

—Gracias, Stefan.

Mira su reloj de pulsera, y se gira hacia las chicas.

—Faltan diez minutos, pero por hoy, ya hemos acabado. Venga chicas, a las duchas.

—Nahia, espéranos. Iremos a ver a Julio.

Estoy sentada de nuevo en las gradas, esperando que salgan mis compañeras. El silencio que me rodea, nada tiene que ver con el bullicio del último día que pise este campo. Siento una mezcla de emociones, alegría, tristeza, ansiedad. Observo el campo de lado a lado, aun iluminado por los focos. Mi vista queda fija en el enorme marcador. Comienzo a rememorar pequeños fragmentos de todo lo que sucedió aquel día. Ver a mis padres en las gradas. La afición vitoreando con nosotras nuestro grito de guerra. A Yves, saltando desde las gradas, Y corriendo en mi dirección. Unas risas, y ruidos de pisadas me hacen volver a la realidad. Mis compañeras se acercan, al verlas de nuevo, siento alivio de saber que la espera ha terminado, y desde mañana volveré a entrenar con ellas.

Suri me hace señales con la mano. —Nahia, espabila y baja, que es para hoy.

Cuando llegamos al bar de Julio, me quedo de las últimas como las chicas me piden. Quieren darle la sorpresa. Dori y Marta se colocan de manera que tapan mi rostro. Con este color de pelo y el corte, dudo que se dé cuenta de quién soy.

—Hola “mozicas”, ¿Qué tal ha ido el entreno hoy?, ¿Tengo que ir a darle con la vara al guiri, o no?

Poco a poco mis compañeras se separan dejándome a la vista. —Don Julio, no va a ser necesario. Ya estoy de vuelta para defenderlas yo.

—¡Madre del amor hermoso!, “Chicuela” que ya estás de vuelta. Anda y dame un abrazo.

José se ha levantado como un resorte de la silla con garrote en mano. —Saca tus zarpas de la moza, que primero voy yo. O se lo digo a tu Lola y esta noche dormirás caliente. Por

cierto, —Me señala con el garrote—. ¿Qué le ha pasado a tu pelo?, eso seguro que han sido los médicos te has puesto algo raro. Aún, amigo mío, le hicieron una transfusión de sangre y luego le empezó a crecer el pelo con caracoles. Yo ya les dije a esas mozas del hospital que no te pincharan nada más, pero no me hicieron caso, así que les tiré los botes con el garrote. ¡Que a mí no me engañan esas tunantas!

«¿Pero qué película me está contando este hombre?» Miro a Marta, que se está tapando la boca para no dejar escapar una carcajada. Y hace un gesto con la cabeza, confirmado que es verdad. En algún momento, en mi estado de trance, el hombre vino a visitarme y la lio con las enfermeras.

—José, usted no se preocupe, que yo ya estoy bien. Y esto del pelo es tinte, ha sido en la peluquería. De todos modos, a partir de ahora vigilaré mucho cada vez que me tengan que poner una inyección. —Les guiño un ojo a mis compañeras.

Nos sentamos en la mesa de siempre, y las chicas me ponen al día de todo. Me entero por Dori que los Black Blossom siguen visitándolas, de vez en cuando, allí en el bar. Me tenso nada más escucharlo. Por lo visto, alguna de ellas se trae algo, con uno de ellos, pero Dori, no me ha querido decir de quienes se trata. «*Tarde o temprano me enteraré*». La idea de tenerlos por allí, me pone en alerta. Lo último que querría sería encontrarme con Yves y su amiga, en lo que considero nuestro templo sagrado.

Lali, se pone en pie, cerveza en mano. —Chicas, este sábado toca cena y bailoteo. Hay que celebrar el regreso de nuestra capitana.

—¡Si nenas!, vamos a quemar la noche, y lo que se nos ponga por delante. Que por aquí creo que hay mucha telaraña por limpiar.

Dori se encoge en la silla. —Arañas, ¿Dónde?

Suri alza una de sus cejas y la mira con descaro mostrando una sonrisa de lo más endiablada y desvía la mirada hacia su entre pierna.

—¡Oh, venga, joder! Ya lo he pillado, Siempre estás igual. A ver si das con uno XXL y te deja temblando durante un mes. A ver si así no piensas en sexo durante un tiempo.

Me duele el estómago de tanto reír. Dori se ha ido espabilando y ya no se las calla tanto con Suri. Sigue siendo muy prudente, pero cuando la calienta no tarda en contestarle. Lo malo es que Suri siempre tiene un buen repertorio para contraatacar. No tiene pelos en la lengua, y le da bastante igual lo que opinen de ella y que la gente la pueda escuchar. Es única, es Suri.

Me despido de las chicas y regreso a casa. Por hoy ya he tenido suficiente, prácticamente he pasado todo el día fuera. Después de tantas horas, la espalda y el costado se me resiente. No he tomado ninguna de las medicaciones que me tocaban. Y ahí están, esos pequeños pinchazos para alterar todo mi sistema nervioso.

Capítulo 14

Hoy es mi primer día extraoficial en el trabajo y estoy nerviosa como nunca antes. Me he levantado temprano para estar lista a tiempo, he elegido mi mejor ropa y he repasado varias veces el camino hacia la oficina para no perderme. Ahora, sentada en mi escritorio, siento que mi corazón late a mil por hora. No estoy segura qué esperar de este trabajo. Repaso de nuevo toda la documentación que le envié a Fátima. Espero no dejarme nada.

Como algo rápido, y antes de salir de casa repaso mentalmente toda la información que me proporciono Alberto, el día de la entrevista. También las advertencias por parte de Tomás, esas, las tengo que tener presentes, en todo momento, una vez atraviese aquellas puertas de cristal.

He salido con tiempo, de sobras, para poder ir caminando. La editorial no está lejos de mi antigua oficina, queda tan sólo a dos calles. Camino por las calles del centro de Madrid, deteniéndome para admirar la arquitectura de algunos edificios. Llevo unos años en Madrid y todavía hay zonas que ni conozco. Solía hacer siempre el mismo trayecto, y en servicio público.

Ha llegado la hora. Miro mi reflejo en las puertas de cristal, me recoloco la ropa y doy el primer paso al frente. «*Hoy empieza una nueva aventura, por así llamarlo*». Me dirijo como la vez anterior al mostrador de recepción. Esta vez no hay nadie allí. Mientras espero que aparezca alguien, paseo la mirada por todas las instalaciones. En un escritorio, al fondo, junto a una de las ventanas, está Tomás. Parece que discute con alguien, al teléfono, sus gestos y como se lleva la mano hacia el pelo para sujetárselo, deja ver el estado de ansiedad que está padeciendo. Gira su rostro hasta que nuestras miradas se cruzan. Se endereza en el asiento, mira a ambos lados y levanta una mano a forma de saludo, muy disimuladamente. Nadie sabe que nos conocemos, decidimos mantenerlo así. Sería lo mejor para los dos.

—Señorita, Nahia.

La voz a mis espaldas hace que de un respingo hacia atrás. Me giro rápidamente. Una mujer con cara de pocos amigos me observa con una carpeta en la mano.

—Soy Fátima, responsable de recursos humanos. Sí es tan amable de acompañarme.

Camino en silencio tras ella. Su porte y su cara de desprecio al mirar al personal, no me gustan nada. Mis sentidos se ponen en alerta. Es de aquellas personas que con tan sólo verlas ya no te transmiten buenas vibraciones. «*Uf, me parece a mí, que aquí reina el buen rollito, pero por su ausencia*». Llegamos a un pequeño despacho vacío, oscuro y triste. En él solo hay una pequeña mesa en el centro y dos sillas de madera. «*Joder, esto es como la sala de declaraciones de comisaria*». Me indica con la mano que tome asiento.

—He repasado toda la documentación que nos has facilitado. Parece ser todo correcto. —Abre la carpeta y deja los documentos sobre la mesa—. Alberto ya lo conoces. La entrevista principal la deberías de haber tenido conmigo, pero no sé por qué extraño motivo decido hacerla él. —Alza la vista de los documentos para mirarme fijamente a los ojos—. ¿Cómo accedió a esta oferta de empleo?, ¿Conoce a alguno de los empleados?

«*Empieza fuerte*» Le suelto la primera historia que me pasa por la cabeza —Todo fue una coincidencia. Estaba en una cafetería y escuché a unas chicas decir que, en esta editorial, a menudo, tenían ofertas de empleo. Así que me acerque una mañana y entregue mi *currículum* en recepción.

Me mira apenas sin pestañear. «Joder, qué incomodidad», no mueve ni un solo músculo de su cara. Vuelve a rebuscar entre los papeles. Me fijo en sus manos. Tiene unas uñas, que parece un gavilán. Las lleva pintadas de un color granate apagado. Sus dedos regordetes y arrugados repletos de anillos, a cuál más voluminoso y llamativo. Y sus muñecas rodeadas de varias pulseras de distintos materiales y colores. Alzo la vista hacia su rostro, mientras sigue leyendo buscando algo, con unas gafas apoyadas sobre la mitad nariz. Es una mujer que debe de rondar los cincuenta, o los pasa. Su pelo es canoso, lo lleva recogido en un intento de moño italiano, con mechones y pelos rebeldes por todos los sitios, fuera de su lugar. Su rostro maquillado de una manera excesiva, que no logra disimular las arrugas de la edad. Labios estrechos perfilados por el exterior. Ojos pequeños y oscuros, rodeados por *khol* negro, con unos largos rabos que le llegan a más de la mitad del párpado ya caído.

—Bien, he visto que su último empleo fue para una revista de moda. —Me mira por

encima de las gafas— Aparece como ayudante de dirección en el departamento de producción. Su trabajo aquí, por si no se lo han explicado, no tendrá nada que ver con lo que hacía. Aquí necesitamos una persona resolutiva, y con don de gentes para tratar directamente con los clientes. Además de la administración, debes realizar tareas comerciales y cumplir con unos objetivos mínimos exigidos por la empresa. «*Vaya, de eso no me informo Alberto*». Tu salario estará dividido en dos partes, una fija y la otra es variable dependiendo de los objetivos y comisiones. Antes de continuar te dejo el contrato de confidencialidad para que lo leas y procedas a firmarlo. Luego continuaremos con el resto.

«*Así que empezamos la casa por el tejado. "El que nada teme, nada oculta" Y aquí lo primero de todo es sellar la boca*». Cojo el documento y comienzo a leerlo.

Contrato NDA. (Acuerdo de Confidencialidad)

Este Acuerdo de Confidencialidad se establece y entra en vigencia a partir del día 10 de junio de 2023, entre Mardelí Ediciones y la Srta. Nahia Ochoa.

El objetivo principal de este acuerdo de confidencialidad es proteger la información confidencial de la empresa, para evitar que se divulgue a la competencia o se utilice de manera inapropiada.

Las partes acuerdan lo siguiente:

La Srta. Nahia Ochoa, se compromete a mantener la información de la Editorial, así como la de sus clientes, en estricta confidencialidad y no divulgarla a terceros sin el previo consentimiento por escrito de La Editorial.

Se compromete a utilizar la información confidencial única y exclusivamente con el propósito de realizar sus tareas laborales dentro de la Editorial.

Se compromete a tomar medidas razonables para proteger la información confidencial de cualquier divulgación no autorizada, incluyendo, sin limitación, medidas de seguridad físicas y electrónicas adecuadas.

Se compromete a mantener en confidencialidad toda la información que aporten los autores, en cualquier forma, y todo lo relacionado con los manuscritos, incluyendo, pero no limitado a: los contenidos, los personajes, los conceptos y las ideas presentadas, los nombres de los personajes, el argumento y la trama, así como cualquier otra información que se considere confidencial en el contexto de este Acuerdo.

Este Acuerdo de Confidencialidad entrará en vigencia a partir de la fecha indicada anteriormente y seguirá en vigencia hasta que se rescinda por escrito por ambas partes.

En caso de incumplimiento, la editorial tendrá derecho a buscar medidas legales para proteger la información confidencial, incluyendo, sin limitación, medidas cautelares, judiciales, y daños y perjuicios.

Este contrato constituye el acuerdo completo entre ambas partes y reemplaza cualquier otro acuerdo o comunicación, ya sea oral o escrito, relacionado con el tema del presente Acuerdo.

Mardelí EdicionesSrta. Nahia Ochoa

Fátima Durán

Directora de RR.HH.

«*¡La Hostia!, después de firmar esto, aquí va a ser todo ver, oír y callar*» firmo el documento y se lo entrego.

—Bien, ahora procedamos con el contrato. Esta vez procuré ser un poco más rápida en su lectura, no dispongo de todo el día.

Mantengo el contrato entre mis manos y alzo una ceja. «*¿Perrdonaaaa?*» Lo mismo se cree que voy a firmal algo sin leerlo y entenderlo, vamos, que con la confianza que me está dando, no me salto ni un punto, ni una coma.

Parece estar todo correcto, lo único que me rechina un poco es el anexo, con las cláusulas del salario. Pero no me queda otra. No, al menos, hasta que encuentre algo mejor. Firmo el contrato y se lo entrego.

Sin decir nada, se levanta de la silla y desaparece por la puerta. Después de dejarme diez minutos allí plantada mirando cuatro paredes oscuras «*que ya podrían poner algún cuadro o algo*» Aparece con varias hojas entre las manos y me las entrega.

—Aquí tienes la copia del contrato y tus datos de acceso a la plataforma. Este otro documento te explica cómo debes de fichar. Tienes que hacerlo cada vez que te ausentes de tu puesto de trabajo. En él, también aparecen los tiempos establecidos para los descansos y la comida. Esta última está dividida en dos franjas horarias. Nunca se puede quedar la oficina vacía, así que deberás ponerte de acuerdo con tu compañera para escoger el turno. Todo el

tiempo que no sea justificado tendrá que ser recuperado. Hasta mañana a las ocho. —Se dirige de nuevo hacia la puerta.

—Disculpa, Fátima. ¿No me iba a enseñar las instalaciones?

Me mira con soberbia. — Como bien te he dicho, mi tiempo es oro, y el que disponía contigo lo has agotado para firmar cuatro papeles. Sólo espero que en tu puesto seas algo más rápida, y resolutiva. O no superarás el periodo de prueba. —Se marcha dejándome con la boca abierta.

Borde, desagradable, mal educada… Si es que lo tiene todo. Supuestamente, el personal de recursos humanos está para mediar entre el trabajador y la empresa, ¡Ja!, me rio yo de lo que tiene que mediar esta mujer.

Salgo de las oficinas y me voy directa a casa. Esta vez lo hago en transporte público. Llego bastante rápido. Dejo los documentos sobre la mesa y me dirijo hacia la habitación a cambiarme para ir a entrenar. Tengo unas ganas horribles de poder volver a la normalidad, de lo que venía siendo mi vida.

Llego al estadio bien de tiempo. En la entrada esta Marta, que para su paso al verme llegar.

—¿Qué tal estás? Preciosa, veo que vienes preparada.

—Créeme que con más ganas que nunca. —Dejo escapar una sonora carcajada.

Me mira unos instantes y su rostro cambia por completo, ahora está seria. — ¿Y de lo otro?, Se por Jason que no os habéis vuelto a ver.

Agacho la mirada y chuto una piedra que me encuentro en el camino. —Eso es agua pasada. Lo pasado, pasado está. —frente a ella, intento no darle importancia.

—No sé el porqué, pero no te creo. Las cosas se hablan, todo fue un malentendido y además de los más tontos. Porque, ni siquiera estabas con él, cuándo te marchaste a Bilbao.

—Lo sé. Pero se le pasó rápido la tontería. Ayer lo vi saliendo de las oficinas en muy buena compañía. Y por lo que tengo entendido, esta llego de Estados Unidos pocos días después del partido. “La divina”, como la llama Toni.

—Jason, me explico que venía una amiga, de ellos, que lleva la revista en Londres para cubrir el puesto de Rebeca, hasta que encontrasen a alguien.

Ladeo la cabeza para mirarla. —En menos de dos minutos me has mencionado a Jason, dos veces. ¿Hay algo que me quieras contar que yo no sepa?, ¿O tengo que deducirlo yo sola?

—No sete escapa una. —Alza la comisura de un lado de la boca—. Mientras estabas en el hospital, vinieron varias veces, al estadio, para poder entrenar. Como siempre, al finalizar, acabábamos en el bar de don Julio. Y bueno, poco a poco nos hemos ido conociendo y de vez en cuando quedamos.

Le doy un toque con el hombro, de mi lado bueno. —Me alegro por ti. Pero no te abras demasiado, ya sabes… Lo mismo que entra, sale.

Me mira alzando una ceja y retirando la cabeza hacia atrás. —¿Sabes que eso no ha sonado muy bien? Dime que no te está poseyendo el mismo espíritu salido, que a Suri.

Comienzo a reír con ganas, se me saltan hasta las lágrimas. — No, Joder, no me refería a eso. Me refería a tu corazón. Que no abras demasiado tu corazón. Tus piernas, tú sabrás lo que haces con ellas.

—¡Ja! A ti te lo voy a contar. —Me guiña un ojo, y continuamos hacia los vestuarios.

Stefan está en su garita como siempre atendiendo una llamada. Al vernos, nos hace una señal con la mano para que no detengamos. Cuelga la llamada y nos hace pasar.

—Buenas tardes, chicas. Hoy tendréis que poneros la equipación oficial. Va a venir una revista de moda, de esas para mujeres, para haceros un reportaje. —Marta comienza a dar saltos de alegría—. Además, harán una pequeña entrevista individualmente, a cada una de vosotras.

Me tenso al instante. Creo que he escogido mal día para comenzar a entrar. He de buscar una excusa y marcharme de aquí.

—¡Huy!, se me olvidaba. —Pongo una mano en mi frente— Tengo que ir a recoger el parte médico. «*Qué teatrera soy*»

—¿Qué parte, si te dieron el alta ayer?

—mmm… ya, sí, pero necesito llevar a la empresa mañana el documento. —Giro mi cuerpo, dispuesta a salir corriendo de allí.

Stefan me sujeta por la cinta de la mochila. —Quieta parada, tú no te mueves de aquí. ¿Qué es lo que pasa Nahia?

—¿Qué revista es? Necesito saberlo Stefan.

—Always Beautiful. «*Mierda*»

Con resignación le cuento una verdad a medias. —Esa es la revista para la que estuve trabajando y como bien sabes, tuve algunos problemas con ellos. Si es posible, yo prefiero mantenerme al margen. Echaré unas carreras por el campo y cuando aparezcan me marcharé.

—Nahia, tú eres parte del equipo. Eres la capitana. Deberías estar ahí para apoyar a tus compañeras y demostrarle a todo el mundo, que sois el mejor equipo femenino de rugby que ha habido nunca.

Marta, pasa uno de sus brazos sobre mis hombros y me atrae hacia ella pegando su cabeza junto a la mía. —Hagamos que esa agua pasada, comience a hervir.

«*No salgo de una, que ya estoy metida en otra*»

Las chicas en los vestuarios, están eufóricas. Van a dedicar un reportaje completo al equipo. Supongo que después de la gran tirada con el primer número de la revista, que incluía las imágenes del partido, quieren sacarle el máximo provecho, y lanzar esta edición especial.

—Nahia, tú que has trabajado en esto, ¿Sabes si traerán maquillaje?, ¿Y peluquería?

—Se supone que se busca la belleza natural de las mujeres. Pero vamos, como las cosas cambian tan continuamente, no tengo ni idea que traerán y que harán.

—Chica, qué sosa estás hoy. No te veo muy animada con todo esto. Pero si has venido el día perfecto. Estaremos todo el equipo al completo.

—Sí, Yujuuu qué divertido, que bien lo vamos a pasar.

Suri cierra la puerta de su taquilla de un portazo. —Guárdate las ironías para luego. Intenta, al menos, poner buena cara y aguantar el chaparrón. Eso es lo que hacemos todas cuando algo no nos gusta.

—Vale, perdonar chicas. Tenéis razón. Voy a correr un rato. Nos vemos fuera.

Estoy en el campo. Inspiro y expiro con fuerza un par de veces. Me coloco los auriculares, me sujeto el móvil con la banda elástica en el brazo, y activo la música. Con las primeras notas de *Believer*, de *Imagine Dragons,* emprendo la carrera. Conforme va subiendo la intensidad de la música, subo la intensidad del paso. Corro con todas mis fuerzas, necesito sacar toda la frustración que llevo dentro. La música sigue sonando, retumbando en mi cabeza acompañándola de recuerdos. Alzo la vista al frete. Mis compañeras me observan con la boca abierta. A su lado Stefan negando con la cabeza. Junto a ellos los responsables de la revista. Yves, está con los brazos cruzados ante el pecho en una pose de enfado, lleva unas gafas del sol puestas, aun así, puedo notar su dura mirada. Me estoy aproximando a ellos, sin bajar el ritmo, sudando y con la respiración entrecortada, desconecto los auriculares, dejando que la música estridente de *Linkin Park*, con la canción de *Numb*, retumbe a mi alrededor. La apago al pasar junto a ellos. Mi respiración es costosa, el dolor de las costillas no ayuda, pero intento mantener el tipo. Stefan me llama aparte.

—¡Se puede saber qué locura estás haciendo! Dije que te dejaría entrenar con la condición de que siguieras un ritmo. No que te destrozaras el primer día.

Voy a replicarle cuando una mujer, de largas piernas, con una melena rubia, que le llega casi hasta la cintura, despampanante, pasa por nuestro lado. Se queda mirando y nos saluda en inglés.

—Buenas tardes.

«*Por fin le pongo cara a "la Divina"*». Se acerca hasta Yves, y sujetándolo por un brazo comienza a hablar con él.

—Stefan, Necesito desahogarme, no lo entiendes.

—Lo que no entiendo es la poca cabeza que tienes. ¿Quieres volver a acabar en un hospital? Ve ahora mismo a vestuarios, dejas el teléfono, te tranquilizas un poco y luego regresa.

De mala gana me dirijo al túnel de vestuario. Meto una mano por debajo de la camiseta y arranco el corsé de golpe. Lo llevo colgando de la mano cuando escucho que me llaman:

—¿Nahia?

No reconozco la voz. Me giro para ver de quien se trata. Un hombre con gafas de sol, un traje color gris oscuro y la americana sujeta sobre su brazo, se acerca por el túnel.

—Sí, soy yo. ¿Quién me busca?

Cuando llega frente a mí, se quita las gafas de sol. —Aupa, ¿Cómo te encuentras?

Doy un respingo al escucharlo y otro más, al reconocerlo. Es Richard.

—Hola, Richard. Como ves, ya estoy mejor.

—¿Y eso que llevas en la mano? —Señala el corsé—. ¿Cuánto tiempo más te dijeron que deberías llevarlo?

—Mira, no lo tomes a mal, pero no quiero escuchar más consejos por hoy sobre lo que tengo que hacer y lo que no.

Alza las manos y da unos pasos hacia atrás. —Hey, tranquila, vengo en son de paz. Recuerda que soy médico, sí, sé lo que estás pensando, además de un gilipollas mal educado. Y sé cuándo una persona no está bien. Y tú, en estos momentos, no lo estás. Te cuesta respirar, y sientes presión en el pecho, por eso te lo has quitado ¿Me equivoco?

Me apoyo contra la pared y resoplo. —No, no te equivocas. Pero a todo eso debes sumarle, rabia, impotencia, ira. Y la única forma que tengo de deshacerme de todo eso, es corriendo. ¿Por qué habéis tenido que venir? Ya conseguisteis lanzar la revista con las imágenes del partido. ¿No ha sido suficiente? Tenéis a miles de mujeres deportistas esperando ser reconocidas por su trabajo. No entiendo por qué otra vez nosotras.

—Nahia, porque la gente lo ha pedido. Por raro que te parezca, hay un apartado en la web de revista, donde la gente puede dejar sus comentarios, y solicitudes. No te puedes llegar a imaginar las que estamos recibiendo de vosotras.

—Pues conmigo, no contéis. —Un pinchazo en el costado hace que me estremezca y cierre los ojos por el dolor.

Richard me coge por el brazo y tira de mí. —Vamos a la enfermería ahora mismo que te eche un vistazo.

—No es nada, solo ha sido un mal gesto.

—Tienes dos opciones, una o me acompañas por tu propia voluntad, o te cojo como si fueras un saco y te llevo a cuestas.

—Tócame y ya sabes dónde puedes acabar.

—No te tengo miedo, preciosa. Además, ¿tú recuerdas aquella canción de Willy Fog, que decía, Silbame? —Mete los dedos entre sus labios y lanza un fuerte silbido.

En segundos Marta y Jason están a su lado. La miro achicando la vista.

—Traidora.

—Anda y no me seas cabezona. Olvidas que te conocemos a la perfección y tuvimos que poner en sobre aviso aquí al doctor, aunque por lo que he escuchado, no es primera vez que te enfrentas a él. —Lo mira de reojo y se le escapa la sonrisa.

Richard la señala con el dedo. —Touché.

—Vale, pero vamos, rapidito. Antes de que me arrepienta. —Señalo a Jason con el dedo —Tú te quedas ahí.

Alza las manos como había hecho anteriormente, Richard. Mira a Marta, esta le hace un gesto de confirmación con la cabeza, y se marcha de nuevo al césped. «*Ahora vas y se lo cascas a tu jefe*»

Después de haberme auscultado, y explorado la zona de la lesión, me da una pastilla y una botella de agua.

—Tómatela, ahora. Te calmará en general. Nahia, tus pulmones están perfectos, no se escucha ningún ruido añadido, y la lesión parece estar bien, es más muscular, y ansiedad. Tienes que ir poco a poco, no puedes hacer lo que has hecho, hasta que vuelvas a coger el ritmo. El corsé ya no es necesario que lo lleves todo el día. Solo cuando tengas que hacer tareas que te obliguen a curvar el torso. «*Mira, por fin, algo bueno*».

—Gracias, Richard.

—Venga, salgamos ahí fuera, aunque solo sea para fotografía de equipo. Luego, si te quieres marchar, lo entenderé.

—De acuerdo. Tus ganas, pero luego me marcho. ¿Por cierto, te escuché bien cuando llegaste?

Richard comienza a reír con naturalidad. —Por supuesto, por cierto, recuerdos de tu Arreba.

—Espera, espera, ¿tú cuando has visto a mi hermana?, ¿Y cómo sabes lo que significa?

—La doctora Alia, me invito a pasar unos días en Bilbao. —Me guiña un ojo y sale al campo para reunirse con el resto de directivos. Bueno, directivos, jugadores, ya no sé ni cómo dirigirme a ellos.

Marta se aproxima de nuevo a mí. —Menuda pieza tiene que ser.

—No lo sabes tú bien. Pero ahora, ya sabe lo que es meterse con una vasca. Por la cuenta que le trae, con Alia, más le vale comportarse. Porque esa, seguro que lo deja eunuco.

—Sabes, le pregunté de nuevo a Jason. Yves y “la divina” no tienen nada. Y, para tu información, se llama Caroline.

—Déjame que lo dude, a ojos del resto, tú y Jason, tampoco tenéis nada.

—Vale. Joder, Nahia, como estás hoy. ¡Viva la positividad, y el universo que la transmite!

—No me empieces con tus razonamientos, que todavía tengo atragantado el destino y la casualidad. Vayamos y acabemos con todo este paripé.

Los fotógrafos van tomando posiciones. Caroline es la que da las órdenes, de las tomas y posiciones. Quiere realizar fotografías en movimiento, corriendo con el balón, haciendo pases, chutando. La verdad que me sorprende lo involucrada que está. Se ve a leguas que le gusta su trabajo. A nosotras no se dirige ni una sola vez, mantiene las distancias.

Acabamos con las fotografías de grupo y me despido de las chicas y de Stefan. Regreso al túnel de vestuarios, a los pocos metros escucho pasos detrás de mí.

—Otra vez, no me sigas más, que quieres ahora.

Me giro esperando volver a encontrarme a Richard, pero me quedo paralizada. Ante mis ojos solo hay un torso. He de inclinar la cabeza para poder mirlo a los ojos.

—Hola, Nahia.

—Yves. —No logro pronunciar ninguna otra palabra.

—¿Por qué te marchas?

—Estoy cansada, y mañana tengo que madrugar. —No se me ocurre que más decirle.

Da unos pasos acercándose un poco más. Sus pupilas se dilatan con el cambio de luz, dejando un aro de un verde intenso. Está escudriñándome con la mirada.

—Si es por mi presencia, puedo marcharme, no quiero incomodarte.

—No, no es por eso. «*Es sólo, porque no soporto lo que siento en el pecho, estando a tu lado. No poder tenerte, duele*»

—¿Entonces?, ¿Estás bien? Te veo mucho más delgada. Incluso el color de tu cara parece haber desaparecido.

—Sí, estoy bien. Ahora, si me disculpas, quiero ducharme antes de que me enfríe más.

Giro mi cuerpo a gran velocidad y huyo como una cobarde hacia los vestuarios. Allí, a solas, deshago el nudo que tengo en la garganta y bajo el agua caliente que resbala por mi cuerpo, lloro de manera desconsolada, hasta lograr liberar la tensión de mi cuerpo.

Capítulo 15

Son las seis y media de la mañana. No he pegado ojo, en toda la noche, la situación vivida el día anterior, no ha dejado de estar presente, continuamente. Miro el reloj que está sobre la mesilla, aún no ha sonado el despertador, tiene que estar a punto de hacerlo. Lo paro y me levanto poco a poco, tengo el cuerpo engarrotado, de tanta tensión.

Hoy es mi primer día de trabajo, oficial. Y mi aspecto no acompaña. Frente al espejo mi rostro refleja al completo mi estado de ánimo. «*Esto, ni con un kilo de maquillaje lo disimulo*». Me maquillo a conciencia intentando parecer lo más natural posible, pero sin esas enormes manchas oscuras bajo los ojos.

Busco entre la ropa que compre ayer, algo discreto y cómodo. Veo el corsé a un lado sobre una silla. Mi trabajo va a consistir, básicamente, en estar sentada ante un teléfono y un ordenador. Así, que no creo que me haga falta, siempre y cuando conserve una postura recta.

Estoy en cocina preparándome un café y suena un mensaje en mi móvil. «*De buena mañana, ya están liadas*». Abro la mensajería, no son las chicas.

** Toni: Buenos días, Flor. Espero que todo te vaya bien en tu primer día de trabajo. Suerte y a coger el toro por los cuernos. Por cierto, Tomás dice que hoy te invita él al café. A las diez y media en la cafetería de la planta baja. «Hostias, pues ni darme cuenta de que allí había una cafetería, y eso que he ido dos veces»*

** Nahia: Buenos días, Cucu. Gracias, amor. Creo que hoy va a ser un día muy largo. Dile a Tomás que voy a necesitar más de uno. Hablamos luego. Que pases un bonito día.*

Un suspiro escapa entre mis labios. «*Largo no, larguísimo*».

Olvidaba lo era el coger el metro en hora punta. La estación está abarrotada de gente. Todos intentamos entrar al mismo tiempo, es un poco caótico. Logro encontrar un pequeño espacio en el vagón, y consigo llegar hasta él, entre empujones. Alcanzo a aferrarme a una de las barras para mantenerme en equilibrio por el traqueteo y la gente agolpándose, y empujando, parada tras parada. El calor y el olor a sudor es insoportable. «*Joder, aquí hay mucho alérgico al agua, de buena mañana, que "ascazo"*». Hay personas que a estas horas ya está de mal humor. Se empujan entre sí para encontrar un poco de espacio. Es como si todos estuviéramos compitiendo por el mismo aire. Miro a mi alrededor y veo caras cansadas y aburridas. Algunos están leyendo el periódico, como si nada sucediera a su alrededor, otros están mirando fijamente al vacío, y otros hablan por teléfono en voz alta como si en vez de un móvil estuviera usando un yogur con una cuerda.

Ya he llegado a mi parada. Al bajar del vagón siento un alivio inmediato al respirar aire fresco. Miro hacia atrás y veo cómo el tren se aleja, llevándose consigo a todas esas personas. A partir de ahora, quizás debería pensar en levantarme un poco más temprano para evitar todo esto.

Entro en las oficinas y busco con curiosidad la cafetería. A mano derecha, de los ascensores, distingo un pasillo estrecho, y sobre su entrada un pequeño cartel, con forma de flecha, indicando la cafetería. «*Más escondida no podía estar*». A mis espaldas veo entrar a más gente, la mayoría cabizbajos, y arrastrando sus pies. «*Hostias, parece que vengan al matadero*». Entre ellos está Tomás. Se aproxima a mí, no sin antes mirar a su alrededor.

—Buenos días, Nahia. ¿Estás Preparada para tu primer día?

—Buenos días, Tomás. Pues viendo con las ganas que viene el personal, no lo tengo muy claro, me está dando hasta miedo.

Deja escapar una leve risa irónica. —Cuando llevas muchos años aquí y ves en lo que se ha convertido, —Vuelve la vista para mirar a algunos de sus compañeros— desanima a cualquiera que le gustase su trabajo. Las personas que entráis nuevas, sin haber conocido antes la editorial, eso no lo podéis apreciar.

—Puedo llegar a entenderte. La verdad es que yo misma vengo un poco desanimada y aterrada. Todo este mundo es nuevo para mí. Y sinceramente, no he querido indagar mucho en la web por lo que me pudiera encontrar. Necesito el trabajo.

—Solamente haz tu trabajo, y mantente al margen de todo. Tu opinión aquí no vale nada. Bueno, sí, vale para una cosa. Para ponerte de patitas en la calle.

Se abren las puertas del ascensor y entramos en la recepción. Inspiro con profundidad y espiro expulsando todo el aire que queda dentro de mis pulmones hasta que deja de salir un

hilo de aliento.

—Vayamos al lío.

—Una última cosa, Nahia. Mantente con los ojos bien abiertos con Alberto. Las distancias van a ser imposible porque tu despacho es el que está continuo al suyo.

—Gracias, así lo haré. Nos vemos en el café.

Hace un gesto de conformidad con la cabeza y se dirige hacia su escritorio. Me resulta chocante que un editor tenga que estar trabajando en un escritorio minúsculo, rodeado de otros compañeros, separados por una distancia mínima. Y yo una simple administrativa, que todavía no sé qué narices voy a hacer aquí, tenga despacho propio.

Me dirijo hacia el que va a ser mi despacho, varias miradas están fijas en mí. Al pasar por delante, del de Alberto, veo que sus cortinillas están levantadas y no hay nadie en su interior. «*Menos mal, podré instalarme un poco más tranquila sin tener sus ojos clavados en mi espalda*». El mundo se cae a mis pies al entrar en aquel cubículo. Es un despacho pequeño, viejo y sin ventilación, con un espacio muy limitado y oscuro. El mobiliario es inexistente, a excepción, del viejo y raído escritorio de madera oscura y desgastada y un viejo archivador de metal cubierto de polvo. No hay ni un mísero cuadro, nada. Únicamente unas simples cortinillas, enrolladas, de un color gris, tirando hacia beige, que separan ambos despachos. Intento desplegarlas, pero es inútil, están atascadas. La silla, al menos, es nueva, en comparación al resto, todo un detalle. Abro los cajones del escritorio para colocar mis cosas, y sacar lo que me pueda hacer falta. Tonta de mí en creer que podría encontrar algo de material, están completamente vacíos. Ni bolígrafos, ni hojas, nada. Coloco en bolso en el último cajón, ya que es el más espacioso. Saco los documentos que me dio Fátima de acceso al ordenador, y lo inicio.

Tarda una barbaridad. «*Este modelo tiene que ser de la prehistoria*». Accedo al programa sin ningún problema. Sigo los pasos del documento y se abren tres ventanas diferentes. En una de ella está el reloj de fichar. Miro la hora, las ocho y diez minutos. Cuando activo la llegada, la pantalla se minimiza, apareciendo un reloj en la franja inferior de la pantalla con una cuenta atrás de ocho horas. «*Flipa, control total del tiempo*» encima ya me ha sumado diez minutos. Tendré que hablar con Fátima, no es culpa mía que este trasto tarde tanto en ponerse en marcha.

Abro el correo de la empresa y comienzo a leer. «*Mierda, no tengo dónde anotar nada*». Salgo de despacho y me dirijo a chica que hay en recepción.

—Hola, soy Nahia, la nueva administrativa. Disculpa, sabes dónde puedo conseguir material.

—Y tan nueva. Está claro que nadie te ha dicho nada. Aquí no facilitan el material. Los paquetes de folios son única y exclusivamente para la fotocopiadora. —Mete la mano bajo el mostrador y saca varias hojas, escritas, por un lado, y recortas por la mitad, en plan, bloc de notas reciclado. —Toma, con esto saldrás del paso, pero lo mejor es que mañana te traigas una agenda y una libreta. Por no hablar de todo lo que puedas necesitar.

—Gracias… —Espero que me diga su nombre.

—Soy Eva. Mi turno para ir a comer es a la una y cuarto. Por lo que a ti te toca el de las dos y media. Yo seré quien cubra tu puesto, en tu ausencia. Deberás comenzar con los clientes nuevos para que te sea más fácil. De los antiguos me encargo yo.

—Gracias de nuevo, Eva.

Regreso a paso rápido hacia "*la cueva*". Me siento frente al ordenador y comienzo a leer correos y anotar todo lo que solicitan.

Me siento como si estuviera en un mundo completamente nuevo, rodeada de extraños y de una cultura empresarial que aún tengo que descubrir. Las personas parecen estar hablando en un idioma diferente, lleno de jergas y acrónimos que no logro entender. Intento recordar todo lo que aprendí, tratando de no parecer perdida o desorientada. Me repito a mí misma que tengo la formación necesaria para hacer este trabajo, pero no puedo evitar sentirme intimidada por la cantidad de trabajo que tengo por delante.

Unos golpes en la puerta de cristal me hacen levantar la vista del ordenador. Alberto entra en el pequeño despacho acercándose a mí con paso decidido. Hago el intento de ponerme en pie, pero lo impide poniendo una de sus manos sobre mi hombro.

—Buenos días, Nahia. No hace falta que te levantes.

—Buenos días, señor Alberto.

—Entre estas cuatro paredes, puedes tutearme. Ya veo que te las has apañado bastante bien tu sola.

Se acerca aún más, y dobla su torso para asomarse a la pantalla del ordenador. Lo hace de manera que su rostro queda a escasos centímetros del mío. El olor fuerte de su perfume, inunda mis fosas nasales produciéndome un revoltijo en el estómago.

—Bien, ¿Cuántos posibles clientes nuevos han entrado?

—Por ahora tenemos cinco. Solicitan información y presupuestos.

—Tu trabajo consiste en lograr que se queden con nosotros. Mira, —Coge el ratón del ordenador con la mano izquierda y abre una carpeta repleta de archivos—. Aquí tienes todos los listados de precios por cada tarea. Inicialmente, se les envía un presupuesto de publicación básico, en el cual no se incluyen, revisiones, correcciones, informes de lectura, etc. Es sólo a modo informativo. En el primer contacto, se les indica que deben pasar por un proceso de selección y si la editorial lo ve viable se aceptará su solicitud. Una vez recibido el manuscrito, a los cinco días, se les envía un nuevo presupuesto igual al anterior, pero calculándolo por la cantidad de páginas. Cuando se recibe la aceptación y el primer pago, dejamos pasar unos tres días, y se les envía este contrato de aquí, el que pone Novel.

—Bien, parece bastante sencillo

—Desde ese momento tienes que lograr que contraten todos los servicios que tenemos, además de los ofrecidos por el contrato.

Vuelve a su posición inicial, pero apenas si apartarse. Alarga una de sus manos para coger un mecho de pelo que me cae, por un lado, de la cara.

—Bonito color de pelo. —Lo retira con cuidado colocándolo detrás de mi oreja.

Sin ser demasiado brusca, para que no se note mi desagrado, cojo un poco de impulso con los pies y hago girar las ruedas de la silla, para cambiar de posición, y de paso, pisarle los pies.

—¡Hey! Tenga cuidado.

—Disculpe Alberto. No creí que estuviera tan cerca. —Disimulo con inocencia. «*A la siguiente, lo mismo puedo tener un tic nervioso y clavarte un bolígrafo en la mano si no la sabes tener quietecita*»

Gira sobre sus pasos y desaparece hacia su despacho. El reloj de la cuenta atrás parpadea en la pantalla. Abro la ventana y aparece un texto: Hora de descanso programado. Cojo mi monedero y móvil, hago clic en el icono de pausa y salgo de allí, como alma que lleva el diablo. No me molesto ni en esperar el ascensor. Bajo las tres plantas a la carrera por las escaleras.

Al llegar a la cafetería tomo asiento en el lugar que veo libre. Varios trabajadores pasan por mi lado mirando y murmurando entre ellos.

—¿Cuánto piensas que durará está? Le doy quince días si llega.

—Tenemos que hacer otra “porra”. Yo digo que un mes.

—Tío, con esta ha ido más a saco, es el primer día y ya la está acechando.

Anda que se cortan un pelo, y bajan la voz. Tomás aparece por la entrada y busca con la mirada. Ya me ha localizado. Se acerca como el que no quiere la cosa. Viendo que estoy rodeada de sus compañeros, eleva unos tonos, la voz.

—Hola, soy Tomás. ¿Qué tal el primer día? *«¡Hay pillín!, un primer contacto a vista de todos, no está mal la jugada»* —Le sigo el juego.

—Hola, soy Nahia. Encantada. Bueno, por ahora no puedo quejarme. —Le indico la silla que tengo vacía justo en frente—. Si quieres puedes acompañarme.

—Gracias.

Parece que se han aburrido de estar pendientes y ahora continúan con sus conversaciones al margen nuestro.

—Buena jugada.

—Era la única forma de tener contacto contigo sin que se enterasen de que he sido yo quien te ha traído. Créeme que nos evitara muchos problemas a los dos. ¿Dime qué tal lo ves?

—¿La verdad? Estoy alucinando. ¿Dónde se han quedado las editoriales a las que los autores enviaban sus manuscritos y esperaban con ansia, e ilusión, ser seleccionados?

—En unos días lo entenderás. Sigue existiendo la editorial tradicional, pero en su mayoría, están ofreciendo, ya, la autoedición. Hoy en día, se siguen enviando manuscritos, pero con la diferencia que ahora todos son válidos, aunque sean verdaderos fiascos que tienen por dónde cogerlos. Aquí, por ejemplo, todo vale, mientras la gente pague. Es cierto que el mundo editorial tiene un acceso muy limitado y por ello se dejan escapar grandes autores, pero no olvidemos que todo es un negocio. Hay autores en la autoedición que son verdaderos diamantes en bruto, al igual, que hay autores con renombre que han dejado de estar al nivel,

y simplemente venden por ser fulanito de tal, o menganito de tal, sin importar que sus últimas novelas son meras repeticiones de historias anteriores, pero cambiando los personajes. Y por último los falsos escritores, que te sorprendería de la gran cantidad que hay de ellos. Se dedican a buscar por la web en plataformas digitales, a personas que estén dispuestas a escribir por ellos, a cambio de un mínimo de dinero. O incluso realizan "plagios" de libros subidos a las redes, que sus autores, bien sea por dejadez o por desconocimiento, no han registrado los derechos de autor. Con lo que no se consideraría un plagio, y contaría como autor aquel que lo registre.

—Creo que este mundo editorial no está hecho para mí. Será cuestión de ir empapándome de todo.

—Créeme, que cuanto menos sepas, mucho mejor. Venga chica daté prisa que tenemos que subir ya.

Corremos hacia los ascensores antes de que lleguen todos a tropel.

—Por cierto, el tema de fichar, vaya patraña. Esta mañana, entre que arrancaba el ordenador y todo, logré fichar a las ocho y diez de la mañana. Tengo que hablar con Fátima para que me lo arreglen.

—No hace falta que hables con ella, yo mismo te puedo decir su respuesta. "Pues ya sabes que tienes que llegar antes". —Se pasa una mano por la frente— Sintiéndolo por ti, hoy te tocará quedarte a recuperar esos diez minutos.

—¿En serio?

—Sí, Nahia. Muy en serio. O lo verás reflejado en tu sueldo, y te puedo asegurar que los descuentos no son equitativos.

Regreso a la pequeña cueva indignada por el último comentario de Tomás. Es mi primer día y no quiero empezar con problemas.

El resto del día es más de lo mismo. Recibo varios manuscritos para la supuesta selección. Como van a ser aceptados, si o sí, preparo sus presupuestos reales y los dejo a un lado. «*Joder, como cambia la cosa, de la oferta inicial*». He tenido tiempo de ir ojeando varios clientes anteriores. Ahora entiendo en que consiste esta editorial y a todo lo que refería Tomás.

Mi trabajo consiste en el primer contacto con el cliente, responder a todas sus dudas, y lógicamente intentar de cualquier manera posible captarlos y que contraten los servicios editoriales que no están incluidos en el plan básico de edición, que son la corrección ortotipográfica y de estilo, y el informe de lectura, entre otras.

Por lo que he estado leyendo, el primer servicio es el más solicitado y contratado, pero también del que más quejas hay. Leo varios correos, en todos ellos los clientes explican lo mismo. ¿Cómo puede ser, que, en una corrección en castellano, se utilicen latinismos? Para mí, viendo lo que hay, la respuesta es clara, pero el cliente sólo recibe una contestación conforme todo es correcto. En otros, se quejan del informe de lectura, ¿Quién los realiza? Dudan de la profesionalidad de la persona que los efectúa. Abro los ficheros adjuntos y leo algunos de ellos. Sinceramente, todos parecen un copia y pega cambiando tan solo las características del libro, basándose en la sinopsis del autor. Ofrecen una opinión que cualquier persona con un poco de conocimiento literario podría hacer, incluso algunas seguramente serían mucho mejores. Estás, básicamente, son como reseñas simples y escuetas. Valoraciones vacías, sacadas de párrafos de los mismos libros, acompañadas de opiniones sobre los intereses de los lectores en las temáticas actuales. Ya se sabe que cada libro va dirigido a un tipo de público. En definitiva, hojas y más hojas repletas de datos que el autor ya conoce y se podría haber ahorrado unos cientos de euros. Hubiera conseguido los mismos resultados ofreciendo su obra a lectores, desconocidos, dispuestos a leerla y dar una opinión. Y ahora viene lo mejor, la distribución, te lo pintan de maravilla, las mejores librerías del mercado, bibliotecas, etc. El coste, elevadísimo, exigiendo un mínimo de ejemplares impresos para tener en *stock*, en este caso el mínimo, son sesenta unidades. La vida de estos ejemplares suele acabar en cajas amontonadas, el algún rincón de las casas de los autores, y con mucha suerte, algún ejemplar, en el quiosco del barrio.

En resumidas cuentas, esto es una estafa encubierta. Ahora entiendo por qué el contrato de confidencialidad y tanta cláusula. La cuestión es facturar, aunque sea a costa del engaño, y de jugar con la ilusión de la gente. Está claro, hecha la ley, hecha la trampa. Siempre aparece un oportunista que sabe hacer negocio con todo.

La mayoría de los compañeros ya se han marchado de las oficinas. Sólo quedamos cinco personas en la planta. Miro el reloj de la pantalla, con el dedo sobre el ratón, esperando que el contador se ponga a cero para fichar, cerrar sesión, y abandonar las instalaciones. Hoy ha sido

un día demasiado largo, y agobiante. Demasiada información que absorber.

De camino a casas escribo a las chicas, hoy no iré a entrenar. Mi cabeza está que echa humo.

Nahia Hola, chicas. Primer día, superado, aunque haya acabado con un dolor, intenso, de cabeza. Creo que mis pocas neuronas han terminado a puñetazo limpio.*

Lali A ti lo que te pasa, es que te habías acostumbrado a la buena vida.*

Nahia Sí, sí, eso será, que me he acostumbrado a una vida maravillosa, sola, muerta de asco, sin apenas poder moverme, rodeada de cuatro paredes, porque ni siquiera tengo gato.*

Lali Va, tonterías. La que, seguro que acaba sola, amargada, y rodeada de gatos, es Suri. La conocen en tantos sitios que ya nadie quiere estar con ella.*

Suri A ver, "Bocachancla", ¿Qué narices pinto yo, en este entierro?*

Lali Nada, pero era la manera perfecta para que hicieras acto de presencia.*

Suri Paso de ti. Voy a hacer, como que no te he leído. Nahia, ¿Ya has pasado revista?, ¿Tenemos nuevo listado de cero a diez?, y ¿" Moscón cojonero"?*

Nahia No he tenido tiempo. Aunque te aseguro, así por encima, que poco hay sobre cinco. Y el moscón cojonero no podía faltar, lo peor, es que es mi jefe.*

Lali ¡Qué perra!, dice que no ha tenido tiempo, pero ya ha lanzado las primeras notas.*

Suri ¿Tu jefe, en serio?, ¿Está buenorro?, nota.*

Nahia Un siete, pero le tengo que quitar tres puntos por el perfume que usa, me ha recordado a cuando mi abuelo usaba Barón Dandi, casi me hace vomitar. Además, es de esas personas que, aunque fuera un diez no me acercaría, ya me entiendes. Soberbia, déspota, arrogante, y de manos largas.*

Suri ¡Buf!, siempre tiene que haber algún defecto.*

Nahia En este caso, muchos. En fin, a lo que iba, que me descolocáis como siempre. Hoy no iré al estadio. Cuando llegue a casa me tomaré una de esas pastillas milagrosas del doctor Richard, una ducha caliente, y a la cama.*

Lali Recuerda que mañana toca noche de chicas. Así que ya te puedes tomar todo el bote si hace falta. Pero mañana te quiero ver allí la primera.*

Había olvidado por completo que mañana ya es sábado y habíamos quedado en salir a cenar y después a tomar unas copas.

Nahia Vale, pesada. Allí estaré. Nos vemos. Pasadlo bien hoy en el entreno. No corráis mucho. ¡Je, je, je!*

Suri Lali, antes, te ha llamado perra, pero en estos momentos, a mí se me están ocurriendo otros muchos tacos por los que llamarte.*

Marta ¿Qué me he perdido?*

Nahia A buenas horas. Suri y Lali, ahora te hacen un resumen. Os quiero, chicas. Hasta mañana.*

La emoción por llegar a mi casa, me impulsa a caminar más rápido, mientras busco las llaves en mi bolso. Por fin llego a casa. El primer golpe de aire fresco y conocido que entra en mis pulmones me hace sentir aliviada y en paz. Camino hacia la sala de estar y me dejo caer en el sofá. Cierro los ojos y simplemente disfruto del silencio por unos minutos. Mi mente está exhausta, hoy ha recibido mucha información que absorber, y mucha por asimilar.

Poco a poco me voy desprendiendo de la ropa. Con pesadez, consigo levantarme, e ir a buscar algo cómodo para estar en casa. Por la mañana antes de marcharme, me había dejado la ventana. Un olor a comida inunda mis fosas nasales, provocando que mi estómago comience a rugir. La comida de hoy, en las oficinas, ha sido más bien escasa. La cafetería estaba repleta, no había una mesa libre. Al final, he acabado comiendo, en un banco de la calle, un bikini de jamón y queso, de una máquina expendedora. «*He de buscar algún bar cercano donde tengan menús y sitio para sentarse a esa hora*».

Abro la nevera dispuesta a hacerme algo de comer. En su interior, solamente hay un par de huevos, leche, refrescos, pavo y algunas de piezas de fruta y verdura. «*Madre mía, si hace eco, tengo que hacer una compra urgente*». Cierro la puerta y abro la del congelador. Siempre tengo tuppers con comida congelada. No me gusta mucho cocinar, así que cuando lo hago, preparo más de una ración para tener para varios días. Nada de lo que hay me apetece para cenar, además, si me comiese unas lentejas, o cualquier otro plato de guiso, por la noche, sería como dejar caer una bomba en el estómago. Al final, saco uno que contiene caldo y me preparo una sopa calentita. El olor del caldo hirviendo en el fuego hace que comience a salivar más de la cuenta.

Son casi las nueve y media de la noche. Estoy estira en el sofá, voy zapeando intentando

ver alguna programación que valga la pena, pero a estas horas no hay nada de mi interés. Activo la función *Smart TV*, y me voy a una de las plataformas, de pago, en la que estoy dada de alta. Como no, masoquista de mí, pongo la última de los dinosaurios. «Si *es que… me va la marcha*».

Abro los ojos de golpe y me siento en el sofá. Mi cuerpo está temblando y mi respiración es rápida y superficial. He tenido una pesadilla, de esas que te dejan sin aliento y te hacen sentir como si estuvieras atrapado en un mundo ajeno.

Miro a mi alrededor, tratando de recuperar la compostura. El sol brillaba a través de la ventana. Me doy cuenta de que estoy en mi propio salón, en mi propio sofá, y que todo ha sido solo una pesadilla.

Suspiro, aliviada y me apoyo contra el reposabrazos, tratando de calmar mi corazón acelerado. Recordándome a mí misma que solo ha sido un sueño, que nada de eso era real. Pero las imágenes siguen resonando en mi cabeza. Corría por el campo, con balón bajo el brazo, de repente, la gente desaparecía y los focos del estadio se apagan. Sombras oscuras que me perseguían, grandes ojos amarillos, de pupilas rasgadas, observándome, acechando, esperando para atacar.

Poco a poco, mi corazón empieza a disminuir el ritmo y mi cuerpo se relaja. *«¡Dios mío!, qué pesadilla más absurda y espeluznante, a la vez*».

Miro el reloj de pared, son las siete y media de la mañana. La hora perfecta para salir a correr. Me pongo un pantalón corto, una camiseta de tirantes, y las nuevas deportivas que me compré. Al dar los primeros pasos en el exterior, inspiro con fuerza, lo que provoca que me resienta un poco de las costillas, obligándome a llevar un ritmo suave.

El sol se eleva poco a poco sobre el paisaje, y sus rayos cálidos y suaves empiezan a bañar todo lo que tocan con una luz dorada. El aire fresco de la mañana es dulce y ligero, y las aves empiezan a cantar sus primeras melodías. Las hojas de los árboles y las plantas brillan con el rocío de la mañana, mientras, el suave viento juega con ellas.

Nunca antes me había fijado en todo ello. Únicamente corría y corría, sin prestar atención a nada de lo que me rodeaba. Disfruto del momento como no lo había hecho en muchos años.

Capítulo 16

La mañana ha sido fructífera. Incluso fui a hacer las compras que me hacían falta para la casa. Sobre las doce del mediodía, mientras ando limpiando la cocina, llega un nuevo mensaje al móvil:

Suri ¡Buenos días, por la mañana, chicas! Recordar, tenemos mesa reservada a las nueve en el Mesón de la abuela. Os diría que está noche, os quiero ver divinas, pero no, os quiero ver… ¡Putones!*

Marta ¡Hoy vamos a quemar la noche!*

Dori ¡Si nenas, a darlo todo!*

Suri ¿Quién eres tú y que has hecho con Dori?*

Nahia ¡Buenos días, locuelas! Os veo muy animadas.*

Lali¿En serio no tenéis nada que hacer un sábado por la mañana? Veníos a casa, tengo trapos y escobas para todas.*

Nahia Bonita, somos mujeres, nosotras sí que podemos hacer más de una cosa a la vez.*

Lali "ñiñiñi, ñiñiñi". Pues yo no. Lo siento, no soy multitarea, y menos después de una noche de viernes de traca.*

Nahia ¿Resaca?*

Suri No solo resaca, la muy golfa seguro que también tiene agujetas.*

Nahia ¿Qué demonios hicisteis ayer?*

Marta Nada, solo se nos fue un poco de las manos en el bar de don Julio. Nos vinimos arriba y acabamos en un bar musical. Que no recuerdo ni el nombre.*

Dori Normal que no recuerdes nada, si estuviste más rato en plan ventosa que bailando o bebiendo. Creo que no quedo ni un rincón, por el que no os restregarais. La próxima vez, pagaros un hotel.*

Suri ¡Toma ya, mi Dori! Di que sí, tú no te quedes nada dentro, suéltalo todo.*

Marta Qué mala es la envidia.*

Nahia Creo que lo he pillado. Prefiero no saber nada más. Empezáis a darme miedo.*

Suri Pillada la de estos dos. Al pobre José, casi le dio un infarto, al encontrárselos en la puerta de los baños comiéndose los morros.*

Marta Ya vale. Dejemos la historieta para esta noche. Tengo faena por hacer. Os dejo.*

Suri No olvides podar el seto, y pasar el cortacésped.*

Dori ¿Tienes jardín?*

Suri Dori, tú como siempre, una de cal y una de arena. Me refiero al "potorro". Todavía tienes mucho que aprender.*

Nahia Más burra, no puedes ser. En fin, chicas, yo también voy a continuar haciendo limpieza.*

Suri (emoticono de demonio)*

Nahia De la casa. ¡Joder!, que hay que especificarlo todo. Ale, nos vemos.*

Entre risas, dejo de nuevo el teléfono sobre la encimera de la cocina. Si no fueran por estos momentos, no sé qué haría. Aún recuerdo cuando las conocí. Llevaba pocos días viviendo en Madrid. No conocía nada de la ciudad, y mi vida era del trabajo a casa y viceversa. Una tarde en el metro, de regreso a casa, escuché cómo una chica le decía a su compañera que había un pequeño club de barrio, que estaba haciendo pruebas para formar un equipo de Rugby femenino. Era un deporte que siempre me había gustado, y en Bilbao, lo había practicado durante un tiempo, mientras estudiaba en la facultad. Fue una vía de escape, sobre todo, en épocas de exámenes. Allí descargaba toda mi ansiedad.

Tome nota, mentalmente, de la dirección que le facilitaba, y esa misma tarde me presente en el pequeño estadio. Allí, junto a venirte chicas más, empezó toda la historia. Me llevo bien con todas mis compañeras, pero con ellas se fue forjando una amistad más estrecha. Cada una de ellas, por separado, tiene una cualidad, pero unidas, es la combinación perfecta.

Dori llegó más tarde, era una chica tímida y prudente. «*Creo que ni hablaba por no molestar*». Al principio, se mantenía un poco al margen. Incluso podías ver en su rostro, que muchas veces se incomodaba por los comentarios y las bromas entre nosotras. Pero por extraño que parezca, tiró hacía nosotras, poco a poco, se fue uniendo a nuestro grupo, y ahora es una más de mis "Locuelas".

Al ritmo de *Human,* de *Rag'n Bone Man*, con esa increíble voz rota, continuo con limpieza general. Voy contoneándome al ritmo de la música y canturreando, con el palo de la escoba en mano. Hoy me siento pletórica, me siento bien. Atrás han quedado esos días grises, llenos de angustia y dolor.

Las horas pasan y se acerca el momento. Como bien ha dicho Marta, hoy hay que quemar la noche. Quiero salir, disfrutar, pasármelo bien, y porque no… dejar las puertas abiertas a lo que pueda venir.

Tras repasar el armario, de arriba abajo, en varias ocasiones me decanto por un vestido negro, ceñido hasta medias pantorrillas. No lleva nada, es liso completamente, sus tirantes se unen en el pecho, dejando un hueco en el canalillo, quedando un solo tirante hacia un hombro. Busco los zapatos descubiertos por los dedos, de tacón fino con un poco de plataforma, que van sujetos al tobillo por una fina cadeneta de pedrería. Los observo antes de ponérmelos. «Creo *que lo más sensato, será meter unas manoletinas en el bolso*».

Recojo mi pelo dejando sueltos algunos mechones rosas, y les marco más las ondulaciones. Coloco varias horquillas para asegurarme no acabar despeinada antes de la hora, de la cena.

Me maquillo a conciencia. Largas líneas negras acompañadas de una sombra gris oscura plateada, que resaltan mis ojos, haciendo que parezcan más grandes. Me perfilo los labios, para darles un poco de grosor, escojo una barra de labios granate mate, de esas que duran veinticuatro horas. «*Ahora viene cuando me tuerzo, o me pinto los dientes y no hay manera de quitarlo*».

Me coloco los zapatos, y me miro ante el gran espejo, que tengo en la habitación. Como diría Suri, «*Putón, Putón*».

Suena el interfono. El taxi que he pedido ya ha llegado. Salgo con paso firme y decidida. El taxista, un chico joven, me mira perplejo y con la boca abierta. «*Si, eso es lo que quiero, dejar esta noche, más de una boca abierta*» Al subir al vehículo lo veo como se recoloca en su asiento como si se sintiera incómodo por algo.

Le entrego un papel con la dirección que me apunto Suri. —Buenas noche, lléveme, aquí. por favor. Eso sí, intente no pasearme por todo Madrid. «*Que ya me conozco vuestras triquiñuelas*»

—Buenas noches, señorita. No, no. Está bastante cerca, a unas cuatro manzanas de aquí.

—Perfecto entonces.

Va callejeando intentando evitar el tráfico de las calles principales. De vez en cuando lo veo desviar su mirada por el espejo retrovisor y lo escucho resoplar. Para el vehículo en el número exacto.

—Señorita. Ya hemos llegado. —Para el taxímetro— Son doce con sesenta.

Saco de mi minúsculo bolso de mano el monedero y le doy quince euros. —Lo que sobra, para que te tomes un café. La noche puede ser muy larga.

Le guiño un ojo, y me bajo del coche, dejándolo de nuevo con la mandíbula desencajada.

—Señorita, esperé.

Me giro de nuevo hacia el taxi. «*¿Ya he perdido algo y la noche todavía no ha empezado*?». Alarga una de sus manos por la ventanilla del copiloto y me entrega una tarjeta.

—Por si necesita mis servicios.

—Hombre, Gracias. Lo tendré en cuenta.

Abro el pequeño bolso y la guardo en él. Tengo ganas de guerra y pasármelo bien, por lo que poniendo la voz más sexy que puedo, me acerco hacia la ventanilla, me inclino un poco, y le musito:

—Nunca se sabe lo que uno puede necesitar.

El muchacho se pone rojo como un tomate, afirma con la cabeza y se despide. «*Anda rey, ve a refrescarte, que creo que la sangre se te acaba de bajar a un solo sitio*». Miro la entrada del local. No hay nadie por aquí. «*¿A qué me he equivocado de lugar*?». Saco el móvil, y mando un mensaje al grupo.

Nahia Chicas, ¿dónde estáis? Estoy en la puerta, y aquí no hay ni un alma. Era en El Mesón de la abuela, ¿Verdad?*

Suri Yo estoy llegando, gírate hacia tu derecha y me verás.*

Marta Nosotras ya estamos dentro.*

Suri va impresionante. Estoy acostumbrada a verla siempre con pantalones anchos, camisetas viejas y descoloridas y unas deportivas bastas. No recuerdo haberla visto nunca vestida de la forma que va hoy. Una minifalda, de cuero negro, ajustada con un corte lateral

que depende del movimiento que haga, deja ver algo más que pierna. Un top con escote redondo, color rojo, lleno de transparencias, y unos taconazos, más altos que los míos.

—No me mires así y cierra ese pedazo de boca, que te va a entrar cualquier cosa. —Me mira de arriba abajo, como había hecho el taxista—. Veo que te has tomado al pie de la letra lo de ir de Putones.

—Le dijo la sartén al cazo. —Ambas comenzamos a reír en plena calle.

Pasa uno de sus brazos por dentro del mío. —La noche acaba de empezar. Reunámonos con la manada.

El restaurante está repleto. Dispone de varios salones independientes y también están reservados. Una agradable camarera nos guía hasta el nuestro, y antes de marcharse nos toma nota de la bebida.

—¡Hey, putones! Ya estamos aquí.

Marta se inclina en su asiento para mirarnos mejor. —¿Quiénes sois vosotras y que habéis hecho con nuestras amigas?

—Dori, avisa a la camarera que se les han colado dos señoras de la calle en el local y nos están ofreciendo sus servicios. —Le da con la servilleta en el brazo para que le preste atención.

—¿Pero vosotras os habéis visto?

—Nada, nada. Hoy vamos todas divinas de la muerte.

Nos sentamos en la mesa y mientras miramos la carta, vamos charlando animadamente. Entre bromas y ocurrencias la noche avanza. A medida que pasa el tiempo, el alcohol empieza a hacer acto de presencia, las bromas se intensifican. Las caras sonrojadas, las sonrisas perpetuas, nos indican que tenemos que levantar el pie, o a ese paso no salimos del restaurante.

Después de una cena copiosa, en la que los postres ha sido nuestra perdición. Decidimos abandonar el restaurante, e ir a un local de copas cercano.

—¡Buf! Chicas, creo que voy bastante perjudicada. Me está costando la vida dar un paso delante del otro sin irme de lado.

—Anda Lali, eso es por los tacones que llevas. Yo creo que te caes desde ahí y te abres la cabeza.

—Los tacones dice. Las cuatro botellas de vino que nos hemos metido entre pecho y espalda entre las cinco.

—Dori, ¿Qué haces?

Parada en medio de la acera, la vemos remangándose la cinturilla de la falda, dándole varias vueltas hacia dentro. Saca su camisa por fuera, desabrocha unos cuantos botones, de la parte de abajo y con ambos picos le hace un nudo. Después desabotona los tres primeros y dejando un escote más que llamativo, y se acerca de nuevo hacia nosotras.

—Ahora si soy un putón como vosotras.

Nos doblamos por la mitad de la risa. Las carcajadas retumban en las estrechas calles, haciendo que todo el que pasa por allí gire su rostro hacia nosotras.

—¿oh, Dios mío? He creado un monstruo. —Suri corre hacia ella con los brazos abiertos —. Hija mía, ven aquí, abraza a tu creadora. Prometo ser tu guía desde este instante.

—Dios, parar ya, con tanta risa me voy a mear encima.

Entramos un local conocido por la zona. Las luces son tenues, no hay mesas por ningún lado, para poder sentarse. Hay que estar de pie, sí o sí. En las paredes, unas tablas, sobresalientes, de unos dos palmos, rodean todo local. Bajo ellas, hay percheros metálicos para dejar los bolsos.

Suri y yo, nos acercamos a la barra a pedir las copas para todas. Al regresar, Marta está guardando el móvil en el bolso.

—Ya están aquí.

—Espera, ¿Quiénes están aquí?, ¿Quiénes tienen que venir?, no me jodas que…

Me quedo sin palabras al seguir las miradas de todas ellas. Uno tras otro, los Black Blossom van haciendo acto de presencia en el local. El último en entrar es Yves, pero no viene solo.

—Joder chicas, esto se avisa.

Marta les hace una señal con la mano, para que se acerquen a nosotras. Pero solo Jason atraviesa el local para hacerlo.

—Hola, chicas, buenas noches. ¡Madre mía! Estáis todas impresionantes. —Coge a Marta por la cintura y le da un rápido beso en los labios.

—Hey, hola grandullón. —Suri le da un sonoro manotazo en la espalda—. Diles a tus amigos que se pueden acercar, no mordemos.

Ladeo la cabeza para mirarla y suelto sin pensar:

—Habla por ti.

Jason, intentando ocultar una sonrisa, gira su rostro hacia ellos disimuladamente. Pero su gesto no pasa desapercibido. Sujeto a Suri del brazo y tiro de ella hacia la barra del otro extremo.

—Vamos a por unos chupitos. Tengo el presentimiento que va a ser una noche "*muuuuy*" larga.

Me mira a los ojos y alza una de sus perfiladas cejas. —Será tan larga y aburrida como tú permitas que lo sea.

Después de varios chupitos, entablamos conversación con el camarero de aquella barra. Desde allí, puedo observar sin ser vista. Varias personas están agolpadas a mis espaldas y me cubren por completo. En cambio, entre tanto cuerpo, yo tengo un campo de visión perfecto. Caroline habla con todos ellos de una forma muy amigable. En ningún momento se acerca más de la cuenta Yves, mantiene las mismas distancias con todos. «*Qué extraño, anda que yo me iba a separar mucho de él*».

Regresamos junto a las chicas e intento que todo sea normal. Intento disfrutar de la noche y su compañía. Ahora si podemos decir que vamos muy perjudicadas, «*Creo que, si aparece un mono con una pandereta, también bailamos*». Por los altavoces comienzan a sonar los primeros acordes de Love of lesbian, con la canción Cuando no me ves. Comenzamos a cantar la canción a trompicones, estamos en el punto de empezar a perder la dicción.

«*Uf, qué mal rollito me está entrando, ya empiezo con la bajona*». —Suri, acompáñame al baño que me meo. Así, a la vuelta pasamos por la barra, que ya me está pareciendo hasta guapo el camarero.

Nos hacemos paso, por la pequeña pista, contoneándonos al ritmo de la música, hasta llegar a los servicios. Hay varios aseos, pero todos ocupados. Me apoyo en el tocador mirando hacia las puertas. Estoy hablando con Suri, cuando la veo que empieza a ladear la cabeza de un lado para otro mirando un mismo punto. Desvía la mirada hacia la puerta contigua y la vuelve al frente. Se me escapan unos ruidos extraños, al intentar contener la risa.

—¿Qué miras de esa forma tan extraña?

Me da un codazo y señala. Me fijo con curiosidad, intentando ver lo que ella, pero para mí todo es normal. Se gira hacia el espejo y se agacha entre sus piernas para mirar hacia atrás. Creo averiguar lo que hasta haciendo. Me acerco a ella y le susurro con la risa floja.

—¡Pervertida!, No me jodas que estás intentando ver por debajo de las puertas.

Me indica que me calle poniendo un dedo sobre sus labios, y me anima a que repita lo que ella está haciendo. Lo hago sin parar de reír. De golpe me atraganto con mi propia saliva, intento regresar a la posición normal antes de que me ahogue. De pie frete a las puertas, vuelvo a mirar.

Tres puestas de aseos, seis pares de pies, calzados con tacones. Cuatro mirando al frente, dos mirando a la pared. Se escucha la cisterna, descargar el agua, y un pestillo abrirse. Nos miramos intentando contener la risa. La puerta se abre y aparece Caroline recolocándose el vestido. Intento aguantar la respiración, de un momento a otro voy a estallar. Me giro hacia Suri y la encuentro en la misma tesitura, pero ya cogiendo un tono morado. Caroline, nos saluda con un gesto de cabeza y comienza a lavarse las manos, No aguanto más. Tiro del brazo de Suri y la meto en el aseo abierto, conmigo. Tras cerrar la puerta, haciendo maniobras, del pequeño cubículo, nos apoyamos contras las paredes y las lágrimas comienzas a correr por mis mejillas. Escuchamos unos tacones, alejarse y la puerta cerrarse tras ellos. Explotamos en carcajadas, nos cuesta hasta respirar.

—¡Joder!, que la divina, tiene tiburón.

—¡hay, que me meo, me meo! —Aun riendo, levanto rápidamente el vestido y lo hago delante de Suri.

Salimos de los aseos, con las manos sujetándonos la barriga, sorbiendo por la nariz, he intentado limpiar las lágrimas que continúan saliendo.

—Esto sí que no me lo esperaba, la divina resulta ser … —Le doy un codazo para que no diga nada más. Intentando recuperar la compostura, le musito entre hipidos.

—Suri, por Dios, no digas nada.

—Me estás pidiendo un imposible. Esa imagen no va a desaparecer de mi cabeza en toda la noche, bueno, creo que ya, en toda la vida. —Comienza de nuevo con las carcajadas,

contagiándome sin poder evitarlo.

Llegamos hacia donde están nuestras compañeras. Para nuestra sorpresa, el grupo se ha unido. «*La hostia, ¿cómo miro yo ahora a esa mujer sin que se me escape la risa tonta*?». Intento serenarme, pero no puedo. Le doy vueltas a mi cabeza diciéndome una y otra vez, que Caroline es una mujer, y debemos tratarla como tal. Nuestras risas han sido desafortunadas, y de muy mal gusto. Pero también hay que decir que ha sido una sorpresa inesperada y con tantos grados de alcohol en el cuerpo, ha facilitado las cosas. Le doy unos toques a Suri en el brazo para que se aproxime.

—Nos hemos pasado tres pueblos. Caroline es una mujer y tratémosla como tal. Lo que hemos visto lo guardaremos para nosotras. Prométeme que lo vas a intentar.

—Lo siento, y estoy contigo, pero no prometo nada. Esto ha sido muy fuerte.

Lali se acerca a nosotras, y pasa un brazo por nuestras cinturas para atraernos más cerca del grupo.

—¿Qué os ha pasado chicas?, ¿Habéis ido al baño del club o qué?, porque, no veas, lo que habéis tardado.

Caroline alarga su brazo hacia las tablas y coge su copa a la vez que musita en castellano con un acento inglés muy pronunciado.

—Que le han visto las orejas al lobo.

—Más que las orejas, el rab…—Le doy una colleja antes de que acabe de decir la palabra —. Joder, qué bruta eres tú también.

Yves, nos observa con los ojos como platos y luego desvía la mirada hacia Caroline, a la que hace un gesto con la cabeza, como a esperas de una respuesta de confirmación.

Caroline alza sus hombros y se dirige hacia él.

—Amigo, era cuestión de tiempo.

«*¿Amigo?*» Siento un latigazo en el pecho, como si acabase de pulsar un interruptor, y comenzase a fluir la corriente por todo mi cuerpo. Intento ignorarlo, hacer como si él no estuviese allí. Pero no puedo, mis ojos se van continuamente en su búsqueda. Sé que él también lo hace. No ha dejado de hacerlo en toda la noche, lo he sentido buscarme con la mirada, incluso en la lejanía.

Me dirijo de nuevo a la barra del fondo, está vez lo hago sola. Mientras espero a ser atendida, noto una mano pasar con delicadeza, en forma de caricia, desde mi baja espalda, hasta la mitad de ella, provocando que un escalofrío recorra todo mi cuerpo. El olor es inconfundible, Yves.

Al igual que en Londres, pasa una mano a cada lado de mi cuerpo y se apoya en la barra, quedando su rostro a escasos centímetros del mío. Noto su cálido aliento en el cuello, y en la clavícula. Mis terminaciones nerviosas se activan una a una encendiendo pequeñas llamas por todo mi cuerpo. En un tono suave y casi imperceptible me susurra al oído:

—Me gusta lo que veo. ¿Y a ti?, ¿te gusta lo que ves?

Cierro los ojos, unos segundos, mi corazón late con fuerza, estoy viviendo un *Dejavú*. Me giro lentamente hacia él, quedando atrapada entre la barra y su cuerpo. Paseo mi mirada por su torso y la dejo fija en la suya. Sus pupilas se ensanchan y brillan con luz propia. Acerco mis labios a escasos centímetros de los suyos y le susurro sin apenas voz.

—Demasiada ropa para poder opinar.

Coge una de mis manos con suavidad, da un paso hacia atrás, y la deja ir con una caricia. Lo sigo con la mirada. Continúa dando pequeños pasos hacia atrás, hasta que gira su cuerpo y se encamina hacia la puerta de los aseos. Se detiene bajo el umbral, apoya una de sus manos en el marco de la puerta y vuelve su rostro buscándome con la mirada.

Siento un hormigueo creciendo en mi interior. Mi cuerpo se revela, intento no caer en el influjo que provoca sobre mí. Pero es imposible mantenerme quieta, observando desde el mismo lugar. Resistirme, sería como si me clavasen mil cuchillos en las entrañas. Todo lo que me rodea, pasa a un segundo plano. Solo tengo ojos para él. Paso a paso, me voy acercando como si tirasen de mí.

Alarga una de sus manos hasta sujetar una de las mías. Tira suavemente de ella haciendo que me acerque aún más a su cuerpo. De espaldas y con pasos lentos, me guía hacia el interior del baño. Con la otra mano, que permanecía oculta entre la puerta y la pared, empuja un cartel de plástico que suelen utilizar para la limpieza, y lo coloca ante la puerta.

Apoya su cuerpo contra la pared y me atrae hacia él, dejando el espacio justo, entre ambos, sin que nuestros labios lleguen a rozarse.

Cojo aire por la boca sin dejar de mirarlo. Puedo notar que su pulso está tan acelerado

como el mío. Sus pupilas se han dilatado de tal manera que solo quedan unos finos aros verdes, en los que flotan motas amarillentas, como si fueran pequeñas llamas. Desvía su mirada hacia el resto de mi cuerpo, mientras sube una mano lentamente por mi brazo hasta llevar su mano a mi cara. Inconscientemente, apoyo el rostro sobre ella, y lo muevo en busca de su caricia. Alza la otra mano realizando la misma operación, hasta que me tiene sujeta por ambos lados. Inclina su cuerpo, dejando que esta vez nuestros labios se rocen. Ese mínimo contacto me hace estremecer. Un calor intenso se va formando en mi bajo vientre. Baja una de sus manos, despacio, siguiendo la curva de mi espalda y continuando por mis glúteos. Me presiona con fuerza y se lanza a mi boca con desesperación. Me alza en brazos y me lleva hasta la pica del lavamanos. Deja caer mi cuerpo despacio sobre el frío mármol. Su boca sigue aferrada a la mía. Su lengua me absorbe y me acaricia. Con delicadeza pasea sus manos por todo mi cuerpo. Desabrocha su pantalón y vuelve a alzarme de nuevo, sujetándome por las nalgas para que pueda entrelazar mis piernas a su cintura. Separa sus labios con la respiración agitada y entre cortada. Me mira fijamente mordiéndose el labio inferior.

Me apoya nuevamente contra la pared. Ahora soy yo la que se lanza a por él. Lo beso con deseo, apretando mi cuerpo y moviéndolo rozándome contra el suyo. Paseo mis manos por sus hombros hasta llevarlas a su pecho. Noto sus pulsaciones en las palmas de mis manos.

Siento su mano introducirse bajo la tela del fino vestido. Me apretó contra ella al sentirla cerca de mi humedad. Con destreza hace a un lado el tanga y se introduce poco a poco. Clavo los dedos sobre sus hombros, dejando caer la cabeza hacia atrás, mientras se hace espacio en mi interior. Empujo levemente con la cadera haciendo que se estremezca. Sus embestidas son pausadas y profundas. Me aferro a su labio con mis dientes. Un gemido escapa de su garganta, sus embestidas se vuelven más rápidas e intensas. Un cosquilleo comienza a invadir mi cuerpo subiendo desde las piernas, curvo la espalda hacia atrás como un acto reflejo. Yves acelera el ritmo y esta vez lo hace con fuerza.

Une su boca de nuevo a la mía, y con un último empujón nos dejamos llevar aspirando los gemidos, el uno al otro.

Jadeando con la respiración entrecortada, nos miramos el uno al otro. Me da un suave beso en los labios y musita.

—Y así empezó todo. ¡Touchdown!, encanto.

—Yves, despierta. Llegarás tarde a la oficina. Te has quedado dormido, otra vez.

—mmm… da igual, déjalo y vuelve aquí a la cama conmigo.

—Te recuerdo que yo también tengo obligaciones. En diez minutos tengo que salir o llegaré tarde a trabajar.

—Pues déjalo. Trabaja para mí, regresa a la revista.

—Es algo que ya hemos hablado en varias ocasiones, y mi respuesta sigue siendo la misma. No.

—Para mí sería más fácil teniéndote a mi lado.

—No insistas. Además, ahora pasas los días entre vuelos, Madrid, Nueva York. Así que seguiríamos igual, porque tampoco estaría a tu lado.

Gira su cuerpo sobre la cama, e inclinándose un poco, apoya la cabeza sobre la palma de su mano y me mira con una sonrisa.

—Se me ocurre una forma de poder solucionarlo.

—Ni lo menciones. Sabes que quiero estar a tu lado, pero también sabes que tengo planes de futuro. Quiero montar mi propia editorial tradicional, junto a Tomás.

—Eso podrías hacerlo igual, no habría impedimento alguno. —Se sienta a un lado de la cama con el torso descubierto—. Sabes que no voy a dejar de insistir.

—Yves, te quiero, pero mi respuesta seguirá siendo la misma.

—Eso ya lo veremos.

REFERENCIAS

—Munch: Eduard Munch 1893. Pintor. Expresionismo. El Grito. Galería Nacional de Noruega. Refleja la angustia y la ansiedad del ser humano.

—Chris Pratt: 1979. Actor estadounidense. Películas de referencia más conocidas: guardianes de la galaxia, Jurassic World. Entre otras muchas.

—Cruela: Cruela Devil. Personaje de ficción recreado por Disney. La principal villana de la novela de Dodie Smith. (Ciento un Dálmata, 1956).

—Mordor: País ficticio de la tierra media, creado por el autor J.R.K Tolkien. El Señor de los Anillos 1954-1955.

—Mahatma Gandhi: político hindú, Activista pacifista. Pensador. 1869/1948.

—Quasimodo: Quasimodo es el personaje principal de la obra Nuestra Señora de París, del escritor francés Víctor Hugo.1831.

—Teniente O´Neil: Película estadounidense de 1997, dirigida por Ridley Scott. Titulo original G.I.Jane.

—Notre Dame: Catedral de Notre Dame de París. Clasificado cómo monumento histórico en Francia en 1862. Patrimonio Mundial, más conocido como Patrimonio de la Humanidad, título conferido por Unesco, 1991.

—Forrest gump: Película estadounidense cómica dramática, dirigida por Robert Zemeckis estrenada en 1994. Basada en la novela homónima del escritor Winston Groom,1986.

REFERENCIAS MUSICALES

—D.J Shadow. Six Days, Año 2002. Álbum Private Press. Sello ®MCA. Discográfica ®Island Records. Reedición en 2006. B.S.O The Fast On The Furious Tokio Drift.

—The Weeknd. Blinding Lights. 2019. Álbum Afters Hours. ®XO y ®Republic Records.

—The Weeknd. Earned It. 2015. B.S.O. Cincuenta Sombras De Grey. Álbum Beauty Behind The Madness. ® Republic Records y ®XO.

—Adele. *Hello*. 2015. Álbum, 25. ®XL Recordings y ®Columbia Records.

—Melendi. Destino o Casualidad. 2016. Con la colaboración de HA.ASH. Álbum, Quitate Las Gafas. ®©Sony Music España.

—Imagine Dragons. Believer. 2017. Álbum: Evolve. ®KIDinaKORNER, ®interscope Records.

—Linkin Park. Numb. 2003. Álbum Meteora. ®Warner Records inc.

—Ran´g Bone Man. Human. 2016. ®Sony Music y ®Columbia Records.

—Love of lesbian. Cuando no me ves. 2016. Álbum El poeta Halley. ®Warner Music Group.

TRADUCCIÓN EUSKERA - ESPAÑOL

Aita: Padre, papá.
Ama: Madre, mamá.
Arreba: Hermana.
Aupa: Saludo coloquial.
Kaixo: Hola.
Agur: Adiós.
Artaburu: Tonto-a, necio-a.
Etxea: Casa.
Zeren; Por qué.
Gurasoak: Padres.
Ondo: O.K
Nire alaba: Hija mía.
Txarra: Malo
Txacoli: Es un vino, normalmente blanco, que se produce principalmente en el País Vasco.
Sagardoa: La sidra del País Vasco.
Eskerriska: Gracias.
Lauburu: Cuatro cabezas. Símbolo mitológico que representa el sol. Buen augurio. El sol ahuyenta el influjo del mal.
Emaztea: Esposa
Eskerrik asko: Gracias.
Zer hitz egiten duzu?: Expresión: ¿De qué hablas?, o ¿qué estás diciendo?

NOTA DEL AUTOR

Gracias por leer ¡TOUCHDOWN!, ENCANTO. Espero que hayáis disfrutado de esta novela tanto como yo al escribirla.

Vuestras valoraciones y reseñas son muy importantes para mí. Podéis hacerlo a través de la página de Amazon. Es la única manera que tengo de conocer el resultado de mi trabajo y mi esfuerzo. La opinión de los lectores, es la fuente de la vida para los autores.

Mil besos de algodón.

María Garcés.